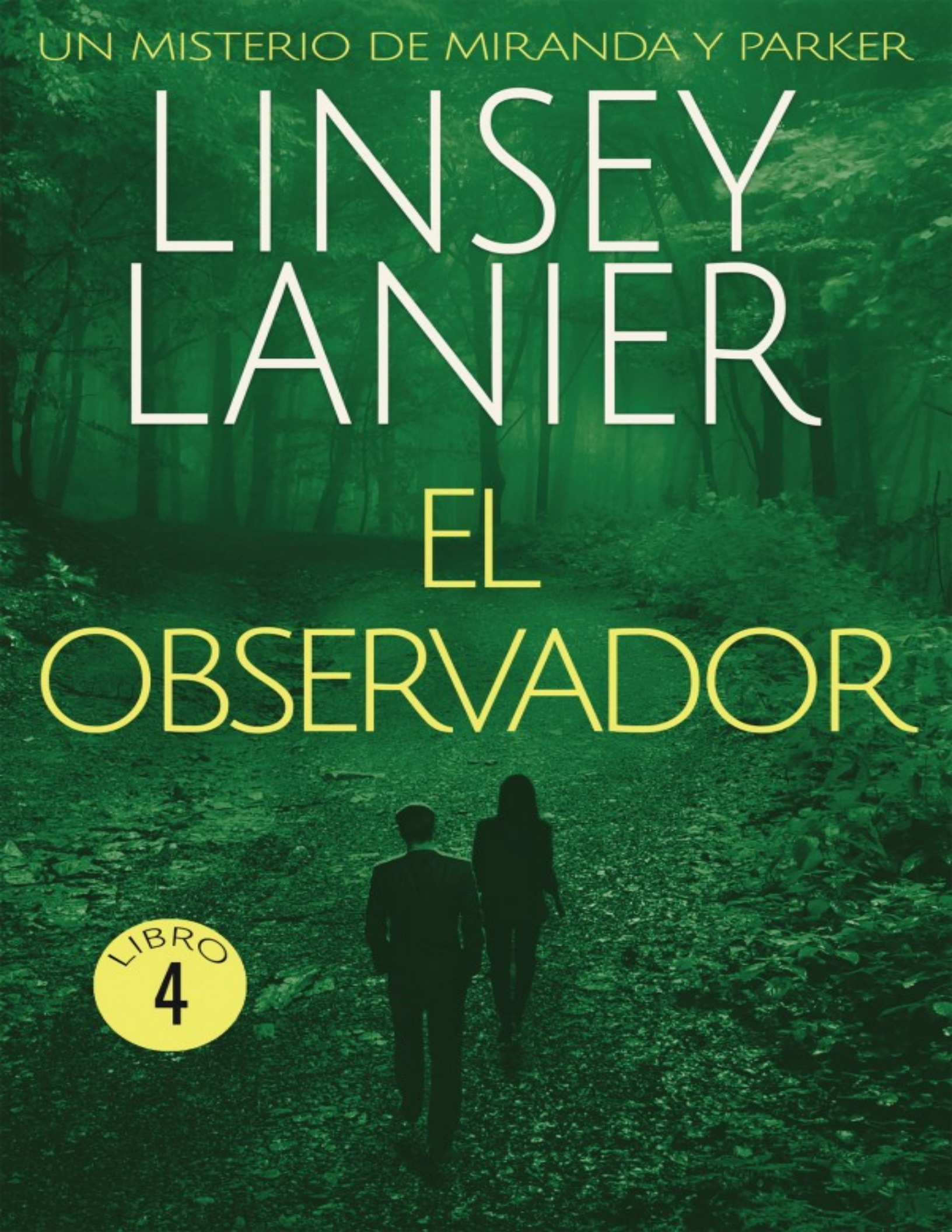
UN MISTERIO DE MIRANDA Y PARKER

# LINSEY LANIER

# EL OBSERVADOR



LIBRO 4

# EL OBSERVADOR

Un Misterio de Miranda y Parker - Libro 4

Linsey Lanier

**Felicity Books**

Derechos de autor © 2025 Felicity Books

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor.
La historia, todos los nombres, personajes y eventos representados en esta obra son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios o productos.
Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor, regrese a su tienda en línea y adquiera su propia copia.
Gracias por respetar el trabajo de la autora y ayudarla a ganarse la vida.

ISBN: 978-1-966699-36-1

# RESUMEN

En lo alto de las montañas del sureste de Brasil, un asesino acecha.

Una vieja amiga llama.

Está recibiendo amenazas de muerte.

Una vez más, la detective privada Miranda Steele siente el llamado del destino.

Cuando ella y Parker llegan a Brasil y descubren restos humanos espeluznantes cerca de un complejo turístico de montaña, sabe que esas amenazas son muy reales. Mucha gente querría apoderarse de la valiosa propiedad de su cliente.

Pero, ¿quién es el asesino?

Una vez más, las pérdidas personales de Parker lo hacen dudar en involucrar a Miranda en el caso, lo que solo causa fricción.

Necesita superarlo cuanto antes.

El asesino está al acecho.

Si no descubren pronto quién está enviando esas cartas, ambos podrían terminar muertos.

# CONTENIDO


Página del título
Derechos de autor
Resumen
Capítulo Uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo catorce
Capítulo Quince
Capítulo dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y siete
Capítulo Treinta y ocho
Capítulo Treinta y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo Cuarenta y tres
Capítulo Cuarenta y cuatro
Capítulo Cuarenta y Cinco
Capítulo Cuarenta y seis
Capítulo Cuarenta y Siete

Capítulo Cuarenta y Ocho
Capítulo Cuarenta y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta y Uno
Capítulo Cincuenta y Dos
Capítulo Cincuenta y Tres
Capítulo Cincuenta y Cuatro
Capítulo Cincuenta y Cinco
Capítulo Cincuenta y Seis
Capítulo Cincuenta y Siete
Capítulo Cincuenta y ocho

# CAPÍTULO UNO

La observaba.

Oculto bajo un dosel de frescos laureles de montaña en el linde de la propiedad, la vio salir de la elegante casa y caminar con paso decidido por el césped hasta la carretera.

El corazón se le hinchó; los pliegues de su caro traje de seda color crema escarchado lo hipnotizaban mientras se movía. Su hermoso cuello estaba adornado con joyas. Su largo cabello negro estaba recogido atrás, impecable y liso, como siempre. ¡Ay, cómo deseaba que se dejara el cabello suelto para que el viento lo meciera, como la había visto hacer en su propio jardín!

Avanzó por la carretera con determinación; sus piernas largas y exquisitas convertían cada paso en una obra de arte. Estudió la curva de su pantorrilla, la flexión de sus músculos al caminar. El anhelo ardía en su pecho. Era deslumbrante.

Fuerza, gracia, determinación. Demasiada determinación.

Las mariposas revoloteaban junto a la hierba alta, haciendo la vista aún más perfecta. Le encantaba el aire fresco de la montaña. Amaba esta tierra de Campos de Flores. Dos mil cuatrocientos kilómetros al sur del ecuador y a cincuenta y seis del mar. Era una tierra como ninguna otra.

Se frotó los brazos. Por fin los días empezaban a refrescar. Las hortensias seguían florecidas, sus anchas flores azules cubrían el suelo. El invierno se había retrasado ese año, pero él agradecía el clima fresco.

Ya casi llegaba al final del camino. Dirigiéndose justo a donde él temía que pudiera ir.

La siguió.

No fue difícil mantenerse bien oculto. Conocía esos senderos del bosque, como dicen los gringos, como la palma de su mano. Tenía razón sobre su destino.

Sin hacer un ruido ni el susurro de una hoja, igualó su paso y mantuvo el ritmo hasta que ella llegó a la entrada del *Boteco do Sabor*.

Un joven con la chaqueta blanca y los pantalones negros de rigor la saludó y la guio a través del local.

El *garçom* la sentó en una mesa con otro hombre mayor, que vestía un traje oscuro de tweed y unas gruesas gafas con montura de carey.

Ay no, Portia. Solo podía estar tramando una cosa. Lo último que él quería que hiciera. Aquello que nunca le permitiría hacer.

Y sin embargo, ahí estaba sentada, con el ceño tan fruncido entre sus oscuras cejas. El hombre sacó unos papeles de un maletín para mostrárselos. ¿Haciendo negocios? No, esto era más que negocios.

Los observó a los dos pedir bebidas y sorberlas lentamente mientras seguían charlando. El hombre tomó un café solo. ¿Y Tia? Ella elegiría una caipifruta de mango. Solo lo más fresco para ella.

Silenciosamente, chasqueó la lengua como si estuviera regañando a una niña.

Si seguía comportándose así, tendría que actuar pronto. Si seguía comportándose así, tendría que detenerla. Pero no podía seguir adelante con lo que él sabía que estaba discutiendo con ese hombre. ¿O sí? ¿De verdad podría traicionarlo? Al ver la expresión resuelta en su rostro mientras escuchaba y asentía lentamente, supo que sí podía.

Se le hundió el corazón en una amarga decepción. Eso significaba que pronto tendría que cumplir su promesa. No tendría otra opción. Tendría que actuar. Qué lástima.

Le rompería el corazón perderla. Pero ella permanecería como un hermoso recuerdo en su corazón para siempre. Deseaba que no fuera así, pero no había otra manera.

Por mucho que admirara su belleza y su gracia, tendría que matarla.

# CAPÍTULO DOS

Con la cálida brisa de julio en Atlanta acariciándole el rostro, Miranda Steele estaba sentada en la terraza de un restaurante de Peachtree Street, sorbiendo un té chai de sabor extraño que Coco había insistido en que probara y escuchando a medias a sus amigas parlotear sobre nimiedades de chicas.

La oscura sombrilla que tenían encima les daba algo de sombra, pero el feroz sol de Georgia castigaba el paisaje urbano que las rodeaba, con su ruidoso tráfico, sus vallas publicitarias de próximos eventos y sus altos andamios que prometían nuevas construcciones.

Miranda se sentía como en casa.

De todos los lugares en los que había estado en sus andanzas, creía que lo que más le gustaba eran las ciudades. Y esta ciudad era lo más parecido a un hogar que había tenido jamás. Un buen hogar, al menos. Allí había encontrado amigos, un gran trabajo y el amor.

Pero ir de compras no era lo suyo.

Estaban almorzando después de una excursión matutina al centro comercial de la que Miranda había intentado librarse. Pero no hubo forma. Sus amigas habían insistido en pasar a buscarla temprano y, con apenas tiempo para engullir una taza de café y una barrita de proteínas, la habían sacado por la puerta de la mansión Parker y la habían llevado directamente a Elegant Ensembles, una boutique de lujo en Peachtree Road. Y eso fue antes de ir al centro comercial.

Uf.

Ahora estaba sentada, picoteando una ensalada de chicas, con una bolsa a sus pies que contenía dos vestidos nuevos que en realidad no quería y un par de jeans nuevos que tenían demasiada brillantina en el trasero. Lo que una tiene que hacer por las amigas.

Pero estas eran amigas por las que haría mucho más, y lo había hecho.

A su lado, Coco estaba sentada con unos jeans y una blusa rosa con volantes que hacía que su ondulado pelo rubio pareciera extra delicado. Ahora estaba casada con el hijo adoptivo de Parker, Antonio Estavez, lo que en cierto modo la convertía en la nuera de Miranda. Charlaba animadamente, con sus grandes ojos azules encendidos, sobre la nueva canción que Antonio había escrito para ella. Iba a estrenarla esa noche en el Gecko Club, donde cantaba y tocaba el piano.

Fanuzzi, con un top halter de color naranja tostado y un nuevo peinado con mechas que a Miranda le pareció un poco exagerado, escuchaba con cara de enamorada. Una expresión bastante empalagosa para una antigua obrera de la construcción. Pero la mujer que se había convertido en la mejor amiga de Miranda siempre conseguía sorprenderla.

Junto a ella estaba la hija de Parker, Gen, toda remilgada y correcta con una blusa negra sin mangas y unos jeans ajustados.

Se volvió hacia Fanuzzi con un cortés roce en el brazo. —Me encantaron esos canapés de pato a la naranja que hiciste para la recepción de los Grayson el mes pasado.

¿La recepción de los Grayson? Miranda ni siquiera se había enterado.

—Gracias —dijo Fanuzzi—. Mi secreto son los ingredientes frescos.

Gen sonrió y luego sorbió el expreso cargado que estaba bebiendo sin siquiera mirar a Miranda.

Alta y delgada, con su pelo corto casi rubio platino y sus afiladas y expresivas cejas, la hija de Parker había sido en su día la supervisora de Miranda y la había odiado a muerte. Se había ablandado un poco después de que Miranda le salvara la vida, pero sabía que la mujer seguía pensando que su padre se había casado con alguien de una clase social inferior. Lo cual era cierto en el plano social. No es que a ella le importara.

Los grandes ojos azules de Coco brillaron. —Oh, sí. Siento mucho que te perdieras esa fiesta, Miranda. La comida de Joan fue un éxito

rotundo. Me encantaron los pastelitos de chocolate que hiciste.

—Gracias. Fue divertido. —Y Fanuzzi se sonrojó de verdad.

Miranda recordaba vagamente una invitación que había llegado por correo. ¿Habría sido la del evento de los Grayson? Ella y Parker debieron de perdérselo porque estaban fuera de la ciudad por un caso. No es que saltárselo fuera una gran pérdida. Al menos en su opinión.

—Y hablando de fiestas —dijo Fanuzzi, moviendo sus oscuras cejas con una sonrisa cómplice—. Se supone que ahora estamos planeando una.

Miranda se rascó el cuello, sintiéndose de repente incómoda. Esa era la verdadera razón de esta salida. Estas damas querían organizar una fiesta de aniversario para ella y Parker dentro de unas semanas para celebrar su primer año de felicidad conyugal. Bueno, Fanuzzi y Coco querían. Gen se había apuntado por compromiso, sospechaba Miranda.

Coco se estiró y le apretó la mano a Miranda. —Oh, sí. ¿Qué ideas tienes, Joan?

Ahora sí que estaba en su salsa. Los ojos marrones de Fanuzzi brillaron de emoción. —Bueno, pensé que la haríamos en Luigi's. Ya sabes, es pequeño e íntimo.

Coco y Gen soltaron un «oh» de aprobación.

Miranda forzó una sonrisa.

¿Íntimo? Claro, solo iba a estar su círculo, pero la parte realmente íntima vendría al día siguiente, cuando ella y Parker estuvieran solos en la mansión. Parker se lo había prometido con algo obviamente en mente. Sospechaba que le darían otra vuelta a la habitación del Taj Mahal. Hacía tiempo que no la usaban. La sola idea la hizo estremecer.

—Habrá una mesa de regalos y decoración —dijo Fanuzzi.

Gen asintió. —¿En qué estás pensando?

—Rosas blancas en cada sitio. De papel, por supuesto. —Fanuzzi se volvió hacia Miranda como pidiendo su aprobación.

Miranda enarcó una ceja. —¿Por qué de papel?

Fanuzzi le dio un empujoncito en el brazo. —Es el regalo tradicional para el primer aniversario, boba.

Gen negó con la cabeza como si Miranda fuera un caso perdido.

Coco le dio una palmadita en el otro brazo. —Es que Miranda no es tan formal como ustedes dos.

¿Fanuzzi formal? Antes trabajaban juntas echando asfalto.

Miranda se volvió hacia su vieja amiga. —Vale, listilla. Ya que eres tan tradicional, ¿qué regalo de papel te va a dar Becker?

Fanuzzi se había casado con el mejor amigo de Miranda en la Agencia, un tipo que resultó ser el amor de la infancia de Fanuzzi, apenas unas semanas antes de su propia boda.

Como si se guardara un as en la manga, Fanuzzi miró a la mesa con una sonrisa pícara. Luego, metió la mano en el bolso y sacó dos trozos de papel. Billetes de avión.

Coco vio primero el destino y contuvo el aliento con tanta fuerza que podría haber inflado un globo aerostático. —¿París? ¿Te va a llevar a París?

Se encogió de hombros. —Lo llevo yo a él. Gané el Concurso de Postres de Verano.

¿Concurso de Postres de Verano? ¿Qué demonios era eso?

—¿En serio? —exclamó Coco—. ¡Eso es absolutamente maravilloso!

—Felicidades. ¿Qué presentaste? —quiso saber Gen.

—Mi Delicia de Chocolate y Frambuesa. El premio es una semana de clases en *Le Gastronomique Divine* en París. Clases de *chocolatier* y pastelería francesa —hizo un ruido de «ja, ja, ja» con un falso acento francés—. Cuando se lo dije a Dave, dijo que como pasamos nuestra luna de miel con los niños en Disney World, él también debía ir. Esta vez dijo que quiere que sea romántico. Los niños se quedarán con mi madre.

Gen y Coco hicieron más ruidos de «ooh». Más bajos esta vez.

Pero Miranda arrugó la nariz. —¿Cómo va a ser romántico si estás en clase todo el día?

—Las clases terminan a primera hora de la tarde. El resto del día podemos hacer turismo y… otras cosas. —Fanuzzi sacudió las cejas —. Hay un montón de cosas que se pueden hacer con el chocolate.

Miranda tuvo que sonreír ante esa idea. Estaba feliz por su amiga, pero de repente sintió que se estaba perdiendo su propia

vida. Nunca antes había tenido amigas de verdad. Todavía no sabía muy bien qué hacer con ellas.

Además, se preguntaba cómo iba a trabajar Becker en ese pequeño proyecto que le había encomendado mientras estuviera en París. Últimamente había estado recibiendo extraños mensajes de texto en su móvil y se suponía que Becker iba a averiguar quién había hecho las llamadas.

Justo cuando abría la boca para advertir a Fanuzzi de que no se dejara llevar y se cayera de la Torre Eiffel, un elegante Lamborghini azul medianoche se detuvo junto a la acera.

Se abrió la puerta del conductor y salió una figura.

El corazón de Miranda se aceleró al ver su cuerpo bien tonificado bajo un polo gris pizarra que revelaba sus músculos y unos pantalones oscuros. Hablando de postres deliciosos.

Su pelo oscuro entrecano y sus cejas pobladas y expresivas lo hacían parecer tan distinguido y exitoso como era. Hijo de un magnate inmobiliario, investigador privado de primera, dueño de la mejor agencia de investigación del sureste y el mejor hombre que había conocido.

Wade Russell Parker Tercero.

Cuando empezó a avanzar hacia ella con su paso seguro, la fijó con sus penetrantes ojos grises como el acero y el mundo entero pareció desaparecer, excepto él.

Incluso después de casi un año de matrimonio, todavía podía convertir su interior en un revoltijo pegajoso.

Llegó a su mesa y saludó a todas con su habitual encanto aristocrático sureño. Luego se dirigió a Miranda. —¿Puedo hablar contigo un momento?

Miranda ignoró la mirada molesta que Gen le dirigió. Limpiándose la boca, se puso de pie. —Claro. Con su permiso —les dijo a Coco y a Fanuzzi.

Cuando doblaron la esquina, Miranda se volvió hacia él. —¿Qué pasa?

Mientras las damas iban de compras, Parker había pasado la mañana en una avioneta con Estavez. A Miranda le había sorprendido saber que Parker tenía licencia de piloto privado y que

Estavez también estaba aprendiendo a volar. Su marido siempre estaba lleno de secretos.

Era raro que Parker y su hijo pasaran tanto tiempo juntos y él lo estaba esperando con ansias.

Algo debía de pasar si acortaba la visita.

Él la tomó del brazo y su exquisito rostro se puso serio mientras bajaba la voz. —Llevo una hora llamándote. ¿Por qué no contestabas?

Oh, oh. —Tengo un teléfono nuevo. Es un número diferente.

Le había dado su viejo móvil a Becker para que averiguara de dónde venían esos mensajes raros. Lo último que quería era que Parker se enterara de ellos. No había pensado en una buena forma de decirle que tenía un número nuevo. Supongo que ya era demasiado tarde.

—¿Por qué no usaste el mismo teléfono? Jenkins podría haber instalado el chip sim. No habrías tenido que cambiar de número.

Pero entonces no sabrían si llegaba otro mensaje al antiguo. Decidió hacerse la tonta.

Se rascó la cabeza y soltó una media risa. —Supongo que no pensé en eso. Ya me conoces con los móviles. —Le había costado un tiempo acostumbrarse a usar uno, aunque ahora no podía vivir sin él.

Parker observó los hermosos ojos de un azul intenso de su esposa, con sus largas pestañas oscuras que nunca dejaban de hipnotizarlo. Vio cómo se dilataban sus pupilas y cómo se ensanchaban ligeramente sus fosas nasales. Como siempre, sus ojos, su pelo alborotado, su esbelto y encantador cuerpo, incluso con ropa informal, le tiraban del corazón y amenazaban con distraerlo. Esta vez no se rendiría al poder que ejercían sobre él.

Estaba mintiendo sobre el teléfono. ¿Pero por qué?

Solo podía esperar que tuviera que ver con alguna sorpresa para su próximo aniversario. Pero no podía presionarla sobre eso ahora. En ese momento tenía cosas más importantes en la cabeza.

—Acabo de recibir una llamada de una vieja amiga —le dijo—. Está en problemas.

Miranda parpadeó sorprendida ante su marido. ¿Ella? —¿Quién es?

—Era amiga de Sylvia. Estudiaron juntas en la universidad.

Miranda se metió las manos en los bolsillos, sintiéndose un poco incómoda ante la mención de la primera esposa de Parker. Hacía ya cuatro años que había perdido a Sylvia por un cáncer de ovarios. —¿Qué clase de problemas?

—Ha estado recibiendo amenazas de muerte.

La sensación de incomodidad se convirtió en indignación. —¿Amenazas de muerte? Eso es terrible.

—Por eso le prometí que iríamos enseguida para ver qué podíamos hacer. —En realidad, él había querido ir solo.

Aunque su respeto profesional por Miranda había crecido con cada caso que habían tomado para su nueva aventura de consultoría, estaba cansado de que su esposa se arriesgara tanto. Verla en una habitación con un loco armado en su última misión lo había decidido a reducir la actividad de Parker y Steele Consulting.

Pero sabía lo que este trabajo significaba para ella. Decirle que tendría que quedarse en casa para este caso solo provocaría una larga y acalorada discusión. Y no podía permitírselo en este momento.

—¿Dónde está la clienta? ¿Es de aquí? —preguntó Miranda.

Parker negó con la cabeza. —Está en Brasil.

Sus cejas se dispararon. —¿Brasil, el país?

—El de Sudamérica, sí.

No esperaba otro caso fuera de Estados Unidos tan pronto, pero estaba dispuesta a aceptarlo. —Bueno, tengo mis vacunas y mi pasaporte en regla. Estoy lista para ir.

Él asintió brevemente. —Saldremos en tres horas.

¿Ya había hecho los preparativos? Debía de estar preocupado por esa mujer. —De acuerdo.

La tomó del brazo. —Vámonos.

—Claro. Voy a buscar mis cosas.

Recogió su bolsa de la compra de la mesa, se despidió rápidamente con una explicación aún más rápida a sus amigas y se dirigió al coche. Pero mientras Parker le abría la puerta y ella se

deslizaba en el asiento del copiloto del Lamborghini, se preguntó por qué no le había recordado que era su turno de estar al mando.

# CAPÍTULO TRES

En el asiento de primera clase del 747, Miranda abrió los ojos y se estiró.

Después de correr a casa, empacar, volver a salir corriendo para luchar contra el tráfico de la tarde en Atlanta y, luego, lograr pasar por la sección internacional de Hartsfield y la aduana, estaba agotada. Se había quedado dormida casi tan pronto como despegaron.

A su lado, Parker la observaba con una sonrisa tierna.

—Buenos días.

Se veía lúcido y alerta, sin una sola arruga en su camisa de botones o en sus pantalones de vestir; lo que para Parker era vestimenta casual. Pero ella podía ver la sombra de la barba de la tarde en su atractivo mentón.

—¿Qué hora es? —preguntó ella con otro bostezo.

—Un poco después de la una y media.

Frunciendo el ceño, se pasó los dedos por el cabello enredado.

—¿De la mañana?

Él asintió.

—Hora de Brasil. Nos traeré un poco de café.

No estaba acostumbrada a tomar café en medio de la noche, pero dejó que Parker la consintiera y lo escuchó mientras la ponía al día con algunos de los detalles de su nuevo caso.

La clienta era Portia Querubina Domínguez, hija de un adinerado dueño de una plantación de caña de azúcar. Años atrás, había sido una estudiante de intercambio cuando ella y la primera esposa de Parker estaban en segundo año en el Agnes Scott College en Atlanta. Se había quedado con ellos en su casa, y Sylvia y Portia se hicieron grandes amigas.

Miranda escuchó atentamente sus palabras.

—No debían llevar mucho tiempo de casados en ese entonces.

—Solo dos años.

La forma melancólica en que Parker hablaba de su primera esposa no debería haberla incomodado. Miranda había sabido de ella desde el principio de su relación. Aun así, se sintió inquieta.

—Tia le hacía compañía a Sylvia mientras yo establecía la oficina e iba a la escuela por la noche.

Y trabajaba en casos riesgosos de los que Sylvia no sabía nada.

—¿Tia?

—Su apodo. Los brasileños los usan con liberalidad. Tienden a ser muy relajados.

—Ya veo.

—Tia y Sylvia estudiaban juntas y compartían sus culturas. Nos enseñó a ambos un poco de portugués.

Qué bien.

—¿Y qué pasó después del programa de intercambio?

—Sylvia y Tia se mantuvieron en contacto. En su último año, Portia decidió casarse con un hombre mayor y adinerado que quería cortejarla.

—¿Cortejarla?

—Las costumbres brasileñas eran un poco anticuadas en aquel entonces.

—De acuerdo.

—El hombre, Rico Domínguez, resultó ser, entre otras cosas, el dueño de un complejo turístico en las montañas, en Campos de Flores. Es donde viven ahora.

Campos de Flores. Sonaba exótico.

—¿Has estado en ese lugar?

Parker asintió mientras sorbía de su vaso de poliestireno.

—Sylvia y yo lo visitamos varias veces cuando nuestros hijos eran pequeños. Ella tiene dos hijas. Ya deben de ser adultas. Perdimos el contacto con Tia antes de que Sylvia falleciera… —Su mirada se desvió hacia el cielo nocturno, a través de la ventanilla.

Miranda se enjuagó la boca con un sorbo de café antes de tragar. Parker lo pasó muy mal después de la muerte de su primera esposa.

Esperaba que este caso no le fuera a afectar. Necesitaban mantenerse concentrados en el trabajo.

—¿Tienes alguna idea de quién podría estar amenazándola?

Él terminó su vaso y regresó al presente.

—Tia no me dio muchos detalles. Tenía miedo de que pudieran escucharla.

Miranda miró por la ventanilla para reflexionar sobre eso.

Los edificios brillantemente iluminados de una ciudad resplandecían ante ellos y parecían extenderse hasta el infinito. La multitud de luces le recordó a un cúmulo de pequeños diamantes. Tantos, que si hubieran sido joyas de verdad habrían convertido a su dueño en multimillonario.

—Eso es São Paulo —le dijo Parker.

—Es un lugar grande.

—Ciertamente.

El capitán hizo el anuncio estándar de que aterrizarían en pocos minutos. «Bueno», pensó ella, abrochándose el cinturón de seguridad, «supongo que en este caso tendremos que empezar de cero».

###

El vuelo de diez horas, con una diferencia horaria de tan solo una, los hizo aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Guarulhos en São Paulo a las dos de la mañana.

Parker los registró en una elegante habitación de hotel de estilo moderno para dormir unas horas más y, más tarde esa mañana, después de un abundante desayuno al estilo estadounidense, salieron de la ciudad en dirección norte en el BMW M Series de lujo que él había alquilado.

Parker se abrió paso a través del denso tráfico, que era casi tan traicionero como el de Atlanta. Lentamente, pasaron junto a iglesias antiguas y elegantes casas de arte de época, enclavadas entre altos rascacielos, obras de arte moderno y hileras de palmeras.

Parecía haber hectáreas y hectáreas de rascacielos. Unas diez veces más que en casa. Tal vez incluso más que en Nueva York. Justo cuando Miranda empezaba a creer que nunca terminarían, los edificios se hicieron más bajos, se dispersaron y, después de otra

media hora, el auto de alquiler avanzaba por una larga y aburrida carretera rural.

Miranda se adormeció de nuevo, más por aburrimiento que por el cansancio del viaje, y un par de horas después sintió que el coche giraba a la izquierda. Mantuvo los ojos cerrados, entrando y saliendo de un sopor monótono, hasta que el BMW dio un viraje y sus ojos se abrieron de golpe.

Montañas.

Un cielo azul brillante e infinito, salpicado de nubes blancas y esponjosas, se extendía sobre una extensión interminable de montañas frías y de un verde azulado. Montañas cubiertas de árboles de todas las formas y tamaños. Verde por todas partes. Un bosque. Mejor dicho, en plural. Bosques montañosos.

A Miranda se le taparon los oídos cuando la carretera Trazó una curva y Parker viró el auto en la otra dirección, haciéndola sentir como si estuviera en la rueda de la fortuna de un parque de diversiones. Sintió un vuelco en el estómago al mirar hacia abajo.

¡Santo cielo! El precipicio caía en picada hacia una bruma neblinosa. Esperaba que hubiera un valle por ahí abajo, en alguna parte.

—¿A qué altura estamos?

Tomando otra curva, Parker rio entre dientes.

—Aproximadamente a mil seiscientos metros.

Ella frunció el ceño.

—¿Traducción, por favor?

—Unos mil seiscientos quince metros.

Ahora su estómago empezó a temblar de emoción.

—¿Quieres decir que estamos a más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar?

—De ahí los picos que nos rodean —dijo él, virando en otra curva, mientras otro precipicio se cernía debajo.

—Listillo. —Ya se las pagaría.

Bajó la ventanilla y sacó la cabeza. El aire fresco de la montaña golpeó su piel y su cabello se arremolinó alrededor de su rostro. Riendo, se irguió hasta que la mitad de su cuerpo estuvo fuera de la ventanilla y extendió los brazos, como en la escena de *Titanic*.

—¡Yujú! —gritó, riendo histéricamente.

—¡Miranda! —Sintió la mano de Parker agarrarla por la camisa y la metió de nuevo en el coche.

—Gallina —se burló, todavía riendo.

Sus cejas oscuras y sexi se juntaron. Pero en lugar de darle el sermón sobre tomar riesgos innecesarios que ella esperaba, él tomó su mano y le besó los dedos.

—Mi querida esposa adicta a la adrenalina —suspiró.

Absorbiendo la sensación de sus labios que enviaba electricidad por su brazo, le dedicó una sonrisa.

—Lo sabías cuando te casaste conmigo.

—Sí, lo sabía.

Había una ligera rigidez en su tono, como si hubiera algo más detrás de esa declaración. Probablemente su habitual paranoia con respecto a ella. De acuerdo, tenían una profesión que podía ser peligrosa a veces. Pero la compartían juntos. Se cuidaban el uno al otro.

Además, este era su destino. Lo que estaba destinada a hacer. A veces, el costo personal no importaba.

Se quedaron en silencio mientras Parker los guiaba a través de una serie de traicioneras curvas cerradas. Alrededor de otra curva, empezaron a ver civilización. Pasaron junto a un grupo de diminutas tiendas locales, una señal de tráfico que advertía de vacas más adelante, un anciano en bicicleta y varios baches que Parker tuvo que sortear.

Finalmente, más allá de una hilera de árboles delgados que parecían hisopos verdes, el paisaje se abrió. En el valle de abajo, Miranda divisó lo que parecía una imagen de un cuento de hadas. Grupos de edificios de aspecto amigable, de colores rojo, amarillo y crema, se anidaban juntos como si posaran para una postal. Sus tejados a dos aguas y vigas decorativas parecían tan cálidos y acogedores como un pueblo alpino.

Un momento. *¿Alpino?*

—¿Nos equivocamos de camino en algún punto? —Miranda miró hacia el pintoresco pueblo—. ¿Estamos en Brasil o en Suiza?

Los ojos de Parker brillaron de diversión.

—Sylvia y yo pensamos lo mismo la primera vez que vinimos. Hay un buen número de alemanes en Brasil, pero creo que el diseño de esta área es principalmente para atraer turistas. La llaman la Suiza de Brasil.

—Yodel-ey-eee-ooo.

Él tomó otra curva y comenzaron a descender, dirigiéndose hacia una lujosa estructura apartada del resto del pueblo, a lo largo de un pico bajo.

Miranda todavía no podía entender por qué el lugar quería ser Suiza cuando Brasil en sí era bastante exótico, pero ¿quién era ella para cuestionar a los lugareños?

Además, ya estaban allí.

Parker detuvo el coche frente a una majestuosa estructura de marfil con varios pisos de balcones adornados con un delicado patrón blanco. Delante de ellos había un bonito letrero azul con letras elegantes.

Parker lo leyó en voz alta.

—*Esquecer*. Significa escape —explicó.

Le sonó como si hubiera dicho «East kiss her». Pero el complejo turístico parecía el lugar perfecto para una escapada.

Miranda salió del coche y, con los oídos tapándose de nuevo, se dirigió al edificio principal.

Hacía fresco allá arriba, y se alegró de llevar el blazer de manga larga color carbón que Parker le sugirió. El aire era el más puro que jamás había respirado, con el tenue aroma de las flores azules y amarillas que vio salpicando el intenso verdor.

Era difícil imaginar a alguien enviando amenazas de muerte en un lugar tan sereno. Pero sabía que había muchos desquiciados en este mundo, incluso en los centros vacacionales.

Junto a un letrero que decía «Oficina» en varios idiomas, Parker le sostuvo la puerta.

—Hora de trabajar —le dijo ella y entró.

# CAPÍTULO CUATRO

¿La recepción? Más bien parecía una catedral. Una catedral con un toque de cabaña alpina.

Un techo alto con una cúpula de vitrales por donde entraba la luz del sol. Paredes de madera lisa y brillante de tonos claros y líneas limpias. Elegantes zonas de descanso de estilo del Viejo Mundo cerca de enormes ventanales que mostraban la espectacular cordillera que los rodeaba.

Los pasos de Miranda eran el único sonido mientras caminaba por el suelo, también de madera pulida, hacia la recepción, pasando junto a muebles antiguos encalados con diseños recargados. Unos candelabros ornamentados en las paredes hacían brillar la caoba, pero no había nadie detrás del mostrador para recibirlos.

Una campanilla de latón de estilo antiguo descansaba sobre el mostrador. La hizo sonar. El sonido resonó en las paredes y desapareció en algún lugar del techo.

Se volvió hacia Parker, que tenía el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Dónde está todo el mundo?

Él miró su reloj.

—Es poco más del mediodía. Quizá anden cortos de personal por algún almuerzo.

Miranda tamborileó con los dedos en el mostrador.

Parker estudió la sala por un momento y luego se dirigió a un pasillo en la parte de atrás.

Ella lo siguió, con una extraña sensación hundiéndose en su estómago. En cuanto doblaron la esquina, vio una puerta cerrada con un cartel que decía *Directora*.

—Creí recordar que la oficina principal estaba por aquí. —Llamó suavemente a la puerta.

No hubo respuesta.

Miranda levantó las palmas de las manos.

—¿Y ahora qué hacemos?

En lugar de responder, Parker abrió la puerta.

Menos mal que lo hizo. Lo primero que Miranda vio en la elegante oficina decorada en verdes profundos y dorados fue a una mujer de pelo oscuro desplomada en la silla detrás del escritorio.

Llegaban demasiado tarde.

—¿Tía? —La voz grave de Parker sonó alarmada.

Corrieron a su lado. Miranda llegó primero y le puso dos dedos en el cuello para tomarle el pulso.

En cuanto tocó a la mujer, esta se sobresaltó y abrió los ojos.

—¡*Meu Deus*! —Se llevó una mano al pecho y un papel cayó al suelo.

Miranda soltó un suspiro de alivio mientras estudiaba a la mujer para ver si algo andaba mal. Gracias a Dios no tenían un cadáver entre manos.

Era una figura imponente, con un aire a lo Ava Gardner. Con un vestido entallado de color azul zafiro y una gruesa banda de plata ornamentada alrededor del cuello, irradiaba poder. Si a eso se añadían unas cejas pobladas y expresivas, una piel olivácea perfecta y un brillante pelo lacio y negro recogido en un moño, parecía del tipo que podía ser francamente intimidante. Pero en ese momento, sus ricos y exóticos ojos estaban llenos de ansiedad y rodeados de ojeras, probablemente por la falta de sueño.

Parecía muerta de miedo.

—Lo siento —dijo Miranda—. Pensé que podrías estar…

La mirada de la mujer pasó de ella a Parker y esbozó una sonrisa preocupada.

—Wade. Estás aquí.

—Sí, ya llegamos, Tía —corrigió él mientras rodeaba el escritorio.

Tía tomó las dos manos de él entre las suyas y lo acercó para darle un beso en la mejilla.

Miranda hizo una mueca. Ciertamente era muy amigable.

La mujer se volvió hacia ella.

—Y esta debe de ser tu nueva esposa.

—Sí. Ella es Miranda. Miranda, te presento a Portia Domínguez.

—Eres tan formal, Wade. Por favor, llámame Tía. —Su voz era grave y cálida, con un marcado acento exótico. Tomó la mano de Miranda y se la apretó como si fuera una amiga perdida hace mucho tiempo—. Bienvenida a Campos do Flores, Miranda. Y felicidades atrasadas por tu boda.

—Gracias.

—Me alegro tanto de que ambos estén aquí. Estoy tan aliviada. —Su mirada se desvió hacia el suelo—. Parece que llegaron justo a tiempo.

Miranda se agachó y recogió el trozo de papel que había caído del regazo de Tía. Era una carta hecha con palabras recortadas de un periódico. Debía de estar en portugués. No entendía ni jota.

Parker le quitó el papel y lo leyó. Sus ojos se ensombrecieron.

—*Morirás pronto* —tradujo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Miranda al oír esas palabras.

Tía se pasó una mano por la cara.

—Ana, una de mis empleadas, la trajo con el correo de esta mañana. Debo haberme desmayado al leerla.

Miranda no la culpaba. Era verdaderamente espeluznante. Tomó el sobre que había sobre el escritorio.

—¿Vino en esto?

Tía asintió.

—Sí.

Sin matasellos. Sin remitente ni identificación de ningún tipo. Parker entornó los ojos al estudiarlo y ella supo que estaba pensando lo mismo. La había enviado alguien de la zona.

Tía tomó una pequeña llave de su escritorio, se levantó con elegancia y cruzó la habitación hasta un gabinete. Abrió un cajón con la llave y sacó más papeles.

—La carta que recibí hoy es la tercera. Aquí están las otras dos. —Se las entregó a Parker.

La expresión de él se ensombreció aún más al leerlas.

—*Si sigues adelante con eso, te mataré.* —Le pasó el primer papel a Miranda—. *Sé lo que estás…*

—*Planeando* —ayudó a traducir Tía—. *Sé lo que estás planeando y si sigues adelante con ello, pronto estarás muerta. No avises a la policía.*

—¿Y lo has hecho?

—¿Contactar a la policía? —La mujer negó con la cabeza, y las arrugas de preocupación se acentuaron en su frente—. No. No me atrevo.

—¿Tienes alguna idea de quién puede haberte enviado esto, Tía? —preguntó Parker.

—Sé exactamente quién lo envió, Wade. Rico.

—¿Tu marido?

Tía cerró los ojos como si sintiera dolor.

—Él es mi marido solo de nombre ahora. Estamos separados.

—Siento oír eso. ¿Cuánto hace?

—Tres años ya. Rico abrió una agencia de modelos en Río de Janeiro. Las principales agencias de modelos están en São Paulo, pero Rico abrió la suya en Río, pensando que podría vencer a su competencia. Supongo que le funcionó. Ahora pasa su tiempo allí.

Miranda le lanzó una mirada cautelosa a Parker.

—¿Cómo pudo enviar esta carta si está en Río? No hay matasellos.

Con aspecto desconcertado y cansado, Tía negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero Rico vuelve de vez en cuando para supervisar el complejo turístico y ver a las niñas.

Las dos hijas.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí?

Se llevó una mano a la mejilla mientras trataba de recordar.

—Cerca del final del verano. A finales de marzo. Hace más de tres meses.

¿Verano? Ah, sí. Estaban al sur del ecuador.

—De acuerdo. —Miranda señaló las cartas—. ¿Por qué estás tan segura de que son de tu marido?

—La última vez que Rico estuvo aquí —en marzo— no le gustaron algunos de los cambios que yo había instituido en el complejo. Estoy ampliando el spa y añadiendo más servicios. Discutimos. Me advirtió que el lugar seguía perteneciéndole y que

más me valía consultarle antes de hacer cualquier otra cosa. —Inhaló profundamente—. Y entonces inicié los trámites de divorcio. Él sabe que la propiedad del complejo me será adjudicada.

Así que ella lo dirigía, pero aún no era la dueña.

—Lo siento —murmuró Parker de nuevo.

—La única razón por la que no lo hice antes fue por las niñas. Didi —así se llama mi hija mayor— cree que la ruptura fue culpa mía. Me dice que no le presté suficiente atención. Solo busca a alguien a quien culpar. Rico era el inquieto. Se aburrió de dirigir el complejo. Y de mí. Al parecer, me estaba volviendo demasiado vieja para su gusto. Después de que fundó la compañía de modelos, descubrí que se acostaba con varias de sus clientas. Eso fue lo que realmente causó la separación.

Parker le tocó el brazo con compasión.

—Oh, Tía.

Miranda tuvo que contener el impulso de rechinar los dientes. Conocía a hombres que eran unos cretinos como ese. Había estado casada con uno, aunque él había sido un cretino de otro tipo. Pero la lejana advertencia de Parker resonó en su cabeza. *Objetividad*.

—Tendremos que probar que su esposo es quien envió estas cartas —dijo Miranda—. Pero si lo es, haremos todo lo posible para que reciba su merecido.

Vio el orgullo en los ojos de Parker, a pesar de la pena que sentía por la vieja amiga de su esposa.

—Gracias, Miranda. Me siento mucho mejor ahora que ambos están aquí.

Miranda soltó las manos de la mujer y le lanzó a Parker una mirada de «¿y ahora qué?». Él estaba examinando las cartas, sosteniéndolas con cuidado. Lo que no daría ella por tener unos levantadores de huellas dactilares de gelatina y un laboratorio.

—¿Podemos quedarnos con estas, Tia? —preguntó él.

—Por supuesto. Lo que necesiten.

Parker sacó un trozo de látex —siempre llevaba un poco en el bolsillo—, dobló las cartas con cuidado y las metió en el bolsillo de su abrigo. —Odio preguntar, Tia, pero ¿tienes algo que Rico haya dejado?

Como algo que tuviera sus huellas dactilares, pensó Miranda.

—No. Se llevó todo cuando se fue la última vez. —Se llevó una mano a la cara como si intentara borrar el recuerdo—. Esperen. Hay algo. Dejó una navaja de afeitar y nunca preguntó por ella. Debería haberla tirado, pero la guardé en un cajón. Una tontería, lo sé.

—Para nada.

Sonaba como si todavía estuviera enamorada del tipo. Otra cosa con la que Miranda podía identificarse.

—La navaja sería perfecta —dijo Parker.

—Está en la casa. Se la traeré. —Tia enderezó los hombros como si se pusiera una capa de valor y adoptó su papel de gerente del complejo—. Mientras tanto, estoy segura de que querrán refrescarse después del largo viaje. Tengo su cabaña lista.

¿Se iban a quedar aquí? ¿En una cabaña? Por otro lado, ¿dónde más se quedarían? ¿Montar una tienda de campaña en la ladera de una montaña? Miranda no había visto ningún equipo de campamento en el auto de alquiler.

—Vamos a instalarlos.

Justo cuando Tia se ponía de pie de nuevo, una sarta de frases furiosas en portugués resonó en el pasillo y una joven irrumpió en la habitación.

—Oh —dijo, deteniéndose en seco al ver a Parker y a Miranda—. No sabía que tenías gente aquí, madre.

Así que esta era una de las hijas.

La joven parecía tener poco más de veinte años, más o menos la edad de la hija de Parker, Gen. Era delgada como un lápiz y su cara bonita tenía un aspecto francamente exótico. Largos rizos rubios oscuros con reflejos rojizos, pestañas largas que enmarcaban unos ojos oscuros grandes e intensos como los de su madre. Sus labios eran carnosos y rosados y llevaba un traje pantalón color durazno brillante con muchas joyas, en un estilo elegante y moderno. Parecía que se sentiría como en casa pavoneándose con él en una de las pasarelas de su padre.

—Ana ha dejado su puesto de enfrente —informó la hija.

Tia desestimó el comentario. —Está almorzando. Didi —continuó, su acento ahora cálido por el orgullo maternal—, ellos son Wade

Parker y su nueva esposa Miranda. ¿Lo recuerdas, verdad?

Parker le extendió la mano a la joven. —Debes haber tenido tres años la última vez que te vi. Cielos, cómo has crecido.

La comisura de sus labios se curvó en una sonrisa renuente. —Lo siento. No recuerdo tan atrás.

La propia calidez de Parker chocó con la frialdad de ella. —No esperaría que lo hicieras.

—Didi —dijo Tia, tensándose con fastidio—. Wade y Miranda son investigadores privados.

Los grandes ojos oscuros de Didi se abrieron aún más. —¿Detectives? ¿Contrataste detectives para probar que mi padre te envió esas horribles cartas?

—Nos contrataron para averiguar la verdad, Didi —le dijo Parker con un aire paternal y firme.

Con los ojos ahora encendidos, Didi se giró hacia su madre. —Te dije que fue Geninho quien envió esas cartas.

—No sabemos eso, Didi.

—¿Quién es Geninho? —preguntó Miranda.

—El jardinero —explicó Tia—. Lo despedí hace más de un mes.

—Dijo que se vengaría de ti cuando se fue —insistió Didi—. Era perezoso y malvado. Sé que él está detrás de esas amenazas. ¿Y no te he dicho que no te preocupes? Es demasiado estúpido para llevarlas a cabo.

No muy apasionada por la seguridad de su madre, notó Miranda.

Parker le dedicó a la hija el tipo de sonrisa compasiva que usaba para seguirle la corriente a Gen. —Es demasiado pronto para sacar conclusiones, Didi. ¿Por qué no nos dejas hacer nuestro trabajo y ver qué encontramos?

Didi se cruzó de brazos y miró a Parker con cautela.

Tia se aclaró la garganta. —Wade tiene razón. No debemos sacar conclusiones precipitadas.

Aunque Miranda estaba bastante segura de que su nueva clienta no había cambiado de opinión sobre su marido.

—¿Cuánta gente sabe de estas cartas? —preguntó Miranda.

—Solo se lo he dicho a Didi. Ha guardado mi confidencia, ¿no es así?

—Por supuesto que sí, madre.

—Sí. Por supuesto que sí. —Tia inhaló profundamente como para zanjar el asunto—. Ahora debemos atender a nuestros nuevos huéspedes. Didi, ¿podrías mostrarles a Wade y a Miranda su *casinha*?

Miranda estaba pensando que la chica parecía que le gustaría llevarlos al borde de una montaña cuando de repente unos ladridos salvajes resonaron en el pasillo.

El sonido de patas corriendo se unió y después de otro minuto un perro apareció en el umbral de la oficina. Un alegre mestizo de pastor con las orejas alerta y erguidas.

—Guau —dijo.

Tia pasó de madre molesta a gerente molesta. —Lobo, ¿qué haces aquí? Lobo es una especie de mascota aquí en *Esquecer* —explicó—. Un perro callejero del pueblo que nos visita de vez en cuando. Pero no tiene permitido entrar. —Le dijo algo en portugués.

—Guau —dijo de nuevo, probablemente entendiendo más de lo que ella había dicho que Miranda.

Tia les dedicó a ella y a Parker una sonrisa avergonzada. —Me disculpo. Usualmente es tan obediente. Es un animal muy inteligente. —Se acercó a la puerta, pero el perro se dio la vuelta y desapareció—. ¿A dónde vas?

Con un gruñido de disgusto, salió apresuradamente al pasillo y todos la siguieron.

Cuando llegaron a la gran entrada donde estaba el escritorio de la recepción, el perro se giró y ladró de nuevo. La puerta principal estaba entreabierta y había algo tirado cerca de ella. Parecía que quería que lo vieran.

Era algo largo y delgado. ¿Una rama de árbol? Lobo la tomó con la boca y se la llevó, las uñas de perro repiqueteando contra el suelo pulido.

La dejó caer frente a ellos, moviendo la cola como si esperara una recompensa.

—*¡Meu Deus!* —Tia estaba empezando a enojarse seriamente con el animal—. Saca esa horrible rama de aquí. Sabes que no debes, Lobo.

El perro inclinó la cabeza como si se preguntara por qué ella no lo entendía.

Didi suspiró. —Yo me deshago de ella. —Extendió la mano.

—Espera —dijo Parker.

Miranda se agachó para examinar el premio de Lobo mientras Parker sujetaba al perro. La masa grisácea medía unos noventa centímetros de largo, era delgada y tenía nudos ásperos en el extremo. Había visto algo así en el laboratorio de la Agencia. Desprendía un olor extraño. Un olor familiar.

Lentamente levantó la vista hacia Parker y supo que él también veía lo que era.

Se volvió hacia su nueva clienta con angustia en los ojos. —Lo siento, Tia. Parece que Lobo nos ha traído un hueso. Y parece ser humano.

Didi chilló y Tia se apretó el pecho con ambas manos. Ambas soltaron una retahíla en portugués que Miranda no pudo entender.

—¿Qué quieres decir, Wade? —dijo Tia al fin—. ¿Cómo podría ser un hueso humano?

Miranda se levantó de su posición en cuclillas. —Me parece la tibia de alguien.

—¿Tibia? Pero por supuesto, no puede ser. —Tia parecía que podría desmayarse de nuevo.

Parker se agachó para dirigirse al animal. —Lobo. Muéstranos dónde encontraste eso. —Señaló el hueso.

El perro miró el hueso, luego a Parker. Después de solo un momento de vacilación, se dio la vuelta y salió corriendo por la puerta principal.

Todos salieron tras la criatura y, mientras bajaban a toda prisa los escalones de la oficina, Miranda tuvo la sensación de que, si Lobo era tan inteligente como Tia decía, les esperaba algo realmente desagradable.

# CAPÍTULO CINCO

Si Miranda hubiera sabido que iba a escalar montañas, habría traído equipo de senderismo. Bueno, quizá no era para tanto. Después de todo, estaba en buena forma. Y Parker estaba recuperado en un noventa y ocho por ciento de las heridas que sufrió durante su caso en el extranjero.

Aun así, subir por las empinadas colinas cubiertas de hierba a través de un terreno semiescarpado no era pan comido. El primer tramo no había estado tan mal. El perro los había guiado por un sinuoso sendero de tierra con una inclinación de quizá unos treinta grados. Luego se desvió hacia el bosque.

Todos lo siguieron bajo las ramas bajas de los abetos, jadeando, a través de la hierba alta y los helechos, y casi lo perdieron de vista un par de veces.

Debían de haber subido unos cinco o seis kilómetros cuando Miranda lo oyó ladrar en la cima de una loma. ¿Ya habrían llegado? Esperaba que el perro no los estuviera llevando a una búsqueda inútil.

Haciéndose visera con una mano, entrecerró los ojos para ver más adelante, donde el perro daba saltitos en el suelo. Se le cayó el alma a los pies. —No veo nada.

—Yo tampoco —dijo Parker a su lado, con un tono irritado, pero siguió avanzando con resignación hasta que llegaron a un lugar bajo un círculo de árboles.

Los pájaros cantaban en las frescas y verdes ramas, y el aire puro estaba impregnado del olor de la vegetación silvestre. Pero a medida que se acercaba, Miranda percibió el leve aroma de algo más.

Un olor que conocía.

Llegó al lugar que el perro señalaba con el hocico mientras gimoteaba. Miró la hierba. Nada. Y entonces vio lo que le indicaba.

El estómago se le contrajo con fuerza.

Nunca había visto uno en un estado de descomposición tan avanzado en la vida real, pero había visto muchas fotos y videos durante sus estudios. Lo que una vez estuvo unido a la masa grisácea y polvorienta había manchado el suelo: fluidos corporales que debían de haber estado supurando durante algún tiempo. La mayor parte del olor había desaparecido, pero el desagradable rastro final aún flotaba en el aire.

—Lobo, ¿por qué nos has traído aquí? —dijo Tia, molesta y sin aliento mientras subía la colina.

Didi estuvo de acuerdo. —Perro malo, Lobo. Nos has hecho perder el tiempo con tu jueguito tonto.

Miranda no podía culparlas por su mal humor. Escalar estas montañas con esos tacones altos debió de ser muy divertido para estas damas.

Pero Parker había visto lo mismo que ella. Su voz sonó severa mientras extendía un brazo para impedirles el paso. —Tia, Didi, es mejor que ambas mantengan la distancia.

—¿Por qué? Aquí no hay nada —dijo Didi, asomándose por encima del brazo de Parker para ver el montón de hierba. Por la expresión de su rostro, debió de percibir también el olor—. *Querido Deus*.

Demasiado tarde.

Parker contempló lo que quedaba del cadáver y sintió la misma punzada de consternación y vacío que siempre sentía al descubrir un cuerpo. Miranda había tenido razón sobre la tibia. Medio enterrado bajo los helechos, la hierba y las flores silvestres yacía un esqueleto. Le faltaba el hueso de la pierna.

Tia parecía que iba a desmayarse de nuevo, pero se mantuvo firme. —Wade, ¿qué vamos a hacer?

—Mantén la calma —dijo él con firmeza.

—¿Quién es esta… esta persona? ¿Por qué Rico me está haciendo esto? —hizo un gesto con la mano en dirección al hallazgo.

—¿Por qué culpas a mi padre de esto? —espetó Didi—. Lo culpas de todo.

Miranda no podía quedarse de brazos cruzados viéndolas discutir. —¿No oyeron al hombre? Mantengan la calma. Ahora den un paso atrás —se refería a que lo hicieran literalmente y extendió las manos para indicarlo—. Y respiren un minuto.

Las mujeres hicieron lo que les dijo, pero Miranda no estaba segura de qué hacer con ellas ahora.

—¿Tu propiedad se extiende hasta aquí? —preguntó Parker.

Tia asintió. —Creo que sí. Rico compró todos los terrenos que pudo alrededor del complejo.

—¿A qué distancia está la comisaría de policía más cercana?

—Tenemos una en el pueblo —dijo Tia.

—Tendremos que llamarlos, Tia.

—¿Llamar a la policía? Oh, no, Wade. No podemos.

La alarma en los exóticos ojos de la mujer le partió el corazón a Miranda.

Tia volvió a mirar la espesura donde Lobo seguía gimoteando y se llevó una mano a la cara. —Sí, tienes razón. Supongo que tendremos que hacerlo. Chico, el *inspetor* Gaspar es amigo de la familia.

—Yo lo llamaré —se ofreció Didi—. Tendré que bajar a la oficina. Aquí no hay cobertura de celular.

Tia apretó la mano de su hija, con los ojos llenos de lágrimas a causa del estrés. —Gracias, *anjinho*.

La expresión de Didi se suavizó y se quedó un momento más, sosteniendo la mano de su madre. —De nada, *mamãe*. Vamos, Lobo.

Didi la soltó y bajó la colina con el perro.

—Puedes ir con ella, Tia —le dijo Parker con compasión en la voz.

Ella enderezó los hombros y negó con la cabeza. —No, Wade. Soy la representante del complejo. Me quedaré.

Él se giró hacia Miranda y le dirigió una mirada firme. —¿Por qué no le buscas un sitio a Tia para que se siente?

—Claro.

Miranda buscó por los alrededores y finalmente encontró una roca en un lugar bastante llano para que se instalaran un rato. Tia se sentó en ella y Miranda se sentó a su lado. Por suerte, había una vista de parte del pintoresco pueblecito alpino que se extendía abajo, y pudo acribillar a la mujer con preguntas para distraerla.

Le costaba resistirse a mirar por encima del hombro para ver a Parker, pero sabía lo que estaba haciendo: reuniendo sus propias pruebas antes de que llegara la policía.

# CAPÍTULO SEIS

Resultó que Parker tuvo tiempo de sobra. El *Inspetor* Chico Gaspar tardó casi dos horas en llegar con su compañero, un oficial flacucho y de aspecto apocado llamado Franco, que parecía joven, nervioso y definitivamente inexperto.

Gaspar, por otro lado, parecía tener casi cincuenta años. Era alto y corpulento y vestía un buen traje italiano, aunque tenía algo de barriga, probablemente por beber demasiada cerveza alemana en el pueblo. Con el pelo oscuro y ralo, que sin embargo se había hecho peinar, parecía más molesto por la posibilidad de que su ropa elegante se arrugara que por el descubrimiento de un cadáver en la montaña.

Después de que él y Tia se saludaron con besos en la mejilla, él y el *Agente* Franco se acercaron para examinar los restos. Tardaron otra media hora antes de que se acomodaran, prepararan su equipo y se pusieran a trabajar. Durante otros cuarenta y cinco minutos tomaron fotos, recogieron muestras y parlotearon entre ellos en portugués.

—Definitivamente humano —dijo Gaspar con un gruñido cuando por fin se levantó de su posición en cuclillas—. Masculino, a juzgar por el hueso pélvico. Y por la osificación, de al menos treinta y tantos años.

Miranda había llegado a la misma conclusión.

—¿Cuánto tiempo cree que lleva aquí? —preguntó Parker.

Sabía la respuesta. Estaba poniendo a prueba al hombre para ver qué tan bueno era.

Gaspar inhaló por la nariz mientras reflexionaba sobre la pregunta. —Está en la etapa seca, así que al menos un mes. Por el olor, diría que menos de seis.

Y por la longitud del pelo enmarañado en el cráneo, pensó Miranda. Nada mal.

Al advertir la conversación, Tia se acercó, con los brazos apretados alrededor de la cintura. —Chico, ¿quién era este hombre?

—Quizá un excursionista local. No tenemos reportes de nadie desaparecido en los últimos seis meses. No quedan prendas de vestir que lo identifiquen. Ni billetera, ni anillos, ni otras joyas o marcas distintivas. Solo tenemos las muestras que hemos recogido.

—Sufrió una buena herida en la nuca —intervino el joven compañero.

Gaspar le lanzó una mirada dura. Se suponía que no debía contarle lo bueno a los civiles. Pero esa herida era otra cosa que Miranda había notado mientras los veía trabajar. Parker también.

Los ojos de Tia se desorbitaron. —¿Crees que fue asesinado, Chico?

El hombre corpulento se encogió de hombros. —No puedo decírtelo con certeza, Tia. Llevaremos los restos a nuestra oficina. Pero como bien sabes, somos pequeños. Tendremos que enviar las muestras a un laboratorio en São Paulo.

—¿Cuánto tiempo tardará eso?

Se encogió de hombros de nuevo. —Podrían ser semanas.

Tia emitió un gemido de asombro y se llevó la mano a la garganta. Probablemente pensaba que para entonces ella misma podría estar muerta.

No si Miranda podía evitarlo.

—Chico, Miranda y Parker son investigadores privados de los Estados Unidos —a petición de Parker, ella había omitido ese pequeño detalle cuando los había presentado.

Gaspar observó a Parker y luego a Miranda. El reconocimiento ardió en sus ojos oscuros y de cejas pobladas. —Ah, ahora recuerdo dónde los he visto antes. En la *televisão*. En el cable de la BBC. Estuvieron en Londres hace un tiempo, ¿no? Resolvieron un caso de asesinato allí. ¿Estoy en lo cierto?

—Acertó —dijo Miranda con evidente desdén.

—*Inspetor* Gaspar —dijo Parker—. Estaríamos más que encantados de ofrecerle nuestros servicios para ayudarlo con este

caso.

La comisura de los labios de Gaspar se crispó y soltó una risita mientras negaba con la cabeza. —Muchas gracias por su amable oferta, *Senhor* Parker. Pero nuestra pequeña oficina se las arreglará sin ayuda de gente de afuera. Tia no puede permitirse la publicidad —le tomó las manos—. Mantendremos este incidente tan en secreto como podamos.

—Gracias, Chico —dijo Tia, mirándolo desconcertada por su respuesta.

—Ahora, si nos disculpan —Gaspar se giró e hizo un gesto a su compañero, y bajaron la colina, haciendo arreglos para que se llevaran el cuerpo.

Mientras Miranda los veía irse, supo que no era la mala publicidad lo que preocupaba a Tia. Era si este cuerpo había sido una víctima del autor de esas amenazas de muerte.

###

Los santos debían de estar con él.

O tal vez fue solo buena suerte lo que le hizo darse la vuelta y notar al grupo de intrusos mientras subían penosamente la colina, con el perro sarnoso a la cabeza.

Se había refugiado entre los árboles. En su lugar favorito. El lugar secreto al que había venido de vez en cuando a observar. A mirar hacia abajo, al otro lugar. El lugar al que el perro los había conducido. El lugar donde el hombre de abajo había exhalado su último aliento.

Lo había observado desde este pequeño santuario, escondido entre los árboles y las enredaderas más espesas. Visitaba la escena de vez en cuando solo para ver cómo estaba, por así decirlo.

Lo vio ponerse azul, ponerse rígido y, más tarde, las moscas descender sobre él y comenzar a alimentarse y a poner huevos hasta que estuvo cubierto de ellas. Lo vio hincharse como un globo gordo y cubrirse de espuma. Y luego, poco a poco, lo vio desaparecer hasta que no fue más que hueso, pelo y piel acartonada.

Y cada vez la visión había sido aún más gratificante que la anterior. Intensamente satisfactoria. Se había merecido cada

momento de ese final putrefacto y podrido. Verlo fue lo más satisfactorio que había experimentado en toda su vida.

Pero claro, aún no le había hecho a Tia lo que planeaba.

Le empezó a doler la cabeza al pensar en el hombre y la mujer que ella había traído consigo hasta aquí.

¿Detectives de Estados Unidos? Él también los reconoció de la *televisão*. Especialmente a la mujer.

¿Así es como respondes a mis notitas de amor, Tia? Oh, tendrás que pagar por eso. ¿Y ahora la *polícia*? ¿Cuando te dije que no los contactaras?

No es que le preocupara la *polícia* en este asunto.

No lo encontrarían. Nunca descubrirían qué le había pasado al hombre de abajo ni quién era. No le preocupaba en lo más mínimo que lo descubrieran. El pensamiento lo calmó. Y, para estar seguro, no había señales de que Tia le hubiera mostrado sus cartas a la *polícia*.

Pero eso no significaba que la perdonaría. Significaba, en cambio, que tendría que idear un final aún más apropiado para ella.

Se ajustó la mochila y se giró para desaparecer más adentro de los espesos árboles, pero se detuvo para mirarla una última vez.

Sí, Tia. Oh, sí. Pagarás. Y también esos detectives.

# CAPÍTULO SIETE

—Sé que acabo de conocerla, pero no soporto ver por lo que está pasando tu amiga. —Miranda caminaba de un lado a otro por el brillante piso de madera de su *casinha,* la cabaña que Tia les había asignado.

Tan grande como algunas casas, el lugar era un enorme espacio abierto, con cocina completa, sala de estar, un dormitorio con vestidores y una bañera hundida en el baño. Todo estaba decorado en tonos rústicos y boscosos, y había muchas ventanas que mostraban más vistas estupendas del majestuoso paisaje.

Aunque el recuerdo de aquel esqueleto en la montaña le quitaba un poco el encanto a la parte majestuosa.

—A mí también me cuesta verla así —dijo Parker. Estaba de pie al otro lado de la sala, sacando con cuidado las cosas que traía en los bolsillos y colocándolas sobre la mesa de centro—. Tia siempre ha sido una persona muy cálida y cariñosa. No se merece esto.

Nadie se lo merecía.

Miranda se acercó y bajó la mirada hacia lo que Parker estaba extendiendo sobre la mesa.

Las cartas amenazantes. El neceser de cuero negro de Rico que Tia les había traído. Un poco de pelo y piel seca del cadáver del bosque. Las muestras que Parker había tomado del cuerpo antes de que llegara la policía.

Se le erizó la piel. —¿Qué hacemos con esto?

—Envolverlo y enviarlo a un laboratorio que sabemos que entrega los resultados más rápido que el de São Paulo.

Se refería al laboratorio de la Agencia Parker. Incluso eso podría tardar demasiado. ¿Quién sabía cuándo atacaría el lunático que escribió esas cartas? Se pasó una mano por el cabello.

Parker captó la duda en su gesto. —¿Tienes una idea mejor?

Ella se encogió de hombros. —La verdad es que no. —El laboratorio de la Agencia era su mejor opción—. Pero es domingo. El paquete no saldrá hasta mañana.

—Tia me dio el nombre de un amigo que es mensajero especial.

—¿Ah, sí?

—Tiene un avión privado y puede volar a São Paulo para asegurarse de que el paquete salga en un vuelo a Atlanta esta misma noche.

Qué alivio. Tal vez sí que tenían una oportunidad. —A eso le llamo yo correo exprés.

—Sí. Tendremos que ir al pueblo para encontrarnos con él.

—Está bien.

La estudió un largo momento, luego cruzó el piso, le tomó el rostro entre las manos y presionó su boca contra la de ella.

A ella le dio vueltas la cabeza y la habitación se inclinó ante la pura potencia de su beso repentino. Se deleitó con el roce de sus labios, su lengua, su embriagador aroma, la sensación de sus brazos duros y musculosos mientras pasaba las manos por el saco de su traje. Le devolvió el beso con fuerza, imaginando por un momento que habían venido a este lugar encantador para una escapada romántica en lugar de un caso con amenazas de muerte y un esqueleto en el bosque.

Pero no era así.

Rompió el beso y se apartó con una media sonrisa. —¿Y eso por qué?

—¿No puedo hacerle saber a mi esposa cuánto la amo?

Su media sonrisa se convirtió en una completa. —Cuando quieras.

La atrajo hacia él de nuevo, sus labios viajaron seductoramente hasta su oído. —¿Alguna vez desearías que pudiéramos vivir una vida normal, Miranda? —murmuró.

Ella soltó una risita. —¿Vida normal? ¿Qué es eso?

—Desayunar en casa, leer el periódico, pasear por el parque.

—Hacemos eso.

—No con la suficiente frecuencia. —Le pasó una mano por el cabello—. Has visto demasiada muerte últimamente.

Se puso rígida. Ahora entendía a lo que quería llegar. Estaba empezando a preocuparse por ella de nuevo.

Entendía sus preocupaciones. No hacía mucho que había perdido a Sylvia por un cáncer de ovario y, de joven, había perdido a su primer amor en un brutal asesinato. Tenía miedo de que ella corriera la misma suerte y él se quedara solo otra vez. Y, bueno, también estuvo a punto de perderla a ella hacía un tiempo.

Pero eso no significaba que fuera a quedarse en casa sentada y dejar que hombres como Rico Dominguez —o quienquiera que estuviera enviando esas amenazas de muerte a Tia— se salieran con la suya.

Se aclaró la garganta y volvió a la mesa de centro. —¿Entonces quieres ir al pueblo y entregarle esto al mensajero de inmediato?

A su espalda lo oyó respirar lenta y pacientemente. —En cuanto nos aseemos un poco —dijo él.

Ella soltó el aire que contenía, contenta de que él dejara ese otro tema.

—Podemos almorzar si te apetece.

El hambre de su escalada en la montaña superaba las náuseas de ver aquellos huesos mohosos. —Me apetece comer.

—Echaremos un vistazo a ver si podemos hacernos una idea de quién más podría haber enviado esas amenazas de muerte.

Miranda se puso las manos en las caderas. —¿No crees que las cartas y el cadáver están relacionados?

—No podemos darlo por hecho.

—Tampoco podemos descartarlo.

—No, pero las cartas tienen que ser nuestro objetivo principal.

Al menos por ahora. Se alejó de la mesa de centro. —A primera vista, parece que el proceso de divorcio de Tia y su reclamación sobre el complejo turístico son el motivo de las amenazas de muerte. Si el marido de Tia fuera lo suficientemente violento, podría haber matado a alguien y haberlo dejado en el bosque para darle mala publicidad al complejo, como mencionó el inspector Gaspar.

Parker se frotó la barbilla pensativamente.

—La mala publicidad obliga a Tia a entregar la propiedad, y entonces él reabre bajo una nueva dirección.

—Es una posibilidad. O el cuerpo podría ser simplemente una trágica coincidencia.

Miranda se apretó el talón de la mano contra la frente. —Tienes razón. Al tipo del bosque podría haberlo matado cualquiera. Un huésped descontento, tal vez. Pudo haber sido alguien que primero pasó por el spa. Excepto que…

—No se ha denunciado la desaparición de nadie, según el *Inspetor* Gaspar.

—Deberíamos investigar a ese tipo, Rico.

Parker asintió y fue al pequeño escritorio de roble para sacar su computadora portátil. —Voy a configurar algunas búsquedas para que se ejecuten mientras estamos fuera. Imagino que el wifi es lento a esta altitud, pero tendrá que servir. —Comenzó a conectar la máquina—. ¿Por qué no empiezas tú en el baño?

—Claro. —Tomó una bolsa y cruzó la habitación—. No tardaré.

Tras cerrar la puerta de la elegante habitación de azulejos, que era casi tan grande como el baño principal de la mansión Parker, Miranda sacó su teléfono.

Pensó en aquellas cartas. «*Morirás pronto*», decía una de ellas. Y la otra, «*Sé lo que estás planeando*». Sonaba un poco como los mensajes de texto que ella había estado recibiendo últimamente.

Marcó el número de Becker. Seguramente habría hecho algún progreso para averiguar quién los había enviado. Pero después de cuatro timbrazos, su llamada se fue al buzón de voz.

Le envió un mensaje de texto. —¿Algún progreso con nuestro secretito?

Esperó un minuto. Luego otro. Nada.

Con un gruñido, se desnudó, se metió en la bañera y se quitó el sudor y la suciedad de la montaña. Luego se secó y se puso unos jeans limpios y una camiseta con cuello de pico.

Limpiando el vaho de la pantalla de su teléfono, lo miró fijamente. Seguía sin respuesta. Era fin de semana. Becker probablemente estaba con Fanuzzi y los niños. O planeando ese viaje a París. Cielos.

Tendría que intentarlo de nuevo más tarde.

Frustrada, volvió a meterse el teléfono en el bolsillo y salió para ayudar a Parker a empaquetar aquella asquerosa evidencia.

# CAPÍTULO OCHO

El pueblo de Campos de Flores estaba enclavado en un valle, con los picos circundantes salpicados de arbustos espinosos, pinos y unos árboles de aspecto curioso que a Miranda le recordaban a paraguas al revés. El aire fresco tenía ese aroma a campo que combinaba con el ambiente mágico y de cuento de hadas del lugar.

Tejados altos y puntiagudos se aglomeraban sobre edificios encalados con un entramado de vigas oscuras. El lugar entero parecía hecho de pan de jengibre. Y pensar que, en su casa, en Atlanta, era verano.

Qué extraño estar al otro lado del ecuador.

Miranda miraba por la ventanilla del asiento del copiloto mientras Parker maniobraba por las calles extrañamente entrecruzadas de la pequeña aldea. Vio hileras de tiendas con pequeños tejados de tejas sobre sus fachadas y, a lo largo de la acera, una fila de mesas y sillas para clientes que conversaban, leían o jugaban juegos de mesa. Aunque las calles estaban concurridas, se percibía una sensación de tranquilidad.

—Parece un lugar muy relajado —dijo.

Parker asintió.

—Brasil es conocido por su ambiente relajado. Eso lo convierte en un destino turístico popular.

—Supongo que sí. Eso significa que la gente de aquí podría ser de cualquier parte. Podrían venir por un día e irse al siguiente. Como nuestro excursionista en el bosque.

—Exacto.

Y a pesar de lo que pensaba Tia, cualquiera de las personas con las que se cruzaban por la calle podría ser el asesino. O el remitente de esas cartas amenazantes.

Soltó el aire. Nada como un buen desafío.

Parker encontró un lugar para estacionar el auto y caminaron hasta un atractivo restaurante-*pub* y entraron.

Como era de esperar, tenía una decoración tan alemana como el propio pueblo. Las paredes estaban revestidas con estantes de madera oscura que sostenían jarras de cerveza elegantemente talladas de todas las formas y colores imaginables. El aire estaba lleno de una animada música alpina que daba ganas de cantar a la tirolesa, y los extraños y deliciosos olores que venían de la cocina hacían que se te hiciera agua la boca.

No estaba tan concurrido como Miranda había esperado, y encontraron al mensajero en la barra, tomando una taza de café cargado. Era un hombre de complexión delgada y pelo canoso que parecía tener unos cincuenta y tantos años.

—Tomando fuerzas antes de subir al pájaro —dijo, refiriéndose al viaje en avión que estaba a punto de hacer, mientras les estrechaba la mano.

Parker le entregó el paquete.

—Le agradecemos que haga esto, señor…

—Llámenme Max. Es el diminutivo de Maximilian. —Sus ojos brillaron con amabilidad.

—Max, entonces —le devolvió la sonrisa Parker.

«Es difícil acostumbrarse a la falta de apellidos», decidió Miranda.

—Lo que sea por Tia. Ella ayudó a mi familia hace unos años cuando estábamos en una situación desesperada. Es una gran dama.

—Sí, lo es.

Max los observó a ambos con atención.

—No me dio los detalles de esta misión. Solo puedo confiar en su juicio sobre ustedes.

—Le aseguro, Max —dijo Parker—, que estamos aquí para ayudar. Mi primera esposa y yo éramos buenos amigos de Tia y su familia hace años.

Max asimiló esa información mientras se terminaba el café. Se puso de pie.

—Entonces, con eso tendrá que bastar. Siento no poder quedarme a charlar más. El deber me llama. —Señaló el paquete

que ahora llevaba bajo el brazo.

—Gracias de nuevo —le dijo Parker.

—Si algo anda mal cuando regrese, tendrán que responderme a mí.

Parker reprimió una sonrisa.

—Muy bien.

Max asintió a modo de despedida, cruzó rápidamente el restaurante y salió por la puerta.

—Es bueno saber que alguien cuida de Tia —le susurró Miranda a Parker—. Y parece de fiar.

—Esperemos que sí.

Encontraron una cabina rústica en un rincón oscuro contra la pared y Parker pidió el almuerzo. Después de unos minutos, un camarero trajo una comida de aspecto elegante con nombres exóticos que se traducían en buñuelos de bacalao y trucha a la parrilla. Una guarnición de papas pequeñas y verduras de aspecto extraño completaba el plato.

Miranda dio un bocado y gimió de placer. El pescado debía de haber sido capturado en un arroyo local. Sabía tan fresco como el aire de la montaña. Con el apetito recuperado, devoró el plato.

Al terminar la comida, se quedaron sentados, acompañando el festín con una robusta cerveza oscura no muy diferente a la cerveza favorita de Parker en casa. Miranda estudió a la clientela.

Frente a ellos se sentaba una familia con tres niños que devoraban platos repletos de salchichas y papas. Al otro lado había una pareja de ancianos de pelo canoso que parecían tan absortos el uno en el otro que debían de estar en su segunda o quizá tercera luna de miel. En un rincón lejano, una mesa de jóvenes reía y charlaba ruidosamente. Universitarios, lo más probable.

Todos parecían turistas. Inocentes como un recién nacido. Al menos, en apariencia.

—¿Percibes alguna vibra, Parker? —preguntó ella.

—En realidad, no.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa de madera y miró a través de la ventana de paja hacia el pico de la montaña donde se erigía el majestuoso *Esquecer*.

—No deberíamos haber dejado a Tia sola.

—Me ofrecí a quedarme en el hotel. También me ofrecí a enviar un guardia capacitado de la Agencia. Se negó. Dijo que no viviría su vida con miedo.

—Una mujer valiente. Y terca.

Él le lanzó una mirada de reojo.

—Un poco como alguien más que conozco.

Ella arrugó la nariz y se llevó el último bocado de trucha a la boca.

—Creo que Tia estará bien por unas horas. Dijo que espera que lleguen bastantes huéspedes esta tarde para el Festival de Invierno local.

Miranda frunció el ceño mirando por la ventana.

—No hay nieve en las montañas.

—Es un festival de música.

—¿Bandas en vivo?

—Músicos clásicos. Algunos de los mejores en el campo vienen a enseñar a jóvenes estudiantes y a dar conciertos.

Miranda se encogió de hombros. La música clásica no era lo suyo.

—Supongo que el evento mantendrá a Tia ocupada.

—Y con suerte, mantendrá a raya a nuestro escritor de cartas.

Sí.

Se terminó la cerveza y estaban a punto de irse cuando se oyeron vítores y silbidos de varios jóvenes en la barra.

Desde el hueco de la entrada, otro joven entró en el lugar con el contoneo de un capitán de barco. Llevaba pantalones negros, una camiseta ajustada de color rojo y verde brillante que dejaba ver unos músculos ondulantes en el pecho y los brazos, y una cinta roja en la cabeza que sujetaba unos largos rizos rubios. Estaba sudado y parecía que acababa de hacer ejercicio.

—¡Joca! —gritó uno de los hombres en la barra mientras lo abrazaba, mientras los otros chocaban las manos en el aire y le daban palmadas en la espalda.

Comenzaron a parlotear en portugués.

—Déjame adivinar —le dijo Miranda suavemente a Parker—. ¿Jugador de fútbol local?

—O *futebol*, como lo llaman aquí.

Mientras observaban a alguien darle una cerveza al tipo, la puerta se abrió y otra persona entró en la sala.

Miranda se tapó la boca con la mano para no gritar de la sorpresa mientras la joven delgada de largos rizos rubios oscuros se acercaba al futbolista y dejaba que él le pasara un brazo por los hombros.

Era Didi.

Se había cambiado a ropa informal. *Jeans* y un bonito top. Unas costosas botas de piel de cocodrilo en los pies.

El tipo, cuyo nombre parecía ser Joca, pidió otra cerveza para ella, hizo otra ronda de apretones de manos con los chicos, y luego la llevó a una cabina justo al lado de ellos. Algo en su comportamiento le dio a Miranda una mala espina.

Se acercaron mucho. Miranda contuvo la respiración, pero Didi se deslizó en su asiento de espaldas a ellos. No los había reconocido. Uf.

Los dos comenzaron a hablar.

# CAPÍTULO NUEVE

Miranda observó el rostro de Parker mientras este se esforzaba por descifrar la conversación. Él era bastante bueno leyendo los labios, ¿pero en portugués?

—Están hablando del partido —dijo él en voz muy baja—. El equipo local ganó por un pelo… uno a cero… Joca anotó el punto de la victoria y parece estar muy orgulloso de ello.

Ella podía notarlo por la forma en que él hablaba. Arrogante, con el pecho inflado, todo girando a su alrededor. Ya conocía a los de su tipo.

Él tomó las manos de Didi entre las suyas y se las besó.

—Le está diciendo que ella le trajo suerte. Que le hubiera gustado que estuviera allí durante todo el partido. Pero ella dijo que su madre la necesitaba.

Didi dijo algo demasiado bajo como para oírlo, y entonces Joca se inclinó hacia adelante y le dio un toquecito en la nariz.

El rostro de Parker se endureció.

—¿Qué le dijo?

—Que cuando estén casados, ya no tendrá que recibir órdenes de su madre.

¿En serio?

Didi se puso de pie. Parecía molesta.

—Le está diciendo que tiene que volver al resort.

Al menos no dejaría a su madre sola por mucho tiempo.

Joca negó con la cabeza y se recostó en su asiento, bebiendo de su cerveza. Se echó sus rizos rubios por encima del hombro con un encogimiento.

—Creo que dijo el equivalente a «haz lo que quieras».

«Qué buen tipo», pensó. —¿Quién es este sujeto, Parker? ¿Crees que Tia sabe que Didi está saliendo con él?

—Tendremos que preguntarle.

Si Tia no lo sabía, enterarse por dos detectives que no le caían bien a Didi, le sentaría de maravilla, pensó Miranda, mientras la hija mayor salía por la puerta.

Ella y Parker se quedaron sentados, observando al tipo egocéntrico beber su cerveza lentamente durante un rato. Probablemente pensando en lo maravilloso que era. Luego sacó su celular y empezó a teclear. Al cabo de un rato, una gran sonrisa se dibujó en su rostro de atleta. Salió del reservado y se dirigió a la puerta.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Miranda.

Parker asintió y se levantó. —A seguirlo.

# CAPÍTULO DIEZ

Las aceras estaban abarrotadas, lo que facilitaba pasar desapercibido, pero dificultaba seguirle el paso al futbolista superatlético.

«Esa zancada larga debe de servirle mucho en la cancha», pensó Miranda mientras se abría paso entre mesas de jugadores de ajedrez, jóvenes que enviaban mensajes de texto y ancianos que discutían por una cosa u otra.

Haciéndose pasar por turistas perdidos, ella y Parker caminaron tras él, siguiéndolo al otro lado de la calle y por otro callejón. En la esquina más lejana, se metió en otro pub.

«Gretchen's», se leía en el caprichoso letrero sobre la puerta. Otro ejemplo del diseño bávaro-brasileño.

Esperaron un par de segundos para recuperar el aliento y luego Parker le sostuvo la puerta para que entrara y Miranda pasó al interior.

Este establecimiento estaba decorado con coloridas lámparas de estilo Tiffany y jardineras en las paredes debajo de ventanas falsas. La música era suave y la barra estaba reluciente.

No había mucha gente dentro y Miranda estaba segura de que Joca los vería. Pero no, su atención ya estaba centrada en una de las camareras.

Una mujer de pecho generoso y espeso cabello rubio recogido en lo alto de la cabeza le llamó la atención y le guiñó un ojo al deportista. Llevaba puesto un traje del Oktoberfest. Un delantal, un chaleco de cintura ajustada con los cordones tan apretados que sus pechos casi se salían de la blusa fruncida.

Joca se estaba deleitando la vista, y a la mujer no parecía importarle.

La mujer tomó una jarra de cerveza y tiró de una palanca para llenarla antes de dejarla frente a él. Mientras lo hacía, él la agarró de la mano y la atrajo hacia sí. Antes de que pudiera apartarse, le plantó un beso en la mejilla.

Ella se rio y lo apartó con su paño de limpieza.

Miranda oyó la palabra *clientes* y pensó que le estaba diciendo que tenía que volver con sus otros clientes. Pero, en lugar de eso, la camarera se quedó, mirándolo fijamente a sus seductores ojos de futbolista.

Miranda esperó a que Parker hiciera algo y se impresionó cuando él, audazmente, tomó asiento en la barra, a solo unos pocos taburetes de Joca.

¿Por qué no? Joca no sabía quiénes eran. Ella se deslizó en el taburete junto a él y Parker pidió dos cervezas a otro camarero, un tipo vestido con *lederhosen* y un sombrero de fieltro verde con una pluma amarilla.

«Tenían una temática coherente», pensó, echando un vistazo por encima del hombro de Parker a la pareja que seguía haciéndose ojitos.

La rabia le revolvió el estómago. Notó la irritación en la mandíbula apretada de Parker. Ambos odiaban a los infieles. Especialmente a los que engañaban a gente que conocían. Pobre Didi.

Parker conversaba de trivialidades sobre algún museo local mientras sorbían las cervezas que ninguno de los dos quería y escuchaban a Joca y a «Gretchen», o como se llamara, reír y coquetear.

Parker no podía traducir allí, pero no era necesario. Era bastante obvio lo que se traían entre manos. Miranda se sintió como si estuviera viendo una de esas telenovelas en idioma extranjero del cable. La pareja parloteó alegremente durante varios largos minutos hasta que Gretchen se inclinó y Joca le susurró algo al oído que la hizo esbozar una gran sonrisa.

—*Abundante* —dijo él.

—*Abundante*, a*bundante* —repitió la camarera, risueña.

La mirada de Parker se encendió. Miró su reloj.

—Mira la hora. Si no nos apuramos, nos perderemos la exposición —lanzó unas monedas sobre la barra y la acompañó hacia la salida.

—Espera un momento —susurró ella, sacando el teléfono del bolsillo—. Posa para mí.

Captando la idea al instante, Parker retrocedió, se apoyó en una viga de estilo alpino y se cruzó de brazos. Su cara decía «acaba de una vez», pero ella no necesitaba capturar eso.

Estabilizó la cámara, enfocó el lente en la pareja que coqueteaba y tomó la foto justo cuando sus labios se unieron.

Habría sido perfecto si el flash no hubiera llamado la atención de Joca. Él giró la cabeza y la fulminó con la mirada.

Ella se dio la vuelta y agarró a Parker del brazo.

—Tendremos que enviarle esa a mamá —rio mientras salían del pub.

Ya en la calle, Miranda se le quedó mirando.

—¿Qué fue todo eso de «*abundante*»? —preguntó.

—Salgamos de aquí.

Parker esperó hasta que estuvieron al otro lado de la calle y a mitad del siguiente paseo para responder a su pregunta.

—Joca y la mujer de la barra al parecer tienen algún plan para usar a Didi para hacerse ricos.

Ella se detuvo en seco.

—¿Qué?

La mirada de él recorrió la acera, los holgazanes en la infinidad de mesas.

—No podemos hablar aquí. Vayamos al auto.

###

A salvo dentro del BMW, Miranda se volvió hacia él.

—Bueno, entendí la idea general de las travesuras de allá adentro, pero ¿qué detalles escuchaste? Desembucha, Parker.

Sentado en el estacionamiento, Parker agarró el volante, con el rostro todavía duro como el hierro.

—Joca dijo: «Ya la tengo comiendo de la palma de mi mano».

—¿A ella? ¿A Didi?

Él asintió.

—Al parecer.

—¿Y esa última parte? *Abundante*.

—*Abundante* significa rico, con mucho dinero.

—¿Rico?

—Él y la camarera parecían estar planeando una forma de enriquecerse.

Y eso implicaba tener a Didi comiendo de la palma de su mano.

—Está planeando usarla, Parker.

—Eso parece.

Ella pensó en eso.

—Suena a que está tratando de obtener el control de la propiedad del resort.

—Eso podría ser muy posible.

Miranda sintió que las cejas se le disparaban.

—¿Qué va a hacer? ¿Casarse con Didi por su dinero y desviar las ganancias del resort a la novia?

—Ese podría ser su plan. Hasta que se canse de ella. —Parker conocía a ese tipo de hombres tan bien como ella.

Su mente empezó a acelerarse.

—¿Crees que esa sea la motivación? ¿Para las cartas?

Parker permaneció en silencio un buen rato, sus ojos grises se oscurecieron mientras miraba por el parabrisas, contemplando la posibilidad.

Nerviosa, Miranda comenzó a buscar explicaciones desesperadamente.

—Quizás no tiene la intención de matar a Tia. Solo quitarla del camino. Tal vez está usando las amenazas para asustarla. Hacer que deje Campos do Flores y ponga el resort en manos de Didi.

Parker se frotó la barbilla.

—Posiblemente. O simplemente para ver si Tia puede ser intimidada.

—Para que él pueda intervenir y actuar como su protector y, con el tiempo, ella le dé el control del lugar.

Parker pareció contenerse.

—Todo esto son conjeturas. Lo único que sabemos es que él tiene lo que parece ser una relación paralela con la camarera y un

plan con ella para hacerse rico.

—Que involucra que Didi «coma de la palma de su mano». —No estaban planeando un negocio por internet.

—Sí. —Parker de pronto pareció agotado.

La mente de ella volvió a la joven delgada que trabajaba en el resort.

—Ahora la pregunta es…

Parker frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Le decimos a Didi lo que hemos oído?

Él dejó escapar un largo suspiro.

—Supongo que debemos hacerlo.

—Probablemente no nos escuche. Me pareció del tipo testarudo. —Miranda podía imaginársela insultándolos en portugués durante media hora.

Observó a un grupo de jóvenes que paseaban por el pavimento de camino a visitar las coloridas tiendas o un pub para un almuerzo muy tardío.

—Bueno. ¿Qué sigue en la agenda?

Podían encontrar a Didi y confrontarla o dejar que eso se cocinara a fuego lento un rato y buscar cualquier otra pista que pudieran encontrar. Si Joca no era el responsable de las amenazas de muerte, alguien más lo era.

Ella sabía lo que creía que debían hacer, pero esperó a que él decidiera. Este era su caso y se suponía que él estaba a cargo. Así que se contuvo, de la misma manera que él hacía por ella cuando era su turno. Era un buen acuerdo. Les funcionaba.

Después de un momento, la fachada de calma de Parker regresó.

—Deberíamos hablar con algunos de los empleados y averiguar lo que podamos sobre este Geninho que Didi mencionó.

El jardinero que Tia despidió hacía más de un mes. Justo lo que ella habría sugerido. No sería inteligente poner todos los huevos en la canasta del fútbol.

—Buena idea —sonrió ella, tratando de levantarle un poco el ánimo—. Y tenemos que ver cómo está Tia.

—Sí. —Parker presionó el botón para arrancar el auto y el motor cobró vida—. Esa será nuestra primera parada.

# CAPÍTULO ONCE

Encontraron a Tia en el área de recepción, sin dar abasto con un resort que dirigir. La fila de huéspedes en el mostrador era tan larga que a Tia, Didi y otros dos empleados les tomó más de una hora registrarlos y acomodarlos a todos.

Miranda se sentó en una silla elegante en un rincón, jugando con los pulgares mientras Parker escrutaba a cada huésped. Estaba siendo cuidadoso, pero ninguna de esas personas parecía ser a quien buscaban.

Cuando atendieron al último huésped, Tia se acercó a ellos.

—*Sinto muito*. Lo siento tanto, Wade, Miranda. Simplemente no pude liberarme.

—Comprendemos —dijo Parker, poniéndose de pie.

—Vayamos a la parte de atrás —empezó a guiarlos por el pasillo hacia su oficina.

Tia todavía se veía elegante con su vestido tubo azul zafiro, pero un mechón de su abundante cabello ébano se había salido de su lugar. Se lo acomodó con la mano, y sus exóticos ojos los miraban suplicantes.

—¿Han podido hacer algún progreso?

Evadiendo la pregunta, Parker dijo:

—Nos gustaría hablar con algunos de sus empleados. Preferiblemente con cualquiera que conociera a su jardinero, Geninho. ¿El hombre que Didi mencionó antes?

Se detuvo en el pasillo, sorprendida por la pregunta.

—¿Sospechan de él?

—Simplemente estamos investigando todas las pistas posibles.

Frunció sus cejas oscuras.

—Muy bien. Déjenme pensar.

—¿Cuánto tiempo trabajó aquí antes de que lo despidiera? —preguntó Miranda.

—Oh, mucho tiempo. Quince años. Rico lo contrató. Era uno de sus favoritos. En mi opinión, le dejaba pasar demasiadas cosas. Y cuando Rico se fue, la ética de trabajo de Geninho se vino abajo.

—¿A qué se refiere con eso?

—El césped estaba sin cortar, los arbustos habían crecido demasiado —sacudió la cabeza, y unas líneas surcaron su elegante frente—. Hay varias personas del personal de limpieza que lo conocían bien. Carlota es la que mejor lo conocía. Es la chef principal de nuestro restaurante. ¿Quieren que llame a algunos para que vengan?

—¿Hay algún lugar más cerca del restaurante para hablar con ellos? —preguntó Parker.

Quería que estuvieran relajados y confiados para sacarles la mayor cantidad de información posible.

—Hay una sala de descanso en la parte de atrás que pueden usar. Los llevaré allí.

###

Siguieron a Tia por una puerta lateral y por un sendero serpenteante que pasaba junto a varias de las cabañas de huéspedes hasta un encantador edificio circular con los mismos delicados adornos de color marfil que la oficina. Aquí, las letras azules del letrero decían *Boteco do Sabor*. Al igual que las tiendas del pueblo, tenía una zona cubierta para comer al aire libre, pero solo unos pocos clientes se demoraban allí en ese momento.

Tia los guio por las escaleras y por un pasillo hasta una sencilla sala de descanso blanca con sillas de aspecto corriente y varias mesas pequeñas.

—¿Esto servirá?

—Sí —dijo Parker, caminando hacia una mesa—. ¿Puede traernos a esos empleados que mencionó, uno por uno?

—¿Los que conocían a Geninho? Por supuesto —se dio la vuelta y desapareció por el pasillo.

Miranda acercó una silla junto a él para observar y vislumbró el cansancio en el rostro de Parker mientras se sentaba.

—Sabes, si vamos por buen camino, podríamos cerrar este caso en un par de horas.

Él le dedicó una sonrisa triste.

—Eso es inusualmente optimista de tu parte.

La conocía demasiado bien. Y sabía que solo intentaba animarlo.

—Bueno —se encogió de hombros—. Pero tal vez encontremos algo.

—Por eso seguimos el proceso.

# CAPÍTULO DOCE

Tia les trajo a cuatro empleados. Una camarera, otro jardinero, un botones y un ayudante de camarero del restaurante.

Cada uno informó cuánto tiempo conocían a Geninho y lo bien que lo conocían, los aburridos detalles de su típico día de trabajo e historias divertidas sobre cómo solía espantar pájaros imaginarios de los arbustos cuando estaba bebido. Pero nada de lo que dijeron se relacionaba con las amenazas de muerte o con el esqueleto en el bosque.

Miranda esperaba que Parker diera por terminada la jornada para poder volver a su cabaña y decidir qué hacer con el novio mujeriego de Didi, cuando Tia hizo pasar a la última entrevistada por la puerta.

—Esta es Carlota —les dijo a ella y a Parker—. Es la mejor cocinera que tenemos aquí en *Boteco do Sabor*.

La mujer asintió con humildad. —*Obrigado*, *senhora* Portia.

—Se niega a llamarme Tia como todos los demás. —Tia le dio una palmadita en el brazo.

—Usted sabe que soy de la vieja escuela, *senhora* Portia.

—Sí, lo sé. Carlota, Wade y Miranda están aquí para ayudarme a resolver un asunto del complejo turístico. Siéntete libre de contarles cualquier cosa que puedas para ayudarlos.

—Sí, *senhora* Portia. Haré lo mejor que pueda.

—Estoy segura de que lo harás. —Tia se fue, cerrando la puerta tras de sí.

—Tome asiento, Carlota. —Parker señaló la silla vacía al otro lado de la mesa.

—Gracias, *senhor*.

—¿Le gustaría beber algo?

En la habitación había una cafetera y una máquina expendedora con bebidas de aspecto extraño.

—No, gracias, *senhor*.

Carlota se deslizó silenciosamente en la silla. Era una mujer baja y robusta de unos cuarenta años. Un vestido negro liso, un delantal blanco y el pelo oscuro recogido en un moño. Mantenía las manos cruzadas en el regazo, con la vista fija en la mesa que tenía delante.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí en *Esquecer*? —empezó Parker.

—Oh, veinte años ya. Empecé como lavaplatos en la cocina.

—¿Y ascendió hasta jefa de cocina? Eso es muy admirable.

—Gracias, *senhor*. La comida es mi pasión. —Sus ojos seguían fijos en la mesa, su rostro inexpresivo.

Miranda no podía creer que una mujer que dirigía un personal de cocina que preparaba comidas para un flujo constante de huéspedes fuera tan dócil. Tenía que saber algo.

—¿Qué tan bien conocía a Geninho?

—Muy bien. Éramos amigos.

—¿Amigos cercanos? —preguntó Miranda.

—Sí. —Sonrió a medias—. Una vez me pidió que me casara con él.

Eso era interesante. —¿Y se negó?

Sin levantar la vista, negó con la cabeza. —No creo en mezclar el trabajo y el romance, si me entiende. No soy de las que se casan. Mi trabajo, mi comida, para eso vivo. Geninho lo entendía. Le encantaba mi cocina.

—Ya veo —dijo Parker. Le dedicó una sonrisa compasiva—. ¿Puede contarnos algo sobre la época anterior a que Geninho se fuera de *Esquecer*?

Puso las manos sobre la mesa y se quedó mirando un rincón. Tenía los nudillos gruesos y enrojecidos por tantos años de fregar ollas y sartenes. Empezó a frotárselos como si le dolieran.

—Geninho siempre bebía —dijo al fin con un triste suspiro—. Cuando el *senhor* Rico se fue, empeoró.

Parker guardó silencio, esperando a que dijera más.

—Nunca le gustó trabajar para la *senhora* Portia.

Miranda tuvo que preguntar. —¿Porque era mujer?

—Eso fue parte. Pero sobre todo porque no era el *senhor* Rico. Ella llevaba las cosas de otra manera. Más… estrictamente.

Al parecer, no le dejaba salirse con la suya como hacía Rico.

—Un día, la *senhora* Portia encontró a Geninho durmiendo bajo los rosales. Justo donde los huéspedes podían verlo. Se enfadó mucho. Se gritaron, ella lo acusó de hacer un trabajo chapucero, él diciendo que era una tirana. Y la *senhora* Portia lo despidió. Le dijo que recogiera sus cosas, que se fuera de *Esquecer* y que no volviera nunca más.

Con lágrimas formándose en sus ojos, Carlota respiró con dificultad.

—¿Está segura de que no le gustaría un poco de agua? —preguntó Parker.

Ella negó con la cabeza. —No, gracias, *senhor*. Es que fue una época tan terrible.

—¿Qué pasó entonces?

—¿Entonces? —Se encogió de hombros—. Hizo lo que ella dijo. Empaquetó todas sus cosas y se marchó. Ni siquiera se despidió.

Obviamente se había sentido dolida.

—¿No ha sabido nada de él desde entonces? —preguntó Parker.

—Ni una palabra.

—¿Sabe usted dónde está?

—Era de un pequeño pueblo de Campinas. Supongo que volvió allí.

El silencio se cernió sobre la habitación, subrayando la sensación de pérdida de la pobre mujer por su amigo.

Después de darle un momento, Parker dijo: —Carlota, por favor, piense bien antes de responder.

—Muy bien, *senhor*.

—¿Oyó alguna vez a Geninho amenazar a la *senhora* Portia?

Abrió los ojos de par en par, sorprendida. —No, *senhor*. Nunca.

—¿Ni siquiera cuando discutían?

Negó con la cabeza enfáticamente. —Geninho hizo algunas tonterías, pero amenazar a la *senhora* Portia no fue una de ellas.

¿Habría Didi exagerado la historia?

—¿Nunca le habló de algún deseo secreto de hacerle daño o de vengarse de ella por la forma en que dirigía las cosas?

—No. No hablábamos de la *senhora* Portia. Y como dije, después de que lo despidiera, no hablé con él en absoluto. —Su pecho se agitó, insultado, mientras miraba al rincón por un largo momento. Entonces, lentamente, un ceño fruncido se formó en su frente—. Hubo una vez…

—¿Qué? —la instó Parker con suavidad.

—Fue la única vez que le oí amenazar con hacerle daño a alguien. Tenía un ayudante joven. En edad universitaria. Solía meterse con las botellas de vino de Geninho y se las llevaba para ir de fiesta con sus amigos al pueblo. Decía que pensaba devolvérselas, pero nunca lo hizo. Fue su debilidad por la bebida lo que hizo que Geninho dijera lo que dijo.

—¿Qué dijo? —preguntó Miranda, conteniendo la respiración.

—Lo llamó *idiota*. *Filho da mãe*.

Miranda podía adivinar lo que significaban esas palabras.

—Le advirtió al joven que si tomaba otra botella, lo mataría. No lo decía en serio. Geninho no mataría ni a una mosca.

Miranda miró a Parker. Su rostro estaba lleno de determinación.

—¿Cómo se llama el joven?

—Nelito. Nelito Alves.

—¿Y el apellido de Geninho?

—Fernandes —dijo ella con rigidez—. Geninho Duarte Fernandes.

Nombres y apellidos. Con un segundo nombre de regalo. Qué suerte. ¿Estaban por fin llegando a alguna parte? —¿Podemos hablar con Nelito?

El ceño de Carlota se acentuó. —Lo siento, *senhora*. Nelito, él era un estudiante. Inquieto. Impulsivo. No le gustaba el trabajo aquí, aunque adoraba a la *senhora* Portia. Estaba… ¿cómo se dice?… enamorado de ella. Decidió que prefería viajar por el campo que podar setos. Renunció la mañana en que despidieron a Geninho.

—Gracias, Carlota —dijo Parker sin emoción—. Ha sido usted de gran ayuda.

Mientras la mujer se levantaba y salía arrastrando los pies por la puerta, Miranda sintió un cosquilleo en cada músculo de su cuerpo.

¿Estaban realmente llegando a alguna parte? Y la pregunta más importante.

¿Era Nelito Alves el esqueleto en el bosque?

# CAPÍTULO TRECE

Acompañaron a Tia de vuelta a la oficina y se aseguraron de que Didi y otra empleada de recepción, esta alta y de aspecto fuerte, estuvieran allí para cuidarle la espalda. Luego, se dirigieron a la cabaña.

A Miranda le zumbaba la cabeza mientras entraba por la puerta al luminoso y abierto espacio de su nueva vivienda.

—Puede que tuvieras razón.

Parker enarcó una ceja con indignación.

—¿Ah, sí?

Se quitó el abrigo y lo arrojó sobre un acogedor sillón tapizado en la zona de la sala.

—¿Y si los casos no están relacionados? En un ataque de borrachera, este tipo, Geninho, asesina al estudiante mientras deambula por el bosque como un vagabundo y luego desaparece. ¿Quién lo sabría?

La expresión de Parker se ensombreció mientras ella se desplomaba en el sofá.

—El inspector Gaspar pensaba que los huesos pertenecían a un hombre de mediana edad.

Sí, era verdad.

—Bueno. Quizá sea al revés. El estudiante se encontró con Geninho en el bosque. Discuten por el vino. Geninho ataca. El estudiante le da un porrazo en la cabeza con una piedra, lo deja allí para que se pudra.

—Un escenario posible —admitió Parker.

Ella continuó:

—Mientras tanto, el futbolista que le está dando largas a Didi tiene la idea de amenazar a su madre para hacerse con el control del complejo y enriquecerse.

—O eso cree él.

Ella frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Los ingresos del complejo son estacionales. Requiere mucho trabajo duro gestionarlo. Algo que a nuestro amigo Joca no parece gustarle mucho, si mi primera impresión es correcta.

Ella no pudo evitar sonreír con sorna ante eso.

—Sí, esa fue mi impresión también.

Parker subió los dos escalones que llevaban a la zona del dormitorio.

—Lo que es valioso es el terreno. Joca tendría que vender el complejo para conseguir la clase de dinero que planea obtener.

—Eso probablemente mataría a Tia por sí solo. —Resultaba algo triste.

Parker se quitó el saco y lo colgó en un armario cerca de la enorme cama.

—Necesitamos más pruebas reales antes de poder tener una idea clara. —Se dirigió al elegante escritorio donde había dejado su computadora portátil encendida y pulsó algunas teclas.

Tenía razón, pensó Miranda, hundiéndose en un cómodo sillón para mirar por la ventana al sol que se ponía tras las montañas en una explosión de color. Necesitaban algo más definitivo. Algo que pudieran usar para presionar a alguien para que confesara estaría bien.

Se rascó el pelo pensando en el joven estudiante y el viejo borracho.

—El inspector podría estar equivocado sobre la edad del esqueleto en la montaña.

—Los forenses lo confirmarán.

—Sí. —Gimió en voz alta con frustración. Estaban encontrando demasiadas pistas poco sólidas—. Ojalá pudiéramos trabajar más de cerca con la policía. —Luego se rio—. Nunca pensé que esas palabras saldrían de mi boca.

Parker sonrió por encima del hombro mientras se sentaba a estudiar la pantalla de la computadora. Estuvo en silencio durante varios minutos y luego anunció:

—Ahora bien, esto es interesante.

—¿Qué? —Se levantó de un salto y se apresuró a mirar por encima de su hombro.

No pudo resistirse a depositarle un suave beso en la mejilla. Le encantaba trabajar con él en casos como este, por muy angustiosos y exasperantes que pudieran ser. Le daba un subidón de adrenalina como ninguna otra cosa. Bueno, Parker también podía provocarle eso. Pero trabajar a su lado no se parecía a ningún otro trabajo que hubiera experimentado.

Sin perder la concentración, él le tomó la mano y se la llevó suavemente a los labios.

—Parece que Rico ha sido un chico muy ocupado.

Ella deslizó el trasero sobre el regazo de él e inclinó la cabeza para leer el informe en la pantalla.

Parker dejó que sus dedos acariciaran el salvaje cabello oscuro de ella mientras leía, amando la sensación, el olor de este. De ella. Resistió el impulso de posar sus manos en su tentador trasero. Sentada en equilibrio sobre su regazo, ella se tensó, sus sentidos de tigresa alerta y excitados mientras asimilaba los detalles que él había descubierto. Ansiaba tomarla en sus brazos y hacerle el amor. Le encantaba tenerla con él en un caso. Tener a alguien con quien discutir las teorías. Tener a alguien que estaba tan concentrado como él. Adoraba verla trabajar, viendo toda la experiencia y el entrenamiento madurar y llegar a su pleno rendimiento.

Y, sin embargo, temía por ella. Y su decisión estaba tomada. Si en algún momento este caso se volvía una amenaza para su vida, no dudaría en ponerla en un avión de vuelta a Atlanta. Sin importar cuánto protestara.

La mirada de Miranda devoraba las palabras en la pantalla.

Rico Basurto Domínguez nació en Minas Gerais —fuera lo que fuera eso—, hijo de un trabajador agrícola. A los diecinueve años, ya había comprado su propia plantación de caña de azúcar y se había convertido en lo que se podría llamar un negociante. Compraba y vendía tierras, aumentando su fortuna con cada trato. A los veinticinco años, se mudó a São Paulo y comenzó a comprar empresas de energía.

Regresó a la plantación cuando Tia estaba de visita desde la universidad en los EE. UU. y se casó con ella.

Una de sus primeras adquisiciones fue el complejo en Campos do Flores. Se instaló con su nueva esposa para dirigirlo. Mientras tanto, mantuvo las riendas de sus otras empresas en São Paulo y Río de Janeiro y, finalmente, se convirtió en multimillonario. Usó parte de sus fondos para comprar tierras alrededor del complejo. El terreno y los edificios se estimaban en varios millones de reales brasileños.

Miranda dejó escapar un silbido bajo.

—Este tipo está forrado. —Giró la cabeza para darle a su marido una sonrisa socarrona—. Sin ofender. —Parker tampoco se quedaba corto en lo que a dinero se refería.

Él la miró con complicidad.

—No me ofendo. Rico está definitivamente en una mejor posición ahora que en la que nació. Sabía que era rico. No sabía que había sido tan ambicioso toda su vida.

—¿Dónde está Minas Gerais?

—Es un estado en Brasil, justo al norte del estado de São Paulo. Un gran productor de leche y café.

—Y caña de azúcar.

—Sí. —Su pecho se expandió al tomar aire—. Lo que el artículo no dice es que la plantación donde trabajaba su padre era propiedad de la familia de Tia.

—¿En serio?

Él asintió.

—Cuando Rico regresó a casa para pedirle a Tia que se casara con él, compró las tierras de los padres de ella.

Ella lo miró fijamente.

—¿Obligó a Tia a casarse con él?

—Nunca lo pareció. Tia siempre insistió en que estaban enamorados. Dijo que sus padres se habían cansado de gestionar las muchas hectáreas y agradecieron la oportunidad de jubilarse. Rico les dio un precio generoso.

—Así que lo vieron como algo bueno.

—Eso parecía. Siempre pensé que Tia le habría confiado a Sylvia si las cosas fueran de otra manera.

—¿Y cuando visitaste a Rico y a Tia, parecían una familia feliz?

—Siempre parecieron muy felices.

Mmm. Y Parker se habría dado cuenta si algo anduviera mal. Aun así, comprar la plantación donde tu padre era un humilde trabajador agrícola olía a venganza. Y, obviamente, algo había salido mal en los años transcurridos desde la última visita de Parker.

Reflexionando sobre eso, leyó el resto del informe.

Hablaba del nacimiento de las dos hijas de Rico, su creciente inquietud, su adquisición de una gran agencia de modelos en Río de Janeiro, a la que audazmente rebautizó como Agencia Domínguez por sí mismo, y su decisión de trasladar su base de operaciones allí. Se había especulado mucho en los periódicos sobre sus aventuras y todos se preguntaban cuándo llegaría el divorcio. Se le citó diciendo que era un hombre tradicional y que no creía en el divorcio. Tradicional, ja.

Miranda se tensó.

—Quiere mantener el control de la propiedad del complejo.

—Eso parece.

—Tiene un motivo para escribir esas cartas, sin duda.

—Si sabe lo que Tia está a punto de hacer. No creo que le hayan notificado aún.

Ella consideró eso. Los cónyuges suelen enfadarse justo después de recibir los papeles del divorcio.

—¿Estás seguro?

—Tendremos que confirmarlo esta noche.

Tia los había invitado a cenar en su gran casa en la colina.

—Su abogado estará allí.

Ella dejó escapar una sonrisa socarrona.

—Eso debería ser interesante.

—Desde luego. Pero no hemos terminado aquí. —La rodeó con el brazo y pasó a una nueva página.

—Ajá —sonrió Miranda.

Era una portada reciente de una popular revista brasileña con Rico.

Miranda observó la foto del hombre.

Camisa blanca abierta hasta la cintura, un montón de cadenas de oro contra la piel bronceada de su musculoso pecho. Cabello negro rizado en un estilo sexi y desordenado que le caía sobre la frente. Una sonrisa grande, de dientes blancos y de «te quitaré todo lo que tienes» pegada en su atractivo rostro.

Tenía un brazo sobre una pelirroja alta y delgada, el otro sobre una morena alta y delgada. Ambas parecían más jóvenes que Didi. Ambas llevaban atuendos de malla ceñidos que mostraban mucho… de todo.

—Debe de haberse divertido en esta sesión de fotos —masculló Miranda.

—Estoy seguro, pero no es a eso a lo que iba. —Parker se desplazó a la página siguiente, que contenía mucho texto en portugués.

—¿Qué es esto?

—El artículo sobre Rico de la revista.

Ella se aclaró la garganta.

—Tendrás que traducirme.

—Es publicidad general sobre su destreza en los negocios, su destreza con las damas y especulaciones sobre su inminente divorcio. Lo que él sigue negando.

—Vale.

—Pero son los detalles del final los que son interesantes. Hablan de sus modelos preparándose para la última semana de la moda de verano en París.

—París, ¿eh? —Probablemente preparándose para destrozar las sábanas en todos los hoteles a lo largo del Sena, pero eso no parecía digno de mención para este tipo. Su mente voló a Becker y Fanuzzi y su próximo viaje… y el mensaje de texto al que Becker aún no había respondido—. ¿Y qué con eso?

—Se supone que Rico y su flota de modelos son la comidilla de la temporada. Además, hay rumores de que Rico está tramando un acuerdo con uno de los diseñadores de vestidos de allí. Se espera que se anuncie pronto.

—Vale. —Pensó por un momento—. Espera un minuto. Si Rico está en París, ¿cómo podría estar enviando cartas a Tia aquí en

Campos do Flores?

—Exacto. —Una vez más, Parker se inclinó hacia delante y pasó a una nueva página.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Miranda mientras lo asimilaba. Ahora sí que hablaban en serio.

—Esa es la actividad de la tarjeta de crédito.

—Tarjeta Cielo, en realidad. Es una forma de tarjeta de crédito de uso común aquí.

Parker era bueno.

Examinó las líneas tan rápido como pudo, buscando inconsistencias. Y encontró un montón.

—Esto no puede estar bien.

—Proviene de mis fuentes habituales.

Que siempre eran precisas.

—No hay actividad durante las dos primeras semanas del mes pasado. Luego hizo dos cargos en tiendas de Campos do Flores. Uno en un restaurante. El otro en una tienda de artículos deportivos. —Miró fijamente la página—. Estuvo aquí, ¿pero no pasó por el complejo? ¿Ni siquiera para ver a sus hijas?

—No según Tia.

Ella había dicho que no había estado allí en más de tres meses.

—Ahora mira en la parte de abajo.

Ella lo hizo y contuvo el aliento. Un gran retiro de fondos. En la ciudad.

—Esto es de la semana pasada. Estaba de vuelta en Río.

—Eso parece.

Ella frunció el ceño.

—Quizá le robaron la tarjeta Cielo. O uno de sus empleados la ha estado usando.

—Ambas son explicaciones posibles.

Pero no la que ellos estaban pensando.

Se volvió hacia él.

—¿Crees que este tipo está intentando hacer que todos piensen que está en París para crearse una coartada mientras mata a su futura exmujer? ¿Antes de que se convierta en su exmujer y obtenga la custodia del complejo?

—Otra explicación posible.

Deseaba que Parker se comprometiera con algo. Pero sabía que no podía hacerlo sin más datos.

—¿Así que qué hacemos con esta información?

—Creo que se lo haremos saber a Tia.

—En la cena.

—Sí.

Soltó un largo suspiro. Él tenía razón. Era la única manera de abordarlo. Pero vaya manera de arruinar el apetito.

# CAPÍTULO CATORCE

La temperatura había bajado a unos cinco grados y Miranda se frotó los brazos mientras subía por el sinuoso sendero hasta la enorme y brillantemente iluminada fortaleza que era la casa de Tia. Estaba hecha del mismo marfil majestuoso, con las mismas columnas altas y los mismos bonitos adornos que los otros edificios del complejo, y desprendía el mismo aire de cuento de hadas que el resto del lugar.

Era difícil creer que un lugar tan estable y familiar hubiera sido construido por un mujeriego como Rico. Quizá su estilo de vida actual era una crisis de la mediana edad.

Parker la acompañó por los escalones del amplio porche delantero y una ligera brisa se levantó, enfriando más el ambiente mientras susurraba entre los árboles circundantes, llenando el aire con el limpio olor a pino. Debió de ser el viento lo que hizo que se le erizara el vello de la nuca a Miranda.

Se dio la vuelta y escudriñó el bosque.

—¿Qué pasa? —preguntó Parker, con tensión en la voz.

Ella se quedó mirando fijamente, pero no pudo ver nada. Había demasiadas preguntas sin respuesta zumbando en su cabeza, decidió. Simplemente estaba nerviosa.

—Nada. Vamos a comer.

Tocaron el timbre y Tia les abrió. —Wade, Miranda. Me alegro mucho de que estén aquí.

Les estrechó la mano calurosamente como si se tratara de una simple visita social, pero Miranda pudo ver la tensión alrededor de sus exóticos ojos. Quería que el asunto de la carta terminara de una vez por todas y Miranda no la culpaba en lo más mínimo.

—Pasen. Pasen.

Llevaba un reluciente traje de pantalón de seda roja con una blusa vaporosa y muchas joyas. Su pelo oscuro estaba recogido en un moño liso y elegante en la nuca. Miranda se sintió un poco fuera de lugar con su traje sastre oscuro, aunque para ella eso ya era ir muy arreglada.

Tia los besó a ambos en la mejilla y Miranda tuvo que resistir el impulso de apartarse. Nunca se acostumbraría a esa costumbre. Pero se mordió la lengua mientras su anfitriona los conducía a través de varias habitaciones luminosas y alegres, decoradas con cojines y el aroma de las velas, para finalmente entrar en un comedor blanco con una larga mesa de roble, una araña de cristal en el techo y una hilera de altas ventanas arqueadas con vistas a los jardines.

Un hombre y una mujer joven que parecía una versión más joven de Didi estaban sentados a la mesa. El hombre se levantó cuando entraron.

—Wade, Miranda —dijo Tia con su voz de anfitriona brasileña—. Esta es Pipia, mi hija menor.

Miranda le estrechó la mano. —Encantada de conocerla.

—Wade es un viejo amigo de la familia.

Pipia era una versión ligeramente más pequeña de Didi. La misma complexión, aunque un poco más clara, y un peinado similar. Y mientras le daba la mano a Parker, la joven miró a Miranda con cautela con la misma mirada intensa que su hermana.

—Recuerdo que viniste aquí cuando yo era muy pequeña —le dijo a Parker—. Me regalaste una muñeca.

—Sí. Mi esposa Sylvia la escogió para ti. Pasamos las fiestas aquí ese año.

Hubo una pausa incómoda mientras Pipia miraba a Miranda con una expresión que decía «tú no eres ella».

Parker le dedicó a la joven una sonrisa amable. —Mi primera esposa falleció. Miranda y yo nos casamos hace casi un año.

—Ya veo —dijo ella, y todos se quedaron mirando.

Tia rompió el silencio haciendo un gesto hacia el caballero que había permanecido de pie en su sitio en silencio, asimilando el intercambio de palabras. —Este es mi amigo y mi asesor legal, Valdinho Cardozo. Valdinho, ellos son Wade y Miranda.

Él extendió una mano de largos dedos. —Mucho gusto en conocerlos. —Su voz era grave y tenía el exótico acento al que Miranda ya se estaba acostumbrando.

—Igualmente —dijo Miranda. Así que este era el tipo que llevaba el divorcio de Tia.

Parecía tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años, con mechones grises en su lacio pelo negro, que llevaba largo alrededor de las orejas y el cuello. Con un saco de tweed marrón y una camiseta color canela, era muy alto y desgarbado, y le sonreía desde arriba a través de un par de gruesas gafas de montura de carey sobre su larga nariz. Una nariz que iba a juego con los rasgos alargados de su cara.

Sonreía con un aire despreocupado, pero con las gafas parecía un intelectual. Del tipo profesor.

Mientras él y Parker se daban la mano, Didi entró en la sala, con la ligereza de un pájaro.

Llevaba un traje de pantalón gris con una elegante blusa con un atrevido estampado en blanco y negro. En su cuello, un collar de varias vueltas de cadenas y piedras de azabache realzaba el conjunto y su estado de ánimo.

Miró a Miranda. —No sabía que teníamos tantos invitados, madre.

Tia se rio del comentario. —Didi. Sabes que a menudo tenemos invitados. Ven, siéntate y come con nosotros.

Didi ocupó un lugar junto a su hermana y Miranda no sabía cuál de las dos parecía más incómoda. Sabían la verdadera razón por la que Parker y ella estaban allí y a ninguna de las dos le gustaba.

Miranda se deslizó en la silla que Parker le sostuvo y un joven vestido de negro empezó a servir la cena.

Si ella estuviera a cargo de este caso, pensó Miranda, se lanzaría de lleno a las preguntas importantes, sin importar que todo el mundo tuviera la boca llena. Pero Parker se había criado en demasiadas cenas elegantes para eso. Tenía modales. Sabía que estaba esperando a que todos estuvieran satisfechos para hablar. Y quizá quería hablar con Tia a solas.

Así que esperó a que él diera el primer paso mientras ella probaba el plato principal.

Se trataba de algo llamado *feijoada*, que, según Tia, era el plato nacional de Brasil. Era una mezcla oscura y sabrosa de carne de res, salchichas, costillas y frijoles negros servida sobre arroz. Le habría venido bien una dosis extra de salsa picante, pero estaba delicioso y tenía un dejo de ese sabor a aire fresco que había probado en el pueblo. Ojalá no hubiera comido tanto pescado en el almuerzo. No pudo terminarse más de medio tazón.

Acompañado de verduras, rodajas de naranja y un vino tinto intenso, era tan satisfactorio que lo único que Miranda quería hacer cuando el camarero se llevó su plato era quedarse dormida. Quizá Parker tenía razón al esperar hasta después de la cena. Era más fácil hacerlos hablar cuando se sentían demasiado perezosos y relajados para oponer resistencia.

—Pipia está muy emocionada —oyó decir a Tia.

Se enderezó. —¿Emocionada?

—Por el Festival de Invierno. —Parker le lanzó una mirada que le indicó que ese era el tema de conversación actual.

—Oh, sí. El Festival de Invierno. —Él lo había mencionado. ¿De qué se trataba? ¿Música?

Tia sonrió radiante a su hija desde el otro lado de la mesa. —Toca el violín, y de maravilla, si una madre puede presumir de su hija.

Las bonitas y jóvenes mejillas de Pipia se sonrojaron. —Hago lo que puedo.

—Haces más que poder. Lleva tocando desde que era una niña. Espera estudiar en Julliard.

—Es mi sueño.

Parker le sonrió amablemente, obviamente empatizando con el orgullo de un padre por los logros de su hijo. —Espero que tu sueño se haga realidad, Pipia.

—Gracias. Espero que usted y Miranda puedan venir a mi concierto el miércoles por la noche. Es la primera gran actuación del festival.

—Pipia tiene un solo —dijo Tia con orgullo.

Parker le echó un vistazo a Miranda y luego le sonrió amablemente a la joven. —Esperamos poder asistir.

La conversación giró hacia los detalles sobre el festival. Varias docenas de músicos de primera fila de todo el mundo habían venido a Campos do Flores para entrenar y actuar con jóvenes promesas. A unos pocos elegidos se les concederían becas para los principales conservatorios de música de ciudades como Nueva York y Londres. Por los detalles que Pipia desgranó, Miranda dedujo que era una especie de versión brasileña y clásica de *American Idol*.

El camarero trajo una especie de tapioca untada con una salsa de ron y almendras fileteadas de postre. Tenía tan buena pinta que Miranda tuvo que hacerle un hueco. Se dijo a sí misma que había caminado lo suficiente ese día como para permitirse las calorías y atacó el postre mientras continuaba la conversación sobre el festival y su música.

Celestial, pensó, mientras saboreaba la última cucharada.

—¿Me disculpas, madre? —preguntó Pipia, levantándose—. Debo practicar. Mañana tengo mi lección con Arturo.

—Por supuesto, querida.

Didi se puso de pie. —Yo también tengo que ocuparme de algunas cosas. ¿Si me disculpan?

Se despidieron y Didi salió de la habitación.

Ahora le tocaba a Tia levantarse. —Retirémonos al salón.

Se comportó como si fueran un grupo de buenos amigos que se acomodaban para disfrutar de la compañía mutua, pero Miranda sabía que esperaba que sus detectives expusieran lo que habían averiguado hasta el momento.

Y, al parecer, quería que su abogado también lo oyera.

###

Unos minutos más tarde, los cuatro estaban sentados en sillas de respaldo alto en una acogedora estancia de colores claros. Un reloj de pie de tamaño natural hacía tictac en una de las esquinas, y en otra había un antiguo mueble bar para el brandi. Entre ellos se alzaba una enorme chimenea de mármol con fotos familiares de Tia y sus hijas sobre la repisa. Rico no estaba en ellas.

Un pequeño fuego ardía en el hogar, haciendo que la habitación fuera un poco demasiado cálida, en opinión de Miranda. O quizá era la incomodidad que todos estaban ignorando.

Estudió al asesor legal de Tia durante un buen rato, preguntándose si podía confiar en él. Decidió sondear el terreno. —¿Y bien, Valdinho? ¿Disfruta ser abogado aquí en Campos do Flores?

Él sonrió con una rica sonrisa brasileña. —Muchísimo. —Su acento grave era casi hipnótico.

—Pensaría que un pueblo tan pequeño se volvería aburrido.

Con un medio encogimiento de hombros, sacó el labio inferior. —Tengo un bufete cómodo. Me gusta la zona. No podría ser feliz en ningún otro sitio.

—Ambos somos felices aquí —dijo Tia, sonando un poco a la defensiva.

El abogado se ajustó las gafas, le tomó la mano y le dio un tierno apretón que hizo sonreír a Tia. Miranda sería nueva por aquí, pero estaba bastante segura de que eso era más que la habitual amabilidad brasileña.

Parker dejó su brandi de sobremesa en una brillante mesita auxiliar. —No quiero parecer grosero, pero tenemos algunas cosas que discutir con Tia de naturaleza personal.

Los oscuros ojos de Tia brillaron a la luz del fuego. —Puedes hablar libremente delante de Valdinho, Wade.

Parker la miró con mesura. —Depende enteramente de ti. Sin embargo, se trata de un asunto delicado.

El abogado bajó la vista hacia su propia bebida. —¿Se refiere a las cartas que Tia ha estado recibiendo?

¿A cuánta gente se lo había contado?

Parker permaneció en silencio.

—Wade —dijo Tia—. Valdinho es un amigo de hace mucho tiempo. Confío en él. Nunca ha roto su palabra y su asesoramiento legal ha sido inestimable para el complejo.

—Muy bien. —Parker respiró hondo—. Carlota nos contó algunos detalles sobre la partida de Geninho.

Estaba empezando con algo ligero. Dándole a Tia tiempo suficiente para cambiar de opinión y echar al abogado si las cosas se

ponían demasiado «personales». De alguna manera, Miranda no creía que lo hiciera.

El rostro de su clienta se entristeció. —El asunto con Geninho fue una experiencia muy dolorosa. Nunca antes había despedido a un empleado.

—Carlota insiste en que Geninho nunca te amenazó.

Tia parpadeó, mirando a Parker y luego a Miranda, recordando la acusación anterior de su hija. —Dijo que me arrepentiría si lo despedía. Estaba enfadado. Didi le ha dado demasiada importancia al comentario.

O quizá justo la necesaria.

Parker simplemente asintió para acusar recibo de la respuesta de Tia. —Carlota dijo que Geninho tenía un problema con el vino.

—Sí. Eso es cierto.

—También hubo un problema con otro asunto.

Tia asintió como si le doliera admitirlo. —Sí. Nelito. Pero él no tuvo nada que ver con el despido de Geninho. De hecho, ya se había ido cuando ocurrió.

Así que sabía de la pelea entre ellos. —¿A dónde fue Nelito? —preguntó Miranda.

Las elegantes cejas oscuras de Tia se fruncieron mientras intentaba recordar. Finalmente, negó con la cabeza. —No lo sé. Dijo que tenía la intención de ir de excursión a Árvores —un pequeño pueblo cerca de aquí— y ver a dónde lo llevaba el viento. Era un joven tonto e idealista.

—Tia, ¿recuerdas exactamente cuándo se fue Nelito del resort? —preguntó Parker.

De nuevo, Tia arrugó la frente—. Esa mañana, creo. Puedo revisar los registros.

—¿La mañana de la tarde en que despediste a Geninho?

—Sí, sí. Ahora recuerdo. Fue unos días antes de finales de mayo. Estaba en mi oficina y Nelito vino a pedirme su último cheque. Intenté convencerlo de que se quedara hasta fin de mes, pero se negó. Dijo que la vida lo estaba esperando y no quería perderse ni un momento.

¿Hacía poco más de un mes? Miranda miró a Parker. Él le sostuvo la mirada un momento y ella casi pudo sentir que intercambiaban pensamientos. Este podría ser su asesino de la montaña.

Parker se recostó en su silla como si estuviera teniendo una conversación sobre el clima. Con aire despreocupado, volvió a tomar su bebida—. ¿Nelito no era estudiante?

—Sí —dijo Tia—. En la Universidad de São Paulo. Estudiaba artes escénicas. Pero había decidido tomarse un año sabático para experimentar la vida, o eso dijo.

Del tipo dramático. El tipo que podría sentirse profundamente ofendido por un viejo borracho que lo llamara idiota e hijo de puta.

—Wade, no pensarás… esto no tiene nada que ver con el cuerpo que vimos hoy.

Valdinho le apretó la mano a Tia. Debía de haberle contado su aventura en la montaña. Aparentemente, no le guardaba muchos secretos a ese hombre.

La voz de Parker era firme como una roca—. No sabremos nada con certeza hasta que la policía termine su análisis. No hay necesidad de hacer conjeturas.

A menos que fueran conjeturadores profesionales como ellos.

Con una mirada escrutadora que podría usar en un tribunal, Valdinho observó a Parker—. ¿Era ese el asunto delicado que mencionó? —preguntó.

Parker inhaló lentamente y negó con la cabeza—. Hay más. Esta tarde, Miranda y yo almorzamos en el pueblo.

—Sí —dijo Tia—. ¿Encontraron a mi mensajero?

—Sí. Eso salió bien —Parker tomó un sorbo de brandy para ganar un poco más de tiempo. El reloj del rincón marcaba el tiempo en silencio—. Mientras estábamos allí —dijo al fin—, vimos a Didi. Estaba con un joven.

Tia parpadeó, sorprendida—. Ah, sí. Me dijo que iba a ver a Joca. Es un futbolista local. Han estado saliendo.

Al menos Didi no estaba viendo a ese tipo a escondidas.

Parker volvió a dejar su vaso—. ¿Cuánto tiempo lleva saliendo con él?

Tia hizo un gesto displicente con la mano—. Creo que unos dos meses.

—¿Es serio? —quiso saber Miranda.

Tia se giró hacia Miranda con el ceño fruncido a la defensiva—. Parece que va en esa dirección. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver esto con nada?

Parker soltó un largo suspiro y se inclinó hacia adelante, con el rostro lleno de preocupación por su amiga—. Tia, descubrimos algo preocupante sobre Joca.

—¿Qué? —sus dedos comenzaron a frotar las joyas de su cuello.

—Lo vimos… digamos que coqueteando… con otra mujer.

—¿Otra mujer?

—Trabaja en un establecimiento llamado *Gretchen's*.

—¿El lugar de Gretchen Schiffer? ¿Cómo sabes eso? Estoy segura de que te equivocas —Tia se dio la vuelta y caminó hacia la ventana para mirar la oscuridad de afuera.

—Tenemos pruebas —Parker asintió hacia Miranda y ella pudo sentir la angustia de él.

Sacó su teléfono y buscó la foto que había tomado. Se levantó, se acercó a la ventana y se lo tendió a Tia—. Lamento tener que mostrarte esto. Pero podría ser importante para el caso.

Tia se quedó mirando la foto y luego comenzó a negar con la cabeza—. No. No. Eso no puede ser.

Vaya mierda que tu hija tuviera un novio infiel además de un padre infiel.

—Lo siento —dijo Miranda de nuevo, con unas ganas tremendas de romperle la nariz a Joca.

—Déjeme ver eso —Valdinho se puso de pie de un salto y corrió hacia la ventana.

Con una mano temblorosa cubriéndole la boca, Tia le entregó el teléfono.

Él miró la foto con el ceño fruncido—. Sí, ese es sin duda Joca. Y esa es Gretchen Schiffer con él. Es la dueña de ese bar.

Tia parecía a punto de llorar—. Esto va a destrozar a Didi. Siento que mi mundo entero se está desmoronando.

Y estaba a punto de empeorar.

Parker había estado observando la escena desde su silla. Su rostro estaba tan endurecido por el dolor que Miranda quiso soltar el resto y ahorrarle el trago de tener que hacerlo.

El reloj de pie del rincón sonó mientras él se levantaba y cruzaba el suelo hacia el grupo junto a la ventana. Le tomó el teléfono a Valdinho—. Escuchamos a Joca y a Gretchen hablar en el bar. Parecían tener algún tipo de plan.

—¿Qué clase de plan? —quiso saber Valdinho.

—Usar a Didi para hacerse ricos de alguna manera.

Tia soltó una risa amarga—. ¿Cómo podrían hacer eso?

—Si algo te pasara, ¿quién obtendría el control del patrimonio?

Tia se volvió hacia Valdinho, cuyo rostro estaba sombrío—. El testamento de Tia otorga todas sus pertenencias a sus hijas. La mitad a cada una. Pero, por ahora, Rico sigue siendo el dueño del resort.

Y lo seguiría siendo si Joca fuera el asesino y actuara antes de que el divorcio fuera definitivo.

Parker parecía estar tomando eso en cuenta—. ¿No sería razonable suponer que Rico dejaría que Didi siguiera administrando el resort?

—Supongo que sí —Tia corrió hacia su silla y se bebió el resto de su trago—. ¿Qué estás diciendo, Wade? ¿Crees que Joca escribió esas cartas?

—Es muy posible que lo haya hecho.

Ella negó con la cabeza con vehemencia—. No. Fue Rico. Sé que fue Rico.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Su voz resonó con terror y frustración—. Porque recibí la primera al día siguiente de reunirme con Valdinho para iniciar los trámites de divorcio.

Parker se volvió hacia el abogado—. ¿Ya le ha entregado los papeles a Rico?

Valdinho negó con la cabeza—. Todavía no. Estamos reforzando el caso. Tenemos que asegurarnos de que Tia mantenga el control del resort.

—Amo este lugar —dijo Tia enfáticamente—. Es mi hogar. No dejaré que Rico me lo quite.

Valdinho se acercó a su lado—. No dejaré que eso suceda.

Hubo otra larga pausa en la habitación. Miranda se pasó una mano por el cabello mientras volvía a su asiento. Parker tenía razón. No tenían suficientes pruebas. Pero necesitaban conseguirlas rápido.

—¿Cómo se entregaron las cartas? —preguntó.

Tia no dudó en responder—. En el pórtico. En la puerta principal de la oficina.

—Y nos dijiste que la última vez que Rico estuvo aquí fue hace tres meses.

Ella asintió—. Sí. Vino a ver a Didi y a Pipia. Dijo que iba de camino a visitar a algunos de sus hermanos y hermanas en Minas Gerais. A pesar de su libertinaje, es un hombre que valora mucho a la familia.

Si no cuentas a su esposa, pensó Miranda.

—No ha estado aquí desde entonces —insistió Tia.

—Podría haber estado aquí en Campos do Flores sin que nadie lo supiera —ofreció Valdinho.

Miranda no estaba segura de eso—. ¿No lo habría reconocido alguien?

Los ojos de Tia se abrieron de par en par y sus manos fueron de nuevo a su collar mientras la idea comenzaba a calar—. No necesariamente. Rico conoce las rutinas de los empleados. Podría haberlo planeado para que no lo vieran.

¿Estaban cerca de algo? Miranda pensó en lo que habían averiguado sobre Rico en la computadora de Parker—. ¿Cuándo recibiste la segunda carta, Tia?

—Hace dos semanas —dijo.

Al mismo tiempo que esos cargos de tarjeta de crédito en el pueblo. Se volvió hacia Parker.

—Investigamos un poco sobre Rico esta tarde —admitió él.

Tia lo miró con una expresión de asombro mezclado con miedo —. ¿Y qué encontraron?

—Se supone que está en París.

Valdinho emitió un gruñido—. Sí. Esa asquerosa portada de revista anunció sus nuevos negocios allí. El hombre es un cerdo.

Miranda estaba de acuerdo, pero ese no era el punto ahora—. No está en París.

Valdinho frunció el ceño—. ¿Por qué cree eso?

Parker se acercó a Miranda para enfrentar a su clienta y a su abogado. Ella sintió que él le ponía una mano en la espalda para afirmarse antes de dar la noticia—. Hubo cargos en la tarjeta Cielo de Rico hace dos semanas. Hizo compras en tiendas de Campos do Flores.

Con un grito, Tia se desplomó en su silla, pareciendo que podría desmayarse de nuevo.

Valdinho se arrodilló a su lado y la sujetó por los brazos—. *Querida*. Mi amor, cálmate. Superaremos esto juntos.

Ella le acarició la mejilla con una mano—. Sí, sí. ¿Qué haría sin ti? —miró a Parker—. Debes encontrarlo, Wade. Tú y Miranda. Deben encontrar a Rico y detenerlo.

—El último cargo fue un gran retiro en Río.

—Debe de estar de vuelta en su agencia. Deben ir allí. Deben encontrarlo.

Eso es lo que estaban intentando hacer. No era tan simple.

Parker se hizo eco de sus pensamientos—. Podría estar de vuelta en Campos do Flores. Podría estar en París. Podría estar en cualquier parte.

—No. Lo conozco. Si no fue a París con sus modelos, está en su agencia. No puede mantenerse alejado de ese lugar. Tienen que ir y averiguar si está allí.

Parker le lanzó a Miranda una mirada cansada.

Ella se aclaró la garganta—. Creo que sería mejor para nosotros quedarnos cerca de ti. Odio decirlo de esta manera, pero tú eres el objetivo.

Los ojos de Tia centellearon. Lo pensó por un momento y luego negó con la cabeza—. Estaré bien. Tengo a Didi, a Pipia y a Valdinho aquí para protegerme.

—Tienen razón, *querida* —dijo el abogado.

Ella lo estudió por un largo momento, luchando con el impacto de todas estas malas noticias. Finalmente, se enderezó y levantó la cabeza de manera majestuosa—. Muy bien, Valdinho. Debes quedarte aquí en la casa esta noche y venir a trabajar conmigo mañana.

El abogado pareció dolido—. Tia. No podemos poner en peligro tu proceso de divorcio.

La ira brilló en sus ojos oscuros—. Entonces me las arreglaré sola. Tenemos visitas aquí por el Festival de Invierno. Estaré ocupada y habrá mucha gente alrededor.

—Tia —suspiró Parker.

—¿Estás segura de que quieres hacer eso? —repitió Miranda. Observó al abogado, todavía insegura sobre sus motivos.

Él captó su mirada y sus ojos brillaron tan oscuros como los de Tia. Se levantó y se volvió hacia ella, su voz reverberando con intensa emoción.

—Sé que no hay tiempo para investigarme ni para que yo les demuestre quién soy. Y aprecio su escepticismo. Ese es su trabajo, después de todo, y por lo que Tia me ha contado, ambos son muy buenos en ello. Pero les aseguro, a ambos, Wade y Miranda, que daría mi vida por Tia. Haría cualquier cosa para mantenerla a salvo —una vez más, tomó la mano de Tia—. Me quedaré contigo, mi amor. Esta noche, mañana, para siempre.

Fue convincente. Miranda le creyó y notó que Parker también.

—Es verdad —suspiró Tia—. Nos hemos enamorado. Debería habérselos dicho antes.

Preguntándose qué más omitió decirles Tia, Miranda se encogió de hombros—. Creo que un viaje a Río vale la pena intentarlo —aunque solo fuera para complacer a su clienta—. Solo estaríamos fuera un día, ¿verdad?

Parker frunció su atractivo ceño. No le gustaba este plan y era una lotería si encontrarían algún rastro de Rico, pero al final asintió.

—Muy bien, Tia. Iremos a Río por un día. Pero sin importar el resultado, regresaremos mañana por la noche.

Sus exóticos ojos brillaron con gratitud—. Gracias, Wade.

# CAPÍTULO QUINCE

Mientras volvían caminando a la cabaña, Miranda habló con Parker sobre los planes para este improvisado viaje por carretera. Decidieron empacar ligero, levantarse temprano y salir al amanecer.

—¿De verdad crees que Rico está en su agencia? —preguntó ella cuando estuvieron dentro.

—No.

—Así que le estás siguiendo la corriente.

—Más o menos.

Hacía tiempo que no lo veía tan agotado.

Se le acercó y le tocó el rostro. —Este negocio sería mucho más fácil si no tuviéramos que lidiar con clientes.

Eso lo hizo sonreír. Le tomó la mano y le besó con ternura la palma. —Te amo, Miranda.

—Te amo —respondió ella, dándole un beso rápido en la mejilla —. Todo saldrá bien. ¿Quién sabe? Quizás encontremos una pista en Río. —No quería ni pensar que dejaban atrás a otro sospechoso, Joca, sin investigar. Y a su clienta, custodiada por gente que no era profesional.

En ese momento, no quería pensar en el caso ni en nada relacionado con él.

Mientras Parker empezaba a desvestirse, ella se dirigió con paso ligero hacia el baño. Observó la hermosa decoración de mármol y las lujosas sales de baño. —Oye —lo llamó—. Hay una bañera hundida aquí. ¿Quieres que finjamos que estamos en nuestra luna de miel?

Eso captó su atención.

—Una idea magnífica. —Arrojó la corbata sobre la cama y se apresuró hacia ella.

Ella soltó una risita mientras él la levantaba en sus fuertes brazos y comenzaba a caminar hacia la bañera.

—Yo preparo el baño. Tú pide las bebidas.

—Una excelente propuesta —murmuró él, mientras sus labios devoraban su cuello y sus dedos descendían por los botones de su blusa—. Ahogaremos todos nuestros problemas en champaña y espuma de baño.

###

Se quedaron demasiado tiempo en la bañera y aún más haciendo el amor de nuevo en la cama. Llevaban un año juntos y, sin embargo, ella no se cansaba de sus labios, su lengua, sus manos mágicas recorriendo su piel, encendiéndola en llamas. Pero al final la resistencia se agotó.

Debía de ser más de la una cuando, acurrucada contra el hombro de Parker, Miranda cayó en un sueño perezoso y saciado.

No supo qué hora era cuando escuchó los golpes. Un sonido constante e implacable. Toc, toc. Toc, toc. Y luego nada.

Se dio la vuelta y entrecerró los ojos en la oscuridad. Un momento. Ahí estaba de nuevo. Toc, toc. Toc, toc. Parecía venir de la ventana. Salió de la cama y cruzó la habitación para mirar por el alto cristal.

Nada.

Escudriñó el profundo y verde bosque al borde del jardín. Las ramas se mecían con el viento. En la oscuridad, parecían hacerle señas.

Debajo de ellas, una sombra se movió.

Se sobresaltó. Parpadeó. ¿Realmente había visto eso?

De repente, invadida por la necesidad de averiguarlo, presionó un dedo contra el cristal de la ventana. Este cedió y sintió el viento frío soplando afuera. Empujó más fuerte y su mano entera se deslizó a través del cristal como si fuera de mantequilla. Luego, sus brazos, su cabeza y el resto de su cuerpo se deslizaron a través de él.

Estaba afuera.

Las hojas y las ramas crujían ruidosamente en los árboles. Debía de hacer frío allí, pero no lo sentía. No cuando vio la sombra de nuevo. Se movía entre los troncos de los árboles, entrando y saliendo, burlándose de ella.

Decidida a saber qué o quién era, cruzó de prisa el jardín descalza y se adentró en el bosque.

El abrumador olor a pino llenó sus fosas nasales mientras se abría paso por la maleza. Las espinas se le enganchaban en los tobillos, rasgando el dobladillo de su camisón. Fue de un lado a otro, siguiendo la sombra por un sinuoso y arduo camino. Estaban ascendiendo. Subiendo, subiendo hasta la cima de la montaña.

Sus pulmones comenzaron a arder. Le costaba respirar. Creyó oler a humo.

Y entonces se dio cuenta de que el espeso olor a pino se había vuelto nauseabundo. No era el olor de los árboles. Era el olor de la descomposición, la podredumbre, la muerte.

—¡Cuidado! —susurró una voz.

Con el corazón martilleándole, bajó la vista hacia sus pies. Allí yacía el cadáver de un hombre tan podrido que la carne se le caía de los huesos.

Se quedó mirando el rostro. ¿Conocía a esa persona?

La sangre le latía en las sienes, pero se atrevió a mirar más de cerca. Algo se movió. En la cuenca del ojo. Y entonces la vio. Una larga serpiente negra se deslizó fuera del agujero, sacó la lengua y se arrastró hacia el otro.

La voz clamó como una campana ruidosa. —*Pagarás por lo que has hecho*.

—¡No! —Se giró y echó a correr… y se estrelló de lleno contra el tronco de un árbol. Unas manos comenzaron a extenderse hacia ella.

—¡No, no, no! —Lanzó puñetazos y patadas con todas sus fuerzas.

—¡Miranda! ¡Miranda, despierta!

De un respingo, abrió los ojos y vio a Parker a su lado, sujetándole la muñeca con fuerza. —Mujer, pegas un buen puñetazo.

En estado de shock, le miró las costillas. El lugar donde los moretones acababan de sanar. —¿Te lastimé?

—Te agarré a tiempo.

De ahí la fuerte presión en sus muñecas. Los reflejos de Parker eran asombrosos.

—¿Qué…, qué pasó?

—Tuviste una pesadilla.

—¿La tuve?

Él la soltó y ella se incorporó, llevándose las manos a la cabeza. ¿Qué diablos le pasaba?

Se giró para mirar por la ventana, recordándolo todo. —Pasé por ahí. Directamente a través del cristal. Llevaba un camisón. Yo no uso camisones.

Parker escuchaba en silencio.

—Vi una sombra en el bosque. La seguí. Había un cuerpo en descomposición en la cima de una montaña. Lo olí. Vi el cráneo… estaba lleno de serpientes. —Se estremeció.

Parker la atrajo hacia él y le besó el cabello. —Ay, mi amor.

Ella cerró los ojos, disfrutando del consuelo de sus brazos, todavía temblando por el sueño. —Oí una voz. Me dijo que pagaría por lo que había hecho.

Parker le acarició el cabello. —Fue un sueño. No has hecho nada malo.

—La voz… sonaba como la de Leon.

Parker le giró la barbilla para poder estudiarle el rostro. Podía ver la ira en sus ojos. —Creí que ya habías superado las pesadillas sobre él.

—Yo también. —Después de todo, estaba muerto y enterrado—. No lo sé. Es como si Leon… estuviera volviendo. Es estúpido.

Parker exhaló un suspiro de exasperación por la nariz. —Has visto demasiada muerte últimamente.

Ya había dicho eso antes. Ella levantó un hombro. —Quizás.

Acariciándole la espalda, la estudió de cerca de nuevo. —Tal vez deberías pedir una cita con la doctora Wingate cuando volvamos a Atlanta.

La doctora Wingate era la psiquiatra a la que Parker la había presionado para que viera cuando se conocieron. La había ayudado a superar los problemas que la atormentaban de su pasado. Pero también creía que todo eso había quedado atrás. Diablos, quizás necesitaba una dosis de refuerzo.

Se recostó. —Lo pensaré.

Parker la tomó en sus brazos. —Me aseguraré de que lo hagas.

—Ya estoy bien.

—¿Puedes dormir?

Se acurrucó contra su hombro y lo rodeó con uno de sus brazos mientras abría la boca en un bostezo. —Sí, estoy bien.

—¿Estás segura?

—Sí, sí. —Sintió que se relajaba, que su cuerpo se aflojaba.

Era cierto. El susto fue momentáneo. Ya había pasado. Él debió de creerle. No lo escuchó discutir.

Bañada en el calor de su amor, apenas un segundo después, estaba profundamente dormida.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

Miranda se sentía hecha polvo cuando sonó la alarma a las cinco de la mañana siguiente.

Se arrastró fuera de la cama y encontró a Parker mirando por la ventana, vestido con un traje de negocios y con un bolso de lona a su lado en el suelo.

—Ya estás listo —dijo ella.

Él se volvió hacia ella con una mirada tierna. —Me desperté temprano. Te dejé dormir.

Volvió a sentir el cálido resplandor de su amor. —Gracias. Supongo que lo necesitaba. —No quería hablar de su pesadilla.

Parker no la presionó. —¿Qué tan pronto puedes estar lista?

Se rascó el cabello desordenado. —No mucho. Solo necesito vestirme.

Tomó una ducha rápida, se puso el traje de viaje más cómodo que encontró, metió algunas cosas junto a la laptop de Parker en el bolso y se marcharon.

Todavía estaba oscuro mientras Parker manejaba el BMW por el traicionero sendero de la montaña, en el lado opuesto por el que habían llegado el día anterior.

Alguien del personal del complejo les había dejado una cesta de regalo en la cabaña, así que mientras Parker maniobraba el auto, Miranda sirvió tazas de café fuerte y humeante de un termo. Dentro de la cesta encontró un lote caliente de gruesos cuadrados amarillos.

—Pasteles de fubá —explicó Parker mientras ella le daba un mordisco.

A ella le recordaron al pan de maíz del sur. —Están ricos —dijo, y le pasó uno.

—Un clásico del desayuno de aquí —dijo él tomándolo.

—Debo decir que los brasileños saben cómo comer.

Eso lo hizo sonreír.

Masticando, miró por la ventanilla.

El sol aún no había salido y el oscuro bosque se cernía a un lado de la estrecha carretera, con una negrura vacía al otro. Pero podía notar que el campo descendía hacia un valle más abajo. Esa realidad le recordó que estaban a cinco mil pies sobre el nivel del mar.

A pesar de la emoción que ese pensamiento le provocaba en las entrañas, su mente volvió a la conversación de anoche después de la cena. —Esas cartas que ha estado recibiendo Tía fueron entregadas en mano —dijo, pensando en voz alta.

Parker asintió. —Quienquiera que las escribiera, o más bien las armara, tuvo que hacerlo él mismo.

—Sí. —Miranda recordó el rompecabezas portugués de caracteres pegados en las páginas. *Morirás pronto*. Probablemente se había sentido orgulloso de eso. Podría haberlo considerado una especie de obra de arte. Doblar el papel con cuidado, meterlo en un sobre sin marcar, dejarlo en el lugar donde tendría el mayor impacto al ser descubierto—. No le pedirías a otra persona que te hiciera ese tipo de favor.

—Y no había matasellos en ninguno de los sobres, así que no pasaron por el correo.

—Cierto —dijo ella, dándole otro mordisco al pastel—. Este tipo es sigiloso. Y malvado.

—Sí.

No les decía mucho. Esos rasgos encajaban con muchos criminales. Con mucha gente con diversos motivos.

—Entonces —dijo, pasando el pastel con el líquido negro y caliente—, ¿qué vamos a hacer cuando lleguemos a Río?

—Visitar la Agencia Domínguez.

—Naturalmente. Pero ¿vamos a entrar como si nada y anunciar que somos investigadores privados indagando un caso?

—Ese sería el enfoque directo.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. —Oigo venir un «pero».

Él asintió. —Pero…

—Eso lo pondría sobre aviso.

—Si es que Rico es nuestro escritor de cartas.

Aún no se había decidido al respecto. Le dio un mordisco a su segunda porción de pastel de fubá y lo meditó. —Podríamos decir que fuimos a una audición.

Él le dedicó una sonrisa pícara. —Dejarías en ridículo a las otras modelos.

Ella soltó una carcajada. —Pensaba hacerme pasar por tu representante. Tú tienes tipo de modelo. El hombre maduro.

Él la miró como si dijera «ni de broma». —No te subestimes.

Negando con la cabeza ante la inquebrantable alta opinión que él tenía de ella, Miranda miró por la ventanilla el resplandor de rosa y mandarina que empezaba a extenderse sobre los picos lejanos. El amanecer.

—Estaba pensando que sería más creíble si nos hiciéramos pasar por contadores.

Eso era bueno. —Si estuviéramos en Estados Unidos, podríamos decir que somos del IRS.

—Creo que esa agencia aquí se llama *Receita Federal*.

¿Cómo sabía eso? —Podría ser difícil de lograr, ya que solo uno de nosotros habla el idioma. —Y a pesar de la base de datos de conocimiento en su cabeza, Parker no lo hablaba con fluidez.

—Cierto. —Sus sexis cejas se fruncieron mientras lo meditaba—. Podríamos decir que somos de una firma de auditoría estadounidense asociada con el diseñador de vestidos parisino.

—Eso sí que es bueno. De hecho, podríamos… ¿qué dia…?

El auto pasó por un bache y el café se derramó de su taza sobre su regazo.

Estaba a punto de maldecir, pero antes de que pudiera decir otra palabra, el BMW se desvió hacia su lado de la carretera; el que tenía el precipicio.

El rostro de Parker se endureció mientras cada músculo de su cuerpo se tensaba.

—¿Qué está pasando, Parker?

—No lo sé.

Sus manos se aferraban al volante, su mandíbula era de hierro. Vio que estaba bombeando los frenos. Su corazón empezó a martillar. —¿Puedes reducir la velocidad?

—Parece haber una falla.

Santo Dios. —¿Quieres decir que los frenos no funcionan?

—No entres en pánico.

¿Que no entre en pánico? Había una curva cerrada en la carretera que se acercaba. Miró por la ventanilla lateral. A la luz del amanecer podía ver la endeble barrera a lo largo de la carretera. El terraplén de más allá tenía una pendiente de al menos cuarenta y cinco grados. Quizás más pronunciada. No lo lograrían si se salían de la carretera por ese lado.

De repente recordó sus conocimientos de mecánica. —Reduce la marcha —le dijo a Parker.

—Ya lo estoy haciendo. —Estaba accionando la palanca entre los asientos, la tenía en primera. El motor retumbó en protesta. El auto solo aceleró.

Empezó a sentir un taponamiento en los oídos mientras descendían. Sintió una náusea enfermiza en la boca del estómago.

—Freno de mano.

Él asintió, su mano ya en él. —Nada.

—¿Puedes apagar el motor?

Negó con la cabeza. —El motor podría bloquearse. Perdería el control por completo.

Era cierto.

Vale, era una adicta a la adrenalina. Le gustaban las alturas, la velocidad y todo eso. Pero esto se estaba volviendo un poco ridículo. El motor gruñó y el auto volvió a temblar. El pánico brotó en su interior como un géiser a punto de estallar. Nada bueno. Nada bueno.

Lo reprimió a la fuerza. Piensa. Piensa. Pero no se le ocurría nada. Y cada vez iban más rápido.

Parker empezó a zigzaguear de un lado a otro de la carretera, levantando polvo. El café se derramó de ambas tazas, manchando sus ropas, quemando su piel. El olor del polvo mezclado con el café le dio de repente ganas de vomitar.

—Intento crear algo de fricción —explicó él, con la voz oscura y tensa.

El vaivén pareció ayudar un poco, pero seguían yendo demasiado rápido y la curva cerrada estaba cada vez más cerca.

Observó a Parker, vio el sudor perlando su frente, a lo largo de su mandíbula. Giró bruscamente la cabeza para mirar de nuevo por la ventanilla del pasajero, buscando una solución.

La caída era ahora en picado. Podía distinguir unas cuantas casitas en las sombras de abajo. Parecían juguetes de niño.

El terror zumbaba en sus oídos. Le costaba respirar.

Se le secó la garganta. —No puedo saltar aquí —le dijo, con la voz quebrada.

Él asintió con rigidez.

Casi llegaban a la curva. Miró el velocímetro. No podía descifrar la lectura en kilómetros, pero el auto debía ir a ochenta. El BMW no iba a tomar esa curva. Si no se les ocurría algo, iban a despeñarse.

—Agárrate —ladró Parker y giró bruscamente hacia el lado de ella de la carretera.

Con el pánico rebanándole las entrañas como un machete, Miranda agarró la manija de la puerta. No se atrevió a preguntar qué demonios estaba haciendo, pero esperaba que él lo supiera.

Miró por el parabrisas y vio que el terraplén de su lado de la carretera se había nivelado un poco.

Al segundo siguiente, su cuerpo se sacudió contra la puerta cuando Parker dio un volantazo, saliéndose de la carretera. El auto atravesó una valla de madera podrida y se deslizó por la subida, dirigiéndose directamente hacia el grueso tronco de un árbol.

Chocaron de frente.

Miranda se sacudió hacia adelante. Le zumbaron los oídos, mareada, mientras las bolsas de aire se desplegaban. Se agitó contra el plástico inflándose, preguntándose si iban a volcar por el borde.

Sintió que Parker le agarraba la mano. —Vamos. Sal ya.

Su puerta estaba abierta. De alguna manera había salido del auto. Estaba de pie en tierra firme.

Dejó que la atrajera hacia él sobre el asiento inclinado, pero antes de dejar el coche algo la hizo darse la vuelta y agarrar el bolso de lona con sus cosas y la laptop de Parker.

Con Parker todavía sujetándole la mano, corrieron colina arriba, tratando de alejarse lo más posible del auto.

Debían de estar a unos seis metros de distancia cuando Parker gritó: —¡Al suelo!

Sintió su mano en la nuca mientras caía de rodillas y hundía la cara en la espesa hierba verde. Esperó. Pareció una hora.

Todo lo que oía era la respiración entrecortada de Parker a su lado.

Por fin se atrevió a levantar la cabeza y mirar el auto. La parte delantera era un desastre, con el tronco del árbol incrustado en ella. Estaba inclinado, pero no se había volcado por el borde.

Y no había explotado.

—Miranda, ¿estás bien? —La profunda preocupación en la voz de Parker calmó un poco sus nervios.

—Sí. Estoy bien. ¿Y tú?

—Bien también.

Se sentó y se sacudió las agujas de pino y la hierba de la ropa. Estaban bien. Estaban vivos. Aun así, temblaba por todas partes.

Soltó un largo suspiro. —¿Qué demonios fue todo eso? Deberíamos demandar a la agencia de alquiler. Nos dieron un vehículo defectuoso.

La expresión de Parker se endureció. —El BMW fue revisado justo antes de que lo recogiera.

Parpadeó. —¿Estás seguro?

Él asintió. —Estaba perfecto en el viaje de venida.

Eso era cierto. —¿Qué estás diciendo? ¿Que alguien lo saboteó?

—Bastaría con un pinchazo en el conducto del freno.

¿Y pensaba que alguien lo había hecho? ¿Cuándo? En cualquier momento durante la noche. Estuvo aparcado en la estrecha carretera junto a su cabaña todo el tiempo sin vigilancia, hasta donde ella sabía.

—Tendría que ser alguien que supiera a dónde íbamos. O al menos que íbamos a bajar por esta carretera.

—Así parece.

¿Alguien los había estado observando? ¿Espiándolos? La idea le dio escalofríos.

Se levantó y le tendió una mano para ayudarla a ponerse de pie. Recogió el bolso de lona y se dirigió al borde de la carretera. Con la mente todavía confusa, lo siguió. El amanecer irrumpía ahora sobre las cimas de las montañas. Era de día. Miró por el camino en una dirección y luego en la otra. No habían visto otro auto desde que habían partido.

Parker sacó su celular e intentó marcar. —Sin señal —gruñó al cabo de un momento.

Ella señaló más allá del auto abollado. —Podríamos intentar ir por allí. Probablemente haya una o dos tiendas de recuerdos como las que vimos al venir. Podría haber un teléfono fijo en una de ellas.

Parker frunció el ceño. No le gustaba esa idea.

—O podríamos acorralar una vaca y montar en ella de vuelta al pueblo. Excepto que la granja más cercana parece estar allá abajo. —Señaló hacia el precipicio al otro lado de la carretera.

Parker enderezó la espalda y miró con dureza al BMW. —Me temo que tendremos que caminar.

Oh, qué bien. Otra caminata por el bosque. Hansel y Gretel se quedaban cortos a su lado.

—Son unos trece kilómetros de vuelta a Campos do Flores. ¿Te sientes con fuerzas?

Hizo una mueca. —Claro que sí. —No era una muñeca de porcelana.

—Vamos entonces. —Y se colgó el bolso de lona al hombro y avanzó por la carretera.

Miranda le siguió el paso, pero mientras se dirigían hacia la curva más adelante se frotó los brazos. No podía quitarse de encima la inquietante sensación que la atormentaba. Miró hacia atrás, al pobre BMW con su parte delantera destrozada. Habría quedado mucho peor si se hubiera despeñado. Y ellos también.

—Parker, ¿y si esto fue… obra de Rico? ¿Y si volvió aquí después de retirar ese dinero? ¿Y si es él quien no quería que llegáramos a su agencia de modelos y descubriéramos que había desaparecido?

Parker parecía estar preguntándose lo mismo. —Entonces tendría que saber por qué estamos aquí. Tendría que habernos oído hablar anoche.

Un escalofrío le recorrió la espalda. —Hablamos de ello de camino a casa.

—Sí.

Así que, si ella tenía razón, eso significaba que Rico tenía que haber estado cerca… observándolos. De ahora en adelante más les valía estar en guardia.

# CAPÍTULO DIECISIETE

*¡Filho da puta!*

Obligándose a guardar silencio, se quedó inmóvil. No podían verlo. Estaba escondido en lo alto de la colina. Entre los árboles, con la hierba alta rozándole las perneras del pantalón. Justo en el lugar donde había calculado que los frenos del vehículo debían fallar.

Pero quería gritar con todo su ser. Chillar a pleno pulmón. Gritarle al cielo por haberlo maldecido. ¿Cómo pudo su plan haber salido tan mal? Había sido tan cuidadoso. Tan meticuloso. Y él sabía de automóviles. Se lo habían enseñado en las clases a las que tuvo que asistir años atrás.

Era tan injusto.

El destino se burlaba de él. ¿Pero no había sido siempre así? ¿No había tenido siempre que luchar con uñas y dientes para conseguir todo lo que quería? ¿Todo lo que merecía? Sí, así había sido desde niño.

Le dolía el pecho por la agitación mientras miraba con furia a través de las ramas a las dos figuras que desaparecían en la loma. ¿Acaso creían que se le habían escapado?

Oh, no. Piénsenlo de nuevo, detectives. Pudo haber fallado una vez, pero no volvería a fallar. ¿No le había enseñado su querida madre que ese era el secreto del éxito? *Sigue intentándolo hasta que lo consigas*, le decía siempre.

Ah, *mamãe*. Su corazón se encogió mientras sus fosas nasales se llenaban con el recuerdo de su aroma, tan limpio y fresco como el rocío de la mañana. Él siempre había sido su favorito. Cuando ella vivía, su existencia había sido un sueño. Pero entonces se fue y nada volvió a ser igual.

Pero recordaba las lecciones que ella le susurraba en canciones de cuna cuando lo dormía.

Y por eso seguiría intentándolo hasta tener lo que era suyo. Los detectives, Tia. Pronto iban a conocer su persistencia.

No se detendría hasta haberlos destruido a todos.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

Miranda caminó con dificultad junto a Parker durante varios kilómetros, manteniéndose en el lado de la carretera opuesto al precipicio. El viento fresco soplaba contra ellos, la hierba alta les rozaba las piernas y los árboles agitaban sus ramas sobre sus cabezas como si se burlaran de su dilema.

No pasó ni un solo auto. Tampoco es que confiaran en que alguien los llevara.

Miranda estaba empapada en sudor bajo su traje sastre y las pantorrillas comenzaban a dolerle cuando por fin llegaron a un lugar donde Parker tuvo señal en el celular. Lo primero que hizo fue llamar a Tia.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Miranda se apretó contra él y acercó la oreja al teléfono para escuchar. Se sintió aliviada de oír la voz de Tia, a pesar del cansancio que percibió en ella.

—Sí, Wade. Estoy bien. Acabo de llegar a la oficina. Valdinho y Didi están conmigo. ¿Qué pasa? —Tia sabía que no la llamarían tan pronto si todo estuviera de maravilla.

Parker no se anduvo con rodeos.

—Fallaron los frenos del auto de alquiler.

—¡*Meu Deus*! ¿Tú o Miranda están heridos?

—No. Solo un poco alterados —le dijo como si él no estuviera alterado en lo absoluto—. Pero me temo que el vehículo es pérdida total. Estamos volviendo al complejo a pie.

Un apasionado portugués se escuchó a través del teléfono.

—No, no, no. Haré que alguien los recoja, Wade. A ti y a Miranda.

La sonrisa de Parker fue paciente.

—No es necesario, Tia. Tenemos que contactar al Inspector Gaspar.

—¿A Chico? ¿Por qué?

Parker le explicó su teoría con su estilo sigiloso.

—No vas a decirle adónde iban, ¿verdad? Por favor, no lo hagas. No le hables de las cartas, Wade.

Miranda negó con la cabeza. Estaba de acuerdo en que no podían decírselo a Gaspar. A saber qué intentaría ese loco saboteador de autos si lo hacían.

—Seré discreto. Nos vemos en unas horas. Hasta entonces, asegúrate de no estar sola. —Colgó.

Al ver la expresión agotada de Parker, ella levantó la mano y le limpió un poco de suciedad de la mejilla.

Él le tomó la mano y se la besó. Luego, dejó caer el bolso de lona y la atrajo hacia él, abrazándola como si acabara de regresar de una misión de diez años al espacio exterior.

Le pasó las manos por el cabello como si tratara de convencerse de que ella estaba realmente allí.

—Estoy tan agradecido de que estés a salvo. —La besó. Fuerte, largo y con tanto sentimiento que ella pensó que se le rompería el corazón.

Ella se apartó, sonriéndole. Tratando de hacerle saber que de verdad estaba bien.

—Me alegro de que ambos estemos a salvo.

Él la soltó, dejó que sus manos se deslizaran hasta las de ella y se quedó allí, mirándola fijamente. La ternura en sus ojos grises le dijo que no le importaría morir con tal de que ella viviera. Ella sentía lo mismo por él.

—¿Qué le vas a decir a Gaspar? —preguntó ella después de un largo momento.

—Ya se me ocurrirá algo.

Lo observó forzarse a salir del hechizo romántico y hacer la llamada al inspector de policía.

Una hora y cuarenta minutos más tarde, el vehículo de «emergencia» que Gaspar envió los alcanzó. Los recogió y los llevó

de vuelta a donde estaba el BMW, con su antes elegante parte delantera envuelta alrededor del árbol.

Al menos no había nadie allí para manipular ninguna evidencia, aunque Miranda dudaba que hubiera mucha. Le dieron sus declaraciones al *Agente* Franco, el manso y delgado compañero, que lo anotó todo con mucho cuidado. Casi con tanto cuidado como ellos relataron los detalles de su viaje, omitiendo su verdadero destino y propósito.

—¿Me permite una palabra, Inspector? —dijo Parker cuando Franco terminó con ellos.

—¿Qué sucede?

—Ayer nos enteramos de que un hombre llamado Geninho Duarte Fernandes fue despedido del trabajo en *Esquecer* hace poco más de un mes. Un joven, un estudiante que trabajaba en el complejo, se fue de *Esquecer* esa mañana diciendo que tenía la intención de caminar hasta el pueblo de Árvores. Su nombre es Nelito Alves. Los dos estaban enemistados.

Gaspar rotó sus fornidos hombros, fingiendo ajustarse el saco del traje.

—¿Qué intenta decirme, *senhor*?

—Que uno u otro podría ser el cuerpo que encontramos ayer en la montaña.

Gaspar se estudió los zapatos y se rascó un lado de la cara.

—¿Tiene alguna otra prueba que apoye esta teoría?

La mirada firme de Parker se desvió hacia el BMW.

—Solo esa —dijo, señalándolo con la cabeza.

Buena esa, pensó Miranda.

Con aspecto molesto, Gaspar le dedicó un brusco asentimiento.

—Lo investigaré.

# CAPÍTULO DIECINUEVE

Los detectives de la policía se tomaron todo el tiempo del mundo con el auto, y Miranda empezaba a preguntarse si llegarían al resort antes del anochecer cuando un Hyundai compacto de color azul metálico se detuvo junto a ellos y tocó la bocina.

Era Didi.

Tia debió de haber decidido enviarla a buscarlos al ver que no regresaban al resort de inmediato.

Parker se acercó con paso decidido a la ventanilla del conductor.

—¿Está Valdinho con su madre?

Didi puso los ojos en blanco.

—Sí. Y también un millón de huéspedes. Estamos muy ocupados. Necesito volver.

—Qué gusto verte a ti también —murmuró Miranda para sí.

Gaspar dijo que había terminado con ellos, y Parker rodeó el auto para abrirle la puerta del copiloto.

Miranda le echó un vistazo a la mueca en la cara de Didi y se preguntó si esta vez él estaba siendo caballeroso. Preparándose para entrar en la boca del lobo, se deslizó adentro.

Parker arrojó el bolso de lona en la parte de atrás y subió después de ella.

Didi dio una vuelta en U de espanto y aceleró por la carretera de montaña.

Llevaba el pelo rubio oscuro recogido, vestía unos pantalones ajustados de color canela, una blusa de seda del mismo color con un lazo en el cuello y una mirada lo suficientemente feroz como para detener a un elefante en estampida.

Miranda intentó extender una rama de olivo.

—Lamento haberte hecho venir hasta aquí, Didi. Parker le dijo a tu madre…

—No tienes que disculparte, Miranda —espetó Didi—. Es parte de nuestro servicio en el resort.

Servicio con una sonrisa, ¿eh?

—Le dije a su madre que no necesitábamos que nos llevara —dijo Parker con firmeza.

—Yo también se lo dije. Pero parece que ella cree que sí. Quiere hacer todo lo posible para asegurarse de que mi padre sea declarado culpable de enviar esas cartas. Pero ustedes dos no van a culpar a mi padre por esto. Él dejó a mi madre porque ella nunca le prestó atención. ¿Qué podían esperar de él?

Frunciendo los labios, Miranda miró a Parker en el asiento trasero. Él se veía totalmente asqueado con la joven y, obviamente, no sentía la necesidad de explicarle sus acciones.

De acuerdo, Didi estaba enojada porque su madre contrató detectives, pero esto era más que eso. Entrecerró los ojos hacia su iracunda chofer.

—Estabas escuchando a escondidas anoche, ¿verdad?

Didi la fulminó con la mirada como un leopardo gruñendo a punto de atacar.

—Por supuesto que no. Mi madre me contó lo que dijeron sobre Joca. Nosotras no nos guardamos secretos.

Bingo. Creía que esto era por el novio. Y sin duda, cuando Tia les contó que Joca estaba muy acaramelado en el pub con Gretchen, insistió en que Didi dejara a ese desgraciado. Pero a veces el amor puede ser más ciego que un murciélago.

—Los que se equivocan son ustedes —dijo Didi—. Gretchen es prima de Joca.

Miranda no pudo evitar resoplar ante eso.

—Sí. Su prima con derechos.

El Hyundai rugió mientras Didi cambiaba de marcha y aceleraba en otra pendiente sinuosa.

—Aquí en Brasil somos muy afectuosos. Algo que ustedes, los gringos, no entienden.

Miranda abandonó la discusión y miró por la ventanilla los pinos que pasaban volando.

A pesar del carácter arisco de la joven, Miranda se compadeció de ella. Sabía lo que era estar tan cegada como para justificar los defectos de alguien. A veces, la verdad era más dolorosa de enfrentar que el autoengaño.

Y sabía lo que era ser abandonada por tu padre, aunque había sido una niña pequeña cuando le sucedió. Ella había podido reencontrarse con su propio padre, pero todavía estaba lidiando con su relación. Podría ser aún más difícil si tu padre te abandonaba de adulta.

El contorno de los edificios comenzó a aparecer sobre la loma. Se estaban acercando a las afueras del resort. Miranda estaba pensando en decirle a su conductora que se detuviera para poder caminar el resto del camino, cuando la voz sombría de Parker llegó desde el asiento trasero.

—¿Le dijo a Joca, Didi?

El rostro de Didi ardió de ira.

—¿Decirle lo que le dijeron a mi madre sobre él?

—Sí.

Ella soltó una risa amarga.

—Claro que lo hice.

El corazón de Miranda casi se detuvo.

—¿Cuándo?

Con sus ojos exóticos, profundos y oscuros, como si estuviera a punto de escupir clavos ardiendo, Didi tomó otra curva.

—Lo llamé anoche. Se lo conté todo.

# CAPÍTULO VEINTE

En cuanto Didi los dejó en la cabaña y Parker cerró la puerta, Miranda se dio la vuelta y lo fulminó con la mirada.

—Fue Joca quien saboteó el BMW.

—Hace unas horas estabas convencida de que era Rico.

—Sabe quiénes somos. Me vio ayer cuando tomé la foto en el bar. —Soltó un gruñido y cruzó la sala pisando fuerte, con ambas palmas sobre sus sienes palpitantes.

Parker tenía razón. Estaba dejando que la indignación la dominara. A veces deseaba poder ser tan tranquila y distante como él.

Aunque, a veces, todo era una actuación.

Se quitó los zapatos de una patada, se dejó caer en la cama recién hecha e intentó calmarse. Todavía estaba alterada por el viaje montaña abajo.

—Joca tiene un móvil.

Parker se quitó el saco y la corbata y se acostó a su lado.

—Lo tiene. Y, hasta donde sabemos, Rico también.

—Y si Didi lo llamó anoche, tuvo tiempo de sobra para perforar nuestro conducto de freno.

—Si sabía cuál era nuestro auto y dónde estaba estacionado.

Oyó caer los zapatos de Parker al quitárselos de una patada, sintió el roce de su mano en su cabello.

—Probablemente ella se lo dijo.

—Entonces es cómplice. —Se giró hacia ella y le besó la frente.

—Sí. —Puede que Didi fuera temperamental y los odiara con toda su alma en ese momento, pero Miranda no creía que pudiera caer tan bajo.

Su fuerte brazo la rodeó y la atrajo hacia él. Ella se embriagó de su cercanía; de repente, necesitaba esa sensación más que nunca. Se apoyó en un codo y estudió las líneas de su atractivo rostro. El casi accidente lo había dejado conmocionado.

Algo que rara vez veía en él.

Otro escalofrío la recorrió. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho.

Parker pasó las manos por la espalda de Miranda como si intentara convencerse de que no era un sueño. Estaba aquí. Con él. Ambos estaban vivos, gracias a Dios. ¿Qué haría si hubiera sido de otra manera?

No podía quitarse la idea de la cabeza. La imagen de caer por la ladera de esa montaña, dando vueltas y más vueltas en el auto, el motor chocando contra la roca y estallando en llamas. Se vio a sí mismo extendiendo la mano hacia ella, tratando de salvarla. Pero ella ya no estaba.

Ya no estaba.

«No», se dijo a sí mismo con severidad. Eso no había sucedido. Ella estaba justo ahí, a su lado. Una parte de él quería ponerla en un avión de regreso a Atlanta, donde estaría a salvo. La otra parte no soportaba la idea de dejarla ir.

La atrajo hacia sí y apretó sus labios contra los de ella, necesitando su sabor como un adicto necesita la bebida. Ella le devolvió el beso, con la misma desesperación. Los dedos de él encontraron los botones de la blusa de ella y comenzaron a desabrocharlos. Los de ella buscaron su camisa.

Se retorcieron y forcejearon, la necesidad ardiendo dentro de ambos, amenazando con consumirlos, y al fin quedaron desnudos. Le pasó las manos por sus hermosos pechos, por los firmes músculos de su abdomen. La oyó contener la respiración ante la sensación y sintió una explosión de fuerza.

Se deslizó entre sus muslos y ella enroscó las piernas alrededor de su espalda, necesitando ser uno solo. Tal como él la necesitaba a ella. Se hundió en su interior y ambos gritaron al unísono, en un placer tan agudo que era dolor.

Se movió contra ella, dentro de ella. Ella le devolvió cada embestida. Fuerte. Rápido. Furioso. Eran uno solo. Uno solo. Juntos. Para siempre.

Y cuando alcanzaron el clímax, la sensación lo atravesó como un agudo signo de exclamación.

Estaban vivos.

###

Miranda permaneció jadeando junto a Parker durante lo que pareció media hora. Habían hecho el amor tantas veces desde que lo conoció y se casó con él. Y, sin embargo, nunca se había sentido tan unida a él. Nunca había experimentado una sensación tan intensa con él.

Apoyó la cabeza en su pecho y deslizó los dedos por el vello oscuro de su torso, trazando la cicatriz que tenía a lo largo del estómago. La vida les había dejado cicatrices a ambos. Por dentro y por fuera. Pero mientras se tuvieran el uno al otro, podrían soportar cualquier cosa.

Parker era su vida. Él le había dado el trabajo que era su vida.

Con una inhalación cansada, se dio cuenta de que era mejor que volvieran a ese trabajo. Su mente regresó a Joca y Didi y a su llamada telefónica de la noche anterior.

—Tal vez Joca le sacó información a Didi y dedujo el resto.

Parker le tomó el rostro entre las manos y la estudió como si le asombrara que volviera a pensar en el caso.

¿Y por qué no? Ella era una profesional y él también.

—¿Tú qué crees?

—Es posible —dijo él, como si despertara a regañadientes de un sueño placentero.

—¿Cómo lo vamos a averiguar?

Se sentó y se pasó las manos por el cabello, volviendo al presente.

—Una persona no hace algo así de la nada. Joca tendría que haberlo hecho antes. O haber cometido actos de vandalismo similares.

Ella soltó un medio gemido.

—No creo que podamos preguntarle a Gaspar si tiene antecedentes.

—Podemos preguntar, pero estoy seguro de que no nos lo dirá.

Ni se molestará en buscar, siendo Joca tan popular. ¿Cómo podían averiguar el pasado de Joca? ¿Ir al pueblo y buscar a todos sus amigos? ¿Cómo podrían encontrar a uno que les dijera la verdad a dos extraños?

Sus pensamientos volvieron a la cena de la noche anterior y a los rostros bajo la luz del candelabro. Tia. Valdinho. Didi. Pipia.

Se incorporó.

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Las hermanas. Se cuentan todo tipo de secretos.

Lentamente, Parker se giró hacia ella, con una irónica sonrisa de admiración en el rostro. Había vuelto a su modo de detective.

—Excelente idea. Hablaremos con Pipia.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

Se dieron una ducha rápida juntos —como si ninguno de los dos quisiera dejar al otro solo—, luego se pusieron ropa informal y volvieron a la oficina de recepción. Encontraron a Tia hundida hasta sus exóticos ojos entre los clientes, ayudando a sus dos atareados empleados en el mostrador.

El vestíbulo estaba abarrotado de visitantes de todas partes del mundo, el aire impregnado del olor a jabones extranjeros y aromas de viaje. Grupos de jóvenes en *jeans* y con mochilas se arremolinaban, cargando recipientes de diversas formas para sus distintos instrumentos. Había familias esperando en la fila, tratando de controlar a niños de todas las edades, desde pequeños hasta adolescentes. Hombres y mujeres de mediana edad con chaquetas de gamuza y *tweed* y chalecos con cuello en V estaban de pie en un rincón cerca del mostrador, dándose la mano y palmaditas en los brazos como si no se hubieran visto en años. Sus voces colectivas llevaban fragmentos entusiastas de portugués, español, alemán, francés e inglés hasta las vigas del techo.

Mientras tanto, desde una silla en el lejano rincón cercano al pasillo, el amigo abogado, Valdinho, vigilaba de cerca a la multitud y a Tia a través de sus gruesos anteojos, mientras fingía hacer trabajo de abogado.

Estaba resultando ser un guardaespaldas bastante bueno, decidió Miranda. Con un saco a cuadros marrón y pantalones de pana, incluso se mimetizaba con la multitud.

Parker logró cruzar palabra con su clienta y descubrió que Pipia estaba en el teatro de la ópera del pueblo, ensayando para su próxima presentación.

Luego, hizo una llamada para conseguirles un nuevo transporte mientras Miranda mantenía un ojo en la escena. Una vez más recorrió con la mirada a los huéspedes, observando cómo algunos de ellos se registraban y salían por la puerta con un valet. Nadie parecía un asesino o un saboteador de BMW, pero nunca se sabía. No le gustaba dejar a Tia sola, incluso con la multitud y el novio vigilante. Pero no podían quedarse sentados allí vigilándola, de brazos cruzados. Tenían que ir a buscar a quienquiera que estuviera causando todo este caos y detenerlo antes de que se acercara más.

Después de unos minutos, Miranda sintió que Parker le tocaba el brazo.

Parecía angustiado.

—No hay autos de alquiler disponibles.

—¿Ninguno? No es necesario que sea nada elegante. —Aunque sabía que Parker lo prefería.

Él negó con la cabeza.

—Ni un solo vehículo de sobra por todo esto —dijo asintiendo hacia la multitud—. Hay una espera de dos horas para un taxi.

—Qué mala suerte.

—El pueblo no está lejos. ¿Te animas a caminar?

Este caso venía con su propio programa de acondicionamiento físico. Menos mal que a ella le gustaba mantenerse en forma. Levantó las palmas de las manos.

—Al menos no tendremos que preocuparnos por encontrar un lugar para estacionar.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

El teatro de la ópera estaba en la zona norte de la ciudad, por suerte, y la caminata era cuesta abajo. Miranda estaba solo medio agotada cuando llegaron al lugar.

Decidió que necesitaba mejorar su condición física cuando volvieran a Atlanta. Entre la comida pesada con la que a Parker le gustaba alimentarla y pasar demasiado tiempo sentada en la oficina entre casos, se estaba poniendo blanda.

Su destino era un gran edificio rectangular de ladrillo decorado con carteles *art nouveau* que detallaban los próximos recitales y conciertos, incluido el de Pipia, pasado mañana por la noche. Estaba construido en la ladera de una colina alta, con tres pisos en una mitad y solo uno en la parte elevada.

Siguió a Parker por un sendero serpenteante que rodeaba la parte trasera y notó una baranda que bloqueaba una caída pronunciada hacia rocas, árboles y ramas nudosas más abajo. Quizás a unos quince metros debajo de ellos, una pintoresca cascada danzaba sobre las piedras. La vista habría sido encantadora si no hubiera estado a punto de despeñarse por una montaña en un BMW sin frenos hacía unas horas.

Un escalofrío la recorrió. Se ajustó el suéter. El tiempo se había vuelto más fresco, pero esa no era la causa de la sensación.

Sintió que Parker le tomaba la mano. Se giró y vio que él tenía una expresión severa. No necesitaba decir nada para que ella viera que estaba decidido a que el incidente con el BMW no los detuviera. Tenían un trabajo que hacer. Tenían que averiguar si Joca era el que estaba detrás de todos estos sucesos extraños.

Cierto. En eso estaba con él.

Parker encontró una entrada trasera. Entraron sin ser vistos y pronto avanzaban por un piso de parqué y por un pasillo bordeado de carteles de músicos, conciertos y compositores famosos, ninguno de los cuales Miranda reconoció. De las salas a ambos lados salían fragmentos de música. Acordes atronadores de un piano, fanfarrias de una trompeta, agudos pitidos de un clarinete, todo uniéndose en un clamor cacofónico que podría hacer aullar a un perro.

No entendía cómo cada músico podía concentrarse en su pieza con todo el escándalo de la competencia.

—¿Cómo vamos a encontrar a Pipia? —le susurró a Parker.

—Escucha si oyes un violín.

No estaba segura de poder distinguirlo, pero cuando doblaron una esquina, la mezcla de ruidos se atenuó y las dulces melodías de notas puras llegaron a sus oídos. Miranda se apresuró hacia el sonido y encontró una puerta entreabierta. Se asomó y vio a la joven que había conocido la noche anterior tocando enérgicamente su violín. Sus delgados dedos volaban en una danza frenética sobre el mástil y lucía un profundo ceño de concentración entre las cejas.

Era buena.

Parker esperó a que terminara la pieza y luego aplaudió.

Pipia levantó la vista, sorprendida. Pareció tardar un minuto en reconocer a los invitados de su madre. —Oh, no sabía que había alguien escuchando.

—Tu madre tenía razón, Pipia —dijo él—. Tocas de maravilla.

—Gracias. —Un ligero rubor tiñó sus bonitas mejillas mientras bajaba el violín. Parecía genuinamente modesta acerca de su talento —. ¿Puedo ayudarlos en algo?

—Nos gustaría hablar contigo.

Ella enarcó una ceja, con un aire un poco a la defensiva. —¿Sobre las cartas que ha estado recibiendo mi madre?

—Sobre varias cosas.

—Muy bien. Entren.

Dejó su instrumento en su estuche y les acercó unas sillas. Sentándose en un taburete cerca de la ventana, se volvió hacia ellos. —¿Qué les gustaría saber?

Miranda estudió a la joven. Llevaba unos *jeans* azul claro y una camiseta rosa pálido. Sus zapatos eran de la moda del año pasado y sus rizos rubios oscuros estaban recogidos con una simple cinta. Parecía la viva imagen de la falta de pretensión. Lo único que parecía importarle era su música.

—¿Has hablado con Didi esta mañana? —preguntó Miranda.

—No. ¿Por qué? ¿Pasó algo? ¿Mi madre está bien?

—Está bien —le aseguró Parker con una sonrisa.

Pipia no se había enterado del accidente de auto y Parker no iba a informarla.

—Nos preguntábamos si puedes contarnos más sobre tu familia. Información de fondo. —Hizo un gesto casual—. Ha pasado tanto tiempo desde que te vi de niña.

Empezar despacio, avanzar hacia lo importante. Miranda esperaba que funcionara.

Pipia parecía confundida. —¿Mi familia?

—¿Cómo fue crecer con tu hermana? —insinuó Miranda.

—¿Mi hermana? —Pipia soltó una risita—. Ella siempre ha sido la testaruda.

—Eso me pareció —dijo Parker, todavía sonriendo.

Pipia se frotó los brazos y miró por la ventana. —Ha estado tan enojada desde que nuestro padre se fue.

—Culpa a tu madre —dijo Parker en voz baja.

Pipia asintió. —Pero no fue su culpa. Didi simplemente… las dos lo extrañamos. —Sus grandes ojos exóticos se humedecieron—. Nos divertíamos tanto cuando éramos niñas. Nos llevaba a la ciudad y nos compraba vestidos bonitos. Íbamos a restaurantes elegantes, solo nosotros tres. Y una vez al año, nos llevaba en un viaje en tren a Minas Gerais para una reunión familiar. Por supuesto, mamá también venía entonces.

Miranda se inclinó hacia adelante. —Sí, tu madre mencionó que tu padre visitó a sus hermanos y hermanas recientemente.

Los labios de Pipia se tensaron. —Proviene de una familia numerosa de nueve. Cinco chicos, tres chicas, además de él.

—Muchos tíos y tías.

—Y tantos primos que costaba recordar todos sus nombres.

Miranda guardó silencio, observando a Parker esperar mientras Pipia se secaba una lágrima de la mejilla.

—Todos los veranos íbamos a la plantación de caña de azúcar en Minas Gerais y veíamos a nuestros tíos, tías y primos. Nadábamos en el río y corríamos por los campos, riendo e intentando atraparnos. Todos estaban tan felices.

Con mucho cuidado, Parker se aventuró con la siguiente pregunta. —¿Alguno de los hermanos de tu padre estaba celoso de su éxito?

—¿Celoso?

—Le fue mucho mejor que a ellos. ¿No es así?

—Se hizo rico, por supuesto. Pero siempre fue generoso con su familia. Contrató a mi tío Dani para supervisar la plantación. Recuerdo que el tío Dani siempre nos hacía reír y nos llevaba a montar en poni. Y nuestra tía Ceci horneaba unos pasteles maravillosos.

—¿Así que todos estaban contentos?

Frunció el ceño como si se esforzara por recordar algo. —Recuerdo al *tío* Sebasti. Nuestro tío Sebastián. Siempre parecía tan triste. Se sentaba en un rincón de la cocina, siempre tan hosco y callado. Decían que había estado en el hospital. Nunca supe qué le pasaba.

No había mucha información ahí, pensó Miranda. Deseaba poder preguntar directamente sobre Joca, pero sería demasiado fácil que Pipia se cerrara en banda si presionaban demasiado rápido.

Sus delgados hombros se elevaron en un profundo suspiro. —Recuerdo que cuando Didi y yo nos hicimos mayores, las salidas familiares eran menos frecuentes. Volvíamos a casa en el tren y nuestros padres no se hablaban. —Sacudió la cabeza—. Durante mucho tiempo temí que lo suyo terminara. Y entonces, un día, terminó. No me sorprendió cuando mi padre se fue.

Parker extendió la mano para tocarle la suya. —Lo siento mucho, Pipia.

Valientemente, la joven levantó la barbilla. —Mi madre ha encontrado a otra persona ahora. Él la hace feliz. Deseo tanto que sea feliz. Didi lo entenderá algún día. Al menos eso es lo que espero.

Puede que Pipia fuera la menor, pero tenía más madurez. Miranda le lanzó una mirada de soslayo a Parker. Él le devolvió un asentimiento discreto.

Se aclaró la garganta. —¿Conoces a este joven con el que sale tu hermana?

La expresión de Pipia se tornó hosca. —Joca. No me gusta.

Ella fingió sorpresa. —¿Por qué no? ¿No es algo famoso por aquí?

—A él le gustaría pensar que sí. Juega al *futebol* y piensa que eso lo hace especial. Pero me temo que se parece demasiado a mi padre.

—Quieres decir…

—Mira a otras mujeres. Sé que se ve bastante con Gretchen Schiffer. Ella es dueña de un *pub* en la ciudad.

Miranda jugueteó con un botón en el faldón de su camisa. —Gretchen Schiffer. Tengo entendido que son primos.

Las elegantes cejas de Pipia se alzaron. —¿Primos? ¿Quién te dijo eso?

—¿No son familia?

—Creo que la madre de ella es amiga de la madre de Joca. Yo no llamaría a eso ser prima.

Miranda tampoco. Así que le mintió a Didi, pero esto no los estaba llevando a ninguna parte.

Parker debió haber estado pensando lo mismo. Se puso de pie. —Pipia, odio preguntar esto, pero ¿sabes si Joca ha estado alguna vez en problemas?

—¿Qué clase de problemas?

—¿Instigó alguna broma cuando estaba en la escuela? ¿Dañó alguna propiedad? ¿Algo así?

—No que yo sepa.

—¿Sabes si tiene antecedentes? —dijo Miranda sin rodeos.

Pipia parpadeó, mirándola. —¿Por qué? ¿Qué tiene que ver esto con las cartas que mi madre ha estado recibiendo?

—No estamos seguros. —Parker inspiró y luego soltó la bomba—. Nuestro auto de alquiler fue sabotajeado mientras salíamos de Campos do Flores esta mañana. Los frenos fallaron en la carretera que baja de la montaña. Podríamos haber muerto.

Pipia lo miró fijamente con los ojos desorbitados y la boca abierta. Durante un largo momento pareció incapaz de hablar. —Eso es espantoso, Wade. Absolutamente espantoso. Pero no puedo creer que el chico que sale con mi hermana pueda hacer algo así.

Miranda ya estaba harta de sutilezas. —Vimos a Joca coqueteando con Gretchen ayer. Le mostramos esto a tu madre. Ella se lo contó a Didi, y Didi se lo dijo a Joca anoche. —Le mostró a Pipia la foto en su celular.

La joven se quedó mirando la foto durante un buen rato. Luego se llevó la mano a la cabeza como si le estuviera empezando una migraña. —Sabía que Joca ha estado usando a Didi para su propio placer. En realidad no le importa. Se lo he dicho un millón de veces, pero no me escucha.

—Pipia —dijo Parker con delicadeza—. Sentimos mucho lo de Didi. Pero a la luz de esta información, ¿crees que Joca es capaz de sabotear?

Ella lo estudió por un largo momento, sus ojos exóticos se oscurecieron aún más por el dolor. Se deslizó del taburete y tomó su violín de nuevo. Tocarlo debía ser un escape para ella de todos sus problemas recientes.

Abrió la boca, la volvió a cerrar, sacudió la cabeza. —Lo siento. No sabría decir. No conocía muy bien a Joca. Me llevaba cinco años en la escuela. Sí sé que es muy engreído. Pero, no. No puedo creer que sea un criminal. No creo que haya saboteado su auto.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

Afuera, Miranda evitó la barandilla y la vista de la pronunciada caída, y se apresuró a rodear la fachada del teatro de la ópera. Se detuvo bajo una pancarta del festival que ondeaba en el viento sobre su cabeza y se frotó los brazos.

—Bueno, eso fue inútil.

Parker se acercó a su lado y se metió las manos en los bolsillos.

—Ha tenido que lidiar con demasiado en muy poco tiempo.

—Sí, pobrecita. Puede calar a Joca en el tema de las citas, pero está negada a ver el resto.

—Es natural que quiera proteger a su hermana.

—Sí. —Si ya pensabas que tu hermana salía con un patán, sería difícil de tragar que había intentado matar a alguien.

Miranda sentía el cerebro aturdido. Se rascó el cabello con frustración y reconsideró intentar obtener los antecedentes de Joca a través de Gaspar.

—Quizás podamos localizar a algunos amigos de Joca. Si es que logramos averiguar quiénes son.

Con una sonrisa astuta extendiéndose por su rostro, Parker miró hacia el camino que descendía hacia los edificios estilo pan de jengibre del pueblo.

—Ya sabemos quién es una de sus amigas.

Los labios de Miranda se curvaron.

—Gretchen.

—¿Tienes hambre?

—Sí, de hecho. —Con razón no podía pensar con claridad. Era media tarde. Estaba superando la conmoción de la mañana que le había quitado el apetito, y no habían comido nada desde los pasteles de fubá de las seis de la mañana.

—Visitemos el pub y comamos algo, entonces.

—Excelente idea.

Mientras Parker tomaba su mano para acompañarla por el camino hacia el pueblo, Miranda sintió una oleada de esperanza.

###

Se podían apreciar muchos más detalles a pie, decidió Miranda, serpenteando entre la gente en la calle. La mercancía en venta en las pequeñas tiendas. El retumbar de los coches que pasaban. Los olores de los estudiantes y los ancianos sentados en las mesas de madera que bordeaban la acera. Una brisa invernal soplaba por las calles, pero todos estaban abrigados con chaquetas y suéteres, decididos a no dejar que el clima los disuadiera de su partida de ajedrez, su café o una conversación con amigos.

Pero a menos que ella y Parker fueran de mesa en mesa, como buscando una aguja en un pajar, ninguna de esas personas podría ayudarlos con este caso.

Pronto llegaron a la calle con el letrero ovalado que decía «Gretchen's» con la tipografía de aspecto bávaro y entraron. El lugar tenía el mismo aspecto que cuando Miranda había pillado a la propietaria y al futbolista con su teléfono.

Jardineras coloridas en las paredes bajo ventanas falsas, lámparas Tiffany, clientela escasa y los meseros disfrazados. Una polca sonaba suavemente por el intercomunicador.

Encontraron un asiento y Parker sugirió que probaran las salchichas.

A Miranda se le empezó a hacer agua la boca cuando el mesero les puso delante dos jarras de cerveza oscura y una fuente grande y apetitosa de salchichas bratwurst servidas sobre chucrut y papas asadas. Parker le sirvió un poco en su plato y ella atacó la comida como si no hubiera comido en días. Contaría las calorías más tarde, decidió, saboreando los jugosos sabores. Además, todavía quedaba la caminata de regreso a casa.

Comieron en silencio, observando a los otros clientes y el ambiente bastante muerto. Se preguntó cómo Gretchen se mantenía a flote. Quizás la cosa se animaba en la hora feliz, cuandoquiera que fuera por aquí.

Al tragar el último bocado de salchicha, bajarlo con un trago de cerveza y recostarse en su silla, Miranda sintió que la cordura regresaba. Estaba lista para enfrentar a la amante de Joca. Pero hasta el momento, la infame Gretchen no había hecho acto de presencia.

El mesero se acercó a recoger sus platos.

—¿Les puedo traer algo más? —preguntó.

Miranda lo miró. Era el mismo joven con lederhosen que los había atendido ayer. Tenía una tez clara que iba a juego con el atuendo, y parecía tener la edad de Didi. Alto y desgarbado, se mantenía erguido con unos amigables ojos azules, y su cabello castaño oscuro se curvaba bajo su sombrero de fieltro verde con la pluma amarilla.

Ella se inclinó hacia adelante, con los codos sobre la mesa.

—Sí. Un poco de información.

Él pareció sorprendido.

—¿Qué tipo de información?

Ella miró a Parker. Él le dedicó un gesto de aprobación.

—¿Qué tal es trabajar para Gretchen Schiffer?

Las mejillas del joven enrojecieron.

—¿Para Gretchen? Está… bien. —Tenía el típico acento brasileño, a pesar de su atuendo bávaro—. ¿Por qué preguntan?

—Estuvimos aquí ayer. ¿Al mismo tiempo que el futbolista? —Hizo un gesto hacia la barra.

—Oh, sí. Los recuerdo. ¿Disfrutaron sus bebidas?

Como si fueran un equipo de baile perfectamente sincronizado, Parker retomó la conversación.

—Somos investigadores privados trabajando para un cliente local. Estamos haciendo una verificación de antecedentes de Joca.

—*Nossa, ¿sério?* —Se quitó su ridículo sombrero y se deslizó en una silla de enfrente—. Los ayudaré en todo lo que pueda. ¿Qué quieren saber?

Era agradable tener algo de cooperación por fin, pero Miranda se preguntó por qué estaba tan dispuesto.

—Estamos buscando personas que puedan dar fe del carácter de Joca —dijo Parker.

—¿Su carácter? ¿A qué se refiere?

—Entendemos que tiene cierta reputación por el pueblo. —Miranda dejó que el chico sacara sus propias conclusiones sobre lo que quería decir.

Pero él hizo una mueca de inmediato.

—Joca se cree un… *conquistador*. ¿Cuál es la palabra en inglés? Un *lady-killer*. No lo apruebo.

¿*Conquistador*, eh? Pero Miranda forzó su rostro a permanecer inexpresivo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Con cautela, el mesero miró por encima del hombro hacia la barra, enfocándose en una puerta trasera en la pared del fondo. Bajó la voz a un susurro.

—Joca está saliendo con mi jefa y con mi amiga al mismo tiempo.

Bingo. Por si necesitaban más pruebas para condenar al futbolista en ese aspecto.

—¿Quién es tu amiga? —preguntó Parker como si no tuviera idea.

Él bajó la mirada y jugueteó con el sombrero que había puesto sobre la mesa.

—Se llama Diana Dominguez. Le dicen Didi. Trabaja con su madre en *Esquecer*. Un hermoso resort en la colina. Es muy popular.

Ninguno de los dos parpadeó.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Miranda.

—Alex.

—Soy Miranda Steele y este es mi socio, Wade Parker. —Extendió una mano y todos hicieron el apretón de manos obligatorio—. ¿Desde cuándo conoces a Didi, Alex?

Acariciando su sombrero de nuevo, hizo un sonido sibilante con los labios.

—Toda la vida. Desde el preescolar. Solíamos salir. Pensé que un día podríamos… —soltó un largo y triste suspiro—. Pero entonces empezó a salir con Joca.

Mala jugada. Este chico parecía ser mucho mejor para Didi que el mujeriego de Joca.

—¿También conocías a Joca de la escuela? —preguntó Parker.

Alex negó con la cabeza.

—Él iba dos años por delante de nosotros. Yo no estaba en su liga, como dicen.

—¿Sabes si alguna vez se metió en problemas?

—¿A qué te refieres?

Miranda agitó una mano en el aire.

—¿Alguna vez pintó grafitis en una pared de la escuela? ¿Rompió una ventana? ¿Le desinfló las llantas a alguien?

El joven parecía horrorizado.

—Oh, no.

—¿Estás seguro? —dijo Parker.

Alex negó enfáticamente con la cabeza.

—Había algunos chicos que hacían cosas así. Terminaron hablando con la policía. Pero Joca no se juntaba con ellos. Se quedaba con los otros atletas. Y era un buen estudiante. A pesar de sus… hábitos actuales, ama a su familia. Nunca los avergonzaría con bromas como esas.

Miranda no sabía si eso era cierto, pero podía ver que Alex lo creía.

—¿Y anoche?

Él frunció el ceño.

—¿Qué pasa con anoche?

—¿Estabas aquí?

Asintió.

—Estábamos ocupados. Trabajé hasta tarde y cerré.

—¿Estaba Joca aquí entonces?

Sus mejillas enrojecieron de nuevo. Miró fijamente su sombrero y se retorció en la silla.

Parker posó suavemente una mano en el brazo del joven.

—Es importante que sepamos qué pasó anoche, hijo.

—¿Por qué?

Parker inspiró.

—Esta mañana, en la carretera hacia el valle, ocurrió un grave accidente. Hemos descubierto que el vehículo había sido manipulado.

Los ojos del joven se abrieron de par en par.

—Y ustedes creen… —Negó con la cabeza—. Como a las nueve vi a Joca entrar en la parte de atrás con Gretchen. Ella no volvió a trabajar después de eso.

—¿A dónde fueron en la parte de atrás?

—No lo sé, pero ella tiene un apartamento arriba. Supongo que fueron allí y se quedaron toda la noche.

Miranda le lanzó a Parker una mirada recelosa.

—¿Por qué toda la noche?

—Hemos andado un poco escasos de personal, así que trabajé hasta tarde anoche, como dije. Pero usualmente abro por las mañanas. Hoy llegué como a las diez.

—¿Y?

—Mientras estaba preparando todo, Gretchen y Joca bajaron a tomar café. Parecía que acababan de despertarse. —Hizo un gesto hacia su cabeza—. Ya saben. El pelo revuelto. Usando batas. Bostezando.

Era Didi la que necesitaba despertar.

Justo en ese momento, Miranda vio una figura moviéndose hacia su mesa.

Un momento después, la rubia robusta estaba a su lado con todo su atuendo, completo con chaleco, delantal, falda fruncida y túnica. Olía a lavanda y tenía un tipo de cuerpo que podría llamarse de huesos anchos. Pero seguro que no eran huesos lo que asomaba de esa blusa.

—¿Almorzando con nuestros clientes, Alex?

El joven se puso de pie de un salto.

—Son investigadores privados, Gretchen. Están preguntando por Joca.

Adiós a su tapadera de turistas.

Gretchen apoyó una mano en su cadera cubierta por el delantal y evaluó a sus nuevos clientes con una mirada de «¿ah, sí?».

—¿Qué quieren saber de Joca?

Antes de que cualquiera de los dos pudiera hablar, Alex empezó a balbucear.

—Hubo un accidente en la carretera del sur esta mañana. Un vehículo fue saboteado. Creen que él estuvo involucrado.

Parker permaneció impasible.

—Estamos tratando de determinar el paradero de Joca anoche entre la medianoche y las cinco de la madrugada.

El labio superior de Gretchen casi se curvó en una mueca. En lugar de eso, se rio.

—Si creen que tuvo algo que ver con el sabotaje de ese coche, están equivocados. Estuvo conmigo cada minuto.

Audaz, ¿verdad? Miranda ocultó sus puños apretados bajo la mesa.

—Entendemos que recibió una llamada anoche.

Los ojos de Gretchen se abrieron de par en par ante esa noticia, pero permaneció igual de arrogante.

—Sí. Recibió una llamada. Y justo después de atenderla, volvió a la cama. —*Conmigo*, añadió su expresión.

Miranda clavó la mirada en la mujer, deseando poder estrellar uno de sus puños en una de sus engreídas mejillas redondas. Pobre Didi.

Gretchen se inclinó, su busto hinchándose bajo la blusa, y alcanzó la fuente vacía.

—¿Les traigo la cuenta?

Miranda sintió la llama del temperamento de Parker mientras él se levantaba y arrojaba unos cuantos billetes sobre la mesa.

—No, gracias. Con esto debería bastar. Quédese con el cambio.

# CAPÍTULO VEINTICUATRO

—Qué perra —dijo Miranda mientras caminaba a pisotones por la acera, ignorando las pintorescas tiendas y a los otros peatones con los que casi chocaba—. Se estaba burlando de nosotros, Parker. Estaba muy orgullosa de lo que está haciendo con Joca.

El rostro de Parker estaba sombrío.

—Aun así, le dio una coartada al futbolista.

—Y qué si estuvo con ella toda la noche. Eso no prueba que no se escapara media hora para cometer el crimen. Pudieron haberlo planeado juntos.

Él no respondió.

—¿Por qué no? ¿Porque un tipo no puede pensar en sabotear los frenos de alguien cuando tiene sexo en la cabeza?

Parker se detuvo en la esquina y miró fijamente el tráfico, con las manos en los bolsillos de los *jeans* y el saco ondeando con el viento frío.

Miranda se quedó boquiabierta.

—No crees que fue él, ¿verdad?

—Me inclino a pensar que no.

Tomó varias respiraciones profundas para calmar su pecho agitado y se dio cuenta de que él tenía razón. No habían encontrado nada que indicara que su *conquistador* tuviera un historial de vandalismo. No tenían nada más que una llamada telefónica.

Dejó escapar un suspiro de derrota.

—¿Y ahora qué?

Parker permaneció en silencio, con la mirada fija al otro lado de la calle.

Se ajustó el suéter para protegerse del viento y observó pasar los autos. Más allá de los picos azul verdoso en la distancia, el sol

estaba bajando en un cielo nublado. Se estaba haciendo tarde y no habían avanzado ni un ápice en este caso.

Entonces, ¿a quién tenían además de Joca? El jardinero despedido probablemente sabría cómo manipular los frenos de un auto.

Pero ¿y las amenazas de muerte a Tia? ¿Qué pasaba con esas cartas?

¿Por qué avisarle a alguien que lo vas a matar antes de hacerlo? O no tienes la intención y solo le estás tomando el pelo, o realmente odias a la persona y quieres verla sufrir antes de acabar con ella.

Eso encajaría con Geninho, por lo que sabían de él. ¿Despedido de un trabajo de quince años por la esposa de su primer empleador? Eso podría causar un rencor del tamaño de una de estas montañas.

¿Y qué hay de Nelito, el estudiante alegre y despreocupado? Tal vez esa naturaleza idealista y bondadosa era una farsa. De repente, recordó que Carlota dijo que Nelito estaba enamorado de Tia. Quizás sabía que Tia se estaba acercando a su abogado y estaba celoso. Eso podría ser un motivo.

Con la mente corriendo por el laberinto de preguntas sin respuesta, levantó la vista y se dio cuenta de que la luz del semáforo de la esquina había cambiado varias veces y Parker no se había movido.

Siguió su mirada al otro lado de la calle y vio un letrero. Nunes.

La tienda donde se había hecho el cargo a la tarjeta de crédito de Rico. Entrecerró los ojos para ver las cosas en el escaparate.

—¿Eso es lo que creo que es?

Con un seco asentimiento, Parker finalmente rompió su silencio.

—Una tienda de artículos deportivos.

La luz cambió de nuevo y él le tomó la mano mientras se apresuraban a cruzar la intersección.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

Las luces brillantes del interior de Artículos Deportivos Nunes iluminaban un pasillo con estantes y más estantes de suplementos, polvos para bajar de peso y bebidas energéticas.

Miranda reconoció el olor característico de los productos básicos para el fisicoculturismo. Antes era muy aficionada a esas cosas. El zumbido de las conversaciones de los clientes en un idioma que no entendía retumbaba en sus oídos mientras examinaba etiquetas que no podía leer. Frustrada, pasó al siguiente pasillo. Allí se exhibía una variedad de pesas y aparatos de ejercicio. Estiró el cuello y vio artículos de campamento al fondo.

¿Acaso el casi exesposo de Tia era aficionado al fitness? Supuso que tenía que serlo por la foto que había visto de él. Probablemente frecuentaba el gimnasio con sus modelos. ¿Pero por qué venir aquí?

Ella y Parker se habían separado para examinar el lugar, y lo alcanzó en un mostrador en el lado más alejado de la tienda.

Él estaba conversando amigablemente con un dependiente de mediana edad de cara redonda, barba entrecana y pelo crespo de un rojo oscuro.

—Ahí estás, Miranda. Esta es la socia de la que le hablé. Miranda, él es Rudy Nunes. Es el dueño de este establecimiento.

Se acercó y le extendió la mano.

—Encantada de conocerlo. —Observó su cuerpo bajo y regordete. Bastante fuera de forma para ser el dueño de una tienda como esta.

—El placer es mío —dijo él, tomándole la mano entre las suyas—. ¿Entiendo que ustedes dos están investigando un caso aquí en nuestro pueblito? —Su piel era áspera, pero su sonrisa parecía genuina.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Tenemos una pista que podría involucrar a su tienda, señor Nunes.

Él hizo un gesto de desdén con la mano.

—Oh, llámeme Rudy. Ustedes los estadounidenses son muy formales. Ahora, ¿qué clase de pista?

—Tenemos información de que alguien hizo una compra en su tienda hace dos semanas. —Parker sacó su celular, donde había transferido los datos de la investigación, y deslizó el dedo por la pantalla hasta que llegó al cargo de la tarjeta Cielo—. Aquí está.

Rudy entrecerró los ojos para ver la pantalla y asintió lentamente.

—Sí. Eso es de nuestra tienda. ¿Qué pasa con eso?

—¿Puede darnos más detalles sobre esta compra?

Frunciendo el ceño al observar el celular, Rudy se rascó la barba.

—Tendría que acceder a los registros en la computadora.

—¿Puede hacer eso?

—Déjeme verlo otra vez.

Parker acercó el celular mientras Rudy agarraba una pluma y anotaba un número.

—Ahora vuelvo. —Pasó detrás de un mostrador trasero y empezó a teclear en un teclado.

Miranda marcaba el tiempo tamborileando los dedos sobre el mostrador de cristal mientras Parker la observaba, con ternura en los ojos.

—Espero que esto no sea otra pérdida de tiempo —le susurró en voz baja.

—Algo averiguaremos. —Pero él se veía tan desanimado como ella se sentía en ese momento.

Unos minutos más y Rudy regresó contoneándose de detrás del mostrador con una hoja impresa.

—Están de suerte. Tengo el recibo aquí mismo. —Lo colocó sobre el cristal y estudiaron los artículos, mientras Parker le traducía.

Un abrelatas, un par de bolsas de carne seca, una cantimplora, un saco de dormir, una mochila y, lo más perturbador de todo: un cuchillo Bowie.

Parpadeó al ver el papel.

—¿Equipo de campamento?

—Así parece.

—Tenemos bastantes clientes a los que les gusta hacer senderismo en las montañas y acampar —dijo Rudy.

—Con ese cuchillo se podría cazar animales pequeños.

Él le dedicó una sonrisa condescendiente.

—La caza está prohibida por ley. Pero podría usarlo para cortar leña para una fogata o ramas para un refugio.

Claro.

Parker deslizó el dedo por la pantalla de su celular de nuevo y Miranda vislumbró la portada de la revista.

—¿Es este el hombre que compró estos artículos?

Rudy miró el celular con una sonrisa de reconocimiento.

—Ese es Rico Domínguez. Es el dueño del lujoso *resort* en la colina. Lo conozco desde hace años.

Parker señaló la hoja impresa.

—¿Fue Rico quien compró este equipo?

—Bueno, ese es su nombre en el recibo. —Los ojos de Rudy se abrieron de par en par—. Ah, ya veo. ¿Creen que alguien más podría estar usando la tarjeta de crédito de Rico?

—Eso es lo que estamos tratando de determinar.

La sonrisa de Rudy se desvaneció.

—Eso no lo sé. No recuerdo que haya estado en la tienda recientemente. Se mudó a Río hace unos años. De hecho, no recuerdo que haya comprado equipo de campamento antes.

¿Estaban fracasando de nuevo? Miranda quiso acercarse a los sacos de boxeo y darle un buen golpe a uno.

Rudy levantó una mano.

—Espere. Nando estaba trabajando ese día. Tal vez él se acuerde.

Unos minutos más tarde, el dueño de la tienda apareció de nuevo por la esquina, esta vez con un tipo una cabeza más alto que él, de mejillas hundidas y pelo oscuro que asomaba por la coronilla. Sus ojos oscuros eran grandes y expresivos, como si acabara de

descubrir un secreto profundo y oscuro. O como si pensara que estaba a punto de meterse en problemas.

—Nando —dijo Rudy después de presentarles a su empleado—, estos investigadores necesitan saber quién compró el equipo de este recibo hace dos semanas.

Nando pasó un dedo por la lista en el papel y se detuvo en la fecha. Miró nerviosamente a Parker y luego a Miranda.

—Soy nuevo aquí. Ese fue mi primer día. Lo siento. No recuerdo quién hizo esta compra.

Parker le mostró la portada de la revista.

—¿Fue este hombre?

Nando tomó el celular e inclinó la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro mientras estudiaba la foto.

—Sí recuerdo a un hombre que preguntó por artículos de campamento.

—¿El cliente dijo dónde podría estar acampando?

—Hay varios sitios para acampar en las montañas.

—¿Mencionó alguna zona específica?

Nando pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—No recuerdo nada de eso. Lo siento.

—¿Era él? —preguntó Parker de nuevo.

El empleado se tomó un buen rato girando el celular de un lado a otro.

—Podría haber sido. Pero se veía diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—Puede que estuviera un poco más delgado. Y creo que tenía barba. Como si no se hubiera afeitado en unos días.

Miranda se enderezó.

—¿Está seguro?

Nando miró el celular una vez más y se lo devolvió a Parker.

—No puedo estar cien por ciento seguro. Pero recuerdo los ojos. Fríos. Penetrantes. Recuerdo haberme asustado un poco. Pero parecía estar contento con el servicio.

De eso no le cabía la menor duda.

¿Acaso el marido de Tia había estado acampando en la zona para espiarla y enviarle amenazas de muerte? Su corazón empezó a latir

con fuerza mientras Parker guardaba su celular en el bolsillo y volvía a estrechar manos.

—Gracias, Rudy, Nando —dijo—. Han sido de gran ayuda.

Se dieron la vuelta y salieron de la tienda. Ya en la calle, Parker llamó a un taxi y encontró uno que estaba libre.

—¿Derrochando? —preguntó Miranda, con los nervios de punta.

—Necesitamos volver con Tia lo antes posible. —Abrió la puerta y la ayudó a entrar.

Mientras se deslizaba en el asiento, Miranda pensó que nunca había estado más de acuerdo con él.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

Media hora más tarde, la multitud que se registraba en *Esquecer* había disminuido y Miranda estaba de pie junto a Parker en la oficina de Tia, esperando a que terminara su contabilidad del día.

Valdinho caminaba de un lado a otro cerca del aparador mientras Miranda observaba los dedos decididos de Tia volar sobre una delgada computadora portátil en su pulido escritorio. Era como si no quisiera oír lo que tenían que decir.

*Está en negación*, pensó Miranda.

—Me temo que traen malas noticias —dijo Tia, como si le leyera la mente—. No podré ocuparme de estas cifras una vez que las oiga.

Tras unos minutos más de registrar entradas, finalmente dejó de teclear y cerró la computadora. Levantó su majestuosa cabeza y tomó aire. —Muy bien. Díganme.

Miranda vio cómo su rostro palidecía un poco mientras Parker le relataba los detalles que habían descubierto en casa de Nunes.

—¿Crees que Rico ha estado acampando en la zona?

—Eso parece —dijo Parker.

Se llevó las manos a la cara. —¿Por qué? ¿Me está acosando?

El abogado se colocó detrás de la silla de Tia y le puso las manos en los hombros para apoyarla. —Debe de haberse enterado de los trámites del divorcio.

Probablemente. —¿Se lo habrá dicho Didi? —preguntó Miranda.

Tia negó con la cabeza. —Ella no lo sabe.

—Pero puede que sospeche.

Cerrando los ojos, Tia tomó una de las manos de Valdinho y la apretó con fuerza. —No estoy segura.

—¿Qué van a hacer? —quiso saber el abogado.

Parker soltó un suspiro. —Sería más fácil registrar la zona si tuviéramos ayuda de la policía.

A Tia se le abrieron los ojos de par en par. —¡No! Por favor, Wade. Las cartas decían que nada de policía. Rico se enoja cuando no se sale con la suya. Cumpliría su amenaza.

¿Y si no, no lo haría?

—*Bastardo* —murmuró el abogado por lo bajo mientras volvía a caminar hacia el aparador—. Puede que la policía tenga que arrestarme a mí. Si viera a Rico, podría matarlo con mis propias manos por hacerle esto a Tia.

Miranda notó que la paciencia de Parker se estaba agotando. —Tia, va a ser muy difícil registrar las montañas por nuestra cuenta. En mi capacidad profesional y como su amigo, le aconsejo que…

Una alerta sonó en su teléfono.

Maldijo mientras lo sacaba y leía el mensaje de texto. Su rostro se endureció como una piedra.

—¿Qué pasa? —Miranda se asomó por encima de su hombro. El corazón casi se le detuvo.

—¿Qué? —exigió Valdinho.

—Ha habido otro cargo en la tarjeta Cielo de Rico. Justo esta tarde. Una cafetería en Río —Parker localizó rápidamente la ubicación en el mapa y anunció la dirección.

La voz de Tia estaba llena de pánico mientras se levantaba para ver la pantalla. —Creo que eso está muy cerca de su agencia. Está de vuelta allí, Wade. Debe ir y encontrarlo.

A Parker le tembló la mandíbula. —Tia, sería irresponsable dejarla aquí.

—Tengo a Valdinho. Él cuidará de mí.

—Es un civil. Deberíamos avisar a Gaspar. Podría apostar a un oficial fuera de su casa.

—Rico lo vería como un desafío. Y además —señaló el teléfono de él—, no está aquí. Está en Río.

Miranda se hundió en una de las sillas de invitados tapizadas en verde. —Debe de estar viajando de un lado a otro. Podríamos intentar rastrear su auto. ¿Sabes qué maneja?

Tia negó con la cabeza. —Rico cambiaba de auto como de pañuelos desechables. Arrendaba, compraba, vendía. Cada mes había algo nuevo.

Y probablemente lo estuviera haciendo con más frecuencia ahora si estaba tratando de ocultar su paradero.

—Podemos iniciar una búsqueda —dijo Parker—. Pero llevará tiempo con la poca información que tenemos.

—No. Tú y Miranda deben ir a Río. Sé que puedes encontrarlo, Wade. Podrías hacerlo entrar en razón.

¿Tia creía que podían convencer a ese tipo de no asesinarla? Evidentemente, no entendía la mente de un asesino. Por otro lado, si encontraban al desgraciado, podrían empezar a seguirlo y quizá conseguir lo suficiente para demostrar que había enviado esas cartas y saboteado su auto. Eso lo metería en la cárcel por un tiempo, al menos.

Miró a Parker y sus miradas se encontraron. La expresión de él le dijo que sus pensamientos eran un reflejo de los de ella.

Se volvió hacia Tia. —Usted está olvidando que no tenemos transporte.

—Pueden tomar el auto de Didi.

Miranda reprimió una risa. —No lo creo, Tia.

—Vayan en autobús, entonces.

Parker frunció el ceño con frustración. —¿Y cuánto tiempo tardará eso?

—El autobús va primero a São Paulo —aportó Valdinho—. El viaje sería de más de diecisiete horas de ida.

Parker negó con la cabeza. —Eso es demasiado tiempo. Incluso en auto tardaría demasiado. No la dejaré sola por tanto tiempo.

Tia bajó la vista hacia su escritorio, su rostro delatando la lucha que libraba contra el pánico que la consumía por dentro. Miranda la compadecía. Sabía lo que era ser aterrorizada por un marido.

De repente, se le ocurrió. —Un momento —miró a Tia—. ¿Tu mensajero no tiene un avión privado?

—Sí. Así es como entrega el correo y los paquetes tan rápido.

Así era como devolvían sus muestras a la Agencia Parker tan rápido.

Valdinho negó con la cabeza. —Maximilian es cliente mío. Su avión solo tiene dos asientos. Lleva el correo en un pequeño compartimento de carga. Solo podría llevar a uno de ustedes.

Parker se tensó. —Miranda y yo no vamos a separarnos.

Miranda se volvió hacia Parker. —Tienes licencia de piloto, ¿no?

—En Estados Unidos. No es válida aquí.

Miranda le dio a Parker un ligero puñetazo en el brazo. —Nunca te ha importado saltarte las reglas. ¿No es lo mismo volar aquí?

—Básicamente.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar a Río en el avión de Maximilian?

—Dependiendo de las condiciones meteorológicas, dos horas o un poco menos.

—Si saliéramos temprano, podríamos estar de vuelta aquí para el mediodía de mañana —como mínimo, podrían sacarle algo de información a alguien en la agencia de modelos. O si de verdad encontraban al imbécil, podrían empezar a seguirlo—. ¿Qué dices?

Con la tensión marcada en las líneas de su atractivo rostro, Parker estudió a su clienta, a su abogado y a Miranda por un largo momento.

Finalmente, asintió. —Muy bien. Si el mensajero está de acuerdo.

###

Tia llamó al mensajero, y este se mostró más que dispuesto a ayudar. Después de acompañar a Tia y a su abogado de vuelta a su casa, Miranda y Parker se dirigieron a la cabaña para una cena ligera del servicio de habitaciones y acostarse temprano. Una vez más, saldrían con las primeras luces del día.

Miranda fue a ducharse mientras Parker pedía otra cesta de desayuno para la mañana. Cuando salió del baño envuelta en una toalla y secándose el pelo con otra, sorprendió a Parker sosteniendo su teléfono celular.

—¿Qué?

Con cara de póquer, se lo entregó. —El tono era de la oficina. Supuse que no te importaría que revisara el mensaje.

*Dios mío*, pensó ella. *¿Será una respuesta de Becker?*

—Claro que no —mintió, reprimiendo el pánico mientras leía el texto. Efectivamente, era de su amigo.

*Dile al jefe que todavía estamos trabajando en las muestras que envió. Deberíamos tener algo pronto. Nada sobre el otro asunto.*

Gracias a Dios no había sido más explícito.

Pero se estremeció al oír la voz sombría de Parker. —¿Otro asunto?

Su mente buscó a toda prisa una excusa y se decidió por lo primero que se le ocurrió. Sorpresa de aniversario.

Inclinó la cabeza y le dedicó una sonrisa pícara. —Lo siento. No puedo contarte sobre eso.

Parker entrecerró los ojos con una sonrisa de complicidad mientras la tomaba en sus brazos y la abrazaba con fuerza. —¿Me estás guardando secretos, Miranda?

Forzó una risa. —Solo uno o dos. Oye, tenemos que irnos a la cama. Las cinco de la mañana llegan rápido —se soltó de su abrazo y medio bailó hasta la cama.

Quitándose las toallas y metiéndose bajo las sábanas, escondió la cara en la almohada mientras la culpa la remordía por dentro.

Parker retiró las sábanas y se acostó junto a su esposa, inseguro de lo que su propio corazón le decía. Quería creer que le estaba ocultando una sorpresa de aniversario. Pasando mensajes de Joan Becker a través de su marido. Pero algo en los ojos de ella le había dicho que había algo más.

Apagó la luz y la buscó en la oscuridad. Ella se dio la vuelta y se acurrucó contra su hombro, todavía ocultando su rostro.

Pensó en la promesa que se habían hecho el uno al otro hacía unas semanas. No más secretos. No más agendas ocultas entre ellos.

Mientras se quedaba dormido, solo esperaba que ella estuviera cumpliendo su parte de ese trato.

# CAPÍTULO VEINTISIETE

Justo al amanecer de la mañana siguiente, se subieron al VW de Valdinho, y el abogado y Tia los llevaron a la pista de aterrizaje de Maximilian, a un par de millas al norte del pueblo.

Después de que Miranda se despidió y salió de prisa del estrecho asiento trasero, vio un pequeño hangar y, frente a él, una reluciente avioneta monomotor blanca que esperaba.

Maximilian estaba de pie junto a la avioneta, con su cabello gris plateado ondeando con la suave brisa. Cuando ella y Parker se acercaron, los saludó con enérgicos apretones de manos. —Ya revisé el pájaro. Está listo para despegar.

Parker inspeccionó la aeronave. —Si no te importa, Max, me gustaría revisarla yo mismo.

—Adelante.

Parker se tomó su tiempo para revisar la hélice, las alas, los neumáticos, el tren de aterrizaje y el tanque de combustible. Miranda se sentía inquieta, pero después de lo que había sucedido el día anterior, toda precaución era poca.

Finalmente, Parker terminó. —Todo parece estar en orden.

—Por supuesto que lo está —asintió Max con un brillo en los ojos —. Ya presenté su plan de vuelo. El tiempo es bueno. El viento de frente es excelente. No deberían tener problemas.

—Muy bien, entonces. Gracias, Max.

—Lo que sea por Tia.

Parker ayudó a Miranda a subir al asiento del copiloto y luego corrió alrededor del morro del avión para ocupar el asiento del piloto. Max le entregó otra cesta de pasteles de fubá y café, cortesía de la cocina del complejo, y luego cerró la puerta de plexiglás, dejándola encerrada. Como antes, ella y Parker vestían ropa de

oficina y habían decidido no traer una muda, ya que estarían de vuelta a primera hora de la tarde.

Se abrocharon los cinturones y Parker comenzó a manipular los diales del panel de control. Había un montón de ellos. Un montón de números y gráficos que ella no entendía. Finalmente, le entregó un juego de auriculares.

Ella se los puso.

La voz grave y sexi de él se filtró a través de las almohadillas. —¿Puedes oírme?

Ella asintió. —¿Soy la copiloto?

—Más o menos.

Al menos él se mostraba seguro al respecto.

Arrancó el motor y la aeronave cobró vida con un estruendo.

Miró hacia adelante por el parabrisas. La estrecha pista de aterrizaje se extendía ante ellos en el aire brumoso. La emoción, mezclada con una pizca de terror, la recorrió. Era un poco como caminar por una tabla gigante.

—Este avión es seguro, ¿verdad?

Parker solo le dedicó una sonrisa.

A través de los auriculares, escuchó un parloteo en portugués.

—Instrucciones de la torre de control más cercana —le explicó Parker antes de parlotear él también, dejándola muy impresionada.

Ella pudo distinguir algunos de los números. Eran similares al español. *Cinco*, cinco. *Dois*, dos. *Quatro*, cuatro. Pero lo que significaban las largas series de ellos era un misterio para ella.

—Los controladores de tráfico aquí son regionales, pero en Río hablarán inglés —explicó Parker—. Tenemos autorización. —Presionó algunos botones más.

El motor aceleró y comenzaron a moverse. Empujó el acelerador hacia adelante. Rodaron cada vez más rápido y, justo antes de llegar al final de la pequeña pista, el morro se levantó del suelo.

Miranda contuvo la respiración. ¡Estaban en el aire! ¡Yujuuu!

Con los oídos taponándosele, miró hacia las montañas de abajo. Había verde por todas partes, brillando bajo el sol de la mañana. El verde oscuro y profundo de los bosques. Un verde más claro de los

pastizales. Un tablero de ajedrez de varios tonos que supuso eran parcelas de tierra de cultivo.

Vio la carretera zigzagueante que habían tomado el día anterior y el profundo valle al que el Beamer se habría precipitado. Pero ni siquiera esa imagen pudo apagar la euforia que sentía.

—Esto es genial, Parker.

—Vivo para entretener —dijo él con ironía.

Quiso darle un puñetazo, pero no se atrevió mientras él estaba a los mandos.

Siguieron más o menos un río durante un buen rato hasta que cruzaron otra cadena de montañas. Esta cordillera no parecía tan alta, y Parker redujo la altitud del avión.

Finalmente, se reclinó. —Ya pasamos la parte difícil. Básicamente seguiremos esta cordillera hasta llegar a la ciudad.

—¡Sí! —sonrió ella—. ¿Quieres algo de desayunar?

—Sí. Y un poco de café.

Metió la mano en la cesta que habían traído del complejo y le dio un pastel, luego le sirvió una taza de café. Ella misma tomó uno, pero algo en la boca del estómago le dijo que no al brebaje caliente. En cambio, encontró una botella de agua fría en la cesta y se sirvió.

Terminó el pastel y se fijó en el segundo volante de control en forma de U que tenía delante. —¿Por qué esa cosa se mueve sola?

Parker se rio entre dientes. —Porque este Cessna tiene doble mando. Se llama el volante de control. Controla la orientación de la aeronave con respecto a la tierra, o la actitud. Ten. Pruébalo. —Soltó sus mandos.

Automáticamente, los dedos de Miranda se aferraron a los suyos. —¿Qué hago?

—Empuja hacia arriba. Suavemente.

Lo hizo y el morro del avión se elevó. Soltó un gritito. —¿Se supone que esto debe pasar?

—Sí. Ahora bájalo.

Niveló el volante de control y el morro se estabilizó de nuevo.

—¿Ves esos pedales en el suelo?

Miró hacia abajo. —¿Funcionan como los de un auto?

—No exactamente. Presiona suavemente el pedal izquierdo mientras giras el volante de control a la izquierda.

Siguió sus instrucciones y su adrenalina se disparó cuando el avión viró a la izquierda. Hizo lo mismo a la derecha y el avión viró a la derecha. No pudo evitar reírse. —Esto es divertidísimo.

—Me alegro de que lo disfrutes. —Él retomó el control e hizo un ligero ajuste para volver al rumbo. Luego señaló un número en el panel—. Este es el distintivo de llamada de la aeronave. Es similar a la placa de un auto. Nos identifica de forma única ante la torre de control.

—De acuerdo.

Repasó las frecuencias para la comunicación en el transceptor. Luego explicó los controles para los flaps, la velocidad aerodinámica, el coordinador de viraje, la altitud y cómo saber si estabas boca abajo o boca arriba.

Todo era genial, pero no había forma de que pudiera recordarlo todo. Aun así, quizás quisiera tomar algunas lecciones cuando volvieran a casa.

Parker le sonrió con ternura. —Ya puedes relajarte. Estamos en piloto automático.

—Qué bien. —Miró por la ventanilla las millas que pasaban a la deriva. Tenía demasiadas cosas en la cabeza para relajarse—. ¿Entonces cuál es nuestro plan para encontrar a Rico?

—Empezaremos en la cafetería donde se hizo el cargo a su tarjeta Cielo ayer, y luego visitaremos la agencia.

—¿El mismo enfoque que ayer? ¿El truco de los contadores?

Él asintió. —A menos que tengas algo mejor.

Pensó por un momento. —No. Deberíamos conseguir algo así. Solo espero que sea suficiente.

—Sí. —Terminó su segunda taza de café y se la entregó.

Flotaron, como si fueran una nube, durante un buen rato, con el motor ronroneando, la hélice zumbando y un cielo azul despejado por delante. La tierra se deslizaba bajo ellos como la presentación de diapositivas de un agente de viajes. Parecía que se movían a paso de tortuga, pero ella sabía que iban casi tres veces más rápido que

un auto, sin paradas y en línea recta. Esa era la forma de llegar a donde querías ir.

El terreno bajo ellos comenzó a nivelarse y los edificios de la ciudad aparecieron a lo lejos.

La vista le provocó otra descarga de adrenalina. —¿Eso de ahí abajo es Río?

Parker negó con la cabeza. —Todavía no. Pero estamos cerca. Nos estaremos acercando al Internacional de Galeão en breve.

Dio un saltito en su asiento. —Genial.

Siguieron a la deriva un rato más hasta que Parker comenzó a inquietarse. Se frotó el cuello como si tuviera tortícolis. —¿Te sientes rara?

—¿Rara? ¿A qué te refieres?

—Somnoliento. De repente me siento muy cansado.

—¿No dormiste bien?

—Creí que sí.

Ella se sentía bien, excepto por la punzada de miedo que él acababa de provocarle. Tal vez eran los nervios. A Parker no le gustaba admitirlo, pero sentía estrés, miedo y todas las demás emociones que experimentan los simples mortales. Volar un avión desconocido en un país extraño donde no se supone que debas estar tenía que pasarle factura.

Se volteó para mirarlo y vio su cabeza cabecear hacia adelante.

El pánico la atravesó. —Parker, ¿qué pasa?

Se enderezó de un salto y se sacudió con el ceño fruncido. —No lo sé. ¿El café te supo raro?

—¿El café? No tomé nada. —Abrió la tapa del termo que él había usado como taza y olfateó. Acercó la nariz a la tapa e hizo lo mismo. Se le secó la garganta. Olía levemente a… ¿medicina?

Volvió a mirar a Parker. Tenía la cabeza sobre el volante de control. Se estaban inclinando hacia la izquierda. El movimiento debió haberlos sacado del piloto automático.

Recordando lo que él le había enseñado, se aferró a sus mandos y estabilizó el avión. Extendiendo una mano, agarró la parte de atrás del cuello de Parker y le levantó la cabeza. Rodó hacia atrás, inerte como un trapo.

Tenía los ojos cerrados.

Con el corazón martilleándole en el pecho, le dio una suave sacudida. —Parker. Parker, despierta.

No respondió.

Soltó el volante de control y le abofeteó la mejilla.

Él gimió algo a medias, pero no abrió los ojos.

—Tienes que estar bien, Parker. Tienes que estar bien. —Lágrimas repentinas le escocieron en los ojos.

El avión se inclinaba de nuevo. Tan suavemente como pudo, apoyó la cabeza de Parker contra el asiento y tomó los mandos otra vez. ¡Dios Santo!, ¿qué iba a hacer? No podía pilotar esta aeronave sola. No hasta Río de Janeiro. Ni siquiera sabía dónde estaban. No desde aquí arriba.

Espera.

Lo intentó de nuevo. —Parker, es hora de despertar. Parker, nos estamos acercando a Río y no puedo pilotar esta cosa. Vale, es una broma graciosa, pero es hora de ponerse serios.

Nada.

Mientras el ronroneo del motor zumbaba en sus oídos, su pecho se contrajo y se preguntó si ella sería la siguiente en desmayarse.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

Como si tuvieran vida propia, los dedos de Miranda se aferraron con fuerza a la palanca de mando que tenía delante. Podía dirigir el avión. Pero le temblaban mucho las manos. Le temblaba todo el cuerpo. El pánico brotó en su interior y le atacó el cerebro.

No podía pensar. Apenas podía respirar. No podía hilar dos pensamientos coherentes. Lo único que sabía era que, por segunda vez en dos días, ella y Parker estaban a punto de morir.

No. Demonios, no. No si ella podía evitarlo.

Abrió la boca e introdujo aire a la fuerza en sus pulmones. Las manos comenzaron a estabilizarse; la mente, a aclararse. De repente, fue consciente del portugués en sus oídos.

Se enderezó.

—¿Hola? Eh, cambio. Necesito ayuda.

La voz siguió hablando, soltando una sarta de números y palabras sin sentido. Poco a poco, empezó a darse cuenta de que las palabras no eran en portugués. Bueno, el acento sí, pero las palabras en sí eran una extraña forma de inglés.

Debía de estar cerca de Río. ¿No había dicho Parker que allí los controladores hablarían inglés? Se llevó a los labios el micrófono de los auriculares.

—¿Hola? ¿Hola?

La voz siguió diciendo galimatías.

Un momento. Parker le había explicado que la comunicación con la torre se hacía a través de… ¿el transceptor? ¿El transpondedor?

Observó los números que había sobre los diales del tablero. No tenían ningún sentido… hasta que vio el último.

Mayday.

Rápidamente, giró las perillas hasta que coincidieron con el número indicado.

—¡Mayday! —dijo por el micrófono—. ¡Mayday! ¡Mayday!

Una voz pareció responder, pero seguía siendo un sinsentido. El hombre repitió las frases varias veces. Finalmente, dijo algo que entendió.

—Adelante.

—¿Hola? ¿Hola? Estoy en problemas.

Él repitió la frase varias veces. Papa, Papa, November, Lima, Zulu.

¿Eh?

Una vez más, miró los números del tablero. Las primeras letras de esas palabras correspondían al código de llamada que Parker le había enseñado. Era una especie de código loco.

Agarró el micrófono de nuevo.

—Sí. Papa, Papa, November, Lima, Zulu. Soy yo. Necesito ayuda.

La voz crepitó de nuevo en sus oídos.

—Indique última posición conocida. —El acento era marcado, pero al menos ahora podía distinguir las palabras, excepto…

—No tengo ni idea de cuál es mi posición. Mi piloto está inconsciente. Jamás en mi vida he pilotado un avión.

—¿Su piloto está incapacitado?

¿No acababa de decir eso?

—Sí. Completamente inconsciente. —Se estremeció ante sus propias palabras—. Íbamos de camino a Río de Janeiro, al aeropuerto internacional de Galeão, cuando se desmayó. Dijo que nos estábamos acercando.

Se asomó por la ventanilla lateral y vio debajo de ella al famoso Cristo Redentor, con los brazos abiertos. Murmuró una oración en silencio. Más allá se erigían cúmulos y cúmulos de edificios, como bloques de Lego gigantescos. Una bahía llena de puntitos blancos que supuso que eran barcos. Crestas rocosas contra las que podría estrellarse fácilmente. Otras más que sobresalían del océano a lo lejos.

«Eso no pasará», decidió, y consiguió girar el avión a la derecha. Solo que ahora se había desviado de su rumbo y se dirigía de nuevo

hacia el interior. Giró en sentido contrario y maniobró la aeronave a lo largo de la costa. Debajo y más adelante yacía una larga franja de arena. Arena despejada junto a una gran masa de agua azul.

No había gente.

Luchando para evitar que le temblara la voz, escupió sus siguientes palabras:

—Creo que estoy cerca de una playa. Podría aterrizar aquí.

—Está cerca de la playa de Ipanema —dijo el controlador—. Puedo guiarla hasta el aeropuerto.

Esa idea le dio ganas de gritar. No quería seguir pilotando ese avión ni un minuto más de lo necesario.

—No. Esto está bien. Puedo hacerlo. No hay nadie ahí abajo. —Era invierno aquí, por el amor de Dios.

Oyó en sus oídos lo que pareció un gruñido de frustración.

—¿Cuál es su altitud?

Altitud. Altitud. ¿Cuál era ese? Lo encontró.

—Mil quinientos pies. —Esperaba estar leyéndolo bien.

—¿Su piloto está apoyado en la palanca de mando?

—No. Lo quité antes.

—¿Ve alguna luz roja en el panel?

—No.

—Eso es bueno. Muy bueno. —La guio a través de los controles para estabilizar el avión.

Se obligó a respirar.

—¿Y ahora qué?

—¿Ve el acelerador? Es una palanca negra grande abajo a su izquierda.

—La veo.

—Tire de ella hacia atrás solo un poco.

Le sudaban las manos, pero lo consiguió.

—Vale.

La aeronave dio un salto. El motor rugió y casi pierde su asiento.

—Es normal —le aseguró el controlador—. Perfectamente normal.

Claro. Un día cualquiera en la playa.

—Lo está haciendo bien.

Soltó una carcajada.

—¿En serio? —Miró hacia abajo y vio que la larga extensión de arena bajo ella se acercaba. Seguía sin haber bañistas. Al menos, se alegraba de eso.

—El morro debería haber bajado.

Miró por la ventanilla. Estaba descendiendo.

—Sí. Ha bajado.

Le dio instrucciones para bajar los flaps, comprobar la mezcla de combustible, el altímetro y la velocidad aerodinámica. Incluso se aseguró de que tuviera el cinturón de seguridad abrochado.

Esto iba a ser pan comido. Si tan solo pudiera dejar de temblar.

Miró a Parker. Seguía sin moverse. *No pienses en eso todavía*, se dijo a sí misma mientras su corazón comenzaba a romperse de nuevo.

—Autorizada para aterrizar —dijo la voz en su oído—. Ya debería estar casi allí.

Una vez más, miró fijamente por el parabrisas. La playa estaba justo delante de ella.

—Ya estoy aquí.

—Levante el morro. Luego tire del acelerador hacia usted hasta la marca de ralentí. Presione la parte superior de los pedales del timón.

Intentó seguir sus instrucciones, pero él hablaba muy rápido. Tocó tierra. La arena salió disparada a ambos lados como si estuviera haciendo esquí acuático en la playa.

El avión rebotó, volvió a bajar. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo.

—¡Guau! —Sentía como si estuviera montando un toro de rodeo.

Arriba de nuevo. Luego abajo. Y finalmente se detuvo. Había aterrizado.

Apoyó la cabeza en la palanca de mando y las lágrimas brotaron.

La voz crepitó en sus oídos.

—¿Está bien, señora?

—Sí. Sí, estoy bien. Gracias. Gracias. —Se giró hacia Parker y le dio otra vez unas palmaditas en las mejillas—. Necesito un médico para mi marido. Mi piloto.

—Los vehículos de emergencia están en camino.

—Gracias. —Le zumbaban los oídos como campanas de iglesia.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y se giró para buscarle el pulso a Parker en el cuello. Allí estaba, bueno y fuerte. Mareada por una vertiginosa oleada de alivio, le dio otra palmadita en la mejilla.

—Vamos, Parker. Vamos.

Ojalá tuviera un poco de lejía o sales aromáticas o algo que ponerle bajo la nariz. Estaba a punto de desabrocharle el cinturón de seguridad cuando él despertó de golpe.

Sacudió la cabeza mientras se llevaba las manos a la cara.

—¿Dónde estamos?

Ella soltó una risa débil.

—Pensé que nos desviaríamos a la playa. ¿Te gusta?

—¿Qué? —Entrecerró los ojos hacia el avión como si nunca lo hubiera visto. Luego la miró a ella como si nunca la hubiera visto *a ella*.

—¿Parker? ¿Recuerdas este avión? ¿Nuestro viaje a Río?

Frunció el ceño.

—No.

Santo Dios, ¿qué demonios se había tragado?

# CAPÍTULO VEINTINUEVE

Antes de que pudiera pensar qué hacer, dos paramédicos aparecieron en la puerta y los sacaron de la aeronave. Los guiaron hacia un par de ambulancias estacionadas a pocos metros en la arena. Al parecer, no habían sido campanas de iglesia lo que retumbaba en sus oídos. Habían sido sirenas.

Quería quedarse con Parker, pero insistieron en revisarla. Cuando decidieron que estaba bien —como ella les había estado diciendo—, corrió hacia donde estaba sentado Parker, mientras una mujer con bata de laboratorio le revisaba uno de los oídos.

—¿Está bien?

—La confusión mental se está disipando —le dijo la mujer con un marcado acento brasileño—. Parece que le dieron una dosis de Rohypnol.

Esa noticia la dejó sin aliento. —¿Rohypnol? Esa es la droga de la violación.

—También se usa para tratar ciertas enfermedades mentales.

Miranda se llevó la palma de la mano a la frente, intentando atar cabos. —Creo que estaba en el café que bebió. —Café que estaba en la cesta que venía de la cocina del complejo.

Eso significaba…

Antes de que pudiera expresar sus pensamientos, un hombre pelirrojo se acercó a ellos penosamente por la arena, con el termo en su mano enguantada en plástico.

—Tendremos que confiscar esto —les dijo.

A Miranda le sorprendió oír un acento diferente. Sonaba británico. Quizás galés o escocés.

—Adelante —dijo Parker—. Oficial…

—Soy el *Inspetor* Keith. Disculpen si no les doy la mano.

—No hay ningún problema.

El inspector Keith no era mal parecido, a pesar de su aspecto desaliñado y agotado. Algo así como el detective de las viejas reposiciones de *Columbo*. Barba rojiza, sin corbata, camisa de manga corta arrugada, pantalones gastados.

Señaló el avión con la cabeza. —¿Es suyo?

—De un amigo.

Tenía unas cejas rojas, espesas y rizadas, que ahora se fruncieron con recelo. —Ustedes son estadounidenses. ¿Tienen licencia para volar en Brasil?

Miranda vio cómo el pecho de Parker se expandía en un intento de controlar su irritación. —Soy un investigador privado con licencia, inspector Keith. Y, de hecho, mi socia y yo estamos esperando los resultados del laboratorio de la policía de São Paulo sobre un caso de asesinato que estamos investigando. Volamos aquí a Río con la esperanza de evitar otro asesinato.

El rostro del inspector Keith palideció. —¿A qué incidente se refiere exactamente?

—A un cuerpo encontrado en el bosque cerca de Campos do Flores. El inspector Chico Gaspar está a cargo de eso allí.

El oficial asintió. Miranda sabía que lo verificaría.

Parker se puso de pie. —Espero que no nos retengan mucho más tiempo, inspector. Como le expliqué, tenemos un asunto urgente.

Keith examinó a Parker de arriba abajo. —Solo necesitaremos tomar sus declaraciones.

«Ay, por favor», pensó Miranda mientras un segundo oficial la llevaba a un lado para obtener los detalles de qué demonios acababa de pasar. Le contó todo lo que pudo, omitiendo partes y siendo vaga sobre Tía, citando la confidencialidad del cliente y todo eso. Sabía que Parker estaba haciendo lo mismo.

Cuando volvió a su lado, él le estaba entregando al inspector Keith su tarjeta de presentación.

—Cuando tengamos los resultados de ese café y del resto de las cosas en esa cesta, lo llamaré.

—Gracias —dijo Parker. Se volvió hacia ella—. ¿Estás lista?

Lo examinó. Su color había vuelto y parecía el de siempre.

Ella asintió. —Sí. ¿A dónde vamos?

Él la tomó del brazo y la guio por la arena. —El avión está dañado. Tendremos que esperar a que lo reparen antes de volver a Campos do Flores.

Eso no respondía a su pregunta, pero mientras se cubría los ojos con la mano y miraba hacia adelante, se dio cuenta de hacia dónde se dirigía él. Una calle se extendía a unos quince metros, justo más allá de la orilla arenosa. Aceras, palmeras, rascacielos. Desde allí podrían tomar un taxi fácilmente y llegar a la agencia de modelos de Rico.

Llegaron a la pasarela, que tenía un diseño elegante. Una estrecha franja de carretera se extendía a su lado y algunos ciclistas pasaban. El olor en el aire era una extraña mezcla de mar, arena y ciudad. Parker permaneció de pie, mirando el tráfico con el ceño fruncido, mientras el viento cálido le levantaba el pelo.

Estaba en silencio.

Probablemente más afectado de lo que quería admitir.

—¿Te sientes… mejor? —se aventuró a preguntar.

Sin mirarla, asintió secamente.

—Alguien drogó ese café. Eso tiene que significar que Rico está de nuevo en Campos do Flores.

—Mientras la doctora me examinaba, llamé a Tía y le dije que se quedara dentro de su casa. Está con Valdinho.

Miranda se frotó los brazos, esperando que eso fuera suficiente. Entonces, ¿deberían molestarse en buscar a Rico aquí o regresar como pudieran?

Consideró las opciones. —Ya que estamos aquí, creo que deberíamos tomarnos el tiempo para investigar la agencia de Rico. Podríamos encontrar alguna pista y, si no lo hacemos, Tía no se quedará tranquila.

Parker no respondió.

Se preguntó si podrían regresar al complejo por el mismo camino. No es que estuviera ansiosa por volver a meterse en esa aeronave. —¿Cuánto tiempo llevará reparar el avión?

—Demasiado. —Esperó a que pasara un corredor y luego cruzó la pasarela hacia el borde de la acera.

¿Qué significaba eso? —¿Cómo vamos a volver a Campos do Flores?

—Encontraré la manera.

¿Eh?

Un taxi amarillo brillante con una franja azul a lo largo del costado se detuvo en el borde de la acera y Parker le abrió la puerta.

Ella dudó en la acera, observando su mirada severa. —¿A dónde vamos? —preguntó de nuevo.

—Te lo diré en el camino. Entra.

Algo pasaba y no le gustaba. Pero se deslizó en el asiento trasero, esperando no arrepentirse de la decisión.

Parker entró y le dijo algo al taxista en portugués, pero el nombre «Galeão» hizo que fuera demasiado fácil de entender.

Se volvió y lo fulminó con la mirada. —¿Qué acabas de decir?

Un músculo se contrajo en su mandíbula.

Parker miró fijamente a su esposa, jurándose que no discutiría con ella sobre este asunto. Ni en este taxi. Ni en casa. Nunca. Su decisión estaba tomada. Él estaba a cargo de este caso y, maldita sea, estaba a cargo de la Agencia Parker. Era su empresa.

—Primero haremos una parada en el aeropuerto —dijo con rigidez.

Miranda no podía respirar. —¿Por qué?

El rostro de Parker era de piedra mientras miraba por la ventana mientras el taxi se alejaba del borde de la acera y se incorporaba al tráfico. —Voy a ponerte en un avión de vuelta a Atlanta, Miranda.

—¿Qué? —chilló ella.

—No es seguro aquí. Me niego a ponerte en más peligro.

¿Más peligro? Ella farfulló y echó chispas, incapaz de hablar. Le costó todo el autocontrol que tenía calmarse lo suficiente como para articular palabras.

Cuando lo hizo, se lo soltó. —¿Qué demonios, Parker? ¿No acabo de salvarte la vida?

Él se negó a mirarla a los ojos. —Claro que sí.

—Entonces tú eres el que está en peligro. No yo.

—Ambos estamos en peligro —dijo bruscamente—. Pero no me quedaré de brazos cruzados mientras un loco ataca a mi esposa. Me

niego a usarte como carnada, Miranda.

—¿Carnada? ¿Cómo puedo ser carnada? Ni siquiera sabemos qué es lo que este tipo quiere realmente. Ni siquiera estamos cien por ciento seguros de que sea Rico.

—Quienquiera que sea, creo que es seguro concluir que quiere matarnos.

—Sí. A *nosotros*. A los dos. Tenemos que permanecer juntos.

Se volvió hacia ella, con los ojos encendidos. —No esta vez. Esta vez te envío a casa. Yo me encargaré del resto del caso. Puedo cuidarme solo.

¿Como lo hizo en el avión? Una furia más ardiente de la que jamás había conocido ardió dentro de ella. Había estado enojada con él antes, pero no recordaba haber estado nunca tan enojada.

Le enseñó los dientes. —Ni lo sueñes. —Le dio un golpecito en el hombro al conductor—. Deténgase.

—Siga hacia el aeropuerto —ladró Parker.

—¿Quieres que salte de un auto en movimiento?

Él intentó agarrarle el brazo. —Miranda. Sé razonable.

—¿Que yo sea razonable? ¿Yo?

El taxista no le había hecho caso. No estaban en el borde de la acera, pero el tráfico era denso y se movía lentamente. Esperó hasta que el conductor frenó en un semáforo. Entonces se soltó del agarre de Parker y abrió la puerta de golpe.

—¡Miranda, no lo hagas!

Dudó solo un instante. La idea de que quisiera sacarla de este caso y enviarla lejos cuando se suponía que eran socios la apuñaló como un sable afilado. ¿Cómo podía hacerle eso? Demasiado enojada para pensar con claridad, abrió la puerta de un empujón y salió a la calle.

—¡Miranda! —gritó Parker, con voz autoritaria.

—Nos vemos luego, Parker. —Cerró la puerta de un portazo y se apresuró a cruzar entre los autos y autobuses parados hasta la acera.

Si él pensaba que podía manejar todo por su cuenta, que lo hiciera. Giró sobre sus talones y se dirigió por la acera en la

dirección opuesta al taxi. Parker tendría que saltar del auto si quería alcanzarla, pero el auto no podía perseguirla.

###

Parker se giró en la parte trasera del taxi y miró con furia por la ventanilla trasera. La ira golpeaba en su pecho, tensando cada músculo. Quería golpear algo. En lugar de eso, mantuvo la cabeza fría y observó el andar decidido y de largas zancadas de su esposa mientras se deslizaba entre el tráfico y subía a la acera.

A pesar de su rabia, era una belleza irresistible.

Le dolía el corazón ante la muestra de su descarada independencia, su espíritu feroz, su compromiso para resolver este caso. Era lo que lo había atraído de ella desde la primera vez que se conocieron. Era lo que le hacía amarla más y más cada día.

Era lo que podría acabar con él.

Si ella hubiera bebido ese café esta mañana… ambos estarían muertos. No le importaba su propia vida. Pero no permitiría que un asesino cualquiera al que perseguían acabara con la de ella. Ni siquiera por el bien de su amistad de décadas con Tía.

La vio darse la vuelta y alejarse apresuradamente por la acera, con sus movimientos limpios y eficientes, la cola del abrigo que él había elegido para que se pusiera ondeando detrás de ella. Sabía que sería imposible para el taxi seguirla en esa dirección.

Tenía excelentes instintos, una mente aguda, buen entrenamiento; un entrenamiento que él le había proporcionado. Sabía cómo perder a alguien que la seguía.

Pero si pensaba que podía evadirlo, detenerlo, ser más lista que él, bueno… más le valía pensarlo dos veces.

Se volvió hacia el taxista y se dirigió a él en el portugués que empezaba a recordarlo como si fuera su lengua materna.

—Dé la vuelta en U en el semáforo.

# CAPÍTULO TREINTA

Miranda caminaba de prisa por la acera que serpenteaba entre palmeras, peatones y ciclistas, pasando frente a tiendas de moda, cafés y restaurantes de lujo. Finalmente, llegó a un semáforo en la esquina. Dos grandes autobuses blancos y amarillos pasaron con un estruendo.

Echando un vistazo por encima del hombro, volvió a cruzar hacia el lado de la playa y se detuvo un momento para aclarar su cabeza, que le daba vueltas.

El taxi de Parker no se veía por ninguna parte.

¿No iba a venir tras ella? Ja. No se lo creyó ni por un segundo.

Volvió a cruzar el sendero y se dirigió por el paseo estampado a lo largo de la playa, ajena a los ciclistas y corredores que la pasaban mientras caminaba con paso pesado.

¿Cómo podía Parker hacerle esto? Desde el principio del caso habían estado cortos de personal, ¿y ahora él quería encargarse solo? ¿Acaso no creía que la contribución de ella era lo suficientemente valiosa?

No, era su maldita paranoia que asomaba su horrible cabeza. ¿Por qué no podía controlarla? ¿Creía que era el único que vivía con el pavor de perder a la persona que amaba? ¿Qué creía él que había pasado ella cuando él se desmayó en el avión ese día? Quizá era él quien debería ver a la Dra. Wingate cuando volvieran a casa.

No sabía qué pretendía hacer Parker ahora, pero no se iría a casa hasta que descubriera quién estaba detrás de esas amenazas de muerte y de los intentos de detenerlos.

Podía dirigirse a la agencia de Rico y hacerse pasar por una auditora ella misma. No necesitaba a Parker para eso. Tenía la dirección en su celular, y dinero y su pasaporte en el bolsillo.

Justo cuando el plan empezaba a tomar forma en su mente, oyó una voz a su lado.

—¿Steele?

Miranda giró la cabeza y vio unas largas extremidades bronceadas, un sedoso cabello rojo del color del amaretto, un minúsculo par de shorts azul pálido y un top halter a juego.

Alta. Bronceada. De su edad. ¿Encantadora? Supuso que la mayoría de los hombres dirían que sí.

—¿Wesson?

La mujer se quitó las gafas de sol de diseñador. El rostro era inconfundible. —¿Quién más?

Janelle Wesson había sido una amarga rival en la Agencia Parker cuando entrenaban juntas. Hasta que Miranda la venció en un combate de artes marciales. Aparentemente, había salido a correr, a juzgar por su atuendo y el sudor que le brotaba de los poros.

—¿Qué diablos haces aquí? —dijo Miranda.

Wesson se cruzó de brazos delgados. —¿Una chica no puede irse de vacaciones? Estaba a punto de preguntarte lo mismo.

¿Wesson de vacaciones? ¿Aquí en Río? Era la primera vez, pero Miranda vio el encontrársela en ese momento como un golpe de suerte. Parpadeó hacia la arena y se rascó el pelo.

Wesson señaló con el pulgar por encima del hombro. —Oye, ¿viste esa Cessna que se estrelló en la playa hace un rato?

Miranda no pudo evitar una sonrisa burlona. —¿Verla? Yo la estaba piloteando.

Hasta la dura de Wesson se quedó de una pieza con eso. —¿Qué dijiste?

Miranda se encogió de hombros como si lo hiciera todos los días. —Estoy en un caso. Es complicado.

—Así que eso es lo que haces aquí. ¿Dónde está el jefe? Sé que ustedes dos han estado llevando algunos casos bastante emocionantes últimamente.

Dependiendo de lo que consideraras emocionante. —Eh, él está… haciendo un recado ahora mismo. Tengo una misión y me vendría bien tu ayuda.

—¿En serio?

—Eso si no te importa. No quiero interrumpir tus vacaciones.

—No me importa en absoluto. Se estaba poniendo un poco aburrido de todos modos. —Señaló uno de los altos edificios de la siguiente cuadra—. Nos estamos quedando justo ahí arriba. Vamos. Hablemos de ello en la habitación.

—¿Nos estamos?

Wesson hizo lo que Miranda menos esperaba. Se sonrojó. —Estoy con un amigo.

Oh, oh. —Ahora sí que siento que estoy molestando.

—No, no lo estás.

—Creo que sí.

Con aspecto frustrado, Wesson manoteó en el aire. —Está bien. Es Holloway.

Miranda sintió que se le caía la mandíbula. —¿Holloway?

—Raro, ¿eh?

Eso era quedarse corto.

—Vamos. —Wesson la tomó del brazo y la dirigió hacia la intersección más cercana.

Miranda pensó que debía estar teniendo una experiencia extracorporal. ¿Holloway? ¿El compañero de Becker y uno de sus mejores amigos desde que empezó en la Agencia? ¿Holloway y Wesson?

El relajado ambiente brasileño debía de estar haciendo su magia en Wesson. Mientras avanzaban, ella empezó a abrirse como si fueran viejas amigas. —Hemos estado saliendo por un par de meses, de forma intermitente. Decidimos tomar estas vacaciones juntos para ver si las cosas… ya sabes, pasaban al siguiente nivel.

El estómago de Miranda se contrajo. —¿Y?

Los labios de Wesson se afinaron mientras negaba con la cabeza. —No funcionó para nosotros.

Esto era demasiada información. Mucha, demasiada información. —Vaya, lo… siento.

—Está bien. Somos buenos amigos. Hemos decidido seguir siéndolo. Vamos, el semáforo cambió.

—Claro.

¿Wesson y Holloway saliendo? ¿Wesson y Holloway amigos? Mientras cruzaban la calle a toda prisa, con el ronroneo del tráfico de la ciudad en los oídos, Miranda pensó que ya lo había oído todo.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO

La habitación de hotel de Wesson estaba en el piso veinticuatro. Parecía semilujosa y estaba decorada en discretos tonos tostados y grises.

Miranda se sintió incómoda al ver la única cama matrimonial, y aún más incómoda porque estaba cubierta con el equivalente a un vestidor entero de ropa de Wesson.

Se aclaró la garganta al entrar. —¿No hay suficiente espacio para guardar las cosas?

—No podía decidir qué ponerme hoy. Lo siento, Steele. Soy un desastre cuando estoy de vacaciones —dijo Wesson mientras tomaba algunas prendas y las apartaba para hacer lugar—. Siéntate. Estás en tu casa.

Para no pasar por la cama, Miranda rodeó un carrito con una maleta abierta y se dirigió a un sillón en la esquina. Se hundió en el suave cuero gris, se tomó la libertad de quitarse los zapatos y puso los pies sobre el otmán a juego. Le sentó bien relajarse por un minuto.

Entonces vio los dos vasos vacíos que habían contenido algún tipo de alcohol en la mesa a su lado y se sintió como una intrusa.

Wesson recogió los vasos. —Restos de la noche que no ocurrió —dijo con una sonrisa burlona y cruzó la habitación para guardarlos en un estante en un nicho.

—Eh… ¿dónde está Holloway?

Wesson se rio. —En un autobús turístico. Dijo que quería ver la ciudad y yo quería salir a correr y luego tomar un poco de sol en la playa —suspiró, arrojó una blusa ligera sobre la pila de ropa y se acomodó en el colchón—. ¿Ves? Incompatibles.

—Qué lástima.

Wesson se encogió de hombros. —No es mi peor experiencia.

Miranda siempre se había preguntado si el pasado de Wesson con los hombres había sido un reflejo del suyo. Pero no era momento de hablar de eso.

—Cuéntame sobre este caso —dijo Wesson, con los ojos brillando de entusiasmo.

Miranda resumió los detalles. El complejo turístico en Campos do Flores. Tia. Las amenazas de muerte. El cadáver en el bosque. Los frenos saboteados. El café drogado en el avión privado esa mañana.

—Por Dios, Steele. Usted y el señor Parker sí que las han pasado canutas.

—Sí —supuso que era verdad—. Como sea, vinimos a Río para visitar la Agencia Domínguez. La agencia de modelos de Rico.

—El exesposo de tu clienta.

—Pronto lo será —si lograban mantenerla con vida el tiempo suficiente.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

¿Plan? ¿Cuál era su plan ahora? El mismo que ella y Parker habían ideado, decidió. —Se supone que Rico tiene un trato en proceso con un diseñador de moda parisino. La idea era hacernos pasar por representantes de una firma de auditores que el diseñador contrató para revisar el trato. Una firma de Estados Unidos.

—¿Y están tratando de obtener alguna información sobre dónde está este tal Rico?

—Dónde está, por qué no está en París, si alguien más tiene su tarjeta de crédito. Cualquier cosa que podamos encontrar.

Asintiendo, Wesson lo meditó unos minutos. Se incorporó y dejó un pie colgando al borde de la cama. —¿Así que el señor Parker está a cargo de este engaño? ¿De eso se trata el «recado» que está haciendo?

Miranda se removió en el sillón. No tenía idea de dónde estaba Parker, pero estaba bastante segura de que no se haría ver en un buen rato. No con Wesson cerca. Él era demasiado elegante como para pelear frente a sus empleados.

Miranda se aclaró la garganta. —Yo estoy a cargo de esta parte de la operación.

—Ya veo —los ojos verdes de Wesson revelaron que empezaba a atar cabos, o más bien, a restar uno de dos. Pero le restó importancia con un movimiento descarado de su brillante cabellera roja—. Bueno, en cuanto a entrar en la agencia de modelos, tengo una idea mejor.

###

Parker se sentó en el vestíbulo del hotel de la detective Janelle Wesson observando la actividad mientras fingía leer el periódico local. Era un viejo truco, pero efectivo.

Se había bajado del taxi justo antes de que alcanzara a su esposa, cuando vio a Miranda hablando con la mujer que reconoció al instante.

Recordó haber aprobado las vacaciones de Wesson hacía unas semanas y que ella había mencionado un viaje a Río. También recordó haber firmado el permiso para otro de sus empleados, el detective Curt Holloway, al mismo tiempo. Por sus comentarios casuales, se había preguntado en ese momento si irían juntos.

La Agencia no tenía una política estricta sobre las relaciones entre compañeros de oficina. La situación nunca se había presentado. Pero estaba seguro de que su hija Gen tenía algunas ideas al respecto. Últimamente había estado demasiado ocupado como para ocuparse de los detalles, especialmente después de la llamada de Tia.

Había seguido a Miranda y a Wesson hasta el hotel de ella. En la recepción, inventó una historia sobre una entrega que se había retrasado, consiguió el número de habitación de Wesson y confirmó que Holloway se alojaba con ella, aunque en ese momento no estaba. Podría haber subido y enfrentado a su esposa entonces. Pero eso solo los habría avergonzado a ambos.

En lugar de eso, decidió esperar.

Y parecía que su paciencia estaba a punto de dar frutos.

Al fondo del pasillo, las puertas de bronce del ascensor se abrieron y dos mujeres salieron. Miranda todavía llevaba el traje sastre azul marino que se había puesto por la mañana, pero ahora lucía una elegante pañoleta de seda que Wesson debía haberle prestado.

Wesson vestía un coqueto vestido tubo color durazno que abrazaba las curvas de su cuerpo de tal manera que cualquier hombre con medio aliento se fijaría en ella. Si no hubiera sabido ya a dónde se dirigían, lo habría adivinado.

Las vio deslizarse hacia la salida y salir a la calle. Y permaneció sentado.

No quería dejar a Miranda sola. No lo haría por mucho tiempo. Pero supuso que dos expertas en artes marciales entrenadas por la Agencia Parker podrían cuidarse solas hasta que el detective Holloway apareciera en el hotel.

# CAPÍTULO TREINTA Y DOS

La agencia de Rico estaba a veinte minutos en taxi, en una concurrida avenida con vista a una alta y rocosa montaña a lo lejos.

El edificio, un rascacielos de veinte pisos enclavado entre árboles frondosos y un grupo de otras estructuras, se imponía sobre el aire sudamericano de sus vecinos con sus elegantes cristales polarizados, sus limpias líneas de concreto y un audaz estilo arquitectónico.

Con el ruidoso tráfico resonando en sus oídos, Miranda se bajó del taxi con Wesson y atravesó otra acera con un patrón geométrico, bordeada por un separador de concreto, un portabicicletas y un jardín de helechos. Con la emoción y la determinación recorriéndola, subió la escalinata semicircular hasta la reluciente entrada de cristal y tomó el largo tirador de latón. Después de hacerle un gesto a Wesson para que pasara, entró y ambas se dirigieron a los ascensores.

El último piso tenía todavía más estilo y garbo.

La recepción era un óvalo de un blanco impoluto, con la mitad de la pared cubierta de portadas de revistas de moda —todas modelos de Rico, supuso Miranda— y la otra mitad con un texto en portugués. Las palabras estaban impresas con una tipografía gráfica y varias frases resaltadas en negrita con un color que hacía juego con los cojines del sofá. «Debe de ser algún artículo presumiendo del genio y la elegancia de Rico», decidió Miranda, mientras el tenue aroma de un perfume caro y floral le acariciaba las fosas nasales.

Por fin estaban dentro de la Agencia de Modelaje Domínguez.

Haciendo acopio de valor, Miranda cruzó las relucientes baldosas blancas hacia el curvo mostrador de la recepción, con los tacones de doce centímetros que le había prestado Wesson apenas apretándole los pies.

Enfundada en otro par de tacones y un vestido ajustado de un color que ella había descrito como «atardecer», Wesson se dirigió con pasos cortos a la zona de espera y empezó a hojear revistas como si estuviera demasiado aburrida para molestarse con cosas tan mundanas como anunciarse.

Miranda se dirigió a la mujer que estaba detrás de la pantalla de la computadora.

Delgada —eso Miranda se lo esperaba—, con el pelo oscuro recogido en un moño elegante y alto sobre la cabeza y un único rizo sobre la frente. Probablemente fijado con un montón de gel. Llevaba los ojos y la cara cargados de maquillaje, su vestido ceñido era dorado con un minúsculo estampado de rombos, y sus collares y pulseras eran pesados y llamativos.

Lentamente alzó sus cejas bien delineadas y giró la cabeza en dirección a Miranda, como una reina dirigiéndose a un plebeyo.

—¿*¿Puedo ayudarte?*?

Miranda adivinó el significado. *Claro que puedes ayudarme, maldita sea*. Pero ese no era el papel que estaba interpretando.

En su lugar, levantó sus propias cejas.

—Soy la Srita. Steele de Nueva York. Tengo una cita con Rico a las once.

La mujer, que tenía que ser bilingüe, se puso rígida. Pero hubo un destello momentáneo en sus ojos oscuros. ¿Conmoción? ¿Sorpresa? ¿Miedo?

Le dedicó una sonrisa falsa y, casi sin mover un músculo, cambió al inglés.

—Lo siento mucho. Debe de estar equivocada. Rico no está.

Bien. Así que no estaba aquí. Un dato. A menos que la reina de hielo estuviera mintiendo.

Miranda se aferró a su papel de mánager odiosa y agresiva.

—No, *usted* es la que está equivocada. Rico concertó esta cita conmigo hace un mes. Me llamó él mismo.

De nuevo, los ojos de la mujer se abrieron un poco, pero, obediente, se giró hacia su computadora y tecleó durante un rato.

Negó con la cabeza.

—Lo siento mucho. Rico no tiene ninguna cita de ese tipo en su agenda. Ha estado en París este mes.

—¿París? —logró chillar Miranda—. Imposible. No puede estar en París.

—Me temo que así es.

—¿No ha llamado para comprobar su agenda? ¿Nadie le avisó de que vendría a nuestra cita?

Icy consultó su pantalla de nuevo.

—Por supuesto que ha llamado. Pero no hay notas sobre su cita.

Otro dato.

—¿Qué clase de notas hay? ¿Se ha reunido con otros clientes? Me prometió exclusividad.

Miranda notó que estaba sacando de quicio a la mujer, pero Icy parecía igual de molesta con el comportamiento de su jefe. Interesante.

—Lo siento de veras, Srita. Steele. Pero Rico no trabaja con nadie en exclusiva.

Esa era la señal de Wesson. Desde su rincón, tiró una pila de revistas al suelo con estrépito y soltó un aullido.

—¿Significa esto que no voy a tener mi sesión de fotos?

—¿Sesión de fotos? —repitió la recepcionista.

—Así es —espetó Miranda—. Rico me prometió una entrevista y una sesión de fotos para mi mejor prospecto, Janelle. Es muy especial. —Se inclinó y le susurró confidencialmente a la mujer de pelo oscuro—: Y es temperamental.

Wesson se acercó al mostrador pisando fuerte, con los ojos ardiendo tan intensamente como su pelo rojo.

—Respóndame. ¿Voy a tener mi sesión de fotos o no?

Icy permaneció impasible e imperturbable.

—Me temo que tendrá que concertar otra cita. ¿El mes que viene, quizá?

—¿Qué? —Wesson metió la mano en el pequeño bolso que llevaba y sacó un pintalabios. Un pintalabios de color rojo intenso. Lo agitó bajo la nariz de la recepcionista—. ¿Ve esto? —Abrió el tubo y se acercó a la pared con la impresión gráfica—. ¿Qué le parecería si añadiera la palabra «zorra» a esta pared?

Miranda apretó los labios para reprimir una carcajada. Wesson realmente sabía cómo interpretar el papel de prima donna malcriada. Bueno, para ella era solo medio actuación.

Pero funcionó. Icy reaccionó.

—Espere. —Se levantó de un salto, con una mano en el aire, mientras agarraba el teléfono con la otra—. Llamaré a Elena.

Lo hizo y, tras diez minutos de miradas gélidas entre Icy y Wesson, el sonido de unos tacones resonó desde un pasillo lateral. Otra mujer apareció en el elegante arco.

Aquella no podía ser una modelo. Debía de tener al menos cincuenta años.

Pero encajaba en el perfil de alta y delgada, así que probablemente había desfilado por la pasarela en otros tiempos. Llevaba un traje sastre verde oscuro con un broche de solapa dorado en forma de rosas. Su pelo corto y peinado era de un rubio cobrizo. Sus tacones eran tan puntiagudos que Miranda se preguntó si los habría metido en un sacapuntas. Hacían juego con los ángulos afilados de su nariz y barbilla estrechas.

A través de unas gafas rosas con incrustaciones de pedrería, estudió a Miranda con ojos recelosos.

—¿Srita. Steele? —dijo con un acento que sonaba italiano y destilaba desdén.

Con desafío en la mirada, Miranda levantó la barbilla.

—¿Sí?

—¿Podrían usted y su clienta seguirme, por favor?

# CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Elena las guio por un pasillo largo y estrecho, con una pared abarrotada de más portadas de revistas y la otra, un largo ventanal que iba del piso al techo con vistas a la ciudad.

Al final del pasillo, giraron bruscamente a la izquierda y siguieron por otro corredor. Este tenía grandes fotos de hermosas jóvenes en un lado y más vidrio en el otro. Aunque el vidrio aquí servía como borde interior para una serie de oficinas donde el personal hablaba por teléfono o tecleaba en sus computadoras.

Al terminar el pasillo, Elena se detuvo e hizo un gesto.

—Mi oficina. Por favor, entren.

*La oficina de la esquina*, pensó Miranda, entrando en el espacio.

Se preguntó si la ubicación tendría el mismo significado prestigioso aquí. La oficina era apenas un poco más grande que las otras por las que acababan de pasar. Pero continuaba con el tema de blanco con acentos en las paredes, el piso y el mobiliario.

*Bueno, excepto por eso*, decidió Miranda, viendo a Elena acomodarse detrás de un brillante escritorio rojo.

Detrás del escritorio colgaba un enorme boceto en blanco y negro de un hermoso rostro femenino que representaba, supuso, la esencia de la belleza, del estilo… o de ser una engreída. Pero desde el punto de vista de la agencia de modelos, era intimidante.

La pared adyacente era, una vez más, todo ventanal, ofreciendo una vista impresionante de la ciudad, la playa, las montañas, el mar. Supuso que todo eso compensaba la falta de metros cuadrados.

La mujer angulosa señaló una silla.

—Por favor, siéntense.

Miranda deslizó el trasero sobre la dura superficie de una silla blanca en forma de Z invertida. Wesson se sentó en una silla a juego junto a ella, con un puchero. Mirando a través del vidrio, Miranda se preguntó si el Cessna ya estaría reparado y si Parker estaría en él, de regreso a Campos do Flores sin ella.

De alguna manera, lo dudaba.

Elena extendió las manos sobre la superficie de su escritorio.

—Ahora. Entiendo que tienen la impresión de que tenían una cita con Rico.

Hora de interpretar el papel de nuevo.

—No es solo una impresión. Me prometió una entrevista con Janelle y una sesión de fotos.

Los delgados labios de Elena se curvaron en una sonrisa desagradable.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Rico no hace entrevistas ni sesiones de fotos.

—Bueno, a mí me prometió una.

Wesson se puso de pie de un salto.

—Si no tengo mi sesión de fotos, haré que me las pagues.

Miranda observó cómo se movían las líneas en el rostro de Elena, revelando irritación. Probablemente pensando que su jefe había intentado llevarse a alguien a la cama cuando hizo esas promesas, y ahora le tocaba a ella cubrirlo.

—Estoy a cargo de adquirir nuevos talentos.

Elena le estaba viendo el farol. *Mujer lista*. Enderezó los hombros.

—¿Y?

—Veré si tenemos un fotógrafo disponible. ¿Tienen su portafolio?

Uh, oh. Esperaban que no les preguntaran por un portafolio.

—Rico dijo que Janelle no necesitaba uno. De verdad. ¿No puede simplemente contactarlo y aclarar todo esto?

Ahora Elena parecía incómoda. *No tienes tanto control sobre eso, ¿verdad?*

Pero logró esbozar una sonrisa forzada mientras tomaba su teléfono con una mano y una tabla con sujetapapeles con la otra.

—No necesito su permiso para cada decisión. Solo veré si Amir está disponible. Es uno de nuestros mejores. Mientras tanto, ¿les importaría llenar esto?

Le tendió la tabla a Wesson. Contenía una pila de papeles de medio centímetro de grosor.

El estómago de Miranda se contrajo.

Wesson echó un vistazo a la tabla y levantó las manos en el aire como una niña mimada.

—¡Esto es ridículo!

Y salió de la oficina pisando fuerte y se fue por el pasillo. Se le daban muy bien los berrinches.

Miranda se recostó y cruzó las piernas, disfrutando de la alarma en el rostro de Elena. Wesson era un genio.

—¿Adónde diablos va?

Miranda hizo un gesto con la mano.

—Oh, no se preocupe por ella. Hace eso de vez en cuando. Volverá en unos minutos.

A Elena no le gustó esa respuesta.

—Debo decirle, Sra. Steele. No permitimos un comportamiento tan errático en la Agencia Domínguez.

Se llevó una mano a la frente y las arrugas bajo sus ojos se profundizaron con el cansancio de haber trabajado demasiadas horas. Si Rico se había esfumado, esta mujer debía estar manteniendo la empresa a flote mientras se preguntaba dónde diablos estaba.

Hora de ponerse personal. Se inclinó hacia adelante y apoyó la mano en el escritorio en un gesto de mujer a mujer.

—En realidad no sabe dónde está su jefe, ¿verdad?

Elena inspiró con sorpresa. Entonces, de repente, se quebró. Negó con la cabeza, dejó el teléfono y tomó un pañuelo de papel mientras sus ojos se humedecían. Debía de estar bajo una presión tremenda.

—Estoy segura de que está familiarizada con su reputación. No es que no se haya ido así antes. Es solo que…

Miranda se atrevió a aventurar una suposición.

—¿Esta vez ha sido por más tiempo?

Presionando el pañuelo contra su rostro, Elena asintió.

—Debería haber vuelto de París hace dos semanas. Nadie sabe dónde está. Llamó, pero no quiere dar su ubicación. Y no suena como él.

Bingo.

Miranda tuvo que luchar por mantener la respiración calmada.

—¿Qué quiere decir?

Agitó el pañuelo en el aire.

—No hace exigencias, no ladra órdenes, no se queja cuando no se han cumplido expectativas que nunca mencionó a nadie. Simplemente…

—¿Qué?

—Pregunta cómo están las chicas. Quiere que le recuerden sus nombres. Nunca antes le han importado sus nombres.

Este tipo sonaba como un verdadero encanto. ¿Cómo pudo Tia soportar estar casada con él? Sonaba como un bala perdida. ¿Podría haberse enterado de los planes de divorcio de Tia y simplemente haberse vuelto loco? Podría pasar con un fanático del control.

—¿Por qué no le devuelve la llamada? ¿Tiene el número de su celular?

Elena negó con la cabeza.

—Dijo que perdió su teléfono y tuvo que comprar uno prepago. Dijo que casi no tenía minutos y que pronto conseguiría uno nuevo.

Las alarmas se encendieron en la cabeza de Miranda. El cabrón era bueno cubriendo su rastro.

Pero no iban a obtener más información sobre él aquí. Su agencia estaba aún más a oscuras que ellas sobre el *playboy*.

Miranda se levantó y le tendió la mano.

—Lo siento, Elena. No me di cuenta de que estaba bajo tanta presión. Le pido disculpas por la intromisión. Janelle y yo volveremos para una sesión de fotos en otro momento.

Los ojos verdes de la mujer se suavizaron con alivio.

—Haré que Gypsy le programe una cita.

¿La recepcionista gélida? No, gracias.

Pero mantuvo la farsa y estrechó la mano de Elena.

—Muchas gracias.

Elena miró a través de la puerta abierta.

—¿Y qué hay de…?

—Encontraré a Janelle y saldremos por nuestra cuenta.

Antes de que la gerente pudiera protestar, Miranda giró sobre sus tacones altos y se lanzó por el pasillo, en dirección opuesta a por donde habían entrado.

Encontró a Wesson saliendo a hurtadillas de otra oficina de esquina.

—Psst —le siseó—. Tenemos que largarnos de aquí.

Wesson asintió y señaló hacia otro pasillo. Lo tomaron, pero solo encontraron más oficinas.

Buscando una señal de salida, doblaron una esquina y redujeron la velocidad a un paso normal cuando una puerta se abrió y un par de modelos risueñas salieron al pasillo.

Eran incluso más altas que Wesson, bronceadas y aceitadas y vestidas con trajes de baño con coloridos kaftanes holgados sobre los hombros. Una tenía el pelo largo y blanco hasta la cintura, la otra, el pelo largo y negro, también hasta la cintura.

Absortas en su conversación, afortunadamente no vieron a las dos intrusas. Y estaban hablando en inglés. Quizás porque querían que su conversación fuera privada.

—Oí que Rico está en la ciudad —dijo la de pelo blanco.

La de pelo negro soltó una risa baja y seductora.

—¿En serio?

—Juli me dijo ayer que iba a verlo anoche.

—Uy, apuesto a que la llevó a Antiquarius —rió por lo bajo—. Y apuesto a que por eso no ha venido todavía.

La de pelo blanco meneó un dedo hacia su compañera.

—Tienes toda la razón. Sé por Bebela que en la cama es un animal salvaje.

—Rico y Juli deben de estar gruñendo juntos ahora mismo. A ella le toca toda la suerte. —La de pelo negro abrió otra puerta y la pareja desapareció tras ella.

Miranda se quedó mirando el lugar vacío, sintiendo un hormigueo por todo el cuerpo.

¿Rico estuvo en la ciudad anoche y había estado con una modelo llamada Juli? Eso sí que era una pista.

—Vamos —susurró Wesson—. Ahí está la salida.

Se apresuraron a través de la pesada puerta que estaba notablemente marcada como "Salida" sin tener que pasar de nuevo por el escritorio de la Gélida. En el pasillo exterior se encontraron cerca de los ascensores.

—¡Uf! —dijo Miranda mientras entraba y apretaba el botón del vestíbulo.

Wesson se apoyó en la pared y cerró los ojos.

—No puedo creer que logramos salirnos con la nuestra y no nos arrestaran.

—O al menos que Seguridad no nos echara a patadas en el trasero.

Wesson sonrió.

—Puedo con guardias de seguridad grandes y fuertes.

Miranda estaba segura de que podía.

Cuando llegaron a la planta baja, Miranda se obligó a caminar con un paso tranquilo y profesional a través del largo vestíbulo de mármol, hasta atravesar las puertas de cristal y bajar los escalones redondeados de la entrada del edificio. Casi había llegado al muro de hormigón que bordeaba la acera cuando casi se tropezó con sus propios pies.

Cerca del portabicicletas al final del camino, con las manos en los bolsillos como un modelo de GQ, estaba Parker. Y a su lado estaba Holloway.

# CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Miranda se enderezó y contuvo su genio. Como si lo hubiera estado esperando, caminó decidida hacia su esposo con una sonrisa casual.

—Ahí estás.

Sus penetrantes ojos grises le taladraron el corazón.

—Aquí estoy —repitió él.

Así que la había estado siguiendo. ¿Qué más podía esperar del hombre que le había enseñado a seguir a un sospechoso? Aun así, la sacaba de quicio. Si hubieran estado solos, le habría cantado las cuarenta, pero con sus dos compañeros de trabajo observando, tenía que fingir que todo estaba de maravilla. Tal como lo habían planeado.

—¿Cómo te va, Holloway?

—Bien —con un aspecto extraño por lo que debían ser unos jeans extralargos y una camiseta sin mangas, Holloway se echó hacia atrás su cabello castaño claro y scrutó la calle con esa forma recelosa que lo caracterizaba—. ¿Qué pasa, Steele?

—Wesson y yo fuimos a una pequeña misión encubierta a la agencia de modelos de Rico —dijo, señalando por encima del hombro con el pulgar—. No vas a creer lo que descubrimos ahí adentro.

—Me interesa escucharlo —dijo Parker, con sus hermosos rasgos inexpresivos.

Ella bajó la voz.

—Rico no ha perdido el tiempo.

—¿Ese es el tipo que buscan? —preguntó Holloway.

Parker debió de haberla visto con Wesson y decidió que ese era un juego de dos. De alguna manera, había encontrado a Holloway y solicitado su ayuda, tal como ella había hecho con la compañera de vacaciones de él. Pero ahora no había tiempo para ocuparse de esas tonterías.

—Sí —dijo—. La pista más *caliente*, nunca mejor dicho, es que Rico podría estar con una de sus modelos ahora mismo.

—Genial —dijo Holloway.

Y Wesson le dedicó una sonrisa pícara.

Hasta Parker parecía impresionado.

—Buen trabajo, detectives.

—El único problema es que solo tenemos su nombre. Juli.

Wesson se acercó a Holloway y le apoyó el codo en el hombro.

—Nop.

Miranda frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con «nop»?

—De donde salí era la oficina de Rico. Su computadora estaba sobre el escritorio sin contraseña. Me tomé la libertad de servirme de algunos de sus datos —su cómplice sacó de su diminuto bolso una bonita memoria USB morada.

—Wesson, eres increíble.

—Sí, la verdad es que lo soy.

—Excepto que no tenemos una laptop —la de Parker se había quedado bajo llave en la caja fuerte de su cabaña en Campos do Flores.

Holloway tosió.

—Yo traje la mía.

Wesson lo fulminó con la mirada.

—¿Trajiste tu laptop a nuestras vacaciones?

Él se encogió de hombros.

—Pensé que podría ser útil. Resulta que tenía razón.

###

Parker pagó un taxi y regresaron a toda prisa al hotel. Holloway sacó su laptop mientras Parker pedía servicio a la habitación.

Entre latas de refresco de algo llamado *Guaraná Antarctica*, que estaba sabroso y pegaba fuerte, y unos *Bauru* —sándwiches de

rosbif con pepinillos y mozzarella derretida en un pan francés—, estudiaron los datos que Wesson había sustraído.

Había docenas de nombres de modelos. Notas dispersas sobre cada una. Abrieron archivo tras archivo y no llegaron a ninguna parte.

Finalmente, Holloway hizo doble clic en una carpeta llamada Superestrellas.

—Esto parece prometedor.

Miranda se asomó por encima de su hombro y leyó.

—Parece una especie de agenda.

—Aquí —Holloway señaló la pantalla con un dedo—. Esto fue añadido hace dos meses. *Juli Torres. Morena. Diecinueve. Distante. Lista. Ardiente en rojo.*

—¿Rico tomó esas notas cuando la contrató? —se preguntó Miranda.

—Quizá. Aquí hay una dirección.

Con la boca llena de sándwich, los ojos de Wesson se abrieron como platos mientras tragaba a la fuerza.

—¿Es donde vive?

La voz grave de Parker retumbó sobre el hombro de Miranda. Había estado observando todo, asimilándolo.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

###

Otro viaje en taxi al lado norte de la ciudad los llevó a un rascacielos de lujo en una zona muy elegante. Dos minutos después, habían encontrado el ascensor y los cuatro estaban en la puerta de Juli Torres, en el piso veintisiete.

Miranda se encargó de tocar. No hubo respuesta. Quizá estaban demasiado ocupados gruñéndose el uno al otro en el dormitorio. Volvió a tocar, tamborileando el pie sobre la alfombra beige del pasillo.

Nada.

Miranda tuvo un mal presentimiento. No quería admitir cuánto lo necesitaba, pero tenían que entrar, así que se volvió hacia Parker.

Él la estudió un largo momento, y ella se preguntó si él se daba cuenta de que quizá no habría llegado tan lejos si la hubiera subido

a ese avión de vuelta a Atlanta.

Sin decir palabra, él dio un paso al frente.

—Muéstrame esa dirección de nuevo —le dijo Miranda a Wesson.

Sacó el trozo de papel en el que la había garabateado de su bolso. Todavía llevaba el que tenía el lápiz labial. Y llevaba puesto su vestido color atardecer y los tacones. No había habido tiempo para cambiarse.

—Este es el lugar correcto —le dijo a Holloway, que miraba por encima de su hombro.

Ya fue suficiente, pensó Miranda.

—Vaya, miren eso.

Parker había abierto la puerta.

—No debía de tener el seguro puesto.

Wesson y Holloway la miraron con los ojos entrecerrados al unísono. Ella los ignoró. Parker no podía permitirse compartir sus habilidades especiales de allanamiento de morada con todo el mundo.

Pero los otros detectives se olvidaron de eso cuando entraron al apartamento.

Estaba vacío.

# CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Una pequeña entrada daba a una sala que a Miranda le pareció muy parecida al lugar de trabajo de Juli. Paredes y estanterías de un blanco impoluto, cojines decorativos, obras de arte vanguardistas con salvajes patrones arremolinados de rosa y caqui.

—Señorita Torres —llamó Parker—. ¿Está en casa?

No hubo respuesta.

No había mucho en las estanterías. Unos cuantos libros de gran formato sobre viajes y un montón de revistas de moda. Fotos enmarcadas de una joven sonriente de pelo oscuro y dos personas mayores. Sus padres, supuso Miranda.

A través de un arco abierto vio una pequeña cocina decorada con el mismo estilo. Parecía que no se había usado mucho.

Todo estaba limpio y ordenado, como si a la dueña no le gustara nada fuera de lugar. O como si solo usara el departamento para comer comida para llevar, dormir y para un polvo de vez en cuando.

Y al igual que en la oficina de la agencia de modelos, flotaba ese olor a perfume en el aire. Esta vez, mezclado con un tenue aroma a lilas. Pero al entrar en el pequeño pasillo, Miranda percibió el olor de algo más.

Miró a Parker. Su rostro le dijo que él también lo había olido.

Se apresuraron hacia una puerta al final del pequeño pasillo central y la abrieron de un empujón.

El dormitorio.

Paredes blancas aquí también. Muebles de colores claros. Los mismos remolinos de color rosa y caqui en las cortinas, los cojines,

el cubrecama. Pero no todo el color rojo era decoración. Sobre todo la salpicadura en la pared de enfrente.

Sobre el cubrecama yacía una mujer desnuda. Sus largas piernas bronceadas, ahora azuladas y rígidas, estaban separadas, sus delgados brazos extendidos sobre el lado opuesto del colchón, como si todavía estuviera en el clímax de la pasión.

Un vestido negro y ceñido yacía hecho un montón en el suelo, cerca de los pies de la cama.

Con cuidado, Miranda caminó de puntillas a su alrededor para poder ver la cabeza que colgaba boca abajo por el costado. Un largo y ondulado cabello oscuro caía hasta el suelo. Un rostro hermoso, muy maquillado. Un largo cuello blanco… rajado de oreja a oreja.

Debió de pararse por aquí, si era diestro. Hizo el corte de izquierda a derecha, hacia arriba, alcanzando la yugular.

Los ojos oscuros de la modelo estaban muy abiertos, como si la hubiera sorprendido la repentina y violenta acción. La había atraído con sexo, quizá con la promesa de un contrato lucrativo, hasta que la tuvo justo donde quería.

El hijo de puta.

Y mientras Miranda observaba aquel hermoso rostro, aquellos exóticos ojos brasileños, un escalofrío la recorrió.

Juli Torres se parecía a Tia.

De inmediato, su mente recordó el recibo de Artículos Deportivos Nunes en Campos do Flores. Incluía un cuchillo Bowie.

—Oh, Dios mío —dijo Holloway, que se había puesto un poco pálido.

Wesson se llevó una mano a la boca como si fuera a vomitar.

Habían estado trabajando en la localización de personas y en reclamos en la Agencia Parker. Ninguno de los dos había visto un cadáver de verdad antes.

—Quédense atrás —les dijo Miranda—. No podemos contaminar la escena del crimen.

—Claro —asintió Holloway y salió de la habitación. Wesson se dio la vuelta e hizo lo mismo.

Siguiendo su propio consejo, Miranda rodeó la cama con cuidado. Cuando llegó junto a Parker, murmuró en voz baja:

—Tenemos que atrapar a este desgraciado.

Él asintió solemnemente.

Pero de vuelta en la sala, los cuatro se quedaron mirándose unos a otros.

—¿Qué hacemos? —quiso saber Wesson—. ¿Llamamos a la policía?

Parker respiró con cansancio.

—Me temo que tendremos que hacerlo.

Ahí se iba la promesa que le había hecho a Tia. Pero, en lo que a Miranda concernía, ya era hora.

Justo cuando Parker sacaba su celular, alguien llamó a la puerta. A los golpes les siguió una fuerte voz masculina que vociferaba algo en portugués. Miranda reconoció la palabra «polícia».

Parker volvió a guardarse el celular en el bolsillo.

—Parece que ya están aquí.

# CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Nada como la perspectiva de ser arrestada en un país extranjero cuyo idioma no hablas. Sobre todo, por segunda vez en un día.

Al notar que el portugués de Parker parecía mejorar, Miranda se quedó de brazos cruzados mientras él discutía con el joven de cara regordeta en el umbral. Con su gorra blanca, camisa y pantalones caqui, Miranda habría pensado que era el heladero, de no ser por la insignia en su brazo.

Y la pistola a su costado.

Después de unos diez minutos, Parker lo convenció de que no eran una sarta de ladrones a punto de saquear el apartamento.

Luego, lentamente, con las manos en alto, lo acompañó a la parte de atrás.

Miranda luchó contra el nudo en el estómago mientras miraba a Wesson y a Holloway. Nunca lo admitirían, pero vio el miedo en sus ojos mientras todos escuchaban la tensa conversación en el dormitorio.

Nunca debió haberlos arrastrado a esto.

Un momento después, Parker y el oficial salieron de la habitación trasera. El joven sacó un celular y salió al pasillo exterior.

—Está llamando a su superior y al equipo de investigación. Le dije que preguntara por el inspector Keith.

El tipo del aterrizaje. El mundo es un pañuelo.

Sintiéndose sucia, Miranda se apartó el pelo de la cara.

—Tiene que haber pruebas aquí —dijo en voz baja—. El asesino tuvo que quedar cubierto de sangre.

Holloway asintió, su entrenamiento volvía a él.

—Tuvo que limpiarse en alguna parte. Cambiarse de ropa. Tiene que haber pelo, piel, huellas dactilares, ADN.

Se quedaron de pie esperando, sin atreverse a sentarse o a tocar nada hasta que finalmente la desaliñada figura del inspector Keith agració el umbral.

—Vaya que se mueve por la ciudad, ¿no, señor Parker? —dijo con el acento que Miranda decidió que era escocés.

—Cuando mis asuntos lo requieren —replicó Parker.

A pesar del comentario mordaz, Miranda se alegró de ver al inspector. Y al equipo de criminalística que Keith había traído consigo mientras se dirigían al dormitorio y se ponían a trabajar.

Mientras Parker le explicaba a Keith sobre Holloway y Wesson, y lo que hacían allí, ella se escabulló de la sala de estar y se quedó en el pasillo para observar a los de criminalística sacar fotos y recoger cuidadosamente pruebas de la pared salpicada de sangre, la colcha y los muebles. Una de ellos, una mujer de aspecto joven y largo pelo rubio, debía de ser la médico forense. Examinó el cuerpo durante un buen rato, con movimientos firmes y rostro adusto.

—Le seccionó la carótida de un solo tajo —dijo, como para sí misma. Pero como hablaba en inglés, Miranda supuso que también quería que los visitantes la oyeran—. La víctima habría muerto casi al instante. El rigor mortis ya está presente. Por la temperatura del hígado, la hora de la muerte fue probablemente a última hora de anoche.

—¿Qué tan tarde? —preguntó Miranda.

La médico forense levantó la cabeza y la miró fijamente.

—Medianoche, una de la madrugada. No puedo ser exacta.

Detrás de ella, oyó a Parker contener el aliento antes de volver a la sala de estar.

Eso tenía sentido. Si Rico tenía un auto, podría haber vuelto a Campos do Flores para las cinco de la mañana. Justo a tiempo para echarles algo en el café. ¿Pero cómo? ¿Tenía un cómplice en el resort?

Parker ya estaba al teléfono cuando ella llegó a la esquina donde él estaba, con una mano ahuecando la boca. Ella escuchó de todos modos.

—No dejes entrar a nadie. ¿Entendido?… Sí. Lo sé, Tia. Pero no se pudo evitar. Volveremos tan pronto como podamos… Solo mantén

la calma hasta que lleguemos.

Colgó y cerró los ojos.

—¿Todavía está bien?

Él asintió.

—Está en su casa como se le ordenó, pero no le gusta.

—O la intervención de la policía, supongo.

—Está furiosa, pero es el miedo el que habla por ella.

Miranda puso una mano en el hombro de Parker.

—Se le pasará una vez que atrapemos a este bastardo.

Con otro breve asentimiento, se acercó a Keith, que acababa de salir del dormitorio.

—Un asunto feo ahí adentro. —Parecía agotado.

—Sí —asintió Parker—. Si no nos necesita para nada más, inspector, tenemos que volver con nuestra clienta.

Keith observó a Holloway y Wesson, a quienes finalmente se les había permitido sentarse en el sofá.

—Ellos pueden irse, pero me gustaría que usted y la señorita Steele vinieran a la comisaría.

Con la mandíbula tensa, Parker no discutió. En su lugar, se giró hacia la pareja en el sofá.

—Lamento interrumpir sus vacaciones, pero me vendría bien su ayuda ahora mismo.

—Sería un honor, señor —dijo Holloway.

—De acuerdo —repitió Wesson, sus ojos verdes brillantes y alertas.

—¿Están seguros? Será principalmente trabajo de guardaespaldas.

—Lo estoy —dijo Holloway—. Lo que sea para ayudar. —Se volvió hacia Wesson—. ¿Tú?

—Claro que lo estoy. ¿Qué necesita, señor?

Parker les describió a su clienta, les dio indicaciones para llegar a *Esquecer* en Campos do Flores, les dijo que alquilaran un auto y lo pasaran como gastos. Cuando llegaran al resort, no debían apartarse de Tia. Después de que Holloway lo anotara todo, y él y Wesson salieran corriendo por la puerta, Parker llamó de nuevo a Tia y le describió a los dos empleados que enviaba para que la vigilaran.

Luego se acercó a Keith, que esperaba junto a Miranda.
—Estamos a su disposición, inspector —le dijo Parker.
Y salieron por la puerta camino a la comisaría.

# CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

La estación de policía estaba a otros veinte minutos de viaje —esta vez en una patrulla— en un edificio de color crema con una elaborada decoración, en una parte antigua de la ciudad.

El conductor los dejó en la esquina y se fue a estacionar quién sabe dónde, mientras Keith los guiaba por los escalones centenarios, a través de las puertas principales y por un pasillo largo de techo bajo que olía a café cargado y a tabaco rancio. Con las viejas luces fluorescentes zumbando sobre sus cabezas, Miranda empezaba a preguntarse de qué lado de la ley creía el oficial que estaban.

En lo que a decoración se refería, la oficina de Keith no era mucho mejor.

Pequeña y abarrotada, con pintura agrietada y amarillenta cubriendo las paredes, el espacio era tan utilitario y sin lujos como podía serlo la oficina de un policía. Aunque algunos de los defectos estaban ocultos por un conjunto de avisos, carteles de «Se busca» y fotos a color de jugadores de fútbol locales.

Keith les señaló dos sillas plegables a sus dos nuevos mejores amigos y se acomodó en un asiento de cuero que crujía, detrás de un escritorio de metal que había visto días mejores. Estaba repleto de gruesos expedientes en folders de manila y bandejas de alambre desordenadas con papeles de oficina de varios tintes.

Ignorando el papeleo, el detective clavó la vista en la gran pantalla de la computadora que estaba sobre el escritorio. La decoración podría ser pésima, pero el equipo parecía bastante moderno.

Mientras Parker permanecía de pie, Miranda se sentó en una de las sillas, esperando que no se derrumbara bajo su peso, y estudió a Keith.

El rostro del detective parecía tan arrugado y desgastado como su ropa y su oficina, pero parecía competente. Quizás hasta bueno.

—Parece que, después de todo, no pudieron evitar otro asesinato —dijo con tono compasivo.

—No —admitió Parker—. Ojalá lo hubiéramos logrado.

—Llamé al *Inspetor* Gaspar y me puse en contacto con el laboratorio en São Paulo. Aún no hay resultados.

Ante eso, Parker tomó asiento. Le dirigió a Miranda una mirada larga y firme antes de carraspear. —Mandé algunas muestras por mi cuenta al laboratorio de la Agencia Parker en Atlanta.

Las cejas rizadas y rojizas de Keith se alzaron. —¿Del cuerpo que encontraron en las montañas?

Parker asintió.

Keith se recostó en su silla y juntó las yemas de los dedos para estudiar al hombre frente a él. Podría haberle puesto las esposas a Parker y probablemente mandarlos a ambos al calabozo, lo que habría sido muy divertido. Pero el inspector parecía impresionado y fascinado a la vez. —Entonces tendremos que ver quién gana la carrera, ¿no es así?

—Supongo que sí.

Keith se inclinó hacia adelante y tecleó en el teclado de su computadora. —Tenemos los resultados preliminares del termo de su avión de esta mañana.

Miranda se tensó. —¿Y?

—Como se sospechaba, era Rohypnol.

Ella se estremeció.

—¿Por qué no me dicen de qué se trata todo esto?

Parker le lanzó una mirada cansada. —Adelante.

Supuso que, para Parker, ella estaba de vuelta en el caso. De acuerdo, entonces.

Repasó los detalles una vez más. Le contó a Keith sobre la vieja amiga de Parker que había estado recibiendo amenazas de muerte. Sus sospechas sobre el jardinero despedido. El novio de Didi. Y

cómo el ambicioso y lujurioso Rico Dominguez, quien pronto sería el exesposo de su clienta, parecía viajar de un lado a otro entre Río y Campos do Flores.

—¿Así que cree que Rico está detrás de todos estos incidentes? Las amenazas de muerte, los frenos del auto manipulados, el Rohypnol.

Miranda asintió. —Y probablemente del asesinato de Juli Torres. Cuando mi compañero y yo estuvimos en la agencia de modelaje, escuchamos a dos mujeres chismorreando sobre Juli y Rico. Así fue como conseguimos la pista.

Keith miraba distraídamente el póster de fútbol en la pared, asintiendo. De repente, se enderezó. —Si tiene razón, podríamos ser capaces de identificarlo.

—¿Cómo?

—Afortunadamente, tenemos el video del vestíbulo del edificio de Torres. Me gustaría que ambos lo revisaran conmigo.

Miranda miró a Parker.

Él pensó por un momento. Cuanto más se demoraran, más tardarían en volver a Campos do Flores, donde lo más probable era que Rico estuviera ahora. Posiblemente acechando a Tia.

—¿Sabe si nuestro avión está listo para volar? —preguntó Parker.

Keith le dedicó una sonrisa torcida y miró la hora en su celular. —El Cessna ha sido desmantelado, transportado al aeropuerto, reparado y vuelto a armar. Debería estar listo para despegar en menos de una hora.

Por otro lado, si podían ayudar a identificar a ese bastardo asesino, la policía podría encerrarlo tan pronto como lo encontraran. Además, Wesson y Holloway estaban en camino al resort, aunque tardarían horas en llegar.

Parker consultó su reloj y luego se volvió hacia el inspector. —Le daré una hora.

# CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Les llevó mucho más de una hora.

Después de que Parker acercó las sillas para ver mejor la pantalla, un par de detectives más se les unieron para ver la función.

Fue terriblemente aburrido.

Un lapso de cinco horas, mayormente en avance rápido, de gente entrando y saliendo del vestíbulo del edificio. Hombres, mujeres, grupos de jóvenes. Una madre con un niño pequeño. Otra madre con dos hijos. Un hombre que se detuvo a apagar su puro en un macetero cercano.

Al final, los otros policías se fueron yendo, y Miranda se frotó los ojos y bostezó. La grabación era en blanco y negro y granulada, y pensó que el patrón ajedrezado de las baldosas del vestíbulo quedaría grabado para siempre en su cerebro.

Finalmente, las puertas corredizas de cristal se abrieron por millonésima vez y aparecieron dos figuras.

Miranda se incorporó.

—Ahí. Es ella, ¿no?

Keith detuvo la grabación.

La mujer era alta, delgada y con aire de modelo. Congelada en un movimiento de su larga cabellera oscura, llevaba puesto el ceñido vestido negro que Miranda había visto en el piso de su dormitorio. Un hombre alto de cabello oscuro estaba a su lado.

—Tienes razón —dijo Parker.

Miranda señaló la pantalla.

—Lleva una bolsa. Parece una mochila, aunque la carga con una sola mano. —«¿La que compró en Nunes Sporting Goods?».

—Sí —murmuró Parker.

«Llevaba una muda de ropa. Seguro que el cuchillo estaba ahí. Y si de verdad fue previsor, cuando se fue, dentro de esa bolsa había un condón usado».

Keith retrocedió la grabación hasta el momento en que entraba la pareja y la reprodujo de nuevo en cámara lenta. Vieron a la pareja atravesar las puertas corredizas, riendo y disfrutando de su compañía mutua.

La hora en la esquina marcaba un poco después de las once de la noche. No le llevó más de un par de horas, según la estimación de la hora de la muerte del forense.

No había sonido, pero Miranda casi podía oírlos reír juntos. Ambos caminaban como si estuvieran un poco alegres. Una noche de fiesta. Buena comida, buena bebida, un revolcón después.

Cuando se acercaron a la cámara, el hombre rodeó a Torres con el brazo y se inclinó para besarla en el cuello. No se le veía bien la cara e incluso los rasgos de Torres eran difíciles de distinguir. ¿Sospecharía de las cámaras de seguridad? ¿Se estaba escondiendo de ellas a propósito? ¿Había estudiado el lugar antes de lanzarse sobre la modelo?

La pareja salió del alcance de la cámara de camino a los ascensores.

Keith retrocedió la grabación unas cuantas veces más. En la última pasada, justo antes del beso en el cuello, congeló la imagen y la amplió todo lo que pudo.

—Tiene el pelo oscuro. ¿Se parece a su hombre?

Miranda entrecerró los ojos con fuerza hacia la pantalla.

—Solo lo hemos visto en la portada de esa revista.

—Pero sí que guarda parecido con esa foto —dijo Parker.

—Sí, claro que se parece. —Pero eso podría ser una ilusión.

—Me gustaría una copia de ese fotograma, si es posible —le dijo Parker al inspector.

—Por supuesto. Puedo enviársela a su celular.

Dejando escapar un suspiro de frustración, Parker se puso de pie.

—Lamento que no podamos ser de más ayuda, inspector.

Miranda levantó una mano.

—Tenemos el cargo a la tarjeta de Celio en una cafetería justo después de las seis de anoche. Y las chicas de la agencia de modelos pensaron que Rico podría haber llevado a Juli a un lugar llamado Antiquarius.

Keith tomó una libreta y un bolígrafo y empezó a garabatear notas.

—Sí, lo conozco. Un restaurante de lujo. No es un lugar que frecuente, pero me suena. Lo investigaremos. Mostraremos su foto y veremos si alguien recuerda haberlo visto.

Parker miró su reloj.

—Lamento que no podamos ayudarlo con eso. Necesitamos volver con nuestro cliente.

—Entendido. Haré que alguien los lleve al aeropuerto de inmediato. —Keith se levantó y los acompañó a la puerta.

Después de todo el esfuerzo que les costó llegar y de casi morir en el intento, parecía que no habían conseguido gran cosa. Miranda luchaba por aferrarse a la esperanza. Si tan solo pudieran encontrar a este tipo. Encontrar a alguien que pudiera identificarlo.

Antes de salir al pasillo, se volvió hacia el inspector.

—Rico es semifamoso. La gente lo reconocerá. Eso debería jugar a nuestro favor.

Keith le dedicó una triste media sonrisa. Sentía la misma frustración. Como oficial de policía, vivía con ella todos los días.

—Esperemos que así sea.

# CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Para cuando terminaron con todo el trámite oficial en el aeropuerto y despegaron, eran más de las seis.

Con el ronroneo de la hélice y el ya familiar zumbido de las voces de los controladores en sus oídos, Miranda contempló los majestuosos picos rocosos contra los que había pensado que se iba a estrellar esa mañana. Parker se deslizaba con facilidad sobre ellos, llenándola de envidia.

A pesar de lo que habían pasado, esta era la forma de viajar. Si hubieran tenido que ir en auto, tardarían una eternidad en volver a Campos do Flores. Pero incluso el Cessna solo podía ir hasta cierta velocidad.

Dejó escapar un suspiro.

—Parece que Wesson y Holloway llegarán al resort antes que nosotros.

—Por desgracia —dijo Parker, con la mirada fija al frente. Luego la miró—. ¿Estás bien con esto?

—¿Te refieres a este, eh..., medio de transporte?

—Sí.

Un poco tarde para preguntar. Había estado luchando contra una sensación de náuseas en el estómago, pero había estado demasiado concentrada en el caso para pensar en ello. Además, se negaba a acobardarse. Le encantaban las emociones fuertes.

—Estoy bien.

Hizo una larga pausa antes de hablar, como si ordenara sus pensamientos.

—Lo hiciste muy bien mientras estuve... incapacitado.

—¿Ah, sí?

—Mantuviste la cabeza fría y el temple. El controlador quedó impresionado.

—Es bueno saberlo.

Se preguntó de dónde había salido eso. Esperaba que pudieran dejar atrás ese pequeño incidente en la cabina. Pero sabía que los miedos de Parker no se calmarían tan fácilmente.

Por el rabillo del ojo, Parker captó la expresión cínica que Miranda intentaba ocultar.

Odiaba admitirlo, but se había comportado de forma irracional después de su audaz rescate en la playa. Debería haberla tomado en sus brazos y haberla abrazado. Compartir algo de consuelo, algo de la alegría de que ambos siguieran vivos. Después de todo, ella le había salvado la vida. Debería haberle dado las gracias, como mínimo.

Ella lo había hecho unas cuantas veces. Y él había hecho lo mismo por ella. Pero esa no era la cuestión.

La cuestión era que se ponían en situaciones en las que tenían que salvarse la vida mutuamente. No es que no se hubiera puesto en situações arriesgadas antes. Cuando Sylvia vivía, él se lanzaba al peligro sin pensarlo dos veces. Sin considerar lo que le podría pasar a su primera esposa si él resultaba herido o moría. Para evitar roces, le había ocultado la mayoría de sus casos. Y cuando ella se enteraba, siempre se desataba el infierno. Sabía cómo se sentía Miranda. Como si le hubieran cortado las alas.

Y ahora sabía cómo se había sentido Sylvia, también.

Pero los temores de Sylvia no se materializaron. Él había sido quien la perdió a ella. Y después de hacerlo, había estado a la deriva y sin rumbo durante tres años. Había pensado en dejar la Agencia entonces. Retirarse a algún lugar rural de Georgia y pasar el tiempo... oh, tal vez con la jardinería.

Entonces, una noche entró en una prisión y conoció a Miranda Steele. Y nada había vuelto a ser lo mismo desde entonces.

Ajustó la altitud y el Cessna se elevó sobre las gloriosas montañas verdes que se cernían debajo. Le asombraba cómo Miranda había logrado aterrizar esa avioneta en la playa con tan

pocos conocimientos de vuelo. Pero, claro, ella era una mujer asombrosa.

No había cambiado de opinión sobre querer enviarla a casa. Pero era demasiado poco práctico en este momento. No obstante, cuando este caso terminara, estaba decidido a que tuvieran una conversación sobre el futuro de Parker y Steele Consulting. Una conversación tranquila y razonable.

Solo esperaba, por el bien de Tia, de Miranda y por su propia cordura, que pudieran encontrar pronto a Rico Dominguez acechando en algún lugar de Campos do Flores.

# CAPÍTULO CUARENTA

Ya había anochecido cuando aterrizaron en la pequeña pista de aterrizaje en el lado norte de Campos do Flores, con Parker haciendo un aterrizaje perfecto de tres puntos.

Max los recibió con grandes sonrisas y abrazos, diciendo que estaba contento de ver que ambos estaban vivos y de una pieza. Pero Miranda sospechó que él estaba pensando que aquella era la última vez que le prestaría su Cessna a unos desconocidos.

Los esperaba un taxi, cortesía de Max y una reservación hecha con dos horas de antelación. Le dieron las gracias al mensajero, se despidieron y se apresuraron a la casa de Tia.

Adentro encontraron a su clienta y a Valdinho en la sala de estar con Holloway montando guardia, como un soldado, junto a la chimenea. Con un vaso de brandy en una mano, el abogado vestía un saco de espiguilla sobre una camiseta oscura y pantalones negros. El aspecto universitario debía ser su estilo habitual.

Con su aire majestuoso, Tia estaba sentada en una silla de respaldo alto tapizada con rayas doradas, vestida con un etéreo atuendo de color verde oscuro. Lucía una gruesa cadena de oro alrededor del cuello y largos aretes en forma de lágrima que acentuaban su peinado recogido. Sus cejas oscuras y ojos exóticos transmitían miedo. Ya vería cuando escuchara lo que tenían que decirle.

—¿Dónde están sus hijas? —preguntó Parker antes de que su anfitriona tuviera la oportunidad de ofrecerles siquiera bebidas.

—Didi está arriba, en su habitación. Pipia está en la ópera.

Miranda se tensó. —¿La dejó salir?

Tia se levantó y fue al mueble bar. —No pude detenerla. Quería practicar. Este concierto lo es todo para ella.

Miranda miró a Parker y vio que estaba preocupado. Podría costarle todo a Pipia si era descuidada.

Tia le entregó primero a Miranda y luego a Parker un vaso de líquido ámbar oscuro. —Está a salvo. Su detective Janelle está con ella. Qué joven tan encantadora —sonrió nerviosamente.

Tia intentaba actuar como una anfitriona amable, como si fuera una noche normal de recibir gente en casa. Negación, pensó Miranda. Un momento. ¿Encantadora? Seguramente todavía no conocía muy bien a Wesson. Pero Tia tenía razón en cuanto a que estaba a salvo. Su compañera de trabajo podía cuidarse sola y cuidar a la persona a su cargo.

Sin más comentarios, Parker les contó a Tia y a Valdinho lo que había sucedido en Río. Holloway permaneció en silencio, asimilándolo todo, pero Miranda se dio cuenta de que realmente quería atrapar a ese tipo.

Los dedos de Tia se dirigieron a las cadenas de su cuello. —¿Rico intentó envenenarlos? ¿Y mató a una de sus modelos?

—Así parece. Sé que todo esto es muy perturbador, pero necesito que vea algo. —Parker tomó su celular y le mostró a Tia la foto de la grabación de vigilancia en el edificio de Juli Torres.

Miranda vio cómo los ojos exóticos de Tia se agrandaron mientras estudiaba la foto de su esposo con otra mujer. —La modelo es hermosa.

—Ya la identificamos —dijo Parker, intentando mantener a Tia concentrada.

Miranda pudo ver que ella no pasó por alto el parecido de la modelo con ella misma.

Tia le devolvió el teléfono a Parker. —Ciertamente parece él. Aunque la foto no es muy clara.

—¿Puedo verla? —preguntó Holloway.

Parker le pasó el teléfono. Después de un momento, negó con la cabeza y se lo devolvió. —Podría ser cualquiera.

Demasiado borrosa. Eso sí que se sostendría en un tribunal.

Conteniendo un gemido de disgusto, Miranda cruzó hacia la ventana abierta de piso a techo y miró hacia afuera a través de los

cristales. ¿Estaba Rico Domínguez ahí afuera ahora? ¿Devolviéndole la mirada?

Mientras miraba la oscuridad de los abetos circundantes, una sensación de inquietud la invadió. Ese cosquilleo en la nuca que a veces sentía cuando estaba cerca de resolver un caso, de enfrentarse a un asesino.

La confusión de los últimos días había comenzado a disiparse y algo pareció hacer clic en su cabeza. Algo en todo este asunto no cuadraba.

¿Esconderse en el bosque? ¿Escribir amenazas de muerte? ¿Poner drogas en el café? ¿Matar a una modelo que te daba dinero y satisfacía tus fantasías sexuales? No harías eso a menos que hubieras… perdido la cabeza.

Había visto varios grados de locura antes. Hombres, mujeres que se habían quebrado y empezado a matar. Leon se llevaba la palma. ¿Pero esto? Esto se sentía como verdadera demencia.

¿Qué diablos haría que un hombre como Rico se quebrara? Lo tenía todo al alcance de la mano. Su negocio, sus modelos. Si se había dado cuenta de que había cometido un error y que en realidad estaba enamorado de Tia todo este tiempo, ¿por qué no volver y arreglar las cosas con ella antes de que se divorciara?

Si quería pelear con ella por la propiedad, usaría abogados. Podía permitirse un montón de ellos.

No tenía sentido.

Valdinho se subió las gafas sobre su larga nariz y fue al mueble bar para rellenar su bebida. —¿Qué proponen que hagamos ahora, detectives?

Miranda miró a Parker. Era su decisión.

Su rostro estaba serio. Era hora de dejar de andar con rodeos. —Solo tenemos dos opciones —les dijo—. O nos sentamos aquí a esperar que ataque, o…

—¿Ponemos una trampa? —la mente de abogado de Valdinho era rápida.

Tia parpadeó mirándolo. —¿Qué clase de trampa?

—Algo que lo haga salir a la luz.

Tia respiró hondo y enderezó los hombros. —Yo. Yo debería ser la carnada.

Valdinho se acercó a ella. —No, *querida*.

Ella lo apartó. —Yo soy a quien le envió las cartas. A mí es a quien quiere matar. Soy la más lógica para usar como carnada.

—Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para mantenerla a salvo —dijo Holloway.

Lo harían. Todos lo harían. Miranda podía ver que a Parker no le gustaba la idea. No era su estilo poner en riesgo a sus clientes. Pero en ese momento, era todo lo que tenían.

—No me gusta —dijo Valdinho.

—Podría dar un paseo por el bosque —le dijo Tia—. Quizás entonces venga por mí. Como hizo con ese extraño cuyo cuerpo encontramos.

Valdinho negó con la cabeza. —No quiero ni oírlo.

—Hemos involucrado a la policía. De todos modos, viene por mí, Valdinho.

Miranda levantó una mano para calmar los ánimos. —Quizás podría concertar algún tipo de reunión. ¿Tiene alguna forma de contactarlo?

Tia se enderezó. —No sé por qué no se me ocurrió antes. Me dio su número de celular hace mucho tiempo. Nunca lo he llamado.

Elena dijo que Rico le había dicho que perdió su teléfono y que estaba usando uno prepago. Pero eso podría haber sido una mentira.

—Inténtelo —dijo Parker.

—¿Qué le vas a decir? —quiso saber Valdinho.

Tia se volvió hacia Parker.

—Dígale que quiere concertar una reunión para hablar. Dígale que le dará los detalles más tarde.

Después de que averiguaran el mejor lugar para atraparlo.

—Muy bien. —Tia sacó su teléfono y buscó el número. Respiró hondo y marcó.

Miranda sintió que se le paraba el corazón mientras sonaba. ¿Podría esto funcionar de verdad? ¿Podrían atrapar a ese maldito

loco? ¿Podrían sacarle una confesión? Había muy pocas pruebas para condenarlo si no hablaba.

Al sexto timbrazo, saltó el buzón de voz y la voz lenta y seductora de Rico traspasó el silencio. «*Olá. Rico aqui. Deixe um recado*». Sonó un pitido.

Parker negó con la cabeza y Tia colgó.

—¿Y ahora qué?

—Lo intentaremos de nuevo un poco más tarde.

Tia asintió, luego se levantó y retomó su papel de anfitriona. —Mientras tanto, vayamos al comedor a cenar. Todos pensaremos mejor con el estómago lleno.

# CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Miranda pensó que no se estaban llenando mucho el estómago. Nadie parecía tener mucho apetito.

Picoteaban los sándwiches y un plato de frijoles negros que había sobrado. Pero el café negro y cargado era reconstituyente.

Parker removió su café, con el ceño profundamente fruncido.

—Lamento mucho que esto se haya salido tanto de control, Tía. Lamento que tuviéramos que involucrar a las autoridades.

Ella negó con la cabeza.

—No fue usted quien mató a esa chica en Río. Quizá debí habérselo dicho a Gaspar de inmediato. Es que he tenido tanto miedo…

Valdinho le tomó la mano.

—Lo detendremos, *querida*. Lo encontraremos y lo detendremos.

—Intente llamarlo de nuevo —dijo Parker.

Tia presionó la tecla de rellamada en su celular. Sonó y sonó, y una vez más respondió el mensaje grabado de Rico. Colgó, asqueada por el sonido.

—¿Y si no puedo localizarlo?

El largo día y la cafeína estaban haciendo efecto en Miranda. Con la mente a toda velocidad, tamborileaba los dedos sobre la mesa.

—¿Rico tenía algún historial de inestabilidad mental?

Tia dejó su taza con el ceño fruncido.

—¿A qué te refieres?

—¿Algún tipo de crisis nerviosa o algo por el estilo?

—No. Siempre fue un hombre fuerte. Incluso cuando éramos niños. Dominaba a sus hermanos y hermanas.

¿Dominaba, eh?

—¿Y qué hay del insomnio? ¿Alguna vez le recetaron algo para eso?

Parker se aclaró la garganta.

—¿Te refieres a algo como Rohypnol?

—A eso me refiero exactamente.

El ceño de Tia se frunció aún más, con preocupación.

—No que yo sepa. Tendría que haber sido después de que nos separamos, supongo.

—¿A dónde quieres llegar con esto, Miranda? —quiso saber Parker.

Él partía del supuesto de que Rico había conseguido la droga de la violación en la calle.

—No estoy segura —se sentía inquieta. Necesitaba ver todo alineado—. ¿Tienen una pizarra?

Tia la miró desconcertada.

—Tengo una pequeña oficina arriba. Allí hay una. Está sobre un soporte. Podríamos bajarla.

Parker se levantó e hizo un gesto a Holloway.

—Ayúdeme.

—Sí, señor —Holloway se levantó de un salto, ansioso por hacer cualquier cosa para ayudar.

Unos minutos después, habían arrastrado la pizarra al comedor, cerca de la ventana, donde todos pudieran verla.

Miranda se paró frente a la pizarra, con un marcador en la mano. Dibujó tres líneas espaciadas en el centro.

—Aquí es cuando Tia recibió esas amenazas de muerte. Con unas dos semanas de diferencia —las etiquetó como A1, A2, A3.

—Correcto —asintió Tia.

Dibujó una línea a la izquierda de A1.

—Y dijiste que recibiste la primera carta el día después de que te reuniste con Valdinho por tu divorcio.

—Sí. Nos reunimos en *Boteco do Sabor*, el restaurante del complejo. Tomamos unas copas en la terraza y le dije que estaba lista para dar el paso.

Valdinho le tomó la mano y se la besó.

—Y yo di el mío. Le dije que siempre la había amado y que había esperado este día durante mucho tiempo.

Sus ojos brillaban con lágrimas mientras se miraban el uno al otro. Miranda solo esperaba que ella y Parker pudieran darle a la pareja toda una vida juntos.

Se volvió hacia la pizarra, hizo una pausa por un momento.

—Los primeros cargos de Cielo que encontramos fueron en la época de la segunda carta —ofreció Parker.

—Sí —Miranda hizo una marca debajo de A2 y escribió «Nunes»—. La tienda de artículos deportivos —donde su sospechoso había comprado el cuchillo que podría haber matado a Juli Torres.

—Y entre A2 y A3 —dijo Parker—, hubo un gran retiro de efectivo con la tarjeta Cielo en Río de Janeiro.

Miranda dibujó otra línea y la marcó como «Efectivo en Río».

—Y luego aparecemos nosotros cuando llega la tercera carta. Ese es el día que encontramos el cuerpo en la montaña —escribió «Cuerpo» debajo de A3—. Tuvo que vernos, porque entonces fue por nosotros —escribió «Frenos» y «Rohypnol» a la derecha de A3.

—Pero en algún momento entre esos dos sucesos —continuó Parker—, regresa a Río y asesina a Juli Torres.

—Correcto —escribió «Torres» a la izquierda de «Rohypnol» y retrocedió para estudiar el gráfico—. Ha estado ocupado. Además, Elena, de la agencia de modelos, dijo que ha estado llamando allí periódicamente.

—Y sonando raro —intervino Holloway.

—Cierto.

Todos se quedaron en silencio estudiando la pizarra.

—Si hay un patrón —dijo Parker lentamente—, es errático.

Holloway señaló las líneas a medida que se juntaban más.

—Casi como si se estuviera agitando más… frenético.

—Eso sería de esperar si supiera que sospechábamos de él.

O si estuviera empezando a quebrarse. Miranda se cruzó de brazos y se quedó mirando la pizarra.

Pensó en el joven ambicioso que había crecido como el hijo de un trabajador agrícola en una plantación de caña de azúcar. Cómo había llegado a comprar la propiedad de la familia para la que su

padre había trabajado. Cómo había dominado a sus hermanos y hermanas, y cómo tal vez esa era una palabra educada para decir que los acosaba. Tenía que haber algo de resentimiento allí. Algún historial. Algún bagaje emocional. Y si un abusón no se salía con la suya…

Estaba tan perdida en sus pensamientos que apenas oyó sonar el celular de Parker.

—Disculpen —murmuró mientras se levantaba de la mesa y salía al pasillo.

Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Eran noticias del inspector Keith? ¿Había encontrado a Rico en algún lugar de la ciudad? ¿O al menos a alguien que pudiera identificarlo sin lugar a dudas?

Pareció una eternidad antes de que Parker regresara, pero cuando lo hizo, sintió que todo su cuerpo se ponía rígido. Su rostro estaba pálido y demacrado. Nunca lo había visto así antes.

—¿Qué pasa?

Se apoyó en el respaldo de una silla para estabilizarse. Respiró hondo un par de veces y luego asintió hacia la pizarra.

—Parece que hemos estado completamente equivocados con nuestra teoría.

Miranda sintió que se quedaba sin aliento.

—¿Por qué?

—¿Qué sucede, señor Parker? —preguntó Holloway.

—Acabo de hablar con mi socio, el detective Dave Becker, en Atlanta. Enviamos una muestra del cuerpo de la montaña al laboratorio de la Agencia Parker para su análisis. Acaban de terminar de analizarla.

El suelo pareció moverse bajo los pies de Miranda.

—¿Y?

—El ADN del cabello del esqueleto coincide con el ADN del cabello encontrado en la rasuradora.

Tia se llevó la mano a la garganta.

—¿La rasuradora que le di? ¿La que pertenecía a Rico?

Parker asintió.

—¿Qué significa eso? ¿Qué está diciendo? —había pánico en la voz de Tia.

El corazón de Miranda latía a mil por hora.

Parker examinó los rostros aterrorizados ante él.

—Significa que el cuerpo que encontramos en el bosque era Rico Domínguez.

# CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Miranda se dejó caer en una silla de la mesa del comedor, con el sonido de los gritos de Tia retumbando en sus oídos. Se llevó la cabeza a las manos. Le daba vueltas. No sabía qué hacer, qué pensar.

¿Estaba soñando? ¿Tenía otra pesadilla? ¿Cómo era posible que aquel cuerpo muerto y en descomposición en el bosque fuera el de Rico? Él era el asesino. El acosador. Aquel al que perseguían.

Levantó la vista hacia su marido, que seguía pálido y aferrado al respaldo de la silla.

—Becker tiene que estar equivocado, Parker.

Él negó con la cabeza. —Repitieron la prueba tres veces. No trabaja solo. Todo el equipo llegó a la misma conclusión.

Y sus métodos de prueba eran impecables. Parker los había usado docenas de veces en los tribunales.

Tia se levantó y empezó a retirar los platos. —No sé qué pensar. No puedo creer esto.

—Deja eso, *querida*. —Valdinho le tocó el brazo.

Tia dejó los platos sobre la mesa y volvió a dejarse caer en una silla. Se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar. —Es todo culpa mía. Didi tenía razón. Lo descuidé.

La expresión de Valdinho se agrió mientras la rodeaba con los brazos y la atraía hacia él. —No hiciste tal cosa. Nada de eso.

—Sí, lo hice. Lo hice. —Se meció de un lado a otro en su abrazo —. ¿Cómo puede ser?

La puerta principal se abrió y Pipia entró flotando en la habitación con Wesson a su lado.

La joven era toda sonrisas. —Oh, *mamãe*. El ensayo fue muy bien. Arturo cree que mi solo será lo más destacado del concierto. —Se detuvo en seco al ver la cara de su madre—. ¿Qué pasa?

Tia la miró, con el rostro surcado de lágrimas. —Tu padre ha muerto.

La sonrisa de Pipia se desvaneció. —¿Qué? ¿Qué?

Tia se levantó y tomó la mano de su hija para apretársela. —Oh, mi amor. Mi amor. Tenemos que decírselo a tu hermana.

Wesson lanzó a Miranda una mirada de «¿qué demonios está pasando?», pero ella se dirigió a las escaleras. —Iré por ella.

Unos instantes después, las dos hermanas estaban sentadas a la mesa mientras Parker explicaba que el cuerpo que habían encontrado en la montaña hacía unos días era el de su padre.

Didi parecía que se iba a desmoronar. No paraba de negar con la cabeza, devastada por la negación. —No entiendo. Estaba tan lleno de vida.

—La policía está llevando a cabo más investigaciones sobre el cuerpo. Puede que tengan más información más tarde.

La voz de Parker tenía esa calma constante que Miranda siempre se preguntaba cómo lograba. Ahora se daba cuenta de que él mismo debía estar en una especie de negación. Desde luego, ella lo estaba.

Pipia lloraba abiertamente en un pañuelo que Valdinho le había dado. —Si tan solo hubiera podido despedirme de él.

—No volveremos a verlo nunca más. —La voz de Didi era distante, desapegada, pero no estaba llena de la rabia que había mostrado antes. Era como si hubiera aceptado el hecho inevitable de que ya había perdido a su padre.

Tia levantó la cabeza con una mirada decidida. —Debemos celebrar un funeral en su memoria.

Miranda se tensó. —No estoy segura de que sea una buena idea.

Didi la ignoró. —¿Sí, debemos. ¿Cuándo, madre?

—Pronto. Lo antes posible.

Los grandes y húmedos ojos de Pipia se abrieron de par en par. —El concierto. Es mañana por la noche.

Tia tomó ambas manos de su hija entre las suyas. —*Anjinho*. Es tan importante para ti. Debes tocar.

—¿Cómo puedo tocar ahora?

—Debes hacerlo. Debes ser fuerte. Debes encontrar la manera. Tu padre habría querido que lo hicieras. Estaba muy orgulloso de tu forma de tocar. Quería que fueras a Juilliard.

La pobre chica negó con la cabeza. —No lo sé. No puedo pensar.

La expresión de Tia se tornó molesta. Parecía furiosa con su ahora difunto marido por haberse hecho matar cuando el importante evento de Pipia estaba a punto de ocurrir.

A Miranda se le encogió el corazón por Tia, por las chicas, por todos ellos. Pero estaban olvidando algo.

Miró a Parker y vio que él estaba mirando la pizarra. Giró la cabeza para estudiarla una vez más y no pudo evitar decir las palabras en voz alta. —Si Rico ha estado muerto todo este tiempo, alguien más está…

Parker terminó su idea. —Haciéndose pasar por él.

Miranda oyó a Tia contener el aliento. —*Querido Deus*.

—Y tenía que ser lo suficientemente bueno como para engañar a Elena en la agencia de modelos.

—Y a Juli Torres. —Parker sacó su teléfono de nuevo y estudió la foto de la cinta de vigilancia.

Tia no dejaba de negar con la cabeza. —Si tan solo Rico no hubiera sido tan insensato y alocado. ¿Por qué estaba en el bosque? ¿Por qué no nos hizo saber que estaba aquí?

—¿Quién podría haber estado con él? —preguntó Parker.

Tia levantó las manos con desesperación. —No tengo ni idea. Ya no lo conocía.

Miranda miró el lado izquierdo de la pizarra. La parte que había marcado como L1 y donde había anotado la reunión de Tia con Valdinho. Faltaba algo.

El jardinero. Y Nelito.

Sonó un timbre y todos dieron un respingo.

—Es solo el timbre de la puerta —dijo Tia, avergonzada—. Iré a abrir.

Parker extendió una mano. —Quédese aquí. Yo iré.

Salió de la habitación y Miranda lo siguió, dejando a Wesson y a Holloway para que vigilaran a la familia.

Con el corazón latiéndole con fuerza, observó a Parker asomarse por la ventana de la sala. —Es la policía.

Abrió la puerta y vio la gran figura del inspector Gaspar, vestido con su buen traje italiano. Su compañero, el agente Franco, no estaba con él.

Gaspar se pasó una mano por su escaso y peinado cabello. —Lamento mucho molestarlos a estas horas de la noche.

—No es ninguna molestia, inspector —le dijo Parker—. ¿Qué tiene para nosotros?

—Seguimos la pista que nos dieron cuando su vehículo de alquiler fue sabotajeado. Encontramos a Geninho Fernandes en un bar de Vilaverde.

—¿Vilaverde?

—Un pueblo a unos quince kilómetros al este. Estaba tan borracho como una *jaritataca*, como dirían ustedes. Está bajo custodia, recuperándose de la borrachera. Pensé que les gustaría hablar con él lo antes posible.

«Desde luego que sí, maldita sea», quiso decir Miranda.

Parker fue más sereno. —Estaremos con usted en un momento, inspector.

Y después de informar a todos de lo que estaba pasando y de asegurarse de que nadie saldría de la casa, se dirigieron al departamento de policía en el coche sin insignias de Gaspar.

# CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Por alguna razón, la comisaría de Campos do Flores estaba en mejor estado que la oficina del inspector Gaspar en Río, pensó Miranda mientras seguía a Gaspar por un pasillo bien iluminado. Quizá para guardar las apariencias ante los turistas que terminaban allí tras una noche de juerga en el pueblo.

La sala de interrogatorios tampoco estaba tan mal. Pero era austera y fría.

Paredes desnudas, grandes luces fluorescentes en el techo, una mesa de metal pintada de un alegre azul, sillas de respaldo rígido, el olor a antiséptico, como si la hubieran desinfectado tras la última ronda de preguntas. Aun así, a Miranda le dio escalofríos, como se los daban todas las salas de interrogatorios.

Pero se acomodó en una silla junto a Parker y esperó a que un agente trajera al jardinero despedido.

El hombretón entró pesadamente en la sala y se sentó en la silla que el agente le indicó, con la cabeza gacha. Vestía una vieja camisa de franela y unos vaqueros que parecían necesitar un lavado. Su pelo rubio oscuro era un desastre largo y enmarañado sobre su cabeza. Y su rostro surcado de arrugas tenía el aspecto de un viejo y enfermo sabueso.

Definitivamente, no podría pasar por Rico Domínguez. Ni en un millón de años.

Gaspar, cuya gran corpulencia competía con la del jardinero, hizo un gesto hacia sus dos invitados.

—Este es Wade Parker y esta es Miranda Steele, de la Agencia Parker de Atlanta, Georgia. Quieren hacerle algunas preguntas.

Geninho levantó la cabeza y, con ella, una ceja poblada y descuidada.

—¿Trajeron gringos? ¿Para hablar conmigo? —su voz era grave, su acento, marcado.

—Un poco de respeto, Geninho —advirtió Gaspar—. Son investigadores privados.

Extendió sus grandes manos.

—No me robé la cerveza que me tomé esta noche. La pagué de mi propio bolsillo.

Parker se inclinó hacia delante.

—Señor Fernandes…

—Llámeme Geninho. Aquí nos llamamos por el nombre de pila.

Parker sonrió, ocultando su molestia.

—Estoy al tanto de la costumbre. Geninho, entendemos que lo despidieron de un establecimiento local hace unas semanas.

Geninho retrocedió, con el rostro hosco.

—Me despidieron. ¿Y qué?

—Nos gustaría oír su versión de la historia.

—¿Mi versión? —el hombretón soltó una risa hosca—. La *puta* para la que trabajaba me despidió. Eso es todo.

Miranda sospechó que «*puta*» significaba algo así como «perra».

Haciendo acopio de su infinita paciencia, Parker fingió ignorancia.

—¿Y dónde dijo que trabajaba?

—*Esquecer*. El resort de la colina —señaló por encima del hombro con el pulgar y luego entrecerró los ojos—. Pero eso ya lo sabía, ¿verdad?

Parker se limitó a sonreír.

—Entiendo que trabajó allí mucho tiempo.

Geninho entrecerró los ojos hacia las brillantes luces fluorescentes del techo como si deseara que alguien las apagara.

—Fui empleado de Rico Domínguez, el dueño original.

—¿Y qué pasó?

Se encogió de hombros.

—Se hartó y se fue. No puedo culparlo, viendo con quién estaba casado.

—¿No sigue casado con ella?

—¿Y yo qué sé? ¿Qué tiene que ver esto conmigo?

—Usted estaba enojado porque Rico se fue, ¿no es así?

—No estaba contento. Nadie lo estaba.

—Y tampoco estaba contento con la esposa de Rico, que se hizo cargo de la gestión del resort.

—No es noticia para nadie, excepto quizá para ustedes dos.

Parker inhaló lentamente y Miranda pudo ver que su famosa paciencia se estaba agotando.

—¿Sabía que Rico Domínguez está muerto?

La expresión hosca del hombretón se transformó en conmoción y luego en ira. Su mirada pasó de Parker a Miranda y luego a Gaspar. De repente, golpeó la mesa con el puño mientras se ponía de pie de un salto.

—Usted es un mentiroso.

Gaspar lo empujó de vuelta a su asiento.

—Cuidado, Geninho. O tendremos que añadir cargos a su expediente.

Geninho le gruñó al inspector, pero tomó asiento.

—El *senhor* Rico no puede estar muerto. Eso es imposible.

—¿Por qué dice eso?

—Porque era joven. Lleno de vida. Exitoso. Inteligente.

La mirada de Geninho se desvió distraídamente hacia la esquina y Miranda vio un dolor genuino en ella. Eso era nuevo para él.

Ella se inclinó hacia delante.

—Geninho, ¿cuándo fue la última vez que vio a Rico?

La expresión hosca regresó mientras extendía sus grandes manos.

—El día que se fue. Reunió a los empleados en el patio, les dijo que se mudaba a Río de Janeiro y que si alguien quería un trabajo de modelo, que lo buscara.

—¿Y se sintió abandonado? —preguntó Miranda.

—Todos nos sentimos así. Nos dijo que dejaba a su esposa a cargo y que hiciéramos lo que ella dijera. Pero nunca fue lo mismo.

—¿Y sintió que quería vengarse de él?

Geninho la miró con el ceño fruncido.

—Yo quería que volviera y tomara las riendas de nuevo. Estaba harto de lo quisquillosa que era su esposa. Nada era lo suficientemente bueno para ella.

Especialmente dormir en el jardín de rosas.

Parker tomó el relevo.

—Había un joven que trabajaba con usted.

—Yo trabajaba con mucha gente.

—Era un estudiante. Se fue la mañana en que lo despidieron.

El hombretón asintió.

—¿Nelito Alves? ¿Qué pasa con él?

—¿Usted no se llevaba bien con él?

—Me sacaba de quicio. Nunca se tomaba nada en serio.

—¿Y?

Geninho resopló, como un toro.

—Y me robó vino, ya que parece que sabe todo lo que hay que saber. ¿Por qué está aquí? ¿Qué quiere de mí?

Miranda tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Qué aspecto tenía Nelito?

—¿Aspecto? —Geninho se secó la frente con el dorso de la mano. Su rostro estaba tenso, como si en ese momento hiciera cualquier cosa por un trago—. No sé. Como un joven tonto. Era estudiante de arte. Actor o algo así. Lleno de sueños ridículos sobre ver el mundo. Como si las cosas fueran a ser mejores en otro lugar.

—¿De qué color tenía el pelo?

—¿El pelo? —entrecerró los ojos como si le costara recordar—. Pelo oscuro. Lo llevaba largo. A veces se lo recogía en una cola de caballo. Le dije que debía cortárselo o se le engancharía en los arbustos al podarlos. No me hizo caso.

—Y ¿qué tan alto era?

—No sé. Estatura promedio.

—¿Más o menos del tamaño de Rico?

—¿Rico? No sé. Supongo que sí —el hombretón se rio de repente —. Es curioso que lo diga. Ahora recuerdo que solía ponerse un sombrero y bailar con un rastrillo, fingiendo ser el *senhor* Rico. No lo conocía, pero había leído sobre él en la prensa sensacionalista. Todos leíamos sobre él.

¿Y lo envidiaban?

Miranda le lanzó una mirada a Parker. Él asintió y sacó su teléfono, deslizando el dedo hasta la foto de vigilancia.

—¿Es este Nelito?

El teléfono casi desapareció en la mano del hombretón mientras entrecerraba los ojos para ver la foto. La giró de un lado a otro.

—Podría ser. No sabría decir. La joven con la que está es encantadora.

—Está muerta.

—¿Qué?

—Buscamos a su asesino.

—Yo no tuve nada que ver. He estado en Villaverde desde que dejé el resort. Conseguí trabajo para una anciana, cuidando su jardín. Me trata mucho mejor que la esposa de Rico.

—¿Ha sabido algo de Nelito?

—¿Nelito? No. No desde el día que se fue. ¿Cree que él mató a esa chica? —sus ojos parecieron recuperar la sobriedad por un momento—. ¿Cree que él mató al *senhor* Rico?

—¿Qué cree usted?

—¿Y yo qué sé? Como le dije, he estado en Villaverde. No sé nada de Nelito ni de lo que le pasó al *senhor* Rico —se volvió hacia Gaspar, repentinamente aterrado—. ¿Me va a acusar de asesinato?

Con aspecto muy cansado, Gaspar se puso de pie.

—No, Geninho. No lo vamos a acusar de asesinato. Solo esperábamos que pudiera ayudarnos a averiguar quién mató al *senhor* Rico.

—Le juro que no lo sé. Pero si me entero de que fue ese estudiante loco, se lo diré. Si no lo mato yo primero.

# CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Sintiéndose vacía y derrotada, Miranda se bajó de la patrulla mientras Parker le sostenía la puerta.

—Tenemos una alerta para Nelito —les dijo Gaspar a través de la ventanilla abierta—. Si nos enteramos de algo, serán los primeros en saberlo.

—Gracias, inspector. —Parker cerró la puerta del auto y Gaspar se fue.

Dentro de la cabaña, Miranda sintió que se le cruzaban los ojos. Llevaban despiertos desde muy temprano esa mañana y ya pasaba de la una de la madrugada.

—Creo que Geninho decía la verdad —masculló, apenas pudiendo pronunciar las palabras.

—Sí.

A menos que su detector de mentiras estuviera fallando. —Deberíamos buscar a este tipo, Nelito, nosotros mismos —dijo, bostezando—. No esperar a Gaspar.

Parker también parecía agotado. Para colmo, lo habían drogado. —Durmamos un poco y lo hablamos por la mañana. —Ya se había quitado la camisa.

Había sido un día horrible. Empezando con un avión que casi se estrella, continuando con una modelo muerta y terminando con el asesinato de Rico Domínguez.

Habían trabajado muy duro y no habían llegado a ninguna parte.

Se quitó la ropa y se dejó caer en la cama sin siquiera correr las sábanas. Sintió los cálidos brazos de él deslizarse bajo su cuerpo,

darle la vuelta, levantarla y arroparla. Quiso darle las gracias, pero lo único que le salió fue un:

—Uf.

Lo siguiente que sintió fue la presión de su cuerpo contra el de ella y sus labios en su frente. Ahora estaban bien. Juntos de nuevo. Bien.

Quería decirle más, pero él ya había apagado la luz y, antes de que pudiera abrir la boca, se quedó profundamente dormida.

###

Lo primero que le llamó la atención a Miranda a la mañana siguiente fue el olor a café.

Se incorporó, se frotó los ojos y vio a Parker, de pie a los pies de la cama, completamente vestido y sosteniendo dos tazas humeantes.

Le entrecerró los ojos. —¿Estás seguro de que quieres beber eso después de lo de ayer?

—Lo preparé yo mismo de un paquete sellado.

Ella le dedicó una sonrisita. —Supongo que es seguro entonces. —Tomó una de las tazas y bebió un sorbo. Delicioso—. Amo a un hombre que sabe hacer una buena taza de café.

—Es bueno saberlo. —Se sentó en la cama junto a ella—. He ido a ver cómo estaban Tia y las chicas esta mañana. Están todas a salvo, aunque pasaron una noche difícil.

—Me lo imagino. —Los lamentos por la impactante noticia de anoche todavía resonaban en sus oídos.

—Tia insiste en celebrar un servicio conmemorativo para Rico mañana por la tarde. Ya se ha puesto en contacto con la familia de Rico. Y Pipia ha decidido tocar en el concierto de esta noche, después de todo. Tia y Didi quieren ir.

Miranda se tensó. —¿Crees que es una buena idea?

—Depende de lo lejos que lleguemos hoy en nuestra búsqueda de Nelito Alves. —Él retiró las sábanas con las que la había arropado anoche. Un nuevo día.

Ella giró la cabeza y miró fijamente el reloj. Parpadeó—. ¿Estoy leyendo bien? ¿Ya son las diez? —Se apartó de él y se levantó de la cama—. ¿Por qué me dejaste dormir hasta tan tarde?

—Lo necesitabas.

El pánico empezó a martillearle la cabeza. —¿Cómo demonios vamos a encontrar al tipo que buscamos antes de ese concierto? Hay tan poco tiempo.

Parker dejó su taza en la mesita de noche y la tomó por los hombros. —No servirás de nada si estás agotada. Ambos necesitamos estar alerta.

Tenía razón. —Vale. —Se apartó de él y se pasó una mano por el pelo enmarañado, sintiéndose apurada e irritable—. Me daré una ducha rápida y estaré lista en un santiamén.

—Para cuando termines, mi búsqueda sobre Nelito debería estar lista. —La voz de Parker era firme y para nada alterada.

Tomó algo de ropa y ropa interior de un cajón. —¿Vas a investigarlo?

—Lo mejor que pueda con la escasa información que tenemos.

—Sí. De acuerdo. No tardaré. —Y se apresuró a ir al baño.

# CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Recién bañada y vestida con unos jeans y una sencilla camisa de algodón, Miranda se inclinó sobre el hombro de Parker para estudiar los datos en la pantalla.

Pero su búsqueda arrojó poco más de lo que ya sabían sobre Nelito Alves.

Estudiante de artes escénicas en la Universidad de São Paulo, el joven había tenido un montón de trabajos de corta duración por la ciudad mientras estudiaba, siempre renunciando al cabo de un mes más o menos para pasar a otra cosa. Dejó los estudios en su segundo año para venir a Campos do Flores, donde Tía lo contrató como ayudante de jardinero de Geninho. Renunció a finales de mayo pasado. Y según lo que había dicho Tía, planeaba ir de excursión a un lugar llamado Árvores.

No era lo que se diría un tipo confiable, pero en cierto modo ella podía identificarse. Solía vivir así, aunque por razones muy diferentes.

—Mientras te duchabas —le dijo Parker—, intenté contactar a los padres del joven.

—¿Ah, sí? —se preguntó si habría encontrado un historial de problemas mentales.

—Llevan separados más de cinco años.

—Qué mal. —Sabía que eso podía arruinarte la mente.

—Parece que el padre de Nelito es un pez gordo en la industria del calzado. Está en una conferencia en Milán.

—¿Italia?

Parker asintió. —Y no está disponible. La madre vive en Irlanda. Tampoco hubo respuesta de allá.

Los hombros de ella se hundieron. —Qué bajón.

Parker abrió la identificación escolar de Nelito.

Miranda le apretó la clavícula. —Tus habilidades de *hacker* se están puliendo de verdad.

Él le tomó la mano. —Intento mantenerme en práctica.

Ambos examinaron la foto.

Era una simple foto de carné. Nelito parecía como si acabara de despertar de una siesta. Su cabello oscuro era largo y necesitaba un peine, sus labios se torcían en una media sonrisa socarrona, como si se creyera por encima del trámite de la identificación, y sus ojos oscuros tenían esa mirada exótica que tantos brasileños compartían. Y, sin embargo, ella captó el destello de algo en su expresión. ¿Necesidad? ¿Anhelo?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. —¿No dijo Carlota que Nelito estaba enamorado de Tía?

Parker asintió lentamente. —Dijo que la adoraba.

—Podría ser un motivo.

—Podría ser. —Levantó su teléfono con la foto de vigilancia de Juli Torres y su asesino desconocido, y la colocó junto a la de la identificación—. ¿Son la misma persona?

Ella entrecerró los ojos para ver las imágenes. —El tipo con Torres tiene el pelo más corto. Pero con un corte de pelo, tal vez.

Parker transfirió la foto de la identificación a su teléfono y apagó la computadora portátil. —Empezaremos por buscarlo en Árvores. No está lejos. Si de verdad fue de excursión hasta allí, puede que alguien lo recuerde. Quizá en una peluquería.

Sonaba como un buen plan, como cualquiera que ella hubiera sugerido, excepto... —¿Y cómo vamos a llegar allí?

—Estamos de suerte. Pude localizar un auto de alquiler.

Con la esperanza de que nadie hubiera manipulado los frenos de este, Miranda tomó un suéter del sofá y se apresuró hacia la puerta. —Entonces, vámonos.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

El auto de alquiler era un Fiat Doblo azul plateado de último modelo, una miniván pequeña que no era para nada el estilo de Parker. Pero a falta de pan, buenas son tortas, supuso Miranda mientras recorrían a toda velocidad, una vez más, las sinuosas carreteras de montaña.

Los picos circundantes, cubiertos de bosque, eran tan impresionantes como siempre y no parecía haber demasiados precipicios en esa ruta. Pero cada vez que Parker reducía la velocidad por un bache, el estómago se le hacía un nudo. Jamás volvería a ser la misma después de esa falla en los frenos.

Se obligó a ahuyentar esos pensamientos. Necesitaba concentrarse en el caso. Tenían que aprovechar cada minuto para atrapar a su sospechoso antes del anochecer y del concierto de Pipia.

—Pensábamos —empezó ella—, o al menos yo, que Geninho o Nelito podrían estar involucrados con el cuerpo del bosque.

Parker la miró mientras tomaba una amplia curva alrededor de un enorme pico verde. —Que el jardinero mató al estudiante, o que el estudiante mató al jardinero.

—Sí. Pero ahora sabemos que alguien, tal vez Nelito, mató a Rico Dominguez.

—Correcto.

Estudió el cielo azul donde se unía con las verdes colinas más adelante y forzó a su cerebro a concentrarse. —Geninho estaba furioso con Rico por dejar *Esquecer*. Podría ser razón suficiente para matarlo, para un tipo grande y de mal genio.

—Los restos de Rico tenían una herida en la parte posterior del cráneo. Es posible que su asesino lo golpeara con una roca o que pelearan y él se cayera y se golpeara la cabeza.

—Así que su muerte pudo haber sido un accidente. —Lo pensó—. Pero ¿por qué Geninho empezaría a enviar las amenazas de muerte a Tia después de eso?

—¿Venganza? ¿Ira? ¿Para castigarla por haberlo humillado?

Lo meditó. —No parece el tipo de persona que tomaría ese camino.

—No —convino Parker.

El amargado y corpulento jardinero era del tipo que se te acercaba y te daba un puñetazo en la cara. Y era lo suficientemente grande para hacerlo. —Si quisiera matar a Tia, no la amenazaría primero.

—Simplemente lo haría.

Eso prácticamente descartaba al grandulón. —¿Entonces qué tal esto? Nelito, el estudiante despreocupado y alegre, renuncia a su trabajo y se muda a este pueblito al que nos dirigimos. —Hizo un gesto hacia la ventana.

—Árvores.

—Exacto. Pero tal vez no sea tan despreocupado y alegre. Tal vez esté obsesionado con Tia. Como dijo Carlota, él la adora.

—De acuerdo.

—Y tal vez esa adoración crece y crece hasta convertirse en una especie de obsesión enfermiza. —Sintiendo que estaba por buen camino, se giró en su asiento para observar el rostro de Parker—. No puede dejar de pensar en ella. Invade todos sus pensamientos. Siente que se está volviendo loco. Hasta que…

—Decide hacer algo al respecto.

—Así que regresa a *Esquecer*. Acecha en el bosque y observa a Tia ir y venir en su rutina diaria. Entonces la ve con Valdinho en el restaurante. Están hablando íntimamente. Se vuelve loco y empieza a enviar esas cartas amenazadoras. Está pensando en matarla, pero todavía no ha reunido el valor.

Parker escuchaba, asintiendo, y luego frunció el ceño. —¿Y qué hay de Rico? Su cuerpo estuvo en el bosque al menos un mes,

posiblemente más. Nelito habría tenido que matarlo antes de ver a Tia con Valdinho.

—Mmm. —Pensó en el cadáver en descomposición que habían encontrado en la montaña y en su cronología en la pizarra de la noche anterior. Se suponía que Rico iba a ir a París justo antes de que llegara la primera amenaza de muerte. No encajaba del todo—. ¿Y por qué Nelito estaría celoso de Rico si Tia iba a divorciarse de él?

—Quizás no conocía sus planes. Quizás se sintió rechazado por ella de alguna manera.

—Tal vez. —Le empezaba a doler la cabeza.

Parker tomó otra curva. —Tendremos que ver qué podemos sacarle a Nelito cuando lo encontremos.

Si es que lo encontraban. ¿Estaban siquiera cerca de resolver este caso? ¿O se dirigían a otro callejón sin salida? Cerrando los ojos, apoyó la cabeza en el cojín del asiento y deseó con todas sus fuerzas que le llegara una respuesta.

Pero no llegó ninguna.

Después de otros veinte minutos, Miranda abrió los ojos y vio que avanzaban por la estrecha calle del pintoresco pueblito brasileño de Árvores.

Apiñadas a lo largo de la calle inclinada, se erigían casas de formas irregulares con tejados de arcilla roja, un colorido conjunto de estuco. Durazno, azul y verde lima. Parecía que hubieran estado allí por muchas décadas, rodeadas de tierras de cultivo onduladas y con el telón de fondo de un sinfín de picos verdes.

Otra postal perfecta. Excepto por la sombra de un asesinato que acechaba en las colinas.

Parker se detuvo junto a la acera, bajó y rodeó el auto para abrirle la puerta. Tan pronto como ella salió, percibió un olor a animales de granja y escuchó el mugido del ganado en un pasto cercano.

No era Heidi, pero iría a donde el deber la llamara.

Igualando el paso de Parker por la empinada acera, se frotó los brazos contra el viento frío. Nada era plano en un pueblo de montaña. —¿A dónde vamos?

Él señaló un letrero sobre la puerta de un edificio amarillo brillante más adelante. —*Casa de Vinhos*.

—¿Un bar? —adivinó ella.

—Es el lugar más probable para encontrar a un estudiante universitario con afición por el vino. Además, alquila habitaciones en el piso de arriba. —Se detuvo para abrirle la puerta.

—Esperemos que tu corazonada sea cierta —murmuró ella al entrar.

El lugar era oscuro y olía a humedad. La decoración era simple, con paneles de madera y muchos letreros de neón de cerveza. Un cantinero limpiaba las superficies en el extremo más alejado de la barra. Apenas había clientes en las mesas. No es que se esperaran muchos antes del mediodía. Un hombre solitario en la barra cuidaba una jarra de cerveza.

A medida que los ojos de Miranda se adaptaban a la penumbra, sintió que se le caía la mandíbula al reconocerlo.

Miró a Parker. Parecía tan sorprendido como ella.

Ella se acercó al hombre. —¿No es un poco temprano para una cerveza, inspector?

Vistiendo otro traje de seda italiano y una corbata a cuadros grises, Gaspar se volvió hacia ella con una sonrisa apenas esbozada. —Me imaginé que ustedes dos podrían aparecer por aquí.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Miranda respiró hondo y se sentó en un taburete para estabilizarse.

—¿Sabía que veníamos para acá? —Era difícil de creer, ya que ni ella misma lo sabía, y estaba segura de que Parker no se lo había mencionado al policía.

Gaspar tomó un sorbo de su bebida, hizo una mueca y la volvió a dejar en la barra.

—Esto es solo para aparentar. Soy abstemio.

—Responda mi pregunta.

Se encogió de hombros.

—Es la única pista que tenemos y esta es la única posada con alojamiento en este pueblito.

—¿Entonces ya localizó a Nelito Alves? —preguntó Parker. Su irritación por no haber sido informado se traslucía bajo su fría apariencia. Al menos, a los ojos de Miranda.

Gaspar se giró en el asiento para mirarlo.

—De hecho, acabo de interrogar al *garçom* de allí. —Hizo un gesto con la mano hacia el hombre del trapo—. Me contó algunas cosas interesantes.

Miranda se inclinó hacia el inspector y bajó la voz.

—¿Cómo cuáles?

Él se tomó un momento para darse unas palmaditas en su cabello ralo y bien peinado.

—Como que un joven que coincide con la descripción de Nelito alquiló una habitación aquí hace un mes.

Miranda miró a Parker.

—Continúe —dijo él.

—El joven era estudiante. Se sentaba en el bar por las noches a dibujar en un bloc.

Miranda frunció el ceño.

—Se suponía que Nelito era estudiante de artes escénicas.

—Dijo que iba a cambiar de carrera si alguna vez volvía a la universidad. Durante el día, hacía senderismo por la zona, o eso les dijo a los lugareños.

Miranda sintió que se le erizaba la piel. Sonaba como su asesino.

—¿Algo más? —preguntó Parker.

—Bastante más. Al parecer, después de quedarse aquí una semana, el joven desapareció sin pagar la cuenta que había acumulado.

—Interesante.

—El dueño asumió que no volvería a ver al estudiante, pero apareció anoche.

—¿Aquí?

Gaspar asintió con aire de suficiencia.

—Pagó toda la cuenta, en efectivo. Luego se emborrachó y subió a su antigua habitación para dormir la mona. Según el *garçom*, está allí ahora.

Miranda miró a Parker y vio en él la misma desconfianza que ella sentía. Tenía que haber algo mal. Esto era demasiado fácil.

Pero, al parecer, él estaba cansado de perder el tiempo.

—¿Qué hace aquí abajo? —preguntó.

—Esperando a mis refuerzos. Pero ustedes dos me servirán, si están dispuestos a ayudar.

Miranda se bajó del taburete.

—Por supuesto que estamos dispuestos. ¿Cuál es su plan?

# CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

El plan del inspector no era complicado: ir a buscar al dueño del bar, mostrarle la orden judicial e ir a tocar a la puerta de Nelito.

Bien.

Miranda subió por una vieja escalera que crujía detrás de la corpulenta figura de Gaspar y la delgada del dueño, hasta llegar a un pasillo largo y estrecho. Ella se movió hacia el extremo opuesto para montar guardia, mientras que Parker se quedó junto a las escaleras, en caso de que el sospechoso saliera disparado y lograra eludir al inspector.

No creía que eso fuera a pasar, pero se preparó para una tacleada por si acaso, mientras los dos hombres llegaban a una puerta a mitad del pasillo.

El dueño golpeó el viejo marco de madera y ladró algo en portugués. Probablemente el equivalente a «Abra».

Sin respuesta.

Volvió a golpear y repitió las palabras, añadiendo ahora el conocido «*polícia*».

Aún nada.

Gaspar asintió con la cabeza al dueño, y el hombre sacó una llave del bolsillo y la usó para abrir la puerta.

Hubo un grito, un alarido, más portugués, y los dos hombres desaparecieron dentro.

Miranda corrió hacia la habitación, preparada para tener que someter en el suelo a un Nelito cargado de adrenalina, ya que Gaspar podría no querer arruinar su traje. Pero cuando llegó al

umbral de la puerta, lo único que vio fue una habitación diminuta con una cama sin hacer y una ventana.

Las contraventanas de la ventana se habían abierto de golpe y dos largas piernas vestidas con jeans colgaban de la abertura.

Antes de que el inspector pudiera reaccionar, las piernas desaparecieron. Ese tipo era ágil.

Se precipitó hacia la ventana y se asomó. Nelito estaba sentado en equilibrio sobre las tejas de arcilla del tejado, vestido solo con sus jeans y una expresión de terror. Se dio cuenta de que se había cortado el pelo al largo de la foto de vigilancia.

Mientras los dos hombres seguían parloteando en portugués detrás de ella, Miranda levantó una pierna y salió por la abertura.

—Hola —le dijo al estudiante—. ¿Qué anda haciendo por aquí?

Él giró bruscamente la cabeza en su dirección y se puso a cuatro patas, intentando alejarse gateando.

—¡Aléjese! —advirtió—. O saltaré.

—No, no haga eso. —Se giró y se sentó sobre las tejas de arcilla, con cuidado de no resbalar. Recordó haber trabajado con esas cosas de barril colonial años atrás, cuando estuvo en el suroeste. Las había odiado entonces, las odiaba ahora.

—Váyase —repitió el joven.

Las contraventanas de la ventana golpeaban contra las paredes a su espalda. Las ignoró, mantuvo la calma.

—¿Acaso una chica no puede tomar un poco de aire fresco? ¿Qué pasa? ¿De qué tiene miedo?

—La policía viene por mí —respondió él con un marcado acento, con la voz temblorosa—. Acumulé una deuda. La pagué, pero quizá no fue suficiente. Me meterán en la cárcel.

¿Le preocupaba una deuda? ¿Y el asesinato? Pero mantuvo la voz ligera y casual.

—Si es inocente, no tiene nada de qué preocuparse.

—Usted no lo entiende. Mi padre me repudiará si me meto en problemas. —Nelito se dio la vuelta, intentando gatear a cuatro patas.

Debajo de ellos, las empinadas tejas de arcilla prometían una caída abrupta y dolorosa hasta la acera que se abría más abajo.

—Oiga, tenga cuidado. Podría caerse.

—Prefiero enfrentarme a la muerte que a la ira de mi padre.

—Oh, vamos. No puede ser tan malo.

—Usted no conoce a mi padre. Fui a verlo a Italia. Le dije que necesitaba dinero. Estaba en la quiebra. Se enfadó muchísimo. Me dio el dinero, pero me hizo prometer que volvería a estudiar o me quitaría su apoyo.

No era exactamente la confesión que esperaba. Se mordió el labio mientras Nelito se arrastraba más cerca del borde del tejado.

—Cuidado. Fíjese por dónde va.

Miró hacia atrás y vio al inspector Gaspar observándola a través de la ventana, sin atreverse a decir una palabra. ¿Dónde diablos estaba Parker?

—Mi padre no me entiende. No entiende mi arte. Mi necesidad de explorar la vida. —Se movió de nuevo. Estaba casi en el borde.

—¿Por qué no volvemos adentro y me lo cuenta todo?

Él negó con la cabeza.

—Conozco a algunas personas. Sé cómo puede conseguir dinero. Quizá incluso un trabajo como actor. —Vaya, esa sí que era una mentira gorda, pero tenía que sacarlo de ese tejado.

No estaba funcionando.

—La policía me persigue. Más vale que acabe con esto de una vez. —Se acercó sigilosamente al borde, afianzó las manos y se impulsó hacia arriba. Iba a saltar.

—¡No! ¡No lo haga!

Demasiado tarde. Se lanzó. Hubo un chillido. Luego, silencio. Luego, el sonido de un llanto.

—Estese quieto ahora. —Esa era la voz de Parker.

—¿Qué ha pasado? —gritó Gaspar.

—No lo sé. Debe de estar herido. —Miranda descendió sentada por el tejado tan rápido como pudo hasta el borde. Se asomó por encima de las tejas.

Junto al edificio había un callejón estrecho protegido por una verja de hierro con una fila de púas afiladas como dientes en la parte superior. Al otro lado de la calle había una avenida arbolada y otra calle más allá con una fila de casas a un nivel más bajo.

Y justo debajo de ella había un porche en un segundo piso cercado por un muro de color rosa pálido. Y en el suelo de concreto del porche, Parker estaba de pie sosteniendo en brazos al joven que lloraba.

# CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Se llevaron a Nelito a la comisaría de Campos do Flores para interrogarlo, pero lo único que hizo en la sala de interrogatorios fue aullar y llorar. No llevaba ninguna tarjeta Cielo, aunque parecía probable que el gran retiro de efectivo en Río de unas semanas atrás fuera para cubrir los gastos que había acumulado en el bar de Árvores.

Probablemente, no quería usar la tarjeta de crédito en el lugar donde vivía. Demasiado fácil para que descubrieran que no era suya. Pero el joven estudiante sí se parecía mucho a Rico Domínguez. O, al menos, a una versión más joven de él. Un registro de su habitación no reveló nada incriminatorio. Gaspar especuló que Nelito podría tener una caja de seguridad en algún lugar y envió al agente Franco a investigar sus finanzas.

—Creo que tenemos a nuestro hombre —les dijo Gaspar a Parker y a Miranda mientras los acompañaba por el pasillo hacia la salida—. Tia es libre de vivir su vida de nuevo.

—Es un alivio —dijo Miranda, pero se sentía inquieta—. ¿Hay suficiente para condenarlo?

—Me aseguraré de que lo haya. Estoy en contacto con el *Inspetor* Keith en Río y con el equipo forense de São Paulo. Encontraremos todo lo que haya que encontrar. He sido cercano a Tia y a sus hijos durante muchos años. Me encargaré de que se haga justicia por su esposo y de que ella no vuelva a tener miedo jamás.

—Es todo lo que podemos pedir —dijo Parker, y le estrechó la mano al inspector.

Pero mientras se dirigían a la calle donde estaba estacionado el nuevo auto de alquiler, Miranda tuvo que preguntar:

—¿De verdad crees que tenemos al hombre correcto?

Parker le abrió la puerta de la minivan con el rostro endurecido.

—No estoy seguro.

###

El primer lugar al que fueron fue la casa de Tia para anunciar que Gaspar tenía a Nelito Alves bajo custodia. Fue gratificante ver las lágrimas de alivio de Tia.

El servicio en memoria de su difunto esposo podría celebrarse mañana como estaba planeado. Y Pipia no tendría que perderse su concierto. Pero, por precaución, Tia iría con Valdinho y Holloway en el VW, mientras que Wesson escoltaría a las chicas en el Hyundai de Didi. Parker y Miranda se reunirían con ellos allí y se sentarían detrás de ellas en el teatro de la ópera durante la función, vigilando todo.

A estas alturas, podría ser una exageración, pero nadie estaba dispuesto a correr riesgos.

Miranda regresó a la cabaña con Parker, cenó algo ligero y se preparó para el concierto.

Pero al salir del baño, Miranda se dio una palmada en la frente y gimió en voz alta. Ni siquiera había pensado en la ropa.

—Este evento es formal, ¿no? ¿Crees que un traje oscuro esté bien?

Parker fue al armario, rebuscó en una de las bolsas de ropa y sacó un gancho.

De él colgaba un brillante vestido plateado hasta la rodilla con tirantes en la espalda y un escote lo suficientemente alto como para cubrir las cicatrices de su pecho que siempre mantenía ocultas. Había incluso brazaletes plateados a juego para su cuello y orejas. En la otra mano, sostenía un par de tacones plateados.

Sonriendo, ella meneó la cabeza.

—Debí suponer que empacarías algo así para mí.

—Siempre lo hago.

Tenía razón.

Sintiéndose más femenina que cuando estuvo en la agencia de modelos con Wesson, se deslizó en el vestido. Era una prenda

ajustada con cuentas y lentejuelas por todas partes, y no estaba segura de tener todo en su sitio.

—¿Me veo bien? —le preguntó a Parker, que la había estado observando.

—Más hermosa de lo que crees —contestó él. La ternura en sus ojos la hizo derretirse.

Como tenían unos minutos antes de tener que irse, mientras Parker se ponía un saco oscuro, Miranda se sentó frente a la computadora portátil de él y comenzó a juguetear con una investigación.

Tras ajustarse la corbata de seda a la perfección, él cruzó la habitación y le plantó un beso en el cuello.

—¿Qué estás haciendo?

Ella sonrió ante la sensación de sus labios, pero eso no rompió por completo su concentración.

—Quienquiera que se estuviera haciendo pasar por Rico Domínguez tenía que parecerse a él en apariencia y en voz.

—De ahí la naturaleza de la suplantación.

—Sí, listillo. Bueno, estaba pensando… ¿quién podría parecerse más a una persona que sus propios hermanos?

—¿Y?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Todo en este caso apunta a que el asesino está completamente loco.

—Estoy de acuerdo.

—Nelito es excéntrico, pero ¿está loco?

—A veces es difícil notar la diferencia. Todavía no sabemos mucho sobre él. Sin duda, Gaspar le hará un perfil psicológico —le tomó la mano y la levantó de la silla—. Ya es hora de irnos.

—Está bien, está bien. Pero ¿y si sale limpio?

Parker enarcó una ceja escéptica.

—¿Qué estás insinuando?

Ella trotó hasta los pies de la cama y se calzó los zapatos plateados.

—No lo sé. Supongo que estoy dando palos de ciego.

Se dio la vuelta para tomar su bolso del escritorio y notó que la búsqueda que había iniciado había terminado. Eso fue rápido. Obtuvo un resultado de inmediato.

Miró la pantalla. Era un resumen sobre el hermano menor de Rico, Sebastian. De niño, se había sometido a pruebas psicológicas por episodios de piromanía. Más tarde, el diagnóstico se modificó a trastorno bipolar. Había estado hospitalizado desde los dieciséis años, poco después de la muerte de su madre.

—Esto es interesante.

Parker se acercó para echar un vistazo a los datos y su rostro se ensombreció.

—Tendremos que investigar eso cuando regresemos.

Preguntándose si lo que había encontrado significaba algo, Miranda se dirigió a la puerta. Antes de que llegara, alguien llamó.

Un poco sobreprotector, Parker se le adelantó y abrió.

Era Carlota, del restaurante del complejo.

Estaba de pie en el umbral, con el mismo aspecto que el otro día. Vestido negro liso, delantal, el pelo oscuro recogido en un moño. Pero sus ojos oscuros estaban muy abiertos por lo que parecía ser miedo.

—*Desculpe*. Disculpen, *senhor*, *senhorita*.

—Justo estábamos de salida, Carlota —dijo Parker amablemente.

Ella asintió.

—Lo sé. El concierto de Pipia. Acabo de venir de la casa grande, la casa de la *Senhora* Portia. Estábamos concretando los últimos planes de la comida para el funeral de mañana. No es costumbre en los funerales, pero la *Senhora* Portia dice que esto es diferente, y… —se llevó la mano a la cara y meneó la cabeza—. *Oh, meu querido.*

—¿Qué pasa?

—Hablé con la *Senhorita* Didi mientras estuve allí esta noche. Me contó los problemas. Me contó lo del café en su cesta de la cocina. Que podrías haber muerto.

Parker le puso una mano tranquilizadora en el hombro.

—No te preocupes, Carlota. Ya estoy bien.

—Me alegro mucho. Pero debo rogarles que me perdonen. Lo del café fue todo culpa mía.

Miranda sintió que los músculos de su cuello se tensaban.

—¿A qué te refieres?

—Esa mañana, yo misma preparé el café para su cesta. Café bueno y fuerte, tal como lo habían pedido. Estaba sola en la cocina cuando… —se quedó mirando el bosque.

—¿Qué?

—No se lo dije a la *Senhora* Portia. Ya tiene demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Qué no le dijiste? —preguntó Miranda.

—El *Senhor* Rico vino a verme —se tapó el rostro con una mano —. Pero no podía ser el *Senhor* Rico. Él ya estaba…

—¿Qué estás diciendo, Carlota?

—El hombre dijo que era el *Senhor* Rico. Se parecía tanto a él… Preguntó por su cesta. Le dije que era para unos amigos de la *Senhora* Portia y que debía tratarlos bien. Le dije que lo haría. Luego me pidió uno de mis pasteles de fubá. Le di la espalda para sacar uno del horno y, cuando me di la vuelta de nuevo, él estaba de pie cerca del mostrador donde estaba la cesta. Debió de poner algo en el termo, pero no me di cuenta. No pensé…

Miranda sintió que las rodillas le flaqueaban. Dios santo. ¿El estudiante loco se había acercado tanto a ellos?

Parker optó por mantener la calma.

—Por favor, no te sientas responsable, Carlota. No fue tu culpa. De hecho, el inspector Gaspar tiene bajo custodia al hombre que envenenó el café.

—¿De verdad?

—Lamento informarte que fue Nelito Alves. El estudiante del que nos hablaste. Fuiste de gran ayuda para la investigación.

Ella frunció el ceño y comenzó a negar con su cara redonda.

—Oh, no, *senhor*. No fue Nelito quien vino a verme. Este hombre era mayor que Nelito.

Una punzada aguda atravesó el estómago de Miranda. Se aferró al brazo de Parker.

—Tranquila. Todavía tenemos el control.

—¿Lo tenemos? ¿Qué hay del concierto de esta noche? No podemos dejar que vayan.

Carlota se cubrió el rostro con las manos.
—Oh, *senhorita*. Lo siento mucho. La familia ya se fue.
—Entra y ponte a salvo —le dijo Parker a la mujer.
Luego, él y Miranda corrieron hacia la minivan.

# CAPÍTULO CINCUENTA

De camino a la ópera, Parker llamó a Gaspar. Le costó un poco convencerlo, pero al final el inspector lo escuchó.

—Gaspar dice que a Carlota le está empezando a fallar la vista —le dijo Parker a Miranda después de colgar—. Cree que vio lo que Nelito quería que viera.

—Podría ser cierto.

—O no. —Parker giró hacia la calle principal del lado norte de la ciudad.

El sol se había puesto, pero Miranda podía ver el edificio rectangular en la ladera de la colina, bañado por la luz de las farolas. La gente ya se estaba reuniendo afuera. —¿Vamos a buscar a Tia y a obligarla a que se vaya a casa?

La expresión de Parker se endureció. —Me temo que no lo hará.

—Parece que habrá una buena multitud. ¿La multitud nos dará seguridad?

—Cierto.

—Y tendrá a cuatro investigadores privados atentos a cualquier problema.

—Gaspar va a enviar oficiales a *Esquecer* para registrar el terreno y a algunos más para que patrullen la ópera durante la función.

—Sería muy difícil intentar algo. —Sobre todo si fueras del tipo sigiloso.

—Tienes razón. Llevaremos a todos a casa después de la función. Y probablemente Tia tenga que cancelar el funeral de mañana.

—Suficiente.

Iban a estar bien. Había cuatro miembros de la Agencia Parker y un montón de policías en alerta. Más protección de la que Tia había

tenido durante toda la investigación. Estaría a salvo. Todos estarían a salvo.

Si tan solo pudieran superar esta noche.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Parker entró al estacionamiento abarrotado y encontró un lugar en el extremo más alejado.

Salieron y caminaron por el asfalto y alrededor del edificio. Miranda notó que el sendero que serpenteaba por la parte de atrás estaba oscuro. Al recordar la barandilla y la pronunciada caída hacia la cascada rocosa de abajo, se alegró de que la función fuera en el interior.

Se abrieron paso entre la animada multitud de la acera hasta las enormes puertas dobles de cristal de la entrada. Adentro, el piso de parqué se curvaba en forma de media luna bajo la pared y el techo de vidrio moldeado del frente. El espacio de la entrada parecía servir como vestíbulo, donde al público le servían bebidas y canapés mientras todos charlaban y esperaban para entrar. La aglomeración de los amantes de la música llenaba el aire con colonia, perfume y el olor de elegantes bocadillos.

Ladrillos de color claro revestían la pared interior, que estaba salpicada de pinturas modernas. Había esculturas de aspecto extraño colocadas en lugares que Miranda supuso pretendían acentuar la curva del diseño.

Una alta pieza ovalada de roble suspendida en un pedestal y grabada con un intrincado diseño de formas geométricas. Una gran cosa azul de plástico que giraba en espiral. Una enorme cinta de aluminio sobre un soporte que se enroscaba en el aire y terminaba en puntas afiladas en la parte superior. Debía de medir unos tres metros de alto. Se preguntó si se suponía que aquello era una

especie de declaración. ¿Los giros y vueltas de la vida? ¿Con todas sus sorpresas y sus asperezas?

Casi se rio de sí misma. Si estaba empezando a entender el arte, la influencia de Parker de verdad se le estaba contagiando.

Encontraron a Tia charlando con un grupo de amigos, con Valdinho a un lado y Holloway al otro. Estaba deslumbrante con un vestido de gala color rubí brillante con un escote favorecedor y delicadas capas de tela vaporosa. Llevaba joyas en el cuello, en las orejas y esparcidas por su cabello oscuro, que había recogido en rizos sobre la cabeza.

Con sus cejas oscuras y expresivas y sus ojos exóticos, se veía tan majestuosa como siempre y, sin embargo, cálida, amable y abierta. Miranda se encontró admirando a la mujer. Era algo digno de ver que estuviera tan serena y cortés después de todo el terror que había pasado.

Tia se los presentó a sus amigos y Didi se les unió con Wesson a su lado. Wesson se veía elegante con un vestido negro corto y la hija mayor de Tia llevaba un atuendo verde claro que hacía que su cabello pareciera más rubio. Si Miranda no se equivocaba, parecía más apagada. El shock por la muerte de su padre debía de ser duro para ella, y Miranda estaba segura de que Joca, el futbolista, no era ningún consuelo. Ni siquiera estaba por ahí.

Tras un poco de charla trivial, sonaron unas campanas y todos entraron al auditorio.

La sala principal era un gran espacio abierto con asientos escalonados y un amplio escenario ovalado cerca del frente que ahora estaba lleno de sillas y atriles. Las luces del escenario colgaban de las vigas de arriba, y alrededor del exterior había cortinas y paneles diseñados para una buena acústica, sin duda.

Los asientos se llenaron rápido. Pronto pareció haber casi doscientos asistentes. Gente del pueblo, padres de los artistas, amantes de la música que habían venido al pintoresco pueblito para la ocasión.

Mientras Miranda se deslizaba sobre el cojín de terciopelo rojo justo detrás de Tia, se inclinó para susurrarle a Parker:

—Creo que todo va a estar bien.

Músicos vestidos de negro comenzaron a aparecer en el escenario y a hacer los ruidos de calentamiento de una orquesta.

Parker tomó la mano de ella y la sostuvo con ternura mientras hablaba lo suficientemente bajo para que no lo oyeran.

—Esperemos que sí. Quizás hasta disfrutemos la función.

Su confianza la hizo relajarse un poco y, cuando él le llevó la mano a los labios, el corazón se le aceleró.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Las luces se apagaron, el director de orquesta golpeó su batuta en el atril y levantó los brazos. Miranda le echó un vistazo al programa que un acomodador le había metido en la mano. Mendelssohn, Beethoven, Paganini. Dos horas de emoción sin parar.

Divisó a Pipia en la primera fila de los violines. Con la espalda recta, llevaba el cabello rubio oscuro recogido en un peinado extravagante e iba vestida de azul oscuro brillante. Sostenía el instrumento en posición vertical sobre el regazo, concentrada en el director.

La música empezó.

La primera pieza era una melodía animada, con toda la orquesta tocando enérgicamente. Pero entonces las flautas tomaron el relevo y la melodía se volvió monótona. Miranda recorrió la platea con la mirada. Un hombre al otro lado del pasillo ya estaba bostezando. No podía culparlo. No vio a nadie que pareciera llevar una pistola o un cuchillo. Todo el mundo parecía estar allí por el espectáculo.

Pero las apariencias podían engañar.

La pieza terminó y todos aplaudieron cortésmente. Empezó otra, esta vez lenta y lánguida. Miranda se estiró en su asiento y deseó algo con buen ritmo. El aburrimiento era algo bueno en ese momento, ¿no? Significaba que todo iba sobre ruedas. Todos estaban a salvo.

Al menos por el momento.

Miró a Parker. Parecía estar disfrutando de la música, pero ella sabía que él estaba alerta. Se asomó por encima de él para ver a la

multitud del otro lado. Nada sospechoso. Todo el mundo estaba viendo la función.

Reprimiendo un bostezo, se sacudió cuando empezó la tercera sinfonía. Da, da, da, da… ¿Beethoven? Vaya, había reconocido una. Era una pieza dramática. Debía permanecer despierta para esta. Pero antes de que terminara, ya estaba cabeceando.

Se pellizcó y se removió en el asiento mientras el público volvía a aplaudir.

—¿Inquieta? —le susurró Parker al oído. La conocía demasiado bien.

—Un poco —confesó ella.

—La siguiente es el solo de Pipia.

—Genial —Eso debería mantenerla despierta. O no.

Una vez más el director levantó la batuta y de la orquesta surgieron suaves y gentiles murmullos.

—Sibelius —le murmuró Parker.

Debía de ser el compositor. Nunca había oído hablar de él.

Pipia se levantó con su vestido brillante y empezó a tocar. De alguna manera, esta pieza era diferente. O quizá Pipia la hacía diferente. El sonido de su violín era dulce y triste y desgarrador, todo al mismo tiempo.

Los oboes entraron detrás de ella con notas más llenas y oscuras, los violonchelos y los contrabajos se unieron, aserrando en tonos aún más profundos.

El arco de Pipia volaba sobre su violín. Sus dedos danzaban sobre el mástil de su instrumento. Cielos, era buena. El corazón de Miranda se henchía con la música. Era hermoso. Las preciosas melodías seguían y seguían.

La orquesta tocaba cada vez más sombría. La melodía ominosa le recordó de repente a Miranda los profundos y oscuros bosques que los rodeaban afuera. Corriendo a través de ellos.

Su sueño.

Su corazón latía desbocado. Extrañas sensaciones le recorrieron la columna vertebral, le bajaron por el cuello. Se agarró a los reposabrazos para estabilizarse.

Y la música terminó.

Un aplauso estruendoso estalló a su alrededor. El público se puso en pie. Miranda se levantó con ellos, aplaudiendo también. Delante de ella, Didi, Tia y Valdinho eran todo sonrisas, sus rostros rebosantes de orgullo.

Se sentía mareada, temblorosa. No podía quitarse de encima la extraña sensación. La temperatura parecía estar subiendo. Hacía calor. Demasiado calor. Algo en el aire. No era el perfume o la colonia de los asistentes.

Algo… ahumado.

Miró las paredes a los lados del auditorio. Unas tenues volutas de humo se elevaban hacia las vigas.

Tomó a Parker del brazo. —¿Se supone que eso es para crear efectos?

Él giró la cabeza y su cuerpo se tensó. —No. Es fuego.

Santo Dios.

—Conserva la calma. Tendremos que sacar a todos de aquí sin que cunda el pánico.

Demasiado tarde. Una alarma sonó con un estruendo estridente.

Una mujer dos filas más adelante gritó. Cerca de la primera fila, un hombre empezó a gritar en portugués. El director se dio la vuelta con los ojos desorbitados. La gente empezó a empujar hacia los pasillos.

—¡*Manter a calma*! —gritó Parker con voz fuerte y firme—. Permanezcan en calma y diríjanse a las salidas.

Nadie le prestó atención. Apenas podían oírlo por encima de la alarma y los chillidos.

El director pareció escucharlo. Agarró un micrófono. —*Sim, sim*. Parece que hay una emergencia. Que todos mantengan la calma y salgan del edificio de forma ordenada. —Un noble intento, pero el pánico en su voz no ayudó.

Los miembros de la orquesta empezaron a bajar del escenario. Algunos saltaron por el frente y cayeron entre la multitud, otros corrieron hacia la parte de atrás. Algunos tomaron sus instrumentos, otros los dejaron.

Miranda sintió la presión de la mano de Tia. Se giró y vio el pavor en los ojos de la mujer. —¿Es un *incendio*?

Miranda miró a un lado y vio que las llamas empezaban a subir por la cortina de una de las paredes. —Sí.

—*Querido Deus*.

—No entres en pánico. Solo tenemos que sacar a todos.

Una voz retumbante sonó desde el pasillo lejano, justo debajo de la señal de salida. —¿*Que diabos*? Está cerrada con llave. No puedo abrir la puerta.

¿Qué?

Alguien chilló. Otros empezaron a golpear las puertas vecinas. Ninguna se abría.

—Estamos atrapados —gritó otra persona—. Vamos a morir todos.

Las mismas personas que habían sido tan elegantes y civilizadas hacía unos instantes, empezaron a empujarse unas a otras hacia los pasillos, apretujándose contra las paredes.

—¡No entren en pánico! —exigió Parker.

Pero nadie le hizo caso.

—Pipia —oyó susurrar a Tia.

Se dio la vuelta para alcanzarla, pero la mujer ya se había trepado por encima de Valdinho y se había metido en el pasillo central.

—Tia —la llamó Miranda—. Estará bien. —Aunque no lo sabía en absoluto.

Tia la ignoró. —Pipia. Está ahí atrás. Tengo que encontrar a mi bebé. —Y se levantó las faldas y corrió hacia el escenario.

Mierda. Miranda salió disparada tras ella, bajando a toda prisa por las poco profundas escaleras del pasillo. El humo empezaba a llenar el edificio. Se estaba volviendo difícil respirar.

Justo cuando vio a Tia desaparecer detrás del escenario, oyó el grito de Parker a sus espaldas, llamándola. No podía detenerse. Tenía que sacar a Tia y a Pipia de allí.

Si es que podía encontrarlas entre la multitud.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

—¡Miranda! ¡Vuelve! —Parker estaba a mitad del pasillo central cuando vio a Miranda subirse al escenario y correr hacia el fondo, detrás de Tia.

La ira le ardía en el pecho. ¿Qué diablos estaba haciendo? Intentando salvar a su clienta, por supuesto.

Empezó a seguirla por el pasillo cuando la voz despavorida de Didi le resonó en la cabeza.

—Wade, ayúdanos.

Se giró bruscamente. Didi estaba atrapada entre una de las butacas y un montón de hombres y mujeres que intentaban meterse en el pasillo. Corrió hacia ella.

—Atrás —ordenó, mientras apartaba a uno de los hombres de un empujón con el hombro.

Jaló a una mujer que gritaba y la metió en el pasillo. Agarró a Didi con ambas manos y la levantó en brazos.

—Sálvanos —dijo ella con los ojos cerrados. Luego, se desvaneció.

Le sangraba un labio. Alguien debía de haberle dado un codazo.

Parker miró a su alrededor. Las llamas trepaban con furia por las paredes. Los alaridos y lamentos de la multitud eran ensordecedores. No vio a Valdinho ni a Holloway por ninguna parte.

De repente, Wesson apareció a su lado. —Intenté mantener a la gente alejada de ella, pero nos hicieron retroceder.

—¿Dónde están todos?

—No lo sé.

Se obligó a calmar los latidos de su corazón, se dio la vuelta y estudió las posibilidades. La única salida era el vestíbulo. Tenían que actuar rápido.

Asintió con la cabeza hacia la parte de atrás. —Por allí.

Con la mandíbula apretada y el corazón roto, avanzó en la dirección que había indicado. Tenía que confiar en que Miranda lograría salir por su cuenta con Tia y Pipia.

Wesson se abrió paso delante de él, usando sus largos codos para apartar a la gente. Por fin llegaron a una puerta. Parker usó el dorso de su mano para comprobar la temperatura. Fría, gracias a Dios.

Apretó la manija. Se abrió.

—¡Por aquí! —le gritó a la multitud.

Luego, cruzó y la sujetó para mantenerla abierta. El tope de la puerta todavía funcionaba.

—Ten —le entregó a la inconsciente Didi a Wesson justo antes de que la multitud irrumpiera en el vestíbulo.

Fueron hacia las puertas exteriores y, una vez más, las encontraron todas cerradas con llave. Los gritos comenzaron de nuevo, junto con los empujones y la interminable y ensordecedora alarma.

Era imposible pensar.

Parker se puso de puntillas e intentó mirar a través del cristal. Seguro que alguien había llamado a Emergencias. Tenía que haber un camión de bomberos ahí fuera, pero todo lo que vio fueron las farolas de alrededor y la oscuridad de la noche más allá.

—Señor —Holloway corrió hacia él, con Valdinho a su lado.

Sintió un alivio inmenso, pero el pavor lo sustituyó. —¿Viste a Miranda? ¿A Tia? ¿A Pipia?

Negó con la cabeza. —No, señor.

Valdinho tenía el rostro surcado de lágrimas. —Tia fue tras bambalinas a buscar a Pipia. Intenté detenerla, pero no pude.

Eso ya lo sabía.

Detrás de ellos se oyó un fuerte estruendo. Las llamas crepitaron, abriéndose paso por la pared sobre la mampostería que

separaba el vestíbulo del auditorio. La multitud rugió de miedo y pánico.

—Tenemos que encontrar una salida de aquí antes de que todo el mundo muera aplastado.

Parker miró a la derecha y a la izquierda. No había mucho con qué trabajar allí. Entonces vio una de las esculturas. La alta y plateada. Se abrió paso hasta ella, haciendo señas a Holloway y Valdinho para que lo siguieran.

La pieza parecía pesada. Estaba unida a su pedestal, pero la base no estaba atornillada al suelo. —Échenme una mano.

Los tres hombres se agacharon y levantaron el objeto.

—Allá —señaló Parker.

Tambaleándose de un lado a otro, llevaron la pesada obra de arte hasta la pared de cristal transparente. Era arriesgado, lo sabía. Incluso si funcionaba, el rebufo del oxígeno del exterior empeoraría las llamas de adentro, pero era su única oportunidad.

—¡Apártense! —gritó Parker a la multitud, y solo pudo esperar que escucharan—. A la de tres. Una. Dos.

Balancearon la escultura hacia atrás. —¡Tres!

Lanzando la pesada pieza hacia adelante, la soltaron. Voló por el aire y dio de lleno en su objetivo, estrellándose contra el cristal con un fuerte estruendo que rivalizó incluso con la alarma. Las astillas volaron por todas partes.

Parker se cubrió la cara con el brazo. —Tengan cuidado. Cuidado con el cristal —pero la multitud lo ignoró y se abrió paso a empujones por la abertura hacia la noche.

—¿Qué haces ahí parado? —Wesson pasó corriendo a su lado con Didi todavía en brazos.

Holloway y Valdinho salieron por la abertura y Parker los siguió. Los dejó para que ayudaran a los demás a escapar mientras él subía corriendo por la pasarela, recorriendo el mar de rostros. —Miranda. Miranda.

Una ambulancia se detuvo junto a la acera y los trabajadores de emergencias saltaron y comenzaron a atender a la multitud. Dos camiones de bomberos que no había visto desde dentro ya estaban

allí, lanzando chorros de agua sobre las llamas que ahora devoraban el tejado del otrora majestuoso auditorio.

No vio a su esposa por ninguna parte.

¿Dónde estaba? Dios mío, ¿dónde estaba?

# CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Miranda no estaba segura de dónde estaba.

En algún lugar tras bambalinas, pero se había desorientado. Y el humo era tan denso que ya no podía ver nada. Le quemaba los pulmones, provocándole arcadas.

Cayó de rodillas, donde podía respirar.

—Tia —gritó. Pero tenía la voz ronca y terminó en un ataque de tos.

¿Adónde se había ido Tia? La había seguido a través de una puerta detrás del escenario, pero el tropel de cuerpos que se agolpaban por salir del lugar fue demasiado. La había perdido.

Había perdido la orientación mientras la multitud en pánico corría a su alrededor. No había visto a Pipia. Solo esperaba que la joven se hubiera puesto a salvo de alguna manera. Y entonces las llamas y el humo habían llenado la sala.

Le daba vueltas la cabeza. Tenía que salir. Encontrar a Tia si podía.

Empezó a gatear, tanteando el camino, con las rodillas ardiéndole. No tenía forma de saber si iba hacia una salida o de vuelta al auditorio y a una muerte segura.

Pasó junto a un panel de control de las luces, chocó contra una pila de baúles y estuches de instrumentos, y luego contra unos atriles de metal y montones de partituras en el suelo. Una ráfaga de aire levantó una hoja y esta estalló en llamas.

Empezó a toser con fuerza. No podía respirar. Parker. Si tan solo pudiera verlo una última vez.

Entonces oyó un gemido. Venía de más adelante.

Forzando a su cerebro a volver a un estado de alerta, gateó hacia el ruido. Encontró una pierna, el bajo de un vestido, una cintura. Se acercó más y vio la mata de pelo enmarañado, las joyas que aún centelleaban en los mechones oscuros.

—Tia. Tia, despierta. —Empezó a darle palmadas en la cara.

Tia reaccionó y abrió los ojos.

—Miranda.

—¿Por qué te escapaste?

—Tenía que encontrar a Pipia. ¿La ves?

—Está a salvo. Está afuera. Tenemos que salir de aquí. —Miranda odiaba mentirle, pero era la única forma de hacer que se moviera.

—Sí. Sí. Creo que hay una puerta por allá. —Tia señaló por encima de su cabeza.

Miranda parpadeó con fuerza a través de la nube de humo y creyó ver una luz de salida. Rezó para que la puerta no estuviera cerrada con llave.

Levantó la mano de Tia.

—¿Puedes agarrarte a mí? Tenemos que mantenernos abajo. No hay oxígeno si nos ponemos de pie.

Tia asintió y le pasó un brazo por el cuello a Miranda.

No sabía cómo se las arreglaría para arrastrar el peso de Tia junto con el suyo, pero apretó los dientes y, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, empezó a gatear.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Con la cabeza martilleándole, Parker se tambaleaba por el patio, observando los rostros de los grupos de personas que ahora se apiñaban, moviéndose sin rumbo, intentando entender qué había sucedido.

Uno por uno, los fue deteniendo. —¿Ha visto a una mujer de cabello oscuro con un vestido plateado? ¿Ha visto a mi esposa?

Pero nadie la había visto.

Rodeando a la multitud, distinguió a una joven solitaria con un vestido azul oscuro que deambulaba por el césped con la mirada perdida. Tenía el rostro manchado de hollín. Llevaba un violín en la mano.

—Pipia —gritó y corrió hacia ella.

Ella se volvió hacia él como si saliera de un trance. —Wade. *Gracias a Dios* que te encontré. ¿Dónde está mi madre? ¿Y mi hermana?

—Didi está al frente con los demás.

—¿Con mi madre?

—No. Aún no hemos encontrado a Tia.

Ella parpadeó, como si le costara entender sus palabras.

Se le partió el corazón por la joven, pero no había tiempo que perder. —Miranda. ¿Has visto a Miranda? Estaba tratando de encontrarte.

Pipia negó con la cabeza. —Salí por un lado con algunos de la orquesta. No la vi ni a ella ni a mi madre. —Se le quedó mirando con la boca abierta, mientras las lágrimas comenzaban a correr por su rostro.

Parker la tomó del brazo y la sacudió un poco. —Ve al frente. Allí hay ambulancias. Alguien te atenderá. Yo encontraré a tu madre.

Ella asintió y se alejó en la dirección que él le había indicado.

Parker giró en la dirección opuesta y siguió observando rostros. Todos eran desconocidos. ¿Dónde estaba ella? ¿Dónde estaba Tia? ¿Dónde estaba su esposa?

Miranda había ido hacia el escenario. Seguía a Tia. Quizás salieron por detrás. Empezó a dirigirse hacia el sinuoso sendero que llevaba a la puerta que él y Miranda habían usado cuando visitaron a Pipia durante su ensayo.

Un bombero vestido de amarillo se interpuso en su camino, bloqueándolo. —Lo siento, *señor*. No puede pasar por ahí.

—Tiene que dejarme pasar.

Otro hombre con un uniforme idéntico se paró a su lado. —El edificio está a punto de colapsar. Parece que el fuego empezó en la parte de atrás.

El miedo lo desgarró por dentro. —Mi esposa podría estar allí atrás.

—Probablemente esté al frente. Por ahí salió la mayoría.

Claro que sí. —Ella no está al frente. Acabo de venir de allí.

—Trataremos de encontrarla, *señor*. —Pero no se movieron. Y no lo harían hasta que él obedeciera. Al diablo con eso.

—Déjenme pasar. —Parker intentó abrirse paso a la fuerza, pero unos brazos fuertes lo sujetaron.

Oyó un crujido, levantó la vista y vio las llamas azotando el borde del techo del edificio. Las lágrimas le ardieron en los ojos mientras continuaba forcejeando con los hombres.

—¡Miranda! ¡Miranda!

Se le carbonizó el corazón en el pecho. ¿Se había ido? ¿Muerta en el incendio? ¿No la volvería a ver jamás?

El terror de haberla perdido por fin para siempre pareció devorarlo por completo.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Tardó una eternidad en llegar a la puerta. Miranda creyó haber caído en un trance onírico. Una pesadilla infernal en la que se arrastraba sin parar y no llegaba a ninguna parte. Pero al final su cabeza topó con algo duro.

Recordando su entrenamiento de seguridad en la Agencia, apoyó el dorso de la mano contra la puerta. No estaba caliente. Afuera tenía que estar la salvación. La vida.

Levantó la cabeza y miró la puerta, aturdida. La señal roja de salida brillaba sobre ella, muy lejos de su alcance. No podría hacerlo. No le quedaban más fuerzas.

Tia le tocó la mejilla.

—Miranda. Gracias por todo lo que has hecho por mí. Sé lo mucho que lo intentaste.

¿Se estaba rindiendo? Demonios, no. No podía permitir que eso sucediera. No lo haría.

—Dame solo un minuto.

Le quedaba un último estallido de energía. Sabía que sí. Forzando una bocanada profunda de aire lleno de hollín en sus pulmones, obligó a sus piernas a colocarse debajo de ella, a su cuerpo a levantarse y alcanzó la manija. Presionó con todas sus fuerzas. La puerta se abrió y salió tambaleándose al aire de la noche.

Detrás de ella, de alguna manera Tia se había puesto de pie. Doblada por la cintura, salió del edificio jadeando y tosiendo.

Miranda se tambaleó hasta su lado, la rodeó con un brazo.

—Estamos a salvo. Lo logramos. Estamos afuera.

Se miró. Su vestido plateado estaba deslucido y rasgado, con lentejuelas colgando sueltas. Tia no tenía mucho mejor aspecto, pero ambas estaban vivas.

Permanecieron allí juntas un largo momento, abrazadas, recuperando el aliento. Miranda se dio cuenta de que el aire fresco le llenaba los pulmones, limpiando el hollín. Se sentía tan bien.

Arriba, el fuego crepitaba en el tejado. Un humo negro se vertía en el cielo nocturno. El edificio podía derrumbarse en cualquier momento.

Tenían que salir de allí.

Se frotó los ojos y parpadeó hacia su alrededor, tratando de sacudirse la sensación de desorientación. Finalmente vio la barandilla y se dio cuenta de que estaban en la parte trasera del teatro de la ópera. Cerca del sinuoso sendero.

—Pipia —murmuró Tia contra su cuello.

Miranda le dio una palmadita en la mejilla.

—La encontraremos. Tiene que estar por aquí en alguna parte.

Empezó a caminar por el sendero y luego se detuvo.

A pocos metros de distancia estaba la oscura y sombría figura de un hombre.

Pantalones oscuros. Camiseta negra bajo una chaqueta de cuero negra. Alto. Pelo oscuro algo largo. Ojos penetrantes. Un hombre que solo conocía por las fotos que había estudiado los últimos días. La portada de la revista. La foto de vigilancia.

Pudo distinguir una barba de un día en su barbilla. No se había afeitado recientemente.

Pero aparte de eso, se veía exactamente igual que Rico Dominguez.

Sintió que Tia se tensaba bajo su brazo mientras soltaba un jadeo.

—Sebastian.

¿Tia lo reconocía? El nombre resonó en su cerebro confuso y luego encajó. El hermano de Rico. Pero se suponía que estaba en el hospital.

—Tia —dijo él.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —dijo Tia.

Él sonrió hacia el edificio.

—Admirando mi trabajo.

—¿Trabajo?

—¿No te acuerdas de cuando incendié el granero en Minas Gerais?

Tia se estremeció bajo el brazo de Miranda.

—Éramos niños entonces. Usted tenía seis años.

—Las viejas costumbres. Nunca se olvidan del todo. —Ladeó la cabeza y la estudió como si fuera un bicho bajo un microscopio—. He decidido que me alegro de que hayas escapado del fuego. Ahora puedo preguntarte por qué nunca respondiste a mis notas de amor.

La mano de Tia fue a su garganta.

—¿Notas de amor?

—Las cartas que dejé en tu puerta. Solo para ti.

Miranda sintió que el cuerpo de la mujer empezaba a temblar.

—¿Fuiste tú quien escribió esas amenazas de muerte? —Tia se volvió hacia ella, con confusión en los ojos—. Pensé que era Nelito.

—Nos equivocamos —admitió.

El hombre dio un paso hacia ellas. Bajo la luz, un cuchillo brilló en su mano. Tenía que ser el que había comprado en Nunes Sporting Goods. El mismo que había usado con Juli Torres. Miranda estaba agotada. Totalmente exhausta. Pero de alguna manera tenía que quitarle el cuchillo.

Acercó los labios a la oreja de Tia y susurró tan suavemente como pudo.

—Haz que siga hablando.

El doble enseñó los dientes.

—Cállate. No hables con ella. Se supone que estás muerta.

—Sebastian —dijo Tia, con su mejor voz de anfitriona, aunque temblaba un poco—, ¿cómo llegó hasta aquí? Pensé que estaba…

—¿En el hospital? —se mofó él—. Me dejaron salir. Dijeron que si tomaba mi medicación con regularidad, ahora podría llevar una vida normal.

Ese detalle no estaba en su investigación, pero Miranda apostaría a que parte de esa medicación era Rohypnol. Y que no había tomado nada durante semanas.

Agitó el cuchillo hacia ellas. Su afilada punta curva relució.

—Pero los médicos son idiotas. No quiero una vida normal. Nunca he querido una vida normal. Quiero una vida como la de Rico.

Tia parpadeó, mirándolo.

—¿Como la de Rico?

—En el hospital me enseñaron a trabajar en autos. Dijeron que podría ser mecánico. Ja. —Escupió en el suelo—. Un don nadie como lo era en Minas Gerais.

Entrenamiento de mecánico. Así sabía cómo manipular los frenos.

—Después de que me dejaron salir, fui a ver a mi hermano. Mi famoso y exitoso hermano. Le pedí que me diera un trabajo. Él era rico y poderoso, después de todo. Podría haber encontrado algo para mí. Pero dijo que no. Estaba de camino a París y demasiado ocupado para siquiera discutirlo.

Dio otro paso hacia ellas y Miranda retrocedió. Podía sentir el calor del edificio en llamas a su espalda. No tenían mucho tiempo antes de que la estructura cediera.

Los ojos de Sebastian se nublaron.

—Le rogué y le rogué. Finalmente, dijo que me llevaría de vuelta a Minas Gerais y me dejaría trabajar con nuestros hermanos allí. En la plantación de caña de azúcar donde crecí. Quería que trabajara para ellos. ¿Se lo imagina? ¿Alguien con mis talentos?

Así que era el perdedor de la familia, pero se imaginaba a sí mismo tan talentoso como su muy exitoso hermano. Los médicos probablemente lo llamaban delirios de grandeza.

—Lo convencí de que me trajera aquí, a *Esquecer*. Le dije que tenía que ver el lugar una vez más.

—Recuerdo que venía a vernos de vez en cuando —dijo Tia de nuevo con su voz de anfitriona—. Hemos extrañado sus visitas.

Mala jugada.

Él se acercó más y levantó el cuchillo. Arriba, el fuego rugió. Hubo un fuerte crujido. Miranda no se atrevió a retroceder. Ni a quitarle los ojos de encima al loco que tenía delante.

—Oh, mi querido hermano me trajo aquí, claro que sí. Pero se negó a dejarme verla a usted o a las niñas. En lugar de eso, me

llevó a dar un paseo por la finca, hasta una montaña alta. Pensó que calmaría mis nervios. ¡Ja! —Volvió a escupir en el suelo.

Tia se retorció las manos.

—Yo… lamento que no nos hayamos visto.

—Le dije que quería quedarme aquí. Que yo pertenecía a este lugar. Dijo que no. Me llevaba de vuelta a Minas Gerais. Y punto. ¡Minas Gerais! —gritó como si sintiera dolor—. Donde no sería más que lo que fui de niño. Un esclavo inútil.

—Yo… ojalá me lo hubiera comentado.

El corazón de Miranda golpeaba contra su caja torácica. A Tia se le estaban acabando las cosas que decir. Pero si conseguía mantener al tipo centrado en su historia, tal vez tuviera la oportunidad de hacerse con ese cuchillo.

Tendría que dejarlo acercarse y confiar en sus reflejos.

Movió el cuchillo hacia arriba, cortando el aire.

—Le dije a Rico que no iría. Él me gritó. Yo le grité también. Empezamos a pelear. Le pegué y cayó de espaldas contra las rocas. Se golpeó la cabeza. Sangraba. Sangraba. Sangraba. Tanta sangre. Y luego dejó de respirar. Estaba muerto. Supe entonces que era una señal, un presagio.

—¿Una señal? —La voz de Tia tembló. Los detalles de cómo murió su marido la estaban afectando.

—Yo debía ocupar su lugar. No debía ser como él. Debía convertirme en él. —Los grandes ojos de Sebastian brillaban de locura. Se acercó más—. Había un punto brillante en Minas Gerais. ¿No lo recuerdas, Tia? Solíamos jugar a las *Cinco Marías* en tu patio. Tú, mis hermanos y yo.

Tia forzó una sonrisa y sus ojos se humedecieron mientras volvía a temblar.

—Sí, Sebastian. Recuerdo con qué cuidado colocaba las cinco piedras en el suelo.

—Era importante tener cuidado con ellas. Pero Rico siempre lanzaba su piedra tan alto, que recogía todas las demás antes de que nadie tuviera una oportunidad. Y cuando le decía que no era justo, me empujaba al suelo y se reía de mí. Lo odiaba tanto.

Tia no tuvo respuesta para eso. Todo lo que pudo hacer fue mirar fijamente al cuñado demente que había asesinado al padre de sus hijos.

*Vamos, cabrón*, pensó Miranda. *Un paso más*. El fuego crepitaba detrás de ella. El aire a su espalda se volvió caliente y lleno de humo.

—Eras tan hermosa, Tia. Fue entonces cuando me enamoré de ti. Siempre he estado enamorado de ti. Pero Rico te apartó de mi lado. Y cuando pensé que por fin te habías librado de él, te vi con ese hombre en el restaurante. El del pelo oscuro y las gafas.

—¿Valdinho? Era mi abogado. Yo… lo estaba viendo para iniciar los trámites de divorcio de Rico.

Soltó un gruñido.

—Mentirosa. Lo vi en tu casa. Es tu amante. Estás planeando casarte con él a pesar de mis advertencias de que no lo hicieras.

*Si sigues adelante, te mataré.* Eso era lo que había querido decir.

Sebastian abrió la boca en un grito de angustia.

—Me traicionaste, Tia. No puedo dejar que te salgas con la tuya. Debes morir. —Se abalanzó sobre Tia, blandiendo el cuchillo.

Miranda empujó a Tia justo antes de que la hoja la alcanzara y se arrojó sobre el lunático. Extendiendo la mano, consiguió agarrarle la muñeca.

Sebastian retrocedió tambaleándose hacia la barandilla, hacia el precipicio. Un segundo después, su cuerpo chocó contra la barra metálica, deteniendo su avance.

La fuerza del impacto recorrió a Miranda, pero no soltó la muñeca del demente. El peso de su cuerpo lo inclinó hacia atrás sobre la barrera.

Él se retorció y giró, luchando por liberarse.

—*Puta*. ¡Quítate de encima, perra! —Agitó el brazo hacia ella, acercándose peligrosamente a sus ojos con la hoja.

—Suelta el cuchillo, asqueroso —gruñó ella.

Ni siquiera se inmutó. La golpeó en la cara con el brazo libre. Apretando los dientes, ella luchó por sujetarle la otra muñeca o al menos la manga de su chaqueta. No se atrevía a apartar los ojos del cuchillo.

Se tambalearon hacia la derecha. Hacia la izquierda. Él se echó hacia atrás, su pelo oscuro colgando sobre su cabeza. El sudor le goteaba de la frente. Podía oler a bosque en él. Y la necesidad de un baño. Las pulseras de su cuello colgaban sobre su garganta. Observó cómo se tensaban los músculos de su cuello. No podrían aguantar mucho más.

Con otro gruñido, cambió su peso y se inclinaron hacia el otro lado, balanceándose como un subibaja en un patio de recreo. Debajo de ella, el pecho de Sebastian empezó a agitarse. La saliva se le escurría por la comisura de la boca hacia el abismo de abajo.

Oyó movimiento detrás de ella.

—¡Ayuda! —gritó Tia.

Por el rabillo del ojo, Miranda vio a Tia corriendo hacia el lado del edificio en llamas.

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

Sebastian también la vio.

—Mira lo que has hecho. La he perdido para siempre. —Una rabia demencial brilló en sus ojos. Miranda pudo ver el fuego reflejado en ellos como un demonio del infierno.

Todavía le sujetaba la muñeca, pero sus fuerzas se estaban agotando. Él tiró hacia atrás y le lanzó una cuchillada con la fuerza de diez hombres. Le cortó el pecho. El dolor le recorrió el cuerpo.

—¡Aaah! —Se echó hacia atrás. La sangre brotó de ella sobre su cara y él empezó a reír.

Tuvo un recuerdo fugaz de Leon.

Una vez la había atacado así con un cuchillo. Había sobrevivido, pero solo gracias a Parker. Pero Parker no estaba aquí ahora. Estaba sola. Aún sujetándole la muñeca, le dio una patada en las piernas a Sebastian con su único tacón alto, tratando de desequilibrarlo. Le dio en la espinilla.

—¡Ay! —gritó él y se tambaleó hacia un lado.

Ella cargó su peso hacia el otro lado, rezando para que no cayeran por el borde. Se inclinaron más. Su cabello le cayó sobre la cara. Sintió que resbalaban. Un segundo más y se caerían.

Hizo lo único que podía hacer. Lo soltó y se agarró a la barandilla.

Él se agarró al metal del otro lado. La mano del cuchillo estaba libre y se balanceaba.

—Ahora —graznó mientras levantaba el brazo por encima de su cabeza—. Ahora, perra. Vas a morir.

—No si puedo evitarlo.

Miranda sintió que una mano poderosa la agarraba por los tirantes de la espalda de su vestido y tiraba de ella justo cuando el loco la apuñalaba con el cuchillo. El golpe la habría matado al instante si la hubiera alcanzado.

Sin dudarlo un instante, Sebastian atacó al nuevo objetivo. Pero Parker apartó el brazo del loco de un solo movimiento fluido.

El cuchillo salió volando de su mano y cayó con estrépito sobre el sendero de concreto.

Parker lo agarró por la chaqueta de cuero y lo sacudió.

—Ríndase, Sebastian. Se acabó.

—No. —Sebastian lo miró fijamente a él, a Miranda, a los bomberos, a los otros que se habían reunido alrededor. La mirada enloquecida de sus ojos se volvió salvaje—. Nadie puede hacer que sea menos de lo que estoy destinado a ser. —Riendo, se zafó del agarre de Parker y, antes de que pudiera volver a atraparlo, se subió a la barandilla.

Se puso de pie, haciendo equilibrio, y extendió los brazos, con una sonrisa enfermiza y aturdida en el rostro.

—Nunca volveré al hospital. Nunca. He ganado. ¡Soy Rico Dominguez!

—No lo haga. —Parker se abalanzó para sujetarlo.

El demente fue demasiado rápido.

Antes de que Parker estuviera siquiera cerca, Sebastian saltó a la oscuridad como si se zambullera en una piscina.

Se oyó un largo grito y luego un sonido crujiente al chocar contra las rocas de abajo. Alguien gritó detrás de ella. Miranda corrió hacia la barandilla, se asomó por el borde. No vio nada.

Abajo, todo estaba quieto.

Miró a Parker. Parecía tan aturdido como ella.

Sebastian Dominguez había terminado su vida en la más absoluta oscuridad.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

El homenaje a Rico se llevó a cabo al día siguiente, tal como Tia lo había planeado.

Se celebró en la veranda de marfil del *Boteco do Sabor*, el restaurante del complejo turístico. En el extremo de la plataforma, se había cubierto una mesa con un mantel blanco y se la había adornado con fotos de Rico y claveles blancos.

Un sacerdote local dio un discurso breve y discreto en memoria del antiguo dueño de *Esquecer*, el complejo turístico más popular del pueblo. Pero la mayor parte de sus comentarios fueron sobre Tia. Para Miranda era obvio que la gente del pueblo que había asistido a la ceremonia estaba allí por ella.

Después, se preparó otra mesa y se la cargó con exquisiteces de la cocina de Carlota, y todos llenaron sus platos y se quedaron charlando mientras una música suave sonaba de fondo. El ambiente era sombrío, pero no sensiblero, y todos vestían como lo harían normalmente. Parker le había explicado que esa era la costumbre, así que ella se había puesto uno de sus trajes sastre oscuros.

Observando a la multitud, Miranda estaba de pie cerca de una columna en el borde de la veranda mientras el inspector Gaspar la ponía al corriente de los últimos detalles de su investigación.

—Como le expliqué a su esposo, el incendio en la ópera comenzó en el sótano. De alguna manera, el autor logró entrar al edificio, trajo bidones de gasolina y cerillos. También controló el panel eléctrico y cerró las puertas con llave. Si su esposo no hubiera roto el vidrio del frente, habríamos perdido muchas vidas.

—Es muy hábil para esas cosas.

Miranda le sonrió desde el otro lado de la sala a Parker, que charlaba con el alcalde y algunos parientes de Rico, así como con unos pocos periodistas que se habían presentado. Se alegró de dejar que él se encargara de ese detalle esta vez. Pero su corazón se hinchó de orgullo al oír la historia de lo que había hecho la noche anterior para sacar al público del edificio.

Gaspar permaneció con los labios apretados. —El inspector Keith y su equipo localizaron el auto de Rico en un estacionamiento abandonado en Rio. Como no se había denunciado su desaparición, nadie lo estaba buscando. Sebastian manejaba una camioneta vieja que encontramos esta mañana. Estaba estacionada a un lado de un camino poco transitado a tres kilómetros de Campos do Flores. Las tarjetas Cielo de Rico se encontraron en los restos del cuerpo de Sebastian. El hospital de São Paulo confirmó que a Sebastian le dieron el alta a mediados de mayo.

Justo antes de que las cartas comenzaran a llegar.

Miranda masticó un canapé y asintió lentamente. Le había dado a la policía la confesión de Sebastian en su declaración de la noche anterior, pero era bueno tener todo verificado con pruebas.

—Se han retirado todos los cargos contra Nelito Alves y Geninho Fernandes. Ambos han sido puestos en libertad.

Miranda tomó un trago de la lata de refresco que sostenía. —Es bueno saberlo.

Gaspar bajó la vista hacia sus pies, y por un momento ella se preguntó si iba a admitir lo equivocado que había estado con respecto a Nelito. Pero, pensándolo bien, ella y Parker también se habían equivocado.

En cambio, le tendió una mano.

Ella dejó su refresco y su plato para tomarla. —Gracias por su ayuda en este caso, inspector.

Él negó con la cabeza. —No, soy yo quien debe darle las gracias. Debo decir que nunca he conocido a una investigadora privada que me haya impresionado tanto como usted, *Senhorita* Steele. Usted y su esposo. Lo que hicieron anoche… le salvaron la vida a Tia. Resolvieron varios casos a la vez.

Miranda no supo qué decir.

—Si alguna vez necesita una referencia, cualquier tipo de ayuda, no dude en llamar.

Esa fue una gran sorpresa. —Lo tendré en cuenta.

Él le palmeó la mano con una ternura inusual. —Ahora, debo regresar a la comisaría y terminar mis informes. —Con un gesto de despedida, se dio la vuelta y bajó los escalones hacia el sendero.

Sintiéndose mareada por las palabras del adusto inspector, Miranda miró a los invitados.

Pipia conversaba con Holloway y algunas de las personas que habían tocado en la orquesta. Wesson coqueteaba con una de las oboístas. Y Didi, se dio cuenta, estaba en un rincón con Alex, su compañero de la infancia a quien habían conocido en el pub de Gretchen Schiffer.

Vio a Tia sentada sola en un rincón y se acercó.

—Miranda. —Tia le tomó la mano y se la apretó—. ¿Cómo te sientes hoy?

Miranda se sentó a su lado y sus dedos fueron al vendaje que cubría sus nuevos puntos. Los paramédicos la habían atendido anoche mientras daba su declaración a la policía. Eran solo cinco, pero este nuevo juego era un buen accesorio para los de Leon.

—Estoy bien —dijo—. ¿Y tú?

Los ojos oscuros de Tia se volvieron intensos mientras negaba con la cabeza. —Creo que todavía estoy en shock. No estoy segura de si alguna vez me recuperaré del todo.

—Lo harás. Al menos de las peores partes. Solo lleva tiempo. —Ella lo sabía.

—Sí, tienes razón. Y estoy muy agradecida. Agradecida de estar viva. Agradecida a ti por salvarme la vida. Dos veces.

Miranda sonrió. —Parte del trabajo.

La mirada de Tia se desvió por la veranda. —También estoy agradecida de que Didi parece haber encontrado un nuevo novio que la quiere.

—Sí, lo vi. ¿Qué pasó con Joca?

—Terminó con él mientras estabas en Rio. Me dijo que tenías razón sobre él.

Miranda reprimió el impulso de ponerse de pie y vitorear. —Bien por ella.

—Espero que sea feliz con Alex.

Le dedicó a Tia una sonrisa de complicidad. —Creo que lo será.

—Ah, y Pipia va a conseguir su beca para Juilliard.

—¿En serio? Eso es maravilloso. Realmente tiene talento. —Si la chica podía hacer que Miranda reaccionara a la música clásica, merecía todos los honores que la escuela ofrecía.

—Venderé la agencia de modelos de Rico y donaré parte de los fondos a la familia de Juli Torres. El resto irá al pueblo para reconstruir la ópera.

—Vaya.

—Es lo justo.

—Es un gesto encantador, pero no es tu culpa que la ópera se incendiara. Eso es cosa de Sebastian.

—Lo sé. Es lo que quiero hacer. —Tia se llevó una mano a la cara, con los ojos brillantes por el recuerdo de la noche anterior—. La policía de Rio liberará pronto el cuerpo de Rico. Su hermano Dani se encargará de que Rico y Sebastian sean enterrados cerca de la plantación de caña de azúcar en Minas Gerais.

Descansando en el lugar donde no quería estar, junto al hermano que odiaba. Miranda no comentó la ironía del asunto.

Tia negó con la cabeza. —Lo triste es que Sebastian era brillante. Podría haber tenido éxito por su cuenta. No tenía por qué ser su hermano. Nunca supe que estuviera tan enamorado de mí.

Miranda rememoró las cosas que Sebastian había dicho. Quizás pensaba que amaba a Tia, pero estaba demasiado atormentado como para entender el amor. En su opinión, era mejor que Tia no hubiera sabido lo que él sentía.

Los hombros de Tia se elevaron en un profundo suspiro. —Solo desearía que no les hubiera quitado a Rico a mis hijos.

Miranda miró al otro lado de la estancia y vio a Valdinho junto a la mesa del homenaje. Vestido con una chaqueta de espiga marrón, tenía un brazo alrededor de Didi y el otro alrededor de Pipia mientras los tres contemplaban las fotos de Rico Dominguez.

—Sé que no es lo mismo, pero creo que tu amigo el abogado hará un buen trabajo en ese aspecto.

Tia sonrió. —Tienes razón. Es un buen hombre. Nos casaremos en primavera.

Esa noticia borró la tristeza. —¿En serio? Oh, Tia. Me alegro mucho por ti. —La rodeó con sus brazos y le dio un abrazo.

Tia le dio un beso en la mejilla y, ya que se estaba dejando llevar por la sensiblería, Miranda se lo permitió. —Tú y Wade tienen que venir.

—¿En primavera? Eh, ¿cuándo es eso aquí de nuevo?

Tia se rio. —En tres meses.

—Claro. Estoy segura de que a Parker le encantaría y a mí también.

—¿Qué me encantaría?

Miranda alzó la vista hacia el apuesto rostro de Parker y su corazón rebosó de amor.

—Le estaba contando a Miranda sobre nuestros planes de boda, Wade. Dice que vendrán.

—Lo estaremos esperando con ansias. —Tomó la mano de Miranda—. Odio interrumpir, pero tenemos un avión que tomar.

—Por supuesto. —Tia se puso de pie y les dio a cada uno un gran abrazo y más besos—. Gracias de nuevo a los dos por todo lo que han hecho por mí.

—Nos alegra ayudar —dijo Parker y, con una nostálgica sonrisa de despedida para su vieja amiga, se dio la vuelta y acompañó a Miranda por los escalones y a través del sendero.

La minivan ya estaba cargada con su equipaje. Wesson y Holloway se quedarían unos días más para terminar sus vacaciones interrumpidas, así que estaban completamente solos.

Mientras Parker le abría la puerta, Miranda se giró para echar un último vistazo a los edificios de cuento de hadas con sus delicados adornos blancos y los interminables picos verdes más allá. Su magia había vuelto y una vez más era un lugar de felicidad y belleza sobrecogedora.

Con una sonrisa, le dio a Parker un golpecito en el pecho. —Supongo que estamos a mano, en lo que respecta al concurso de

salvarnos la vida.

Él enarcó una ceja oscura. —No sabía que llevabas la cuenta, pero no estoy del todo seguro de que esa sea una afirmación precisa.

Ella se encogió de hombros. —Más o menos.

—Hablando de más o menos. —La atrajo hacia él y acercó su rostro mucho al de ella—. No quiero volver a pasar por lo de anoche nunca más.

Ella le pasó una mano por la corbata de seda. —Siento que tuvieras que hacerlo, pero…

—No puedo perderte, Miranda. —Su rostro estaba sombrío y serio—. Pensé que te había perdido.

Ella le tocó la mejilla, tratando de que sus palabras sonaran suaves. —Parker, no puedes seguir haciendo esto. Te vas a volver loco.

—No estoy seguro de tener elección.

Pensó en arrastrarse por el suelo tras bambalinas, enfrentándose a aquel loco, casi cayendo hacia su muerte. Había estado luchando por su vida, por la vida de Tia. Había estado aterrorizada. Pero el verdadero miedo, el que nunca se atrevía a admitir ni siquiera a sí misma, era que ella acabaría siendo la viuda.

Apoyó la frente en la barbilla de él y luchó con sus emociones. Este era su trabajo, para lo que había nacido. Significaba todo poder hacerlo con él. Y sin embargo…

—¿Es que no lo entiendes, Parker? —dijo al fin, con lágrimas picándole en los ojos—. Me preocupa tanto perderte a ti.

Él guardó silencio un largo momento, asimilando aquello.

—Sé que suena tonto. Y tal vez estoy un poco loca por pensarlo. Pero este es mi destino. Este trabajo, esta vida contigo. Es lo que estoy destinada a hacer. Para lo que nací. Lo sé hasta el tuétano.

Parker miró fijamente los profundos pozos azules de los ojos de Miranda y vio la verdad en ellos. Este destino, o lo que fuera, era lo que lo había atraído a ella en primer lugar. Lo que le hizo saber que era la compañera perfecta para él. Lo que los hacía un equipo. Lo que los hacía uno.

Sus manos se deslizaron hacia las de ella. Se las llevó a los labios. —No suena tonto en absoluto.

Sonriendo a través de las lágrimas, Miranda contempló la emoción que veía en su rostro. —A lo que sea que tengamos que enfrentarnos, lo que sea que nos pase. Quiero pasarlo contigo.

—¿Y si ocurre lo peor?

Hizo una larga pausa, inhalando y exhalando, mientras la familiar determinación comenzaba a gestarse de nuevo en su pecho. —Haremos todo lo posible para asegurarnos de que no ocurra. ¿No puede ser eso suficiente para ti?

—Por ahora —dijo él. Y le tomó el rostro entre las manos y la besó con fuerza.

El corazón de Miranda rebosó de amor por este hombre que tanto le había enseñado. El hombre que le había salvado la vida una y otra vez. Y que siempre lo haría.

—Es todo lo que podemos pedir.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Llegaron a la mansión Parker pasadas las cuatro de la madrugada del día siguiente y cayeron rendidos en la cama sin siquiera molestarse en desempacar.

Era ya por la tarde cuando Miranda abrió un ojo y vio a Parker vestido, anudándose una corbata de seda. Ella frunció el ceño. —¿Qué estás haciendo?

Él se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla. —No era mi intención despertarte.

—Estás evadiendo mi pregunta —dijo ella con voz soñolienta.

Él sonrió. —Pensé en ir a la oficina una o dos horas. Volveré pronto.

—Está bien. —Intentó quitarse el cobertor, pero no atinó.

—Dije que iré yo. Tu tarea es quedarte aquí y descansar. Tienes unos puntos que deben sanar.

Ella le hizo una mueca. —¿Alguien te ha dicho alguna vez lo mandón que eres?

Él solo se rio entre dientes y la besó de nuevo. —No tardaré. Descansa. —Luego se dio la vuelta y bajó por el pasillo.

Ella oyó cerrarse la puerta de abajo y se acurrucó bajo las sábanas, secretamente agradecida de que la dejara dormir. Aunque nunca se lo diría, claro.

Su celular vibró y lo tomó de la mesita de noche. Abrió un ojo de nuevo para ver qué era. Un mensaje de texto de Fanuzzi sobre la fiesta de aniversario. Ella y Becker se iban a París pronto y quería dejar todo listo antes.

—De eso me encargo luego —murmuró Miranda, y se dio la vuelta.

###

Parker avanzó por el pasillo exterior de su oficina sintiéndose más ligero de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Habían cerrado un caso difícil, y Tía y su familia estaban a salvo. Lo más importante de todo: su preciosa esposa estaba a salvo y durmiendo profundamente en casa. Le daría una semana libre; probablemente se tomaría parte de ese tiempo con ella. Necesitaba sanar y descansar, y ambos necesitaban recuperarse emocionalmente de la dura prueba que acababan de pasar.

Se detuvo ante la puerta del laboratorio de la Agencia Parker. Entraría a felicitar a los técnicos por su trabajo en el caso. Sin ellos, no habrían logrado los avances que consiguieron. Estaba especialmente orgulloso de Dave Becker.

Llamó a la puerta y, como nadie respondió, entró.

Los cubículos exteriores estaban vacíos. Todos debían de estar en el laboratorio del fondo. Estaba a punto de dirigirse allí cuando vio algo que reconoció sobre uno de los escritorios.

El viejo celular de Miranda. ¿Qué estaba haciendo Becker con él?

Lo tomó y revisó los mensajes. Cuando llegó a la última página, su corazón casi se detuvo.

*Sé lo que eres*.

Retrocedió y vio dos mensajes no borrados.

*Sé quién eres.*

*Sé dónde estás.*

Todos eran anónimos. Ninguna dirección de correo electrónico.

La rabia le martilleaba las sienes. Rabia y dolor. Recordó el críptico mensaje que Miranda había recibido de Becker sobre «ese otro asunto». Ella había actuado como si estuviera planeando una sorpresa de aniversario para él. Sabía que había mentido.

Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, solo podía pensar en aquella promesa que se hicieron en Londres de no ocultarse cosas.

—Señor.

Levantó la vista y vio a Becker de pie en el umbral del laboratorio. Con sus *jeans* y su camisa informal, debería haber estado relajado, pero siempre había tenido un aire nervioso y en ese momento estaba más inquieto que de costumbre.

Se pasó un dedo por debajo de su gran nariz. —Yo, eh, no sabía que estaba aquí, señor.

Era evidente. Parker levantó el celular. —¿Qué está haciendo con esto?

—¿Con ese celular? Ah, yo… eh…

—Suéltelo de una vez, Becker.

El hombre menudo dio un respingo. —Steele me pidió que lo revisara.

—¿Para rastrear estos mensajes anónimos?

Dejó caer los hombros. —Sí, señor. Me pidió que no se lo dijera a usted.

Esas palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Si eso no era un incumplimiento de la promesa que ella le había hecho, no sabía qué lo era.

Esperó a que su temperamento se aplacara antes de volver a hablar. —¿Ha hecho algún progreso?

—No, señor. No se puede hacer una búsqueda inversa de IP. He probado con algunos de los sitios de reenvío anónimo, pero no encuentro nada que encaje.

Asintiendo, estudió de nuevo los mensajes. Le llevaría algo de tiempo y delicadeza, pero podría averiguar de dónde venían.

—Lo siento muchísimo, señor. ¿Estoy… en problemas?

—Todavía no —dijo Parker sin levantar la vista.

Oyó a Becker soltar un largo suspiro. —Gracias, señor.

¿Prometer no ocultarle cosas y luego esconderle mensajes amenazantes? ¿Actuar como si no pasara nada? ¿Planeaba encargarse de esto ella sola? Bueno, Miranda Steele, si así es como quieres que sea, has encontrado la horma de tu zapato.

Dos pueden jugar a ese juego.

Se guardó el celular en el bolsillo y se giró hacia la puerta. Hablaría con el equipo más tarde. Después de que se hubiera calmado.

—¿Señor?

Se volvió. —¿Sí, Becker?

—¿Qué quiere que le diga a Steele?

—¿Que le diga?

Su hombro se encogió. —¿Cuando pregunte cómo va el asunto? —Becker señaló hacia el celular que tenía en el bolsillo.

Los labios de Parker se curvaron en una sonrisa decidida. —Dígale que sigue trabajando en ello.

###

Gracias por leer *El Observador*. Las aventuras de Miranda y Parker continúan en el siguiente libro de la serie, que se publicará próximamente.

Para más información, visita la página de autora de Linsey en Amazon.